Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana....

STAR WARS

HEREDERO DE LOS JEDI

KEVIN HEARNE

timunmas | Planeta Cómic

Derrotó el arma definitiva del imperio y dio una nueva esperanza a la Alianza Rebelde.

Pero las batallas de Luke Skywalker y la lucha por la libertad de la galaxia, solo acaban de empezar.

La crucial destrucción de la Estrella de la Muerte no solo ha convertido a Luke Skywalker en un héroe de la Alianza Rebelde sino también en una baza valiosa en la batalla permanente contra el Imperio. Aunque aún está lejos de dominar el poder de la Fuerza, no se puede negar su fenomenal talento como piloto… y, a ojos de los líderes rebeldes como la princesa Leia Organa y el almirante Ackbar, no hay nadie más adecuado para realizar una peligrosa y crucial misión de rescate para la causa de la Alianza. Una brillante criptógrafa alienígena, célebre por su habilidad para colarse en los sistemas de comunicación más avanzados, está prisionera de agentes imperiales decididos a explotar su excepcional talento en beneficio del Imperio. Pero la futura espía simpatiza con los rebeldes y está deseando unirse a ellos a cambio de que la vuelvan a reunir con su familia. Es una oportunidad demasiado buena de obtener una ventaja determinante sobre el Imperio como para dejarla pasar. También es una tarea que requiere del elemento sorpresa. Así, Luke y el siempre ingenioso droide R2-D2 cambian su fiel Ala-X por un elegante yate espacial pilotado por la impetuosa recluta Nakari Kelen, hija de un gran magnate de la biotecnología, que tiene sus propias cuentas pendientes con el Imperio. Amenazado por los despiadados guardaespaldas imperiales, naves de combate enemigas, cazarrecompensas despiadados y monstruosos parásitos comecerebros, Luke se lanza a una arriesgada misión de espionaje que llevará al límite sus habilidades como combatiente rebelde y futuro Jedi. Si en algún momento ha necesitado la sabiduría de Obi-Wan Kenobi para guiarle en el peligro, es este. Pero Luke tendrá que confiar en sí mismo, sus amigos y su floreciente relación con la Fuerza para sobrevivir.



Heredero de los jedi

Kevin Hearne



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star Wars: Heir to the Jedi*

Autor: Kevin Hearne

Arte de portada: Larry Rostant

Traducción: Albert Agut

Publicación del original: marzo 2015

menos de un año después de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: Holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

13.05.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

AGRADECIMIENTOS

Cuando apareció *El Imperio contraataca* en 1980 y vi a Luke haciendo volar la espada de luz hasta su mano en la cueva del wampa, recuerdo que pensé «¡Uauh! ¡Impresionante!». Más adelante, después de haberla visto unas diez veces, me pregunté: «¿Dónde aprendió a hacer eso?». Yo, a mis nueve años, sospechaba que algún día tendría la oportunidad de dar respuesta a esa cuestión, y le agradezco a Del Rey y Lucasfilm que lo hayan hecho posible.

Merece un gran agradecimiento Alan O’Bryan, por debatir conmigo las potenciales aplicaciones hiperespaciales de los valores propios y los vectores propios. Fue una de las conversaciones más frikis de la historia.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

STAR WARS
HEREDERO DE LOS JEDI

La destrucción de la Estrella de la Muerte da renovadas esperanzas a la asediada Alianza Rebelde. Pero la persecución implacable a la que la somete Darth Vader y la flota imperial está pasando factura a los recursos de la Alianza. Ahora los rebeldes se esconden en una órbita del Borde Exterior, desde donde pueden buscar una base permanente y nuevos aliados que les proporcionen el material y las armas que tanto necesitan.

Luke Skywalker, héroe de la Batalla de Yavin, se ha unido a los rebeldes, poniendo sus formidables habilidades de pilotaje al servicio de cualquier misión que los líderes le asignen. Pero vive acechado por las breves lecciones que le dio Obi-Wan Kenobi y la creciente certeza de que dominar la Fuerza será el camino para derrotar al Imperio.

Perdido sin la orientación del viejo Ben, decidido a servir a la rebelión en todo lo que pueda, Luke busca la forma de mejorar sus habilidades con la Fuerza…

CAPÍTULO UNO

Ahora que Ben se ha marchado, no tengo a nadie cerca para responder todas mis dudas. Es un hecho contrastado que se reafirma cada vez que me pregunto qué se supone que debo hacer. Aquella toga marrón suya quizá estuviese tejida de puro misterio; se la puso y no quedó ni rastro de él en la Estrella de la Muerte. Sé que a Han le gusta burlarse del concepto de la Fuerza, pero que el cuerpo de un hombre sencillamente desaparezca después de que lo atraviese una espada de luz es algo más que «simples trucos y tonterías».

Y yo sé que la Fuerza es real. La he sentido.

Aún la siento, en realidad, pero creo que es como algo escondido debajo de la arena que pisas. Ves ondulaciones en la superficie, indicios de que algo se mueve ahí abajo, quizá pequeño o quizá enorme, algo que vive una vida completamente distinta lejos de tu vista. Intentar ver qué hay debajo de la superficie puede ser seguro y gratificante, o lo último que hagas en este mundo. Necesito que alguien me diga cuándo sumergirme en esas ondulaciones y cuándo alejarme de ellas.

Creo que oí la voz de Ben un par de veces durante la Batalla de Yavin, pero ahora no estoy seguro de que realmente fuese así. Puede que solo me lo pareciese; quizá era mi subconsciente el que me hablaba, una especie de deseo. Desde entonces ha permanecido en silencio y me parece que no puedo hablar con nadie más de la Fuerza. Mi único confidente en estos momentos es un droide astromecánico azul y blanco.

Han y Chewie andan por ahí, intentando ganar los suficientes créditos para saldar su deuda con Jabba el hutt. Gastaron todo el dinero de la recompensa por la Batalla de Yavin y ahora vuelven a estar pelados y desesperados, la galaxia debería estar avisada.

Leia está enclaustrada con los líderes de la Alianza en la flota, escondida actualmente en el sector Sujimis, alrededor de un planeta helado al que nadie presta atención desde las Guerras Clon. Tampoco es que ella quiera saber nada de mis preocupaciones, ni yo explicárselas. Tiene cosas mucho más importantes que hacer que perder el tiempo poniendo parches a mis inseguridades. Trespeó está con ella, sin duda sintiéndose poco recompensado por sus predicciones de muerte inminente en más de seis millones de formas de comunicación. Eso nos deja a Erredós y a mí disponibles para hacer un recado para el almirante Ackbar.

Me han enviado a Rodia con la intención de abrir una vía de suministro secreta para la Alianza. Se supone que no debo llamarlo contrabando, a Ackbar le molesta mucho ese concepto, pero la verdad es que la Alianza no podría funcionar sin él. El Imperio está intentando cortar nuestras vías de suministro en el Borde Exterior registrando guaridas de contrabandistas; además, utilizar los mercados negros establecidos del Núcleo es un poco peligroso, así que tenemos que buscar otros recursos. Rodia está bajo control imperial, pero Leia sugirió que el clan Chekkoo del continente Betu podría estar abierto a trabajar con nosotros. Dijo que odian al clan Chattza gobernante y que son unos expertos fabricantes de armas, blindajes y otro material que podríamos utilizar para combatir al

Imperio. Leia estaba convencida de que desafiarían al Imperio para fastidiar al clan Chattza y que nosotros podríamos beneficiarnos de eso. A Mon Mothma no le convencía mucho la idea, pero Ackbar sorprendió a todo el mundo y apoyó a Leia, lo que, a la postre, resultó decisivo.

No sé qué le pasa a Ackbar pero siempre tiende a sofocar las discusiones. Posee una especie de carisma blando, supongo, que nadie se atreve a desafiar. Como mínimo yo sé que prefiero no discutir con él.

Cuando alcanzaron un acuerdo, me presenté voluntario para la misión y me prestaron un precioso yate privado. Mi Ala-X habría hecho saltar todas las alarmas si osaba entrar en el espacio rodiano con él, mientras que nadie se fijaría en un pequeño transporte con un arsenal mínimo. Tanto Erredós como yo silbamos cuando lo vimos por primera vez en el hangar de amarre de la *Promesa*, una de las fragatas de la Alianza. Más que un yate parecía una joya.

Pintado de rojo metálico con un ribete plateado, la cabina y los camarotes de la nave estaban en la parte delantera, y las alas se abrían detrás en un arco perfecto, como una media luna pensándose si pasar a la fase creciente. La parte trasera parecía ligeramente una galleta mordida y estaba repleto de grandes motores subluz, bloqueadores de señales, baterías de sensores y generadores de escudos. Aquel arsenal era invisible desde delante o los lados, señal de lujo y decadencia, pero la trasera le dejaba muy claro a cualquier perseguidor que no podrían seguirle el ritmo mucho rato. Estaba construido para ser veloz y, muy posiblemente, para tareas de espionaje, aunque se esforzaba por parecer una embarcación de recreo de algún millonario.

—Bonita, ¿verdad? —dijo una voz, obligándome a desviar la vista—. Esa es la *Joya del desierto*. Pilótala con cuidado —la hablante era una mujer alta con la piel oscura y una cascada de rizos que enmarcaba una cara muy fina. Me sonrió amistosamente y yo le respondí de la misma manera.

—¿Es suya? —pregunté.

—¡Sí! Bueno, debería decir que es de mi padre. Pero tanto su hija como su nave están ahora a disposición de la Alianza. Llegué la semana pasada —alargó una mano—. Nakari Kelen. Encantada de conocerte.

—¿Kelen? —dije yo, dándole un apretón de manos. Sujetaba la mía con fuerza y yo incliné la cabeza hacia un lado mientras conectaba su nombre y la nave con un recuerdo—. ¿Alguna relación con los Biolaboratorios Kelen de Pasher?

Abrió los ojos como platos.

—¡Sí! Fayet Kelen es mi padre. ¿Eres de Pasher?

—No, de Tatooine.

—Ah, otro planeta desértico. Seguro que entiendes perfectamente mi fascinación por las naves y la promesa de sacarte de tu hogar que ofrecen.

—Sí, la entiendo muy bien. Soy Luke Skywalker.

—Oh, ya sé quién eres —dijo ella, soltándome por fin la mano—. Me han dicho que vas a llevarte mi nave para no sé qué misión espeluznante, pero nadie me dijo que eras de Tatooine.

—Ah. No es tan espeluznante. En realidad es casi un aburrido viaje de negocios, pero parece que tu nave evitará que ningún imperial piense que colaboro con la Alianza.

—Eso espero. Mi nena tiene clase y mucho estilo, pero no es muy dada a las rebeliones.

—Eh, por cierto, ¿puedo preguntarte algo?

Nakari asintió, invitándome a proceder.

—Siempre me he preguntado por qué tu padre eligió Pasher para sus biolaboratorios. Uno pensaría que los planetas selváticos serían mejores, simplemente porque en ellos hay mayor biología.

Ella se encogió de hombros.

—Empezó a pequeña escala. Y resultó que el veneno y las glándulas de los escorpiones de arenisca y las arañas espinales tienen aplicaciones médicas —giró la barbilla hacia la *Joya del desierto*—. Aplicaciones muy lucrativas.

—Eso parece.

—¿Qué hacías en Tatooine?

—Teníamos una granja de humedad. Era increíblemente aburrido. Algunas semanas eran tan soporíferas que estaba deseando ir a la Estación Tosche a recoger… convertidores de energía. ¡Ja!

—¿Qué?

—Acabó de recordar que no recogí el último pedido. Me pregunto si aún seguirán allí.

—Todos dejamos cosas a medias, ¿verdad? —aquel era un giro inesperado en la conversación y me pregunté qué quería decir. Me pregunté qué hacía allí, sinceramente. Los ricos y acomodados casi nunca se implican en rebeliones. Pero debía reconocer que no iba vestida como la privilegiada hija de un magnate de la biotecnología. Llevaba un uniforme de camuflaje desértico metido por dentro de unas botas marrones de suela gruesa, un blaster enfundado en la cadera izquierda y lo que parecía un pequeño rifle de proyectiles sujeto con una franja de cuero cruzada a la espalda.

Señalé el rifle.

—¿Cazas escorpiones de la arenisca con eso?

—Sí. No puedes usar los blasters contra ellos. Sus caparazones repelen el calor demasiado bien.

—Eso había oído.

—Y como tanta gente lleva blindajes antiblaster hoy en día, un arma de retroceso capaz de atravesarlo resulta sorprendentemente eficaz, si sabes disparar con ella.

—¿Cazas algo más?

—Por supuesto. He estado en Tatooine y cacé un dragón krayt. Con sus perlas pagué las mejoras de la *Joya*. Sigue siendo la nave de papá, pero la he modificado un poco y espero tener suficientes créditos pronto para comprársela. Vamos, te la enseñaré.

Los dos sonreíamos y yo estaba emocionado, feliz por haber encontrado a alguien con un bagaje similar en aquel gélido rincón de la galaxia. No podía hablar por Nakari, pero conocer a alguien con un pasado parecido al mío compensaba ligeramente aquel enorme vacío, sobre todo porque ella entendía claramente la verdadera importancia de las naves: te sacan de los desiertos, aunque solo sea por un rato, permitiéndote pensar que quizá no te marchitarás y consumirás allí, emocional y físicamente. Aunque el resto de la galaxia tampoco sea mucho más acogedor que las dunas. Mi viejo amigo Biggs, por ejemplo, adoraba volar tanto como yo y se marchó de Tatooine, aunque murió en la Batalla de Yavin. Le echo de menos y a veces me pregunto si habría actuado distinto de haber sabido que no volvería a pisar ningún otro planeta después de subirse a aquel Ala-X. Me consuelo suponiendo que de todas formas se habría marchado, que merecía la pena morir por aquella causa y el riesgo era asumible, pero imagino que nunca podré saberlo con certeza. El Imperio no cayó y la rebelión continúa, lo único que puedo hacer es esperar que la próxima misión sea la que derroque al Emperador y dé validez al sacrificio de mi amigo.

La rampa de carga manual de la *Joya del desierto* nos llevó hasta un estrecho pasillo situado tras la cabina. Desgraciadamente, la rampa también era el suelo y con ella abierta no podíamos seguir avanzando, un claro defecto de diseño, así que tuvimos que cerrarla y dejar al pobre Erredós en la cubierta del hangar antes de poder entrar en la cabina.

Nakari señaló unas escotillas que había a los lados del pasillo.

—Cocina y baño a la izquierda, literas y acceso de mantenimiento a la derecha —dijo—. Tu droide puede conectarse aquí. También hay un montón de provisiones de emergencia, material de supervivencia enormemente útil cuando exploro planetas para papá. Máscaras respiradoras, un bote inflable y ese tipo de cosas. Las literas son bastante básicas, lamento decirte. Me gasté todos los créditos en velocidad y detalles para despistar.

—Sabia inversión —la tranquilicé—. No se puede disfrutar de ningún tipo de litera, y menos de una de lujo, si no logras huir de un destructor estelar.

Balanceó un dedo entre nuestras cabezas.

—¡Sí! Sí. Estoy de acuerdo. Y lo celebro, porque me gustaría volver a ver mi nave.

—Y a mí… —ahí me quedé callado, porque estaba a punto de decir «a mí me gustaría volver a verte a ti», como respuesta inconsciente, pero afortunadamente me di cuenta a tiempo de que podía interpretarlo como una insinuación increíblemente torpe—, me parece que será lo mejor para los dos —terminé y esperé que no hubiese notado aquella pausa extraña.

—Por supuesto —me hizo un gesto con la mano para que pasara—. Tú primero.

—Gracias —con cinco pasos llegué a la cabina, donde me coloqué en el asiento de la izquierda. Nakari apoyó una mano en el respaldo de mi asiento y usó la otra para señalar los paneles de instrumentos.

—Tiene bloqueadores de señales y sensores de tecnología punta de Sullust, ahí están las holorrepresentaciones, que no son de muy buena calidad porque preferí tener estos escudos deflectores de última generación, y motores subluz gemelos a ambos lados que te harán volar por el espacio más rápido que ningún Ala-X. Ah, y tiene un hiperimpulsor punto-ocho para trayectos largos.

—Uauh. ¿Algún arma?

—Un cañón láser escondido aquí debajo. Se activa desde ahí. Y aparece una mirilla de precisión.

Parpadeé.

—¿Solo un cañón?

—Está construida para correr y mantenerte con vida mientras huyes de problemas. Aunque es mejor no buscárselos.

—Entiendo.

—Bien —me dio una palmada en el hombro—. Ten cuidado, Luke.

Me di la vuelta en el asiento, sorprendido de que la visita guiada terminase tan rápidamente.

—Eh, gracias. ¿Qué harás tú mientras tanto?

Abrió la rampa de embarque y después señaló con el pulgar el rifle que tenía a la espalda.

—Estoy entrenando a algunos soldados con la puntería. Tengo que ir a disparar blancos congelados en Orto Plutonia. Voy a estar ocupadísima —miró la cubierta del hangar, donde algo la hizo sonreír—. Creo que tu droide está listo para subir a bordo.

—¿Está en medio?

—Un poco.

Empezó a descender y yo le dije, mientras desaparecía de la vista:

—¡Perdona! Se apartará.

Erredós subió rodando al cabo de un instante y encontré el botón que cerraba la rampa. Emitió unos pitidos, parecía molesto conmigo, pero, como de costumbre, no logré entenderle.

—Puedes enchufarte a la derecha —dije, y él fue hacia allí mientras seguía con su regañina electrónica.

Debíamos atravesar varias vías hiperespaciales para llegar a Rodia desde el sector Sujimis y tendría que habituarme al manejo de la *Joya*, así que nuestro viaje probablemente duraría más de lo estrictamente necesario. Por suerte, no teníamos prisa y yo disfrutaba cada minuto. Pilotar la *Joya* era un verdadero placer; la cabina era silenciosa, sin el agudo quejido electrónico de mi Ala-X.

Erredós instaló con éxito un programa en la computadora de la *Joya* que traduciría sus pitidos digitales a un idioma legible. Sus palabras aparecían en la holorrepresentación

que Nakari me había indicado, y yo mantenía el intercomunicador de la nave conectado para que él pudiese oírme.

—Erredós, llévanos a Llanic, ¿quieres? Debemos parar allí e intentar encontrar alguien que haga contrabando para nosotros si lo de Rodia sale bien.

Situado en la intersección de la Ruta de Especia Llanic y la Ruta Comercial Triellus, Llanic estaba tan plagado de contrabandistas y demás indeseables que Ben Kenobi lo habría definido como un «lugar lleno de maldad y vileza», aunque no fuese tan espantoso como Mos Eisley. Allí se movían muchos créditos ilícitos y por eso el Imperio lo tenía controlado. Leia me había informado, advirtiéndome que el moff Abran Balfour solía patrullar la ruta de la especia y que era la presencia imperial más cercana a la ubicación actual de la flota de la Alianza. Se suponía que no debía hacer nada que le hiciese sospechar que la flota pudiese estar en algún punto del sector.

Esperaba una pantalla llena de contactos cuando entré en el sistema, pero quizá no tanto como la que me encontré. Uno de los destructores estelares del moff Balfour apareció de inmediato, aunque estaba demasiado lejos para remolcarme con un rayo tractor o atraparme de ninguna manera. Más cerca de mí volaban dos cazas TIE, persiguiendo una nave que no parecía capaz de oponer mucha resistencia. Estaban disparándole, y sus escudos aguantaban por el momento, aunque dudé que fuesen a resistir mucho más, sobre todo porque era más lenta que los TIE. Imaginé que habría ruidos de vibración no identificados en la nave, no indicativos de ninguna emergencia, solo una declaración general de decrepitud e inminente destrucción. No me pareció una pelea justa, pero no pensaba inmiscuirme hasta que me di cuenta de que la nave era de fabricación kupohana. Los kupohanos habían ayudado a la Alianza en el pasado. Y podrían volver a hacerlo.

No es que forzosamente tuviese que haber kupohanos en el interior, ni tan siquiera kupohanos que simpatizasen con la Alianza. Tenía muchísimos motivos para ocuparme de mis asuntos y abandonar la nave a su suerte, pero decidí entrometerme en base a dos principios: si tanto molestaban al Imperio, ni que fuese tangencialmente, estaban en mi bando; y puesto que podía ayudarles, debía hacerlo… además, no tenía a nadie cerca para discutirme este último principio.

—Erredós, traza un rumbo que nos saque del sistema inmediatamente —dije, y aceleré hasta velocidad de interceptación—. Tendremos que largarnos de aquí rápidamente cuando haya terminado con esto. Y agárrate a algo —el generador de gravedad artificial lo mantendría pegado al suelo, pero no evitaría las torsiones de las maniobras extremas que se avecinaban. Normalmente, está bien encajado en mi Ala-X y no debemos preocuparnos de estas cosas.

Conecté el diminuto cañón láser de la nave y esperé hasta tener una vía de escape del sistema, después me lancé sobre el eje lateral hacia los cazas TIE. Activé los escudos deflectores y la computadora de puntería. Con solo mirar las naves supe que los pilotos de los TIE mantenían la orientación del destructor estelar del que se habían desplegado; de alguna manera tenían una noción de dónde quedaba «arriba» y se aferraban a ella, lo

que en el espacio es una percepción restrictiva, incluso peligrosa. Arriba y abajo no tienen en realidad un uso significativo hasta que estás en la atmósfera. Rodé deliberadamente sobre mí mismo mientras descendía, ajustando el morro hasta tener a la vista el TIE delantero, y disparé.

Las descargas de la *Joya del desierto* resultaron ser azules y dispararse en ráfagas de tres. La primera fue completamente desviada, pero la segunda atrapó al caza TIE y lo destruyó. El segundo TIE viró hacia la izquierda en una maniobra evasiva y yo me contuve, planeando hacer un tirabuzón y volver a lanzarme en picado; la nave kupohana seguía avanzando, libre de la persecución imperial por unos instantes.

Esperaba que el TIE diera la vuelta e intentara ponerme a su alcance, por un par de segundos parecía que iba a hacerlo, pero terminó desviándose para restablecer el vector de ataque contra la nave kupohana. Aquel me pareció un comportamiento extraño; ignorar una amenaza letal y ofrecerle a alguien un blanco abierto en una nave no blindada que persigue a un objetivo a la fuga. Casi no podía creerlo y me aseguré de que no hubiese otra nave en mis escáneres que se me hubiese pasado por alto por alguna extraña razón, algo esperando para lanzarme una emboscada, pero allí solo estábamos el TIE que quedaba, la nave kupohana y yo. Me pareció que del destructor estelar acababa de desplegarse todo un escuadrón de TIE adicional, pero tardarían un rato en alcanzarnos.

—Deben de querer aniquilar esa nave como sea —dije, pensando en voz alta. Probablemente, el piloto del TIE había recibido una orden desde el destructor estelar, del estilo «mata a los kupohanos, o no vuelvas». Para mí aquello era un motivo más para echarles una mano.

Sin peligro de que me disparasen, me situé tras el TIE y abrí fuego, mientras él se esforzaba en hacer trizas la nave kupohana. Los escudos de esta resistían la acometida, pero el caza TIE voló en pedazos al primer impacto de mis láseres.

—Listo —dije, y volví a comprobar la posición del destructor estelar. Aún no estaba a tiro pero avanzaba a toda velocidad hacia nosotros, y el escuadrón de TIE aún estaba a un par de minutos estándar de distancia—. Quizá pueda averiguar algo. Erredós, prepara el próximo salto y mira si puedes arrastrar la nave kupohana.

La respuesta del droide apareció en mi holorrepresentación: SALTO LISTO AHORA, INICIANDO CONTACTO.

—Bien. Espero que aún puedan… —me interrumpí cuando la nave kupohana saltó al hiperespacio, sin dar siquiera las gracias—. Bueno, parece que aún *pueden* saltar. Deberíamos hacer lo mismo. Llévanos al hiperespacio en cuanto estés listo, Erredós.

La tensión de mis hombros se redujo cuando desconecté el cañón láser, pero mi boca se retorció quejosa mientras las estrellas se difúminaban y pasaban como líneas cinéticas por el parabrisas de la cabina durante el salto. No pude evitar sentirme un tanto decepcionado. Me preguntaba quién iba en aquella nave y por qué era tan importante para el Imperio… y si había merecido la pena poner en peligro mi misión y sumar mi nave a la lista imperial de buscadas. Sin duda, para la tripulación de la nave kupohana sí había merecido la pena; seguían vivos. Pero no estaba seguro de haberle hecho ningún favor a

la Alianza y en aquel momento, pudiendo analizarlo fríamente, vi lo temeraria que había sido mi decisión. Debía pasar de largo de Llanic e ir directamente hasta Rodia, intentando llegar antes que cualquier alarma imperial relacionada conmigo.

Allí quizá lo hacía lo bastante bien para que Leia y el almirante Ackbar me perdonasen por pellizcarle la nariz al Imperio cuando se suponía que debíamos mantenernos escondidos.

CAPÍTULO DOS

La *Joya del desierto* entró en la atmósfera de Rodia sin encontrarse con la desagradable bienvenida de un escuadrón de cazas TIE. Siguiendo una ruta trazada por Erredós, descendí hacia la costa de Betu, un continente alejado del clan Chattza, el Gran Protector y el grueso de la actividad imperial. El clan Chekkoo vivía allí, y aunque no se habían rebelado abiertamente, carentes de los recursos necesarios para hacer lo que les pedían sus corazones, la mera geografía les permitía ejercer cierta resistencia pasiva y guardar unos cuantos secretos.

El Enclave Chekkoo, colocado en lo alto de un gran acantilado rocoso contra cuya base rompían las olas, constaba de una sola torre gris que se elevaba desde una serie de muros de piedra que la envolvían como faldas, todos repletos de puestos para armamento. Entre los muros se escondía una ciudad próspera, pero el puerto espacial estaba fuera y allí aterrizamos. Más allá, esperaba la jungla, húmeda y bulliciosa con el zumbido de los insectos y los ocasionales aullidos de algún animal a punto de devorar a otro o a punto de ser devorado.

No estaba preparado para aquel olor; alguien más diplomático diría que era *penetrante*. No podía articular palabra, ni diplomática ni de ningún tipo; eso era lo único que pude hacer para evitar tener arcadas cuando la rampa se abrió y el hedor a queso rancio y pies penetró en la nave, caliente y empalagoso, abrumando a mis orificios nasales, demasiado denso para aquel espacio, como un hutt estrujado en una butaca.

Una sola rodiana me esperaba al pie de la rampa y fingió no notar mi expresión de asco. Llevaba una túnica azul larga con ribete dorado y unos pantalones a juego metidos por dentro de unas botas marrones con hebilla. Tenía una ristra de púas doradas que pasaba entre sus antenas y caía hacia su nuca.

—Bienvenido, Luke Skywalker —dijo—. Soy Laneet Chekkoo. Seré tu guía en Rodia.

—Encantado de conocerte —logré decir—. ¿Solo eres mi guía o también tendré que negociar contigo?

—Solo tu guía. Mi principal cometido es que tu presencia pase completamente desapercibida a otros clanes. Si eres tan amable de seguirme, nos vamos a Toopil.

—¿Toopil? ¿No vamos al Enclave?

Laneet giró la cabeza hacia la izquierda, lo que yo creía que era una negación rodiana.

—Allí hay demasiados espías imperiales y aún más de otros clanes. En el Enclave nos mostramos sumisos y serviciales con el Gran Protector, apenas exhibimos nuestros verdaderos recursos y poder. En Toopil es distinto. Ya lo verás. Por aquí, por favor.

Seguí a Laneet hasta salir del relativamente apacible puerto espacial, llegando a un abarrotado mercado al aire libre con pasadizos laberínticos y una multitud cambiante de compradores sin ningún respeto por el espacio personal. Un nuevo espectro de olores martilleó mis narices. Algunos de ellos, supuestamente, eran apetecibles, creo, ya que vi

puestos de comida, pero no me abrieron el apetito lo más mínimo. La cúpula de Erredós giraba mientras me seguía, empapándose de todo, pero él se mantenía en silencio.

Dimos varias vueltas antes de toparnos con una caseta de componentes electrónicos repleta de sistemas de bloqueo de señales de repuesto y otros accesorios elegantes para los cazarrecompensas más refinados. La caseta resultó no ser tal, sino una estructura laberíntica de múltiples niveles con la mercancía concentrada en pequeñas salas, cada una de ellas con su dependiente y varias puertas a otras salas. Tras doblar una esquina y entrar en una sala con estantes de disruptores neuronales ocupada solo por un ithoriano gigantesco, Laneet hizo un gesto con la mano derecha y el ithoriano se movió pesadamente hasta bloquear con su cuerpo el estrecho pasadizo que quedaba a nuestras espaldas. Nadie podría pasar hasta que se apartase y aprovechamos la oportunidad para colarnos en un pasillo oculto tras un falso muro lleno de armas que parecían diseñadas para derretir órganos internos. Cuando el falso muro se cerró tras Erredós, Laneet se detuvo en aquel pasillo oscuro y se giró para mirarnos.

—Solo queremos asegurarnos de que no nos sigan. Nuestro transporte espera más adelante, pero avanzad en silencio, por favor. Aún estamos en el mercado y las paredes son finas. No queremos que nadie detecte presencia en este pasadizo.

Asentí y seguí a nuestra guía casi a oscuras, la única iluminación provenía de unos plafones de brillo tenue colocados a intervalos demasiado espaciados para la comodidad del ojo humano. Los sonidos del bazar se colaban por las paredes de ambos lados; comerciantes regateando con clientes o bramando sus ofertas a los transeúntes con la esperanza de atraer alguna cartera bien llena. Finalmente, llegamos al final del pasadizo, donde dos guardas armados y una hilera de armas automáticas de la pared nos apuntaron. Laneet se identificó y nos presentó, y después de un proceso invisible tras todo aquel armamento, nos autorizaron a pasar y bajar por una rampa hasta una pequeña plataforma de amarre en la que esperaba un deslizador personal, a la entrada de un túnel subterráneo. Subimos y Laneet activó los repulsores, descendiendo por el túnel durante unos diez minutos.

—Ahora podemos hablar —dijo ella—. Por favor, disculpa estas desagradables medidas de seguridad. Aceptamos todo tipo de negocios, ya me entiendes, sobre todo aquellos que no convienen al clan Chattza o el Imperio. Pero debemos tener cuidado. Si llegamos a estos extremos es tanto por vuestra protección como por la nuestra.

—Bueno, es impresionante. Nunca había oído siquiera mencionar Toopil —dije.

—Oficialmente no existe —contestó Laneet—. Solo es una cantina, unas cuantas salas de reuniones y algunos alojamientos sencillos debajo de Armamento Utheel. Fabrican de todo, desde armaduras de sigilo hasta lanzagranadas para caza mayor, y prueban sus productos en las junglas de los alrededores. Invitan a posibles clientes a cacerías, por eso tienen dormitorios en sus instalaciones. Pero, debajo de esos, hay dormitorios secretos a los que solo se puede acceder por unos pocos puntos bien vigilados, como el que hemos utilizado. También se oculta el uso de energía. Además, disponemos de muelle de atraque privado y una guarida para contrabandistas con la

entrada camuflada, por lo que no se ve desde el aire. Sus dimensiones son suficientes para que aterricen la mayoría de modelos de cargueros ligeros de la galaxia. En ese muelle hacemos muchos negocios, todos a espaldas del Imperio y los demás clanes, y el dinero se blanquea a través de Armamento Utheel.

Pensé que Han quedaría impresionado con todo aquel montaje, seguro.

—¿Y de verdad el Imperio no tiene la menor idea de que os dedicáis a esto?

Laneet resopló burlonamente, lo que sonó como un estornudo flemoso a través de su hocico.

—Estoy segura de que algo sospechan. Todos los clanes sospechamos que los demás se dedican a este tipo de prácticas.

Llegamos a un muelle que al principio me pareció que no estaba vigilado, pero de alguna manera supe que no era posible. Con todas las medidas de seguridad que había visto hasta ese momento, no podía imaginar que se olvidasen de aquello. Laneet vio mi expresión y la interpretó correctamente.

—Hay guardas. Llevan armaduras de sigilo.

—Ah, ¿sí? Nunca he visto una.

Laneet hizo un ruido similar a una risita aunque más parecido a un problema digestivo.

—De ahí el nombre.

Esto me recordó lo que decía Ben sobre dejarse llevar por las apariencias. La Fuerza me ayudaría a no dejarme engañar con aquellos trucos, si aprendía cómo.

—¿Vosotros mismos fabricáis las armaduras de sigilo?

—Sí, Utheel está bastante diversificada. No tiene astilleros ni produce artillería pesada, pero se puede encontrar cualquier cosa más pequeña, excepto blasters quizá. Hay otros fabricantes más eficaces produciendo ese tipo de armas sencillas. Nosotros fabricamos una amplia gama de artículos de mayor calidad en remesas más pequeñas. Dentro podrás ver más. Ven.

Salimos del deslizador en un muelle de hormigón vacío con una única puerta en la parte trasera de una pared cóncava bordeada por torretas de blasters automáticos y, presumiblemente, los guardas en armaduras de sigilo antes mencionados. Con semejante arsenal allí concentrado, me pregunté si siquiera un Jedi podría llegar hasta la puerta indemne. Nadie podría penetrarla sin esperar un ataque contundente. Laneet se detuvo ante la puerta, dijo algunas palabras a la consola, dejó que examinará sus manos y ojos, y la puerta se abrió emitiendo un pitido. Entré tras ella. Al cruzar la puerta nos encontramos en una pequeña sala sellada magnéticamente. Laneet señaló primero el suelo, donde había unas manchas, y después al techo, donde había las mismas manchas.

—Si alguien llega hasta aquí sin la autorización de la puerta exterior, el techo desciende bastante rápido. Como mínimo aplastaría a uno de los espías de los Chattza.

La puerta interior emitió un pitido antes de abrirse hacia un pasillo estrecho que ofrecía mayor protección y que terminó llevándonos hasta una lujosa sala de reuniones con mesas rodeadas de sillas bien tapizadas. En la sala había moqueta y candelabros, y se

ocupaban de atenderla unos sirvientes en librea, no droides. Incluso los manteles parecían de lujo. Tuve la sensación de que los rodianos se habían esforzado mucho para que oliera de manera agradable para los humanos, pero la competencia entre los aromas de los rodianos y las flores hacían que el aire fuese difícil de respirar.

Varios rodianos esperaban para ser presentados, todos empleados de distintos departamentos de Armamento Utheel, listos para hablar de cualquier negocio que tuviesen en mente con el representante de la Alianza Rebelde, lo que debo admitir que me pareció divertido. Dejando a un lado el olor, aquel tipo de trabajo era mucho más entretenido que ocuparse de una granja de humedad.

Unas mesas largas rodeaban todo el perímetro de la sala, cubiertas de armas en vez de comida. Tras tomar una copa y conversar brevemente, momento que aproveché para felicitar a los Chekkoo por las medidas de seguridad que había visto hasta ese momento, me hicieron una especie de visita guiada por todas las armas, algunas de ellas prototipos, algunas de las cuales me regalaron. Recibí una mina de aturdimiento de proximidad, un detonador de pulsos electromagnético de mano y una pistola aguja que no pensaba usar jamás. Sin embargo, al recordar la escopeta de proyectiles de Nakari y lo que me había dicho sobre su funcionalidad en situaciones en las que los blasters no servían, pregunté si tenían algo así, algo con balas de alta velocidad capaces de penetrar blindajes. Uno de los ingenieros de armamento dijo que podía conseguirme algo, que me lo enseñaría al día siguiente.

—Si no tenéis inconveniente, ahora me gustaría ver el muelle de contrabando que Laneet me ha comentado, antes de cerrar ningún trato. Vuestro material me parece perfecto, pero no me será de ninguna utilidad si no podemos salir vivos del planeta.

Coincidieron en que era lo mejor y, cuando nos acercábamos al atardecer planetario y el final de la jornada laboral, dijeron que Laneet me llevaría al muelle y que ellos volverían a reunirse conmigo al día siguiente.

Erredós y yo seguimos a Laneet hasta un ajetreado muelle de carga situado debajo de Armamento Utheel, aunque en el lado contrario del muelle por el que habíamos entrado. Allí tomamos otro deslizador y descendimos unos cuantos klicks por un túnel mucho más amplio, hasta llegar a un ascensor gigante para grandes palés o incluso vehículos. Laneet metió el deslizador directamente en el ascensor y subimos hasta una gran cueva tallada en la piedra. Apretó un botón para activar una puerta corredera que abrió una rendija de acantilado frente a un desfiladero estrecho. La pared contraria se alzaba imponente, ya a la sombra de unas nubes rosadas por el sol poniente, y Laneet nos llevó hasta el borde y señaló hacia arriba.

—Estamos lo bastante abajo para que la pared de delante nos oculte de la vigilancia satelital. Deberías entrar y salir del desfiladero por ahí —dijo, señalando la izquierda—. Sigues hasta el final y saldrás a una cascada, que es una especie de destino turístico, a solo diez klicks del puerto espacial que hay junto al Enclave. Su belleza es motivo suficiente para que la visiten muchas naves y nadie presta atención al tráfico de entrada y salida.

—Vaya. Aquí no hay gran cosa —dije, echando un vistazo a la cueva vacía.

—Solo se usa para cargar y descargar mercancía. Lo mantenemos desactivado cuando no está en funcionamiento para evitar que sea localizado —dijo Laneet—, y patrullamos el perímetro durante las operaciones para asegurarnos de que no haya nadie volando bajo que pueda verlo. Si necesitas descansar, relajarte o llenar el depósito puedes hacerlo en el puerto espacial. Esto se diseñó para ser completamente discreto.

Asentí para mostrar mi acuerdo.

—Sí. Creo que nos servirá. Muy bien, podemos regresar y ponernos con los negocios.

—Excelente. Informaré a Soonta. ¿Puedo decirle que desayune con usted mañana?

—Claro —Laneet se refería a Taneetch Soonta, una de los rodianos que había conocido. Creo que se había presentado como ejecutiva de ventas de Armamento Utheel.

Cuando regresamos a pie hasta el ascensor y Laneet volvió a apretar el botón para cerrar la pared de la cueva, dijo:

—Os llevaré a vuestra habitación en Toopil. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Casi. Solo necesito un alimentador para mi droide y algo de cenar.

—Por supuesto. Tu droide puede descargar nuestro inventario y precios para que lo examines cuando te convenga.

Mi habitación en el complejo secreto de Toopil resultó ser mi lugar preferido en Rodia hasta el momento, ya que la habían limpiado de olores tanto como habían podido, en vez de intentar contrarrestarlos con un exceso de perfumes. Erredós me mostró el inventario de armas y armaduras después de descargarlo. Yo fruncí el ceño al ver los precios. No conocía con exactitud el estado de cuentas de la Alianza, pero no estaba seguro de que pudiéramos permitirnos un pedido grande. La guerra era cara… y no solo en vidas. Me dije que debía probar las armas para asegurarme que de merecían semejante dispendio.

Dejé a Erredós en la habitación cuando llegó la hora de desayunar con Soonta. Laneet golpeó suavemente mi puerta y me condujo a una sala especial del complejo de Armamento Utheel. Era un solario que también servía como cafetería, aunque no había ninguna familia comiendo. Parecía reservado para una clientela selecta. Rodianos lujosamente vestidos y un surtido de otras especies mantenían conversaciones tranquilas y apenas audibles sobre las notas de una sinfonía bith que flotaba en el ambiente, proveniente de unos altavoces. La luz del sol se filtraba por un enorme vitral que ocupaba toda la pared, bañando a todos los clientes en una luz coloreada. Estábamos sentados a una pequeña mesa redonda de restaurante, con tazas y platillos de porcelana frente a nosotros, todos de distintos colores debido al ventanal. Yo iba de blanco y Soonta se había puesto un conjunto verde oscuro salpicado de destellos de hilo plateado. Los comensales de otras mesas hablaban en voz baja, sus conversaciones eran poco más que un leve zumbido sobre la música bith, y me pregunté si aquel increíble vitral era el causante de aquella extraña atmósfera reverencial. Sin duda, los demás forasteros sentados con rodianos estaban igual de interesados por las armas de los Chekkoo como la Alianza, y me pareció extraño que todo el mundo estuviese negociando la compra de

armamento letal en un escenario tan apacible. Aquel tipo de negocio solía comportar cierta sordidez que los rodianos se negaban deliberadamente a promover.

Después de que nuestro sirviente se marchase con la comanda y Soonta me preguntase educadamente qué tal había dormido, esperé que me preguntase si había tenido oportunidad de echarle un vistazo a su catálogo y sugerirme un surtido de oferta o algo por el estilo. Pero me sorprendió.

—Perdona si me meto donde no me llaman, amigo Skywalker —dijo—, pero he notado algo extraño cuando te has sentado… ha sido un simple destello, que obviamente no debía haber visto, pero me parece tan interesante que no puedo evitar preguntar, aun a riesgo de parecerte grosera, ¿llevas una espada de luz?

Me quedé petrificado. Mi espada de luz estaba, por supuesto, escondida bajo mi túnica exterior, pero era evidente que no había prestado suficiente atención al vestirme aquella mañana para mantenerla bien oculta. No me gustaba dejarla donde alguien pudiese descubrirla cuando yo no estaba, por lo que siempre la llevaba encima. Aunque no era estrictamente un arma prohibida, su asociación con los Jedi solía convertirte en un criminal a ojos del Imperio. La disposición de los Chekkoo a hacer negocios con la rebelión quizá no llegaba al punto de consentir verse asociados con un simpatizante de los Jedi. Estábamos pisando un terreno resbaladizo.

—Es una pregunta muy interesante —contesté cautelosamente—. Supongamos, hipotéticamente, que sí. ¿Te ofendería o te escandalizaría? ¿O quizá tendrías la tentación de denunciarme a las autoridades imperiales?

—Ni mucho menos, ni muchísimo menos —me tranquilizó ella—. Debo confesar que mis opiniones sobre los Jedi no están en línea con la visión imperial oficial.

—¿En serio? ¿Y cuáles son esas opiniones?

—Apenas puedo expresarlas con palabras. Supongo que tengo algunas dudas sobre la versión oficial del Imperio acerca de recientes sucesos. La visión del vencedor raramente concuerda con la del vencido, es normal.

—¿No crees que los Jedi traicionasen al Emperador?

—Creo que tenían importantes diferencias con él, sin duda, y parece fácil creer que el Emperador se sintiese traicionado personalmente. Su comportamiento y retórica pública lo pintan como el tipo de hombre que ve cualquier desacuerdo como una traición. Pero no creo que los Jedi acostumbrasen a traicionar a nadie. Creo que eran más partidarios de mantener sus juramentos que de romperlos. Por supuesto, no tengo pruebas de nada de esto. Es una intuición, nada más.

—Una intuición extraordinaria, si no te importa que te lo diga. ¿Cómo llegaste a ella? —le pregunté.

—Un miembro de nuestro clan fue Caballero Jedi. Era mi tío, de hecho, y aunque su devoción por la Orden solía mantenerlo lejos de Rodia, lo vi unas cuantas veces. Por supuesto, venía para asuntos de Jedi, y ya se sabe que los Jedi descuidan sus vínculos familiares, pero me dijeron quién era e incluso tuve oportunidad de encontrarme con él un par de veces. Para mí era la personificación del honor.

Podía identificarme con aquella sensación porque Ben Kenobi me había causado el mismo efecto. Había estado en mi vida poco tiempo, pero se había ganado mi confianza y respeto de inmediato, aunque desde un punto de vista lógico no tenía motivos para confiar en los extraños. En ese momento, al hablar con otra persona que había conocido personalmente a un Caballero Jedi, me costó disimular mi excitación, pero en vez de gritar: «¡No me digas! ¡Cuéntamelo todo!», controlé cuidadosamente mi expresión para sonreír educadamente y dije:

—Eso es fascinante, Soonta. Si no te molesta que te pregunte, ¿cómo era, aparte de honorable?

—Se llamaba Huulik. Era un buen piloto… o como mínimo estaba bastante orgulloso de sus habilidades. Solía hablar de un Jedi que pilotaba como nadie, que también se llamaba Skywalker, por cierto. Por eso esa visión fugaz de una espada de luz me ha picado la curiosidad. ¿No tendrás algún pariente en los Jedi?

Se me aceleró el corazón.

—Sí. Mi padre fue un Jedi que combatió en las Guerras Clon.

Soonta parpadeó e inclinó la cabeza.

—¿Un *hijo* de un Caballero Jedi? Creía que los Jedi tenían prohibidas ese tipo de relaciones.

Aquello hizo que esbozase una media sonrisa irónica.

—En ese caso supongo que yo también las tengo prohibidas.

—Sin duda eso explica la coincidencia. Mi tío debía referirse a tu padre. Al parecer, aquel Skywalker le salvó la vida en la Batalla de Sedatris. Los acorralaron unos cazas droides y los escudos de mi tío estaban exhaustos cuando Skywalker se interpuso entre él y la siguiente descarga, que habría sido definitiva. Skywalker eliminó la amenaza inmediata y permitió que los escudos de mi tío se recargasen. Aquel día terminaron ganando. Según tengo entendido, combatieron juntos varias veces.

Aquella era la primera proeza concreta de la carrera de mi padre como Jedi que había oído en mi vida. Resultaba gratificante enterarse de que le había salvado la vida a un amigo.

—Gracias por contármelo.

—¿Tu padre sobrevivió a las Guerras Clon? —preguntó Soonta.

—No —dije, moviendo la cabeza—. Darth Vader le traicionó.

—Lo lamento. ¿Pero cómo te enteraste de eso?

—Me lo contó otro Jedi, Obi-Wan Kenobi.

—¡Kenobi! ¡Conozco ese nombre! Vino a Rodia durante las Guerras Clon para recuperar a un niño de otro clan, al que habían secuestrado. ¿Debo entender que sigue vivo?

Por un instante sentí que se me hacía un nudo en la garganta, pero conseguí decir:

—Ya no. Murió en la Batalla de Yavin.

—¡Ah! Así que un Jedi estuvo implicado en la destrucción de la Estrella de la Muerte. La victoria de la Alianza ahora adquiere mucho más sentido. Los Jedi pueden convertir tareas desalentadoras en mera rutina.

Decidí no mencionar que había sido yo el que había realizado el disparo final al tubo de escape. Además, Obi-Wan me *había* ayudado.

—¿Y qué fue de tu tío? —pregunté.

—Como a tu padre, le traicionaron. Le disparó un soldado clon que se suponía que estaba a su mando. Consiguió llegar a su nave, grabó un breve mensaje en su astromecánico explicando lo que le había pasado y le ordenó que lo trajese hasta aquí. No se le ocurría ningún otro lugar más seguro en toda la galaxia, lo que me pareció triste. Este nunca ha sido un planeta seguro. Pero cuando la nave aterrizó mi tío ya estaba muerto, las heridas que había sufrido eran demasiado graves para sobrevivir al viaje.

—Es terrible. Lo siento —dije—. ¿Su astromecánico sobrevivió al viaje?

—Solo en sentido físico. El clan borró su memoria para evitar que cayera en malas manos y nos pusiera en peligro. Escondimos su nave y le cavamos una pequeña tumba en la jungla, no sabíamos qué más hacer.

—Oh. Supongo que no sería… bueno, mira, Soonta, lo que has visto en mi cinturón *es* una espada de luz, me la dejó en herencia mi padre, y si puedo me gustaría llegar a ser un Jedi algún día. ¿Podría ir a mostrarle mis respetos a tu tío?

Las antenas de la cabeza de Soonta, que parecían ventosas sobre unos largos tallos, se echaron hacia atrás en lo que me pareció que debía de ser señal de sorpresa. O quizá era conmoción y cierto enfado. No conozco demasiado bien el lenguaje corporal rodiano y mis hombros se tensaron, preparándose para una respuesta airada. Aunque, en vez de eso, Soonta pareció complacida.

—Eso sería muy amable por tu parte. Yo también debería mostrarle los míos, además —Soonta dio un sorbo a su café—. Eres un potencial cliente. Podemos tomar prestados un par de deslizadores como prueba de pilotaje y visitarlo ahora, si quieres. La tumba no está lejos de aquí.

—Me parece genial —dije—. En realidad no tengo hambre. Si quieres podemos marcharnos ya.

—No se hable más.

Salir del apacible solano y cruzar toda la instalación de Armamento Utheel fue a la vez refrescante e incómodo. Era agradable caminar por un terreno abierto en vez de por túneles subterráneos o los cerrados confines de una nave, pero las instalaciones manufactureras no son célebres por su paz y tranquilidad. El ruido de las soldaduras y la maquinaria asaltaba nuestros oídos y las vibraciones del metal cortado nos sacudían los huesos hasta el punto que empecé a añorar el silencio del espacio.

Taneetch Soonta habló con el supervisor del almacén y consiguió dos motos deslizadoras muy coloridas para una excursión de un día. Nos dirigimos al norte, a la jungla, cortando el aire húmedo como si hiciésemos esquí acuático. Yo seguía a Soonta, serpenteando entre los árboles justo por debajo de las copas y por encima de la maleza.

La humedad era realmente increíble y sentía su opresión incluso con el viento que me golpeaba en la moto. Me caían gotas de sudor por el cuello y la espalda, la ropa se me pegaba a la piel y me resigné a marinarme. El calor seco de Tatooine a veces era como estar en un horno, pero aquí era más como bañarse en una olla. Tras pasar el desfiladero que reconocí como el que conducía al muelle de contrabando, descendimos un klick hasta donde los árboles empezaban a estar más dispersos y el mal drenaje creaba un pantano de agua oscura repleta de algas verdes. Aunque no era una extensión de agua infinita. Pequeñas islas de marga esponjosa brotaban del pantano, ofreciendo lugares para enraizar a árboles y arbustos, y Soonta me llevó a una de roca muy sólida. Solo había disponible un pequeño espacio al borde; la isla estaba tan abarrotada de árboles y espesa maleza que en realidad no había ningún otro sitio para aterrizar. No vi el mausoleo hasta que nos posamos en un saliente de piedra cubierto de musgo, apenas medio metro por encima del pantano. Era una pequeña estructura de piedra camuflada por enredaderas. Antes de que el zumbido de los repulsores de nuestras motos se disipara, Soonta me urgió a desmontar rápidamente. La tensión de su voz chocaba con el lánguido croar de las ranas y las conversaciones aburridas de pájaros alienígenas.

—Deberíamos apartarnos del borde del agua —dijo Soonta—. Por si hay ghests cerca.

—¿Ghests?

—Sí —dijo ella, colocando la mano en mis lumbares y alejándome amablemente de los deslizadores, llevándome hacia unos arbustos espesos que me retaban a atravesarlos sin pincharme ni arañarme con sus espinas—. Son grandes criaturas a las que les gusta nadar lentamente antes de abalanzarse a cazar comida en la orilla, en particular herbívoros y pájaros, y nosotros acabamos de bajar del cielo y posarnos en la orilla…

La frase de Soonta quedó interrumpida cuando una enorme figura con escamas surgió del pantano y se abalanzó sobre mi moto deslizadora, envolviéndola con sus zarpas y mordiendo las veletas de dirección delanteras con unos dientes afilados que le llenaban la boca. Retrocedimos torpemente cuando el ghest rugió, frustrado al descubrir que se había lanzado sobre algo que no era carne, y estrelló la deslizadora contra el saliente de piedra con sus potentes brazos, destruyendo las veletas e inutilizando el vehículo. El ghest giró sus pálidos ojos redondos hacia nosotros y siseó mientras volvía a sumergirse en el agua, desapareciendo por completo y dejándonos con el corazón acelerado y una sola deslizadora útil.

—Te entiendo perfectamente —dije—. ¿Crees que volverá a intentarlo?

—Cuando nos marchemos, sí. Sin duda —dijo Soonta—. Prefiere las emboscadas. Ahora sabe que las deslizadoras no son comida pero nosotros sí. Estará vigilando.

Me di cuenta de que nosotros no teníamos manera de vigilarlo a él. El agua del pantano no permitía ver nada de lo que se movía bajo la superficie.

—¿Podemos dispararle? —pregunté.

—Sí. Pero es considerablemente difícil matarlo a tiros antes de que te parta por la mitad de un mordisco. Ya no se cazan tanto como antes, pero cuando se hace, se cazan en

equipo. Equipos que suelen regresar con un ghest muerto y como mínimo un rodiano muerto.

—Hum. ¿No nos seguirá por tierra?

—Es técnicamente posible pero muy poco probable. Los ghests son mucho más lentos en tierra y les parece una debilidad. Prefieren los golpes rápidos.

Nos quedamos en silencio un par de minutos, buscando algún indicio de movimiento en las oscuras aguas. La superficie estaba lisa y no parecía que hubiese nada acechándonos allí abajo. En ese momento se me ocurrió que aquello era fruto de la lamentable planificación de Soonta.

—¿Por qué aterrizamos tan cerca de la orilla?

—No había ningún otro sitio para hacerlo. Ya lo viste mientras veníamos.

—¿Y te arriesgas a sufrir un ataque como este cada vez que visitas el lugar en que reposa tu tío?

—Casi nunca. Alguien de la familia despeja un camino y una zona de aterrizaje cuando lo visita. Pero la jungla es potente y crece rápidamente. Además, hace mucho que no viene nadie. Puede que yo fuese la última, y de eso hace casi un año estándar.

—¿Y cómo vamos a volver?

—Tendremos que ir los dos en mi deslizadora.

Señalé las aguas calmas en las que esperaba el ghest.

—Pero esa cosa no nos dejará despegar. ¿No puedes llamar a alguien para que venga a buscarnos?

—Sé por experiencia que desde aquí mi comunicador no conecta con nadie.

—¿Y una bengala de emergencia?

La rodiana hizo el leve giro de cabeza hacia la izquierda que significaba no.

—Estos modelos de muestra no están completamente equipados. Se construyen pensando más en la velocidad que en la seguridad. Nuestros clientes siempre quieren demostraciones de velocidad pero nunca nos piden una demostración de nuestros servicios de emergencia.

Suspiré frustrado.

—Bueno, entonces, hagamos lo que veníamos a hacer y ya nos preocuparemos más adelante por cómo salimos de aquí —dije.

—De acuerdo —dijo Soonta y fuimos al mausoleo. Sacó un cortador manual para abrir camino entre la maleza, lo que nos permitió llegar en pocos minutos y ahorrarle a nuestra ropa y piel unos cuantos arañazos y pinchazos.

El mausoleo no estaba señalado de ninguna manera, ni había ninguna lápida que explicase quién estaba allí enterrado. Soonta se arrodilló en la tierra blanda, frente a la puerta de piedra gris, y yo la imité, inclinando la cabeza. Ella dijo algo en su idioma que no entendí pero sonó solemne y respetuoso. Yo esperaba que mi silencio se interpretase de la misma manera. Pero no podía evitar pensar qué podría haber dentro de la tumba. Sé que Soonta me había dicho que el cuerpo de su tío había aparecido en el interior de su nave, ¿pero seguía allí? No creo que pueda olvidar nunca la visión de la túnica vacía de

Obi-Wan. Esa forma de morir seguía sin parecerme factible… y la había visto con mis propios ojos. Me preguntaba si quizá aquel Huulik habría desaparecido en la nada como Obi-Wan.

Cuando Soonta terminó su oración, le dije:

—Perdona que te lo pregunte, pero… ¿podemos verlo?

La rodiana inclinó su cabeza ligeramente hacia mí y me miró con sus enormes ojos negros.

—¿Antes has dicho la verdad? ¿De verdad deseas convertirte algún día en un Jedi o solo es una fantasía?

—Sí, lo deseo de verdad. Más que nada.

—En ese caso, deberíamos entrar.

La ayudé a abrir la puerta y el interior desprendía el mismo olor húmedo y mohoso que el exterior. Varias babosas y una serpiente huyeron rápidamente de la repentina irrupción de luz solar. En el centro de la sala había un sarcófago, prácticamente cubierto por una alfombra de liquen.

—Ahí dentro hay algo para ti —dijo Soonta, señalando con un dedo verde.

—Eh… ¿En serio? ¿El qué?

—Ayúdame a mover la tapa.

No discutí porque en realidad era lo que quería, pero su entusiasmo me desconcertó. Supuse que no sabía gran cosa sobre los tabúes de la cultura rodiana respecto a los muertos y decidí seguir adelante. Levantamos una esquina de la losa juntos y la apartamos hasta que quedó al descubierto la mitad superior de los restos de Huulik. No quedaba mucho, pero era evidente que no había pasado a otro tipo de estado de existencia como Obi-Wan. Aparte de los huesos aún quedaban trozos de la toga, matas rizadas de hilos endurecidos que habían sobrevivido a los elementos y los habitantes del pantano. Soonta se inclinó y metió la mano en el sarcófago, tapándome la vista. Al sacarla llevaba un grueso cilindro negro en ella.

—Esta es la espada de luz de Huulik, creo. La enterramos con él porque no sabíamos qué hacer con ella.

—¿Aún funciona?

—No lo sé —me la pasó—. Prueba a ver. Es tuya.

Parpadeé.

—¿Me la estás regalando? ¿No se opondrá algún familiar?

Soonta encogió las antenas.

—A estas alturas sospecho que soy el único miembro de mi familia que sigue viniendo a visitarlo. Y ahí enterrada no sirve de nada. Creo que es un legado más adecuado para ti que para mí. Quizá puedas aprender algo de ella y convertirte algún día en Jedi, como tu padre y mi tío. Sería bueno tener a los Jedi de vuelta, creo.

Era un regalo sorprendente y me costó mascullar una respuesta.

—Gracias —conseguí decir al cabo de un rato, aunque no era lo más apropiado—. Es un honor.

La espada de luz de Huulik estaba diseñada para una mano rodiana y no me resultaba muy cómoda. Tenía un acabado negro mate y un extraño tacto resbaladizo; no sabía si aquel era su estado original o si algún fluido biológico la había empapado. Apuntándola hacia otro lado, la encendí, esperando que la celda de energía ya estuviese gastada. Pero se activó y zumbó con fuerza en un filo brillante color amatista.

—Vaya, una cosa así —dijo Soonta—, te podría permitir sobrevivir al ataque de un ghest.

Necesité un momento para procesar sus palabras, pero cuando lo hice la miré fijamente.

—¿Quieres decir que salga ahí fuera como cebo, con la espada de luz delante?

—Ahora tienes dos, ¿no? Las opciones de que el ghest se coma una espada de luz antes que a ti son bastante elevadas.

Sonreí. Soonta tenía un sentido del humor extraño, pero también tenía razón. Me protegerían mejor de un ataque dos espadas de luz que un solo blaster, que tendría que apuntar y disparar una fracción de segundo antes de ser devorado. Apagué la espada de luz rodiana y dije:

—Supongo que Huulik no trajo nada más, ¿por ejemplo, un manual detallado de cómo entrenar para convertirte en Jedi?

—No, nada de eso, por desgracia. Yo misma lo habría intentado de haber sido así, aunque no puedo sentir la Fuerza.

—Bueno, te agradezco mucho esto —hice girar la empuñadura de la espada de luz en mi mano, pensando—. ¿Dijiste que le disparó uno de sus soldados?

—Eso decía su grabación. No teníamos manera de confirmarlo. Preguntarle a la guarnición local si alguien había podido disparar a un Caballero Jedi rodiano atraería una atención no deseada. Pero las repercusiones son asombrosas, ¿verdad? Viéndolo desde esa perspectiva, puede que fuesen los Jedi los traicionados, no el Emperador.

Volví a desear haber pasado más tiempo con Ben. No solo podría haberme enseñado cosas sobre la Fuerza, también habría podido llenar muchos vacíos gigantescos en mi conocimiento de la historia de las Guerras Clon. La versión de los acontecimientos del Imperio era sin duda interesada, pero no había ninguna otra disponible. Mis tíos nunca me hablaban de esas cosas, por mucho que se lo suplicara. Me sentía disminuido por mi ignorancia.

—Me has dado mucho que pensar. Bueno, si conseguimos salir de aquí.

Aunque Soonta me dejase allí para ir a buscar ayuda, necesitaría llegar a su moto deslizadora a salvo, y no había ninguna garantía de que pudiese hacerlo. Si el ghest seguía esperando en el pantano, podría abalanzarse sobre ella fácilmente antes de que pudiese despegar. Necesitábamos eliminar la amenaza antes de que ninguno de los dos intentase montar en la moto deslizadora. Desenfundé la espada de luz de mi cinturón, caminé hasta el borde del agua con un arma en cada mano y las encendí. Me agaché para minimizarme como blanco mientras avanzaba, sosteniendo las espadas de luz paralelas al suelo y en diagonal para proteger ambos costados, convirtiéndome en la base de un

triángulo. El ghest debería ser extremadamente rápido y ágil para cazarme sin cortarse. El problema era que, por lo que había visto, parecía ser así de rápido y ágil.

Las aguas oscuras no daban indicios sobre el paradero del ghest, solo la promesa de esconder una cadena alimenticia en sus profundidades en cuya cima no quería estar. El simple hecho de acercarme a la orilla me hizo sentir como el almuerzo de alguien.

Insectos, pájaros y anfibios seguían zumbando, gorjeando y croando, ajenos a mis problemas, pero su ruido existía en más sentidos que el auditivo. Cuando proyecté mis sensaciones e intenté localizar el ghest con la Fuerza, lo único que percibí fue la abrumadora sensación de vida a mi alrededor; nada tan concreto como un pájaro, pez o depredador determinados. Sabía que muchas de las criaturas estaban hambrientas y querían comerse otras criaturas, pero no tenía la sensación de que ninguna en particular quisiera comerme a mí.

Allí me quedé, cambiando el peso de lado a lado y moviéndome ligeramente para parecer vivo, con las espadas de luz zumbando, durante cinco minutos.

—Quizá se ha marchado —dije finalmente—. ¿Y si intentas traer el deslizador que queda y vuelves a recogerme? Yo te cubriré cuando montes.

Soonta dijo:

—Supongo… —y entonces el ghest surgió hacia la izquierda del pantano, un destello de movimiento demasiado rápido para poder seguirlo. Por mero reflejo, lancé la espada que llevaba en la mano izquierda hacia allí, al mismo tiempo que caía hacia atrás y giraba la mano derecha una fracción de segundo demasiado tarde. Ambos movimientos se conectaron, pero el ghest hizo de las suyas. Su cabeza superó y penetró mis extrañas defensas y hundió sus dientes en el tejido blando que hay entre mi hombro izquierdo y mi cuello. Pero no siguió mordiendo ni intentó alcanzarme la garganta; cuando caímos al suelo, su cabeza y hombros no estaban unidos al resto del cuerpo. La estocada de mi espada de luz lo había seccionado completamente, dejándome vivo pero con los dientes de un ghest muerto enterrados en mi carne.

Soonta vino corriendo a ayudarme.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sobreviviré. Creo.

—Casi nadie sobrevive a un ataque, así que buen trabajo.

La cabeza mojada agarrada a mi cuerpo no me hacía sentir como un ganador.

—Ugh. La verdad es que no ha sido nada deliberado. Más bien, reflejos en pánico y unas armas muy buenas. Tenías razón, habría sido imposible dispararle con un blaster.

Apagué las espadas de luz y me estremecí un poco por la adrenalina y la conciencia de haber estado muy cerca de la muerte. Un par de centímetros más y el ghest me habría alcanzado la garganta y me habría desangrado irremediablemente.

La mandíbula del ghest no se había bloqueado, así que abrirla fue más doloroso que difícil.

—Tengo que llevarte a la enfermería —dijo Soonta, tirando la cabeza al pantano antes de ayudarme a incorporarme. El cuerpo largo y sinuoso del ghest estaba medio

sumergido, como un tronco verdoso que terminaba en sangre sobre las rocas—. Cuanto antes mejor. Ir los dos, con más o menos dificultades, en la deslizadora será más rápido que ir a por otro y volver hasta aquí.

Tomó unas holos de la deslizadora dañada y el cuerpo del ghest con su datapad antes de marcharnos.

—Tengo que explicar lo que ha pasado si no quiero que me la descuenten del sueldo.

Nos apretujamos en la deslizadora que quedaba; rodeé con mi brazo derecho su cintura e hice todo lo que pude para soportar su acrimonia personal. Sabía que en el futuro recordaría aquella experiencia y la consideraría positiva, porque no sabía qué podría aprender de la espada de luz de Huulik, pero en aquel momento, sintiéndome débil y mareado por la pérdida de sangre, los malos olores y la humedad excesiva, pensé que aquel era el peor viaje en deslizador de toda mi vida.

CAPÍTULO TRES

Cuando me parchearon y volví a mi habitación en Toopil estaba demasiado tenso para dormir y no se me ocurrió nada mejor que emplear el tiempo en examinar detenidamente el regalo de Soonta.

Esforzándome por relajarme y abrirme a la Fuerza, activé la espada de luz de Huulik y me maravillé ante la peculiaridad de su empuñadura; aunque la limpié con un trapo húmedo y eliminé todos los restos de suciedad, seguía pareciendo querer escapar de mis manos con una tensión resbaladiza y viscosa que no existía en mi propia espada de luz. ¿Se debía a que la había fabricado un rodiano en vez de un humano? ¿O mi espada de luz me resultaba más cómoda porque la había construido mi padre?

El filo no era de luz pura, por supuesto: era energía del mismo tipo que la de las celdas de energía que alimentaban los blasters, creada haciéndola pasar por un cristal kyber como plasma supercaliente que giraba en la punta y regresaba hasta la empuñadura. No desprendía calor hasta que tocaba algo sólido, el resto del tiempo su poder estaba contenido por un campo de fuerza. Sabía eso y poco más. Quería ver cómo funcionaba… cómo estaba construida. Nunca me había atrevido a desmontar mi espada por miedo a no ser capaz de volver a montarla, pero Soonta me había dado la espada de Huulik para aprender lo que pudiese con ella, así que iba a correr ese riesgo.

La desactivé e inspeccioné detenidamente la empuñadura. No había tornillos, interruptores ni ninguna marca de ensamblado. Excepto por el botón de encendido y el selector que ajustaba su fuerza, parecía un artefacto sólido, como si hubiese sido moldeado así por la naturaleza. Puede que el tambor fuese una pieza sólida, aunque hueca, colocada sobre el ensamblado. Y quizá la clave para abrirla no era algo visible.

En mi habitación había un escritorio y una silla sencillos, así que me senté y coloqué la espada sobre la mesa, con el emisor apuntando hacia otro lado por seguridad. Como antes, me abrí a la Fuerza, pero ahora intenté concentrarme en la espada de luz y sentir la Fuerza inherente a ella. Cerrando los ojos, examiné la parte superior de la empuñadura, justo debajo del emisor, con los dedos, buscando alguna pista táctil. La superficie conservaba la misma sensación resbaladiza extraña, pero no detecté nada inusual en la parte superior, alrededor del botón ni el selector, ni en el resto de la empuñadura. Cuando pasé el dedo por la base, sin embargo, en el sentido de las agujas del reloj y después en sentido contrario, con los ojos cerrados e intentando sentir la Fuerza, un chasquido anunció la presencia de una fisura longitudinal en la empuñadura; otro chasquido suave y el revestimiento se soltó, revelando otra cubierta de metal, más parecida a la de mi espada, con pernos visibles. Erredós los desatornilló por mí y pude levantar media cubierta y mirar el interior.

La celda de energía de la base estaba aislada y no tenía ningún interés. Sobre esta había una plataforma del cristal concentrador principal que daba su color a la espada de luz. Dos cristales adicionales flotaban sobre ella, balanceándose tan precariamente en un caballete de montaje que se podían alterar fácilmente; cosa que había sucedido. Estaban

inclinados y temí haber sido el causante de aquello durante el proceso de desmontaje. La espada de luz no funcionaría bien, aunque volviese a montarla; sin un enfoque adecuado no podía saber qué pasaría cuando intentase encenderla. Podía explotar. Y alinear aquellos cristales a mano sería imposible… percibí que se debía hacer con la Fuerza y que solo a través de ella sabría si estaban bien alineados o no. También había pedazos de cristal finísimos, de una amatista preciosa y nítida, que se podía rasguñar o enturbiar con la manipulación. Moverlos con precisión con la Fuerza garantizaría que se conservasen en perfecto estado.

La estructura de la espada de luz me confirmó lo que ya sospechaba: lejos de ser una mera sensación de interconexión que podía orientar tus actos o un método para engañar a los débiles de espíritu, la Fuerza podía utilizarse para manipular objetos sólidos. Sin embargo, la habilidad necesaria para construir una espada de luz, o incluso para volver a montar aquella, estaba entre uno y cinco parsecs por encima de mis habilidades de ese momento.

Hice que Erredós tomase holos de la espada de luz mientras desmontaba el resto para futuros análisis y después pensé que debía trabajar en aquellas habilidades en la Fuerza si quería volverla a montar o construirme una.

Obi-Wan nunca me había hablado de la telequinesia. Lo más probable es que no fuese lo bastante fuerte para empezar a entrenar una materia tan avanzada. Pero eso no significaba que no debiese intentarlo. Podía empezar con algo pequeño e inofensivo. En la esquina más alejada de la mesa había unos cuantos vegetales tristes en la bandeja del almuerzo. Imaginé que la raíz del cranker, en particular, parecía deprimida donde estaba y que no le importaría moverse un poco. El más humilde de los vegetales rodianos, hervido y revenido, estaba sobre un charco de aceite en una bandeja de porcelana. Su perspectiva sería mucho mejor si abandonaba el valle de la bandeja, por llamarlo así, y se trasladaba a la cima del borde, donde podría disfrutar de las fabulosas vistas del escritorio y los restos esparcidos de la espada de luz de Huulik.

Antes de empezar, me di permiso para fallar. Iba a ser mi primer intento, en definitiva, y era inútil disgustarme o enfadarme conmigo mismo si no tenía éxito inmediatamente. Obi-Wan decía que el hombre que mató a mi padre, Darth Vader, había cedido a la seducción del lado oscuro de la Fuerza. Supuse que se refería a emociones más siniestras, como el miedo, la ira y la culpa, pero las palabras que eligió me desconcertaron; nunca pensaría que las emociones siniestras fuesen seductoras ni hiciesen planes para corromper deliberadamente a alguien. Para mí eran emociones despertadas por sucesos que se vivían intensamente y que después se difuminaban, no estados permanentes. Pero Obi-Wan probablemente sabía de lo que hablaba y me pareció que no podía correr el riesgo de ignorar el ejemplo de Vader. Eso significaba que debía ser extremadamente cauto ya que no tenía a nadie cerca para entrenarme. La raíz de cranker no parecía ni mucho menos peligrosa. No había leído nada sobre aquellos «seducidos» por el lado oscuro, pero dudaba que ninguno de ellos hubiese sido corrompido por un vegetal de dudoso valor nutritivo. Aquello parecía seguro.

Acerqué la bandeja hasta que tapó mi visión del escritorio. La raíz de cranker estaba inerte, amarillenta y flemática bajo la luz amarilla del panel filtrado de la habitación. Su peso era insignificante. Debería de ser sencillo utilizar la Fuerza para sacarla de la bandeja, sobre todo teniendo en cuenta que las condiciones eran óptimas.

El primer paso, en realidad el único que conocía, era despejar mi mente y proyectarme hacia la Fuerza. Muy fácil de decir pero no tan sencillo en la práctica. A veces sencillamente sucedía, sin que me diese cuenta, pero siempre que me decía a mí mismo que debía despejar mi mente era como si esas palabras quedasen suspendidas en mi conciencia, una imagen de letras blancas sobre un fondo verde: DESPEJA TU MENTE. Que no ayudaba. Pensar «TE LO DICE A TI» tampoco ayudaba. Enviar más pensamientos a despejar a los viejos de mi cerebro era sumergirse en un círculo vicioso. ¿Cómo conseguían los Jedi hacerlo de manera fiable y en el momento justo?

Meditar y llegar a un estado de calma estando solo era muy distinto a sentir la Fuerza en combate o mientras pilotas o practicas contra drones. Cuando me abría a la Fuerza en esas situaciones, era un proceso más instintivo, me sentía orientado y prevenido casi sin esfuerzo, quizá gracias a un estado de preparación para el combate de acción/reacción en el que no hay tiempo para pensar, y una profunda conciencia de estar en peligro.

La raíz del cranker representaba lo contrario del peligro. Puede que ese fuese mi problema; necesitaba presión para mejorar mis habilidades, para alcanzar un estado instintivo ajeno al pensamiento. Pero aunque eso fuese cierto, no podía conformarme con ese estándar. Tenía que ser capaz de hacerlo por mí mismo, a través de un esfuerzo consciente… ¿o sería inconsciente si lograba despejar mi mente?

«DESPEJA TU MENTE», me repetí. Las palabras se resistían tenazmente a despejarse y empezaban a parpadear insistentemente reclamando mi atención. Aquello no funcionaba.

Suspiré y eso me dio la idea de concentrarme en mi respiración. Cada respiración aquietaba la agitación de mis pensamientos un poco más. Las tres palabras parpadeantes que me molestaban y se burlaban de mí fueron disipándose gradualmente mientras mis pulmones se llenaban y vaciaban y ese ritmo se imponía sobre todo lo demás. La Fuerza giraba alrededor de mí y en mi interior, remolinos de energía que podía percibir y sentir pero que aún debía dominar o controlar. Proyectándome a través de la Fuerza, con los ojos cerrados, encontré la bandeja, un frío disco de cerámica. Encontré la raíz del cranker, muerta ya, pero algo percibido como fundamentalmente distinto a la bandeja. Eso era un principio. ¿Pero ahora qué? Si simplemente me imaginaba el cranker moviéndose, ¿sucedería? ¿Y si…?

Laneet Chekkoo apareció repentinamente.

—Perdona, amigo Skywalker, pero hay un grave problema.

El Imperio ha emitido una alerta planetaria de búsqueda y captura de una nave igual que la tuya, si no te marchas inmediatamente, podrían descubrirte aquí.

—¿Qué? ¿No podemos escondernos en el muelle de contrabando?

—Las posibilidades de que te vea algún espía son demasiado altas. Estamos intentando evitar que los que conocemos investiguen el puerto espacial, pero no podemos

contenerlos eternamente y probablemente hay otros que no conocemos. Si te ven aquí, preferimos que te vean marchándote. Podemos venderle cosas de contrabando a la Alianza, pero no podemos desafiar abiertamente al Gran Protector o el Imperio.

—Muy bien, entiendo. Solo un momento —recogí las piezas de la espada de luz de Huulik y las metí en una bolsita—. Vamos, Erredós —dije—. Tenemos que huir y escondernos, otra vez.

CAPÍTULO CUATRO

Tomamos una ruta más larga para volver a la flota, un camino sinuoso que implicaba forjar una nueva vía hiperespacial entre Kirdo y Orto Plutonia; pero solo después de escanear la nave en busca de rastreadores y software espía. Sin presión inmediata y el enorme lujo de disponer de tiempo, Erredós minimizó el riesgo inherente de viajar por vías hiperespaciales desconocidas en conjunción con la computadora de navegación de la *Joya del desierto*.

El almirante Ackbar y la princesa Leia me sorprendieron al tomar una lanzadera desde la nave de mando *Redención* para subir a bordo de la *Promesa*, donde estaba atracada la *Joya del desierto*. Querían verme inmediatamente y llegaron al camarote del capitán con 3-PO zumbando tras ellos. El droide de protocolo parecía haber disfrutado de un baño de aceite y pulido reciente, y estaba casi exultante por ver a R2-D2.

—Ha sido un viaje bastante productivo —dije—. Erredós tiene el catálogo completo del armamento rodiano…

—Excelente —dijo Ackbar en voz baja, haciendo un gesto como si aquello fuese irrelevante. Me había dado cuenta de que el mon calamari cortaba o hacía caso omiso de cualquier cosa que no condujese inmediatamente hacia su objetivo inminente—. Pero nos interesa mucho más lo que te pasó en el sistema Llanic.

¿Cómo se habían enterado de eso?

—No pude hacer escala en Llanic —dije—. Encontré una nave en apuros y no pude soportar la idea de verla destruida por cazas TIE, así que la ayudé a escapar. Sé que fue una estupidez, que comprometí la misión y quizá la seguridad de la flota, y pido disculpas por eso.

—Enviaremos a otro a Llanic, Luke —dijo Leia. Llevaba su larga melena negra recogida en una cola que le caía por la espalda y un atuendo práctico y desenfadado con pantalones, túnica y botas—. Y no te preocupes… ayudar a esa nave como lo hiciste fue vital. Transportaba información que podría cambiar las tornas a nuestro favor.

—¿En serio?

—En la nave iba un espía kupohano que ha proporcionado información crucial. Al parecer, hay una mujer givin recién llegada a Denon capaz, si las informaciones son ciertas, de penetrar en casi cualquier sistema. Es una genio de la criptografía que hace saltos intuitivos que los droides no pueden hacer y adapta su propio hardware. El Imperio la tiene allí, en una especie de jaula de oro, intentando convencerla de que use sus talentos para penetrar en nuestros códigos y los de los demás grupos que vigilan. Le han dado libertad para moverse por el planeta, pero está permanentemente vigilada. A través de un contacto kupohano en Denon envió un mensaje completamente matemático que Trespeó tardó casi un día en descifrar. Dice que trabajará con nosotros y contra el Imperio si conseguimos llevar a su familia y después a ella a Omereteh.

—¿Dónde está Omereth?

—Más allá del espacio hutt —respondió Ackbar—. Es un planeta fundamentalmente acuático, con algunos archipiélagos.

He visto holos. Parece precioso, pero no ofrece gran cosa a la mayoría de especies de la galaxia, aparte de los peces, por lo que está prácticamente deshabitado.

—¿No hay especies acuáticas inteligentes allí?

—Solo los valientes de otros planetas que lo visitan, según me han dicho. El problema es que muchos de los peces nativos son bastante grandes y hambrientos. Nadar es peligroso. No es el tipo de mar en el que me gustaría meterme.

—Luke, podemos hacer que el mayor Derlin y su equipo se ocupe de trasladar a la familia —dijo Leia—, pero nos gustaría que tú sacases a la criptóloga de Denon y la llevases a Omereth.

—¿Por qué yo?

—Eres uno de nuestros mejores pilotos y se necesitará un buen pilotaje para salir de allí. Cuando el Imperio se entere de que alguien se la ha llevado, querrán recuperarla como sea. Lo sabemos por la implacable persecución a los kupohanos. De no ser por tu intromisión, no habrían salido vivos.

—¿Estáis seguros de eso? Solo le seguían dos TIE y los eliminé con bastante facilidad. Es decir, uno se giró para atacarme pero terminó dando media vuelta y ofreciéndome un blanco abierto. ¿Y si fue una trampa?

—No lo creo —dijo Ackbar—. Los escudos de la nave kupohana estaban casi agotados y los TIE la habrían destruido al cabo de un par de minutos. No podían saber que aparecerías en ese momento. Estaban esforzándose al máximo para eliminar a los kupohanos y cerrar aquella filtración en su seguridad.

—Aún no disponemos del *Halcón Milenario* —prosiguió Leia—, así que creo que, teniendo en cuenta que necesitamos una nave muy rápida con espacio al menos para un pasajero y un droide, la *Joya del desierto* es nuestra mejor opción.

—Ahora es una nave buscada —le recordé, pero Leia no le dio importancia.

—El *Halcón Milenario* está buscado en todas partes. Solo tenemos que cambiar los códigos del transpondedor y listo.

—Pero la *Joya* casi no tiene armamento —comenté—. Eso será un serio inconveniente si tenemos que enfrentarnos con interferencias imperiales significativas. Es necesario que podamos defendernos. Esta nave no está preparada para este tipo de misión si no se le realizan algunas mejoras.

Leia intercambió una mirada de incerteza con el almirante Ackbar.

—Mejorar el armamento en una nave como esa podría ser complicado —dijo Ackbar, con unas consonantes resbaladizas y las vocales burbujeando porque su voz, habituada al agua, tenía problemas en el aire seco de la nave.

—¿Por qué?

—La Alianza no dispone de muchos fondos. Ya tenemos dificultades para mantener la flota de la que disponemos, por no hablar de mejorarla. Sin embargo, aún queda tiempo hasta que tengas que marcharte. Los kupohanos necesitan un par de semanas para

establecer la rutina de la givin y buscar el punto flaco de su seguridad, así tendrás más posibilidades de lograrlo. Si encuentras recursos para mejorar la nave para entonces, como sea, adelante.

Algo no encajaba.

—¿Acabáis de mandarme a ver a los rodianos y hablarles de comprar armamento y ahora me decís que no podéis permitíroslo?

—Más adelante tendremos dinero, Luke —me tranquilizó Leia—, pero no sabemos cuándo exactamente. Esperar que una rebelión disponga de liquidez es como… —se detuvo para buscar una comparación adecuada— …como esperar que Han Solo actúe racionalmente —giró la cabeza hacia los droides—. Trespeó, a ti te divierte calcular estas cosas, ¿qué es más probable, que la Alianza disponga de liquidez o que Han Solo actúe racionalmente?

—Aunque ambas cosas son poco probables, princesa, la liquidez es mucho más factible.

Ella frunció el ceño.

—Eso pensaba.

Se me ocurrió que Leia quizá estaba algo resentida con Han porque estuviese lejos, ocupándose de sus asuntos, en vez de estar ayudando a la Alianza. No pensaba decirle nada a él, por supuesto: lo interpretaría como que ella lo echaba de menos. Y hablando de gente que no estaba…

—¿Nakari Kelen ha vuelto de su misión de entrenamiento en la superficie? —pregunté.

—Sí —contestó Ackbar—. ¿Por qué?

—Bueno, ella quizá podría solucionar los problemas de financiación. Si no me equivoco, su padre es muy rico.

—Lo sabemos, pero según ella, el uso de su nave es todo lo que está dispuesto a considerar en estos momentos.

—Quizá cambie de idea si Nakari está directamente implicada. ¿Puede ayudarme en esto? Me iría bien alguien que me guardase las espaldas y ella debe de ser muy competente con su arma de proyectiles si la habéis puesto a entrenar a los demás soldados.

—Tienes razón, es más que competente. No tengo ninguna objeción —dijo Ackbar.

—Genial —sentí una oleada de algo parecido a la victoria y me pregunté el porqué. La respuesta obvia era que me había enamorado después de un breve encuentro con ella, aunque esperaba que no fuese eso. En definitiva, apenas la conocía. Lo único que sabía era que había visto lo suficiente para querer ver más, ¿quién podía culparme por desear que fuese tan adorable como me había parecido? Esperando que ni mi voz ni mi expresión delatasen mis sentimientos, dije—: Trespeó, ¿te importaría pedirle a Nakari Kelen que se reúna con nosotros? Debe de estar por la nave.

—Por supuesto, amo Luke.

No estoy seguro de si mi voz se mantuvo neutra en ese momento. Leia entrecerró los ojos y frunció los labios, como si quisiera preguntar algo, pero yo lo impedí sumergiéndome en una descripción del muelle de contrabando de los Chekkoo y sus operaciones encubiertas bajo Armamento Utheel. Cuando la rebelión volviese a tener las arcas llenas, en Rodia dispondría de un gran abastecedor.

Nakari se reunió con nosotros y me dedicó una amplia sonrisa. No iba ataviada para el trabajo en el terreno; con zapato plano en vez de botas y desarmada.

—Gracias por traer mi nave en perfecto estado —dijo.

—De nada —contesté. Le contamos rápidamente lo que queríamos que hiciera—. ¿Crees que tu padre querría mejorar la nave si formas parte en una misión como esa? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Nunca gasta dinero en nada que no beneficie de alguna manera su negocio. El único motivo por el que me permitió volar con la *Joya del desierto* fue que realizase misiones de exploración en nuevos planetas y cazase bestias raras con algún tipo de peculiaridad biológica que sus laboratorios pudiesen explotar. Yo mejoré la mayor parte de la nave, aunque me ayudó a conseguir el hiperimpulsor. Una nave más rápida significaba menos tiempo de viaje y una potencial ventaja sobre sus competidores.

—Oh —aquello era decepcionante pero comprensible. No se me ocurría en qué podría ayudar a sus laboratorios armar la nave para combatir al Imperio.

—Aunque quizá pudiéramos ganarnos su gratitud —mascullό ella—. Has dicho que aún teníamos un par de semanas, ¿verdad?

—Sí. Tenemos algo de margen porque estamos esperando más información.

—Bien, hace poco perdió contacto con un equipo de recolección y necesita urgentemente organizar una misión de rescate.

—¿Qué es un equipo de recolección?

—Básicamente cazadores y recolectores. Cuatro o cinco personas que van a varios planetas para recoger especímenes para los laboratorios —su voz se hizo más profunda y pegó la barbilla al cuello, probablemente imitando a su padre—. ¡Vamos, esbirros, cazadme trescientas babosas ácidas yathik! —su voz y postura recuperaron la normalidad—. Ese tipo de cosas.

Su interpretación me hizo gracia y sonreí, sin llegar a reírme porque los gigantescos ojos del almirante Ackbar parpadearon, como si se estuviese impacientando.

—Vale, entiendo.

—Uno de los exploradores de papá descubrió algo recientemente en una luna que órbita un planeta del Núcleo Profundo, cuando papá se enteró envío un equipo completo, el mejor. No ha tenido noticias de ellos desde hace un par de semanas y está deseando saber si su equipo recolector sigue allí y, de ser así, si se puede rescatar algo… sobre todo si hay tripulantes y criaturas vivos o muertos en la nave. Pagaría muy generosamente cualquier información.

—¿Por qué no envía a alguien para investigarlo?

—Es un nuevo hallazgo, como te he dicho, y prefiere ser discreto. El espionaje industrial es monumental en su negocio. Los equipos pueden ganar mucho dinero vendiendo información a sus competidores. Lo sabe bien porque paga a los equipos de la competencia. Esperaba que pudiese ir yo porque en realidad no se fía de nadie más, pero le dije que ahora estaba sirviendo a la Alianza. Además, las rutas hiperespaciales que van a ese sistema aún no están bien establecidas, y el Núcleo Profundo, con todas esas sombras de masa, lo hace aún más arriesgado. Así que necesita alguien que no solo sea leal sino que también esté dispuesto a realizar el salto. Las computadoras de navegación de la *Joya* son bastante buenas, pero no sé si *tan* buenas.

—Súmale un droide astromecánico y probablemente lo serán —dije, pensando en R2-D2.

—Sí, bueno, supongo que papá convencerá pronto a alguien para que vaya, porque el tiempo es oro. Es decir, dirá que le preocupa el equipo porque puede que aún estén vivos y necesiten ayuda, pero yo puedo ser sincera: lo que de verdad le preocupa es que sus competidores descubran esa luna y la exploten antes que él. La cuestión, Luke, si queremos hacerlo, es que debería ser un viaje rápido. Podemos ir hasta allí, averiguar qué ha pasado y volver con alguna noticia, cualquier noticia, para mi padre; él estará muy agradecido y podremos mejorar la *Joya del desierto* a tiempo para la misión en Denon.

Ackbar intervino en la conversación.

—¿Cómo se llaman ese planeta y su luna, si puedo preguntarlo?

—El planeta se llama Sha Qarot y órbita un sol rojo. La luna es un extraño lugar morado llamado Fex.

—¿El Imperio conoce la existencia de Sha Qarot y Fex?

—Puede. No estoy segura de quién lo descubrió, ni cuándo, ni a quién le vendieron la información, aparte de a mi padre. El tiene la sensación de que su existencia no es muy conocida.

—¿Hay alguna especie inteligente?

—No, qué yo sepa. No creo que haya pisado el planeta mucha gente; tiene una atmósfera tóxica y una fuerte actividad volcánica. Solo tenemos holos y escáneres desde la órbita. Pero Fex es muy interesante, aunque aún no hemos encontrado vida inteligente.

—Si buscar a ese equipo recolector perdido te permite ganar créditos para mejorar tu nave, creo que deberías hacerlo —dijo Ackbar—. Pero también puede servir a otro propósito… uno más importante a mi entender. Esa luna podría ser una base ideal para la Alianza, así que quiero que la exploréis teniéndolo en cuenta. Manteneos alerta por si veis algún indicio de presencia imperial y colocad balizas para futura referencia si encontráis algún emplazamiento satisfactorio… pero no perdáis la noción del tiempo. Sacar a esa criptóloga de Denon es vuestra máxima prioridad.

CAPÍTULO CINCO

Nakari me preguntó cuándo quería marcharme y asintió cuando le dije que lo antes posible. Hay muy pocas cosas emocionantes a bordo de una fragata Nebulon-B como la *Paciencia*, con su aire reciclado y su agua reciclada, y la oportunidad de explorar una extraña luna morada me sonaba a diversión. Aún recuerdo mis años de mortal aburrimiento en Tatooine, cuando cada atardecer marcaba otra oportunidad perdida de vivir algo distinto a dunas y vaporizadores de humedad, de ahí que la oportunidad de salir de un entorno estéril me activase como ninguna otra cosa. Estar a punto de terminar convertido en un tentempié de un ghest era muchísimo mejor que quedarse plantado en la cubierta del hangar.

Nakari, evidentemente, sentía lo mismo y dijo que le parecía perfecto que nos marchásemos cuanto antes.

—Déjame asearme y hacer las maletas, quizá coma algo. ¿Nos encontramos en la nave dentro de un par de horas?

—¿Estás seguro de que tienes tiempo suficiente? —preguntó Nakari.

—Más del que necesito. Eso es tomándomelo con calma.

Ella sonrió y se puso un rizo de pelo tras una oreja.

—Muy bien. Allí nos vemos.

Me despedí de Leia y el almirante Ackbar y pasé junto a los droides al salir. Mi marcha provocó la partida abrupta de R2-D2, justo cuando C-3PO se estaba quejando amargamente sobre un retraso de cerca de un microsegundo en sus relés laterales.

—¡Espera! ¿Adonde vais? —gritó. La respuesta de Erredós no le gustó—. ¡Pero acabas de llegar y aún no te he puesto al día de todo! —la puerta se cerró a más quejas y Erredós gorjeó una pregunta para mí.

—Pronto volveremos a estar volando en la *Joya del desierto*. Espero que te haya gustado. Vamos a depender de ti para entrar y salir a salvo del Núcleo Profundo —no entendí su respuesta, pero como los pitidos digitales sonaban en general positivos, no me preocupé.

—¿Luke? Espera —Leia me llamó. Sorprendido, me detuve y me di la vuelta, diciéndole a Erredós que fuese a mi camarote.

Viendo que la estaba esperando, Leia no se apresuró y cuando llegó hasta mí no habló inmediatamente. En vez de eso me miró y empezó a caminar de un lado a otro, con las manos en las caderas. Miré el pasillo que tenía a mi espalda para asegurarme de que no estuviese enfadada con otra persona, pero no, estábamos los dos solos, lo que significaba que estaba molesta conmigo.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué he hecho?

—Más bien qué *estás haciendo*.

—¿Qué estoy haciendo?

—Estás tomando una ruta hiperespacial mal cartografiada hasta un planeta en el que han desaparecido unas personas porque es guapa.

—No, eso no es… —el destello en los ojos de Leia me hizo detenerme y recular—. Bueno, sí, *es* guapa, pero no voy por eso. Voy porque la nave necesita armamento si queremos llevar a cabo la misión en Denon, y ya has oído al almirante Ackbar… esa luna podría ser un buen escondite.

—Podemos enviar a otro a examinar la luna. Y podemos encontrar una manera más segura de conseguir los créditos necesarios para mejorar la nave. No tienes por qué asumir ese riesgo.

—¿Acaso es más arriesgado que todo lo que he hecho hasta ahora? Vamos, la Batalla de Yavin fue bastante arriesgada.

—Entonces estabas con gente en la que podías confiar.

Parpadeé.

—Oh, entiendo. Crees que trabaja para el Imperio.

Leia negó con la cabeza y resopló irritada.

—No, no exactamente. Pero aún es una incógnita, aún no me fío de ella.

Aquello era decepcionante; necesitaba un motivo mejor que ese para replantearme la misión. Por una parte, quería hacer cualquier cosa por contentar a Leia, pero por la otra ya teníamos órdenes del almirante Ackbar. Realmente necesitábamos un lugar mejor para escondernos que aquella órbita. Sabía que los líderes tenían diversas ideas sobre dónde construir una nueva base, pero aún no se habían decidido por ninguna.

—Vamos —dije—, no puedo cancelar el viaje basándome en dudas. ¿Cómo puedes fiarte de alguien si no le das una oportunidad?

—Esa es una actitud noble, Luke, pero no muy segura.

—Si la seguridad fuese siempre la prioridad número uno, no hablaríamos con nadie.

—Déjate de frases grandilocuentes. Cuando te traicionan, no lo hace alguien parecido a Darth Vader. La traición siempre viene envuelta en una capa amistosa. Es una de las primeras cosas que aprendí en el Senado.

—Muy bien, tienes razón. Estoy de acuerdo con que cierta suspicacia hacia los nuevos está justificada, pero tampoco quiero ponerme paranoico. Parece que tengas algún motivo concreto para desconfiar de ella. ¿Hay algo que no me estés contando? ¿Algo con lo que debería tener cuidado?

Leia cruzó los brazos y miró hacia otro lado, molesta.

—No lo sé. Algo bajo su capa.

Lancé un resoplido, ella se rió levemente en respuesta y terminamos los dos carcajeándonos.

Leia se tapó la boca.

—Lo siento. No quería decirlo así.

—Lo sé. Aunque tiene gracia.

—Normalmente llevo más cuidado con lo que digo —su sonrisa desapareció, ahuyentada por pensamientos más siniestros—. Solo demuestra que estoy preocupada —señaló el pasillo, hacia donde había dejado al almirante Ackbar—. Sé que no podemos cancelar esto, ahora que es una misión de exploración para la Alianza —dijo antes de

bajar la mano—, pero te pido por favor que no creas que será pan comido. Y que no seas tan confiado.

—No lo seré.

—Vale —rodeó mi cuello con sus brazos—. Ten mucho cuidado, Luke. Vuelve sano y salvo.

—Gracias. Eso haré —dije, aunque ya no tenía tantas ganas de marcharme. Era agradable ver a Leia dejando de lado por un momento sus modales serios y hablándome desde una perspectiva personal. Sobre todo sin Han cerca. Pero apenas podía prolongar aquel momento con una misión esperándome.

Un extraño silencio se extendió entre nosotros. Finalmente, Leia habló.

—Será mejor que volvamos —dijo, sonriéndome ligeramente—. Hasta pronto.

—¡Sí! Hasta pronto —me fui hacia mi camarote y Leia volvió por donde había venido, dejándome pensando por qué mi cerebro se había bloqueado tanto. Debían de haber sido la infinidad de cosas que quería decir y el hecho de que la mayoría habría sido un error. Solo podía esperar reaccionar mejor la próxima vez.

Al cabo de una hora estaba duchado y vestido, tenía las maletas hechas y me había hartado de sopa y galletas saladas. Sin nada mejor que hacer, bajé pronto al muelle, pensando en repasar algunas de las armas del catálogo rodiano para ver cuáles podrían servirle a la *Joya del desierto*, pero encontré a Nakari ya allí.

—Yo también estoy deseando marcharme —dijo—. Estoy impaciente por hacer cualquier cosa que no sea estarme aquí sentada, deseando que el Imperio no me encuentre. Esto de esconderme no va conmigo. No es emocionante, pero tampoco es tranquilo.

Copiando el gesto que había hecho ella el día que nos conocimos, moví una mano adelante y atrás entre nosotros y dije:

—¡Lo mismo digo!

Dejamos que Erredós subiera primero y le seguimos.

—Tenemos que parar en Pasher para que mi padre nos dé todos los detalles —dijo Nakari—. Creo que también tenemos que recoger armaduras adaptadas. Se supone que las criaturas que buscaba el equipo recolector son peligrosas.

—¿Qué son?

—No estoy segura. Los protocolos de información de mi padre hacen que nunca dé ese tipo de detalles en los mensajes, por si son interceptados. Pronto nos enteraremos. Además, quiero que entienda que hacemos esto como un favor especial y esperamos un favor especial a cambio.

Me invitó a pilotar, contentándose con ir de pasajera.

—Yo conozco la nave y sé lo que puede hacer. Tú quizá necesites algo de tiempo para familiarizarte con ella.

Era cierto que aún no me sentía tan cómodo en la *Joya del desierto* como en mi Ala-X, pero la felicité por lo que había podido descubrir hasta el momento. La *Joya del desierto* merecía todas las miradas de admiración que recibía.

Pasher estaba en el Borde Interior, en una especie de callejón sin salida interestelar. Al entrar en el sistema y verlo desde la órbita me recordó a Tatooine, aunque Pasher no tenía ninguna luna y, como no estaba en un cruce de rutas hiperespaciales como mi planeta, no era un refugio muy popular entre los contrabandistas. Biolaboratorios Kelen era la principal industria del planeta y Fayet Kelen estaba ocupadísimo, pero reservó un momento para su hija cuando llegamos al extenso complejo de su imperio industrial. Probablemente no le causé la mejor de las impresiones, pero fue culpa de Nakari. Su anterior imitación resultó ser increíblemente precisa, tanto que no pude reprimir una media sonrisa boba en su presencia que pudo parecerle molesta. No sabría decirlo. Era corpulento, había optado por afeitarse la cabeza en vez de intentar aferrarse a una ridicula aureola de pelo y tenía una abundante papada. Usaba su voz profunda para bramar órdenes apremiantes a sus empleados, a los que realmente llamaba esbirros, que después suavizaba añadiendo «eres un amor» o «porque eres genial». Cuando entramos en su despacho, se giró hacia un asistente que tenía plantado cerca y bramó:

—¡Esbirra! ¡Tráenos café! —y moduló inmediatamente el tono—. Pero solo porque eres muy amable y te has ganado unas buenas vacaciones pagadas pronto.

Supongo que sus empleados se lo tomaban a broma, o como mínimo los compensaba lo bastante bien para pasar por alto sus peculiaridades. Pero notó mi expresión y le gritó a Nakari:

—¡Hija! ¿Quién es este y qué hace riéndose de mí?

—Este es Luke Skywalker, papi. Está en la Alianza y me acompañará a Fex.

—Encantado de conocerle, caballero —dije, bajando la cabeza ligeramente.

—Hum… Skywalker. ¿Dónde he oído ese nombre?

—Es el que destruyó la Estrella de la Muerte, papi.

—¡Ah! ¡El piloto! —bajó la voz y le dijo a su hija—. ¿Así que al final has decidido ir a Fex? Es buena idea que te acompañe.

—Sí, iremos, pero esperamos ser recompensados por el viaje.

—¿Recompensados? ¿Por qué?

—Por encontrar al equipo recolector y traer de vuelta lo que podamos.

—¡Ah! ¡Muy bien! Cuanto más traigáis, más se abrirá mi cartera. Pero debéis estar preparados. ¡Esbirro! —gritó. Otro asistente, un hombre más viejo, delgado y alto, entró por una puerta de la pared que teníamos a la izquierda y le preguntó qué se le ofrecía—. ¡Trae inmediatamente dos trajes de los nuevos prototipos de armadura fexiana para mi hija y su piloto! ¡Y una caja de bastones aturdidores! ¡Que los lleven a su nave lo antes posible! Y… —añadió, más tranquilamente—, saluda de mi parte a tu familia. Espero que a tu hijo le vaya bien en la universidad.

El hombre hizo una reverencia y se marchó sin decir palabra, aceptando tanto la orden como los buenos deseos. Mejor que no dijese nada, porque Fayet ya nos estaba mirando a nosotros y R2-D2, que había entrado con nosotros.

—¿Puedo transferirle las coordenadas y otros datos más a su droide?

—Por supuesto —dije.

—¿Ese droide trata con alguien más aparte de usted?

—Ocasionalmente trata con otros miembros de la Alianza —dije—. Pero la mayor parte del tiempo es mi astromecánico personal.

—Es bueno tener esbirros, ¿verdad?

Erredós emitió un pitido y su tono logró comunicar su irritación ante aquella denominación tan degradante, Fayet Kelen se quedó callado, mirando al droide, y después me miró a mí.

—Debería colmarlo de elogios por sus servicios.

—Oh, ya lo hago. Es el mejor droide de la galaxia.

Fayet asintió, satisfecho, ignorando el arrebato de Erredós.

—¿Volverá con la Alianza cuando se marche de aquí o irán directamente a Fex?

—Directos a Fex —respondió Nakari.

—Bien. Cuando completéis la misión, quiero que todos los datos que voy a daros sean borrados de la memoria del droide, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Recogió una datapad de su escritorio y tecleó en ella rápidamente con un dedo grueso.

—¡Droide! Estoy cargando los archivos de la misión cifrados en tu sistema para que podáis acceder a ellos. Estarán disponibles quince minutos y puedes conectarte a cualquier enchufe en cuanto salgáis. El archivo se llama *Fexiano*, descárgalo con la contraseña *Violeta* y descifra los archivos usando la clave *Skywalker*. ¡Ar!

Erredós trinó una afirmación mientras la primera asistente de Kelen volvía con unas tazas casi cómicamente diminutas de café, apenas medio sorbo, en unos platitos de porcelana colocados sobre una bandeja redonda. Todos nos detuvimos a beber y dejamos las tazas en los platitos, agradeciendo al asistente por haber traído café antes de que se las llevase.

—Y ahora, hija mía —dijo Fayet, dando un paso adelante y colocando sus enormes manos a ambos lados de la cara de Nakari—, ve y vuelve sana y salva. Eres mi orgullo y mi vida, mi amor por ti es tan grande como el mar de dunas que hay al otro lado de los muros de nuestra ciudad. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, papi.

Él asintió, satisfecho.

—Bien —bajó las manos pero balanceó un dedo ante ella—. Esa luna es un lugar extremadamente peligroso. No salgas de la nave sin la armadura. Estudia detenidamente los archivos que os he pasado durante el viaje.

—Lo haré —ella se inclinó hacia él y le besó en una mejilla—. Sé que estás ocupado y tienes que marcharte —le abrazó brevemente y retrocedió un paso—. Gracias por recibirnos.

—Faltaría más —me miró y después bramó—. ¡Y tú, piloto!

-¿Sí?

—Sé prudente durante el viaje. No hagas alardes. Que tus habilidades se sometan a tu buen juicio.

—Entendido, señor.

—¡Y deja de sonreír!

Hice todo lo que pude por controlar mi expresión y dije:

—Sí, señor.

—Vamos, Luke, llega tarde a una reunión —dijo Nakari, agarrándome por una manga y llevándome hacia la puerta. Antes de que hubiésemos salido su padre ya estaba gritando a otro esbirro.

Erredós se detuvo en el recibidor de Fayet Kelen, donde un puerto de datos de la pared le permitió descargar los archivos pertinentes para la misión. El caballero alto y delgado que tenía un hijo en la universidad nos estaba esperando en la nave con tres cajas negras.

—Dos armaduras y unos cuantos bastones aturdidores, como habían pedido —dijo—. Yo de ustedes practicaría volteretas con la armadura puesta.

—¿Por qué? —preguntó Nakari.

—Supongo que el señor Kelen ha compartido con ustedes los archivos de la inspección. Miren la holo de lo que están cazando y me entenderán —tras aquel comentario críptico, nos deseó buen viaje y se marchó, pero pude notar que se encogía de hombros brevemente.

—Bueno, me ha picado la curiosidad —dije.

—Y a mí. ¿Por qué vamos a necesitar volteretas y bastones aturdidores? ¿No podemos ajustar nuestros blasters al modo aturdidor?

—Supongo que no podremos ocuparnos de ellos desde lejos, sean lo que sean. Eso explicaría la armadura y las armas para el combate cuerpo a cuerpo.

Nakari frunció el ceño.

—Sí, me lo imaginaba, pero no entiendo por qué no podemos disponer de toda la distancia que queramos para combatir.

—Seguro que nos entretenemos con eso durante el vuelo.

Erredós descifró el archivo *Fexiano* y utilizó las coordenadas que incluía para trazar una ruta en cuanto dejamos la atmósfera de Phaser. Le pedí que trazase una ruta segura hasta un sistema conocido del Núcleo antes de intentar navegar por el Núcleo Profundo. Para hacer un salto peligroso como aquel siempre era mejor hacer una pausa, confirmar tu posición entre los astros y volver a calcularlo todo con los datos más actualizados posibles.

—Me ha caído bien tu padre —dije mientras esperábamos el primer salto.

Nakari buscó mi cara para ver si lo decía en serio o solo estaba siendo educado.

—Es un poco excéntrico.

—Sí, aunque parece que en el buen sentido.

—No todo el mundo ve sus gritos como algo bueno.

—Pero los atempera con ternura. A no ser que esa ternura sea mera actuación.

—No, es genuinamente atento. De hecho, cuando grita es cuando actúa.

—¿Por qué?

—No estoy segura, pero tengo un montón de teorías.

—¿Has comprobado alguna?

—No puedo porque si se lo preguntase no sería sincero o ni siquiera me respondería. Y se lo pregunté. «¿Por qué gritas a tus sirvientes, papi? ¿Por qué los llamas esbirros? ¿No crees que es irrespetuoso?».

—¿Y qué dijo?

Volvió a imitar su voz y sonrió.

—«¡Piénsalo bien, hija!». Y eso hice y aún hago. Cultivé mis teorías y las dejé brotar durante un tiempo, si me permites la metáfora granjera, para ver cuáles florecen a la luz del día y cuáles se marchitan.

—¿Cuál es la más floreciente ahora mismo?

—Oh, no, no conseguirás respuestas tan fácilmente. ¡Piénsalo bien, piloto!

Sonreí.

—Vale, me parece bien.

—La mejor respuesta, no obstante, es que hay varias posibilidades. Más de una solución al problema. ¿Cómo es *tu* padre?

Me encogí levemente de hombros.

—No lo sé. No lo conocí. Fue Caballero Jedi en las Guerras Clon y un buen piloto, es todo lo que sé.

—¿Tu padre era un Jedi? ¿Cómo es posible?

—Pues supongo que a la manera tradicional.

—Y era un buen piloto, ¿eh? ¿De tal palo, tal astilla?

Encogiéndome de hombros, dije:

—Supongo que sí.

—Perdóname si he metido el dedo en la llaga.

—¡Oh! —me di cuenta de que mi expresión debía de haberle dado una impresión equivocada—. No, tranquila, no es cosa tuya, ni de la pregunta en sí. Lo que me molesta es la incertidumbre. Me gustaría pensar que fue un buen tipo pero, como no lo conocí, lo único que puedo hacer es colocarlo en un pedestal y cubrirlo de buenos deseos. Aunque puede que fuese tan encantador como un bantha.

Nakari asintió y cambió de tema abruptamente, lo que me hizo pensar que no quería que pasásemos a compartir la historia de nuestras madres.

—Echemos un vistazo a esos archivos, si ya están listos.

—Muy bien —activé el comunicador de la nave y le pregunté a Erredós si lo había descifrado todo y lo tenía preparado para mostrarlo.

AHORA SALTO, HOLO DESPUÉS, fue su respuesta. Las estrellas se difuminaron y pasaron como hilos de luz junto a la cabina mientras saltábamos al hiperespacio, y después surgió una holoimagen azul de Fayet Kelen frente a nosotros. Nakari no mentía cuando me dijo que su holoproyector era de mala calidad.

—¡Atentos, esbirros! —bramó. Era evidente que había grabado aquello antes de saber que Nakari y yo nos encargaríamos de la misión—. Estáis viajando a Fex, que puede ser el mayor descubrimiento en biotecnología en muchas décadas. El sol rojo del sistema ha dado origen a un inusual paisaje morado que va de los lavandas pálidos a los violetas oscuros. El alto contenido en sílice y minerales del terreno ha creado algunas estructuras cristalinas fascinantes que otro departamento podría explotar, pero lo que nos interesa es cómo han afectado esas condiciones a la fauna salvaje. Muchos de los herbívoros, por ejemplo, tienen púas o cuernos cristalinos extraordinarios en la cabeza o la habilidad de esconder sus cabezas en una cavidad corporal fuertemente blindada, como las tortugas.

En la holo empezaron a verse una serie de instantáneas en vez de a Fayet, que seguía narrando. Todas las criaturas tenían grandes y espeluznantes cabezas, con púas y otras protuberancias, y cuerpos largos con colas que equilibraban el peso.

—Esos blindajes naturales suelen cubrir media espalda pero no se encuentran en los miembros ni el bajo torso. Las barrigas están desprotegidas. Incluso encontramos un blindaje desde la cabeza hasta los hombros en los depredadores que nos pareció muy curioso. ¿Qué amenaza ambiental de Fex representaba tal peligro para las cabezas que herbívoros y carnívoros habían generado aquellas defensas extremas? Nuestra hipótesis fue que debía de existir algún tipo de depredador aéreo o arbóreo que atacaba las cabezas de todo lo que pasaba cerca de él, de ahí que enviásemos nuestro primer equipo recolector con armaduras… aunque no tan resistentes como las que lleváis ahora. Ese primer equipo, desgraciadamente, descubrió lo necesaria que era ese tipo de protección. Tres de sus miembros estaban explorando y recogiendo pistas evolutivas en la luna mientras su nave, la *Cosechadora*, orbitaba sobre ellos. Ahora voy a reproducir un vídeo de sus muertes, que grabaron ellos mismos con sus cascos.

—Hum —dije—, ¿vamos a ver una decapitación?

—No lo sé —susurró Nakari.

La holo cambió a imágenes rodadas desde un casco que mostraban un bith enfundado en su armadura que caminaba por el bosque fexiano. Llevaba un casco gigantesco para cubrir su cabeza carnosa y protuberante, y cuando se giró brevemente para mirar a sus compañeros pudimos ver sus ojos negros a través de su placa facial. Guiaba a la persona de la cámara y relataba lo que veía, su habla alienígena iba acompañada de una monótona traducción en básico que no trasmitía ni un ápice de la excitación, y posterior pánico, que evidentemente sentía. La imagen cambió, como si ahora viniese del casco del hablante, porque el bith desapareció, solo vimos el bosque que tenían delante y la calidad del sonido cambió del crepitar de un comunicador a un eco interno apagado como el que sueles oír cuando llevas puesto un casco.

—Las flores cristalinas que hemos visto son valiosas en su estado actual para el sector joyero. Y aún tenemos que observarlas en un microscopio para estudiar sus aplicaciones médicas —dijo—. Y… —un impacto en la cabeza sacudió su cabeza—. ¡Argh! ¡Por la pija de Chobb! ¿Qué ha sido eso?

La holo regresó a la imagen inicial y pudimos ver al bith agachándose, sacudiendo la cabeza y golpeándose en la parte superior. Resultaba extraño ver que no llegaba a tocar el casco y sus manos estaban manchadas de sangre.

—¡Aaaagh! ¡Tengo algo en la cabeza! ¡Quítamelo!

—¿Qué? ¿Dónde? —dijo el que llevaba la primera cámara—. ¡No veo nada!

—¡Justo encima! ¡Creo que intenta atravesar el casco! ¡Deprisa! ¡Argh!

El bith dejó abruptamente de moverse; aunque debería decir que dejó de forcejear, ya que sus brazos cayeron inertes a ambos lados de su cuerpo y se derrumbó de bruces al suelo, muerto por causas completamente misteriosas. No había nada visible sobre su cabeza.

—¿Pero qué demonios…? —dijo el primer hablante, y entonces su casco también dio una sacudida—. ¡Oh, no! ¡No! ¿Qué es esto? ¡Hafner, atúrdeme, deprisa! ¡Dispárame a la cabeza! ¡Y a Priban también! —la visión cambió para mostrar al tercer miembro de la comitiva, un duros de piel verde con unos ojos rojos enormes y aterrorizados tras su visor.

—¿Qué? No lo entiendo —la visión cambió a la cámara del duros llamado Hafner, que miraba al hablante anterior, un hombre humano, que le hacía gestos como un loco. Detrás del humano, pudimos ver el cuerpo inerte de Priban en el suelo.

—¡Atúrdeme ya o terminaré muerto como Priban! ¡Hazlo!

La cámara de Hafner dio una sacudida; creo que estaba buscando su blaster.

—¡Deprisa! ¡Está atravesando el casco! ¡Agh!

Los miembros del humano quedaron inertes, puso los ojos en blanco y cayó de la misma manera que el bith. Hafner finalmente lo entendió, demasiado tarde, y lanzó una descarga aturdidora al humano y al bith sin nombre. Se oyeron unos leves chillidos, y los depredadores se hicieron evidentes: pequeñas criaturas larguiruchas de seis patas diseñadas para aferrarse a su presa. Sus cabezas eran largos hocicos con un cráneo bulboso en la parte superior, bordeado por ocho ojos situados a intervalos iguales. Sus cuerpos disponían de púas afiladas y rígidas en hileras de cuatro, por lo que si alguien intentaba quitárselas de encima de un manotazo se pinchaba. Todas ellas tenían el hocico insertado en un agujero del casco. Hafner se inclinó hacia el humano para echar un vistazo.

—¿Estás viendo esto por el vídeo, *Cosechadora*? ¿Qué es esto? Antes no pude verlos. No han aparecido hasta que los hemos aturdido. Eso supone un control consciente de un potente sistema de camuflaje. ¡Han perforado los cascos! Creo que deberías venir a recogernos. No estamos preparados para algo así.

Hafner metió la punta de su blaster bajo el cuello de una criatura y la levantó, sacando el hocico flexible de la cavidad y revelando otro hocico más fino, como una manguera translúcida, dentro del anterior. Cuando lo sacó sangre y pedazos de cerebro salpicaron el casco.

—¡Lo sabía! ¡Estas cosas te comen el cerebro! Por eso todos los animales de esta luna están tan blindados —Hafner miró hacia arriba y vio las ramas que tenía encima—.

Deben de caer de los árboles. Estando ahí arriba, ninguna criatura puede olerlos desde el suelo a tiempo para escapar. Y no puedes verlos a no ser que estén inconscientes. O muertos, supongo. ¿Pero cómo han…? —la visión de la cámara regresó a la criatura—. Ese tubo succionador no puede haber taladrado los cascos y el hocico exterior parece simple piel sobre un cartílago. Voy a echarle un vistazo ahora que aún está aturdido. Y después me largo. Espero que estés viniendo hacia aquí, *Cosechadora*.

Se oyó una respuesta confusa.

—Allá vamos.

Que conste, los científicos me dan un poco de miedo. Creo que la reacción normal de la mayoría de personas al ver unos alienígenas invisibles devorando los cerebros de dos compañeros no sería una sosegada petición de evacuación sino exigir a gritos un ataque aéreo que arrasase todo el planeta. El tal Hafner tendría que estar corriendo y ensuciándose la armadura, no echando un vistazo al alienígena sorbecerebros.

Dejó el blaster en el suelo y Nakari estalló, gritando a la holo.

—¡No! ¿En qué demonios estás pensando? ¡No dejes tu arma, esa cosa puede despertarse en cualquier momento!

—Ya sabíamos que esto no iba a acabar bien —dije yo—. Nos lo dijo tu padre.

Con cuidado, para evitar las púas, Hafner recogió la criatura alienígena inerte con las manos enfundadas en guantes.

—No pesa mucho. Huesos finos pero muy duros —dijo—. Fíjate en la piel. Irradian color desde cualquier punto que toco.

No podíamos verlo en la holo, al menos no con claridad. Había tonos de color, pero la mala calidad del proyector lo cubría todo de un fuerte filtro azul y se perdía todo detalle, aunque pudimos ver variaciones tonales cerca de los puntos en los que aplicaba presión con los dedos.

—Debe de tener un sistema cromatóforo en la piel altamente avanzado —sujetó a la criatura por sus patas inferiores con la mano izquierda y le agarró el hocico con la derecha. El evidente tubo succionador retrocedió por reflejo al contacto. Hafner siguió con su narración—. Hum. El hocico parece completamente flexible, pero no lo es. A un lado tiene un hueso que lo recorre… espera. Ahora ha bajado hasta el fondo. Qué raro.

—¡No es raro, es que se está despertando! —dijo Nakari—. ¡Corre, idiota!

Los dedos de Hafner buscaron el hueso y este volvió a moverse.

—Vaya, el hueso del hocico rota en un círculo completo.

Debe de tener un sistema muscular de encaje extraordinario en la base del cráneo, y ese tubo succionador debe retraerse hacia el interior para tener tanta libertad de movimientos.

Sus dedos sujetaron la punta del hocico.

—Aquí hay un anillo de huesos, cerca del orificio. Sí, es un anillo. Me pregunto si…

Apretó y tiró la piel del hocico hacia abajo… revelando un horror. Un filo de dientes rotantes, apuntando hacia abajo y colocados en ángulo para evitar cortar el hocico por

dentro. Aunque podía cortar un casco y un cráneo sin problemas. Los dientes estaban descoloridos pero en buen estado.

—Esto es increíble —masculló Hafner—. Utilizan los dientes y el movimiento rotatorio para perforar los cráneos de sus víctimas, dañando sus cerebros, y después, cuando las criaturas caen, insertan sus tubos succionadores y… bueno, succionan. ¿De qué deben estar hechos para atravesar esos cascos de la forma que lo han hecho? ¿Tienen una especie de capa cristalina sobre los dientes tan dura como el diamante?

La imagen dio una sacudida cuando un peso cayó sobre la cabeza de Hafner.

—¡Oh! ¡Tengo uno encima! ¡*Recolectora*, ven rápido! ¡Voy a aturdirme! —le vimos recoger el blaster, oímos la descarga aturdidora y entonces la cámara miró hacia abajo y un lado mientras Hafner caía al suelo del bosque. La imagen volvió a Fayet Kelen.

—Desgraciadamente, la *Cosechadora* no llegó a tiempo de salvar a Hafner. Antes de llegar, las bestias se despertaron, terminaron de comer y se marcharon. La tripulación de la *Cosechadora* no aterrizó, recuperó los cadáveres desde el aire, con cables y ganchos. Dispararon descargas aturdidoras a los cuerpos para asegurarse de que ninguna de las bestias se colaba como polizonte en la nave y abandonaron el sistema para venir a informarme.

—Ninguna de las víctimas tenía cerebro. El bith, Priban, también había sido envenenado. Esas púas contienen una toxina. Por el resto, estaban intactos, pero sus muertes han revelado el hallazgo más asombroso en biotecnología en muchos años.

Una criatura venenosa y adaptativa con un mecanismo perforador natural capaz de penetrar en la mayoría de blindajes y despistar los escáneres de armamento. Esa sola especie puede generar millones de créditos, sin contar el resto de especies de Fex.

—Por ahora los llamamos perforacráneos fexianos. Envié otro equipo, el que encontraréis, con una armadura mejorada y lentes infrarrojas para ver las criaturas camufladas. La armadura que lleváis vosotros es incluso mejor que la suya, aunque sin las lentes. No salgáis de la nave sin ellas. Aturdir todo lo que subáis a bordo de la nave para aseguraros de que no hay perforacráneos camuflados. Si podéis traerme algún perforacráneos, vivo o muerto, mi recompensa será muy generosa. Como mínimo necesito confirmar si el equipo está vivo y un informe sobre el estado de su nave, la *Cosechadora*. Esa nave disponía de una baliza activada por control remoto. Si no ha sido destruida, debería emitir una señal de respuesta a los códigos que incluyo en este archivo. También incluyo más imágenes e informes para que los repaséis. Buena suerte y buena caza.

La holo parpadeó y se apagó, Nakari me miró.

—Bueno, Luke, ¿qué te parece?

—Sé que aún es muy pronto y ni siquiera hemos llegado al sistema, pero creo que la Alianza no debería intentar establecer una base en esa luna.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Ahora ya sabemos para qué son los bastones aturdidores. Son perfectamente lógicos.

—Me preguntó si el segundo equipo también los trajo.

—Quizá lo descubramos en el resto de información que nos ha dado.

—Quizá. Deberíamos repasarla —dije—. Erredós, ¿puedes pasarnos todo lo que el padre de Nakari incluyó en ese archivo?

INMEDIATAMENTE, fue su respuesta. Vimos un informe sobre toxicidad que indicaba que el bith habría sufrido un ataque al corazón si el perforacráneos no hubiese penetrado en su cerebro antes; por lo que no habría podido sacudírselo de encima.

Había algunos informes con teorías sobre el esqueleto del perforacráneos y la composición de los dientes perforadores. Los cascos que llevaba el primer equipo tenían una dureza del ocho, por lo que los dientes como mínimo estaban en el nueve, probablemente en el diez, teniendo en cuenta la velocidad a la que habían atravesado el casco. Nuestros cascos eran de un nueve coma cinco, visor incluido, mientras el resto de la armadura era estándar, aunque a prueba de descargas aturdidoras. Visto que el aturdimiento había resultado eficaz, la táctica recomendada era golpearse inmediatamente con el bastón aturdidor tras ser atacado.

—Voy a llevarme dos —dijo Nakari—. Si me cae uno encima, atízame con tus bastones en la cabeza también. ¿Me oyes?

—Lo mismo digo —dije, asintiendo—. A ver qué podemos recuperar de la nave y nos largamos. Sin paseos bajo los árboles.

—Claro que no —nos quedamos en silencio y Nakari agachó la cabeza, ocultando su cara tras un velo de rizos negros. Probablemente era un buen momento para soltar alguna ocurrencia ingeniosa, pero yo tenía la mente en blanco, impactado todavía por lo que había visto. Puede que Nakari también se sintiese así, pero no podía hacer nada por ella. Aunque yo me preguntaba cosas sobre su padre. ¿Qué tipo de persona enviaría a su hijo a enfrentarse a semejantes peligros cuando podría mandar a cualquier otro? ¿Tanto confiaba en la nueva armadura? ¿O en Nakari? A juzgar por sus siguientes palabras ella estaba pensando poco más o menos lo mismo.

—No puedo creer que me haya enviado a hacer esto —dijo.

—Bueno, ¿no dijiste que habías cazado un dragón krayt? Debe creer que estás capacitada.

—Puede —dijo ella, y después soltó una carcajada mitad regocijo, mitad lamento—. O puede que confíe más en esta armadura y crea que podría hacerlo cualquiera. Esperemos que sea eso. A veces pienso que todos los seres de la galaxia tienen problemas con sus padres.

—Probablemente sea cierto —coincidí.

CAPÍTULO SEIS

Tardamos horas en llegar al Núcleo, donde podíamos hacer los cálculos finales previos al salto hasta Fex. Teníamos tiempo de sobras y Nakari sacó un par de filetes de nerf congelados de la despensa de la cocina.

—Genial —comenté.

—Disfrútalo. Después de esto nos tendremos que alimentar a base de papilla proteínica —me puso al cargo de «todo lo relacionado con nerfs» y señaló una pila de vegetales que había separado, de la que se ocuparía ella. Era justo lo necesario para un ágape. Todo lo demás, como decía ella, serían proteínas y raciones nutritivas de un tipo u otro.

—¿Por qué traes tan poca comida real? —le pregunté.

—En este tipo de trabajos casi nunca tienes tiempo para prepararla ni disfrutarla. Trabajaremos sin descanso y en permanente alerta desde el momento que entremos en la atmósfera. A partir de ahí la comida es simple combustible.

—Vale, ¿pero por qué no traes algo para cuando hayas terminado el trabajo?

—Porque me parece celebrar demasiado pronto. Y mis ganas de comer algo real me hacen volver a casa lo más rápido posible.

Resultó que ninguno de los dos estaba particularmente dotado para las artes culinarias.

—Queda claro que sabes descongelar un filete de nerf —fue todo lo que Nakari pudo mascullar tras dar el primer bocado a mi plato. Tenía razón: lo había descongelado en exceso y después lo había cocido hasta quemarlo y convertirlo en un pedazo de cuero seco y duro.

Clavé mi tenedor en una raíz y la miré recelosamente mientras se doblaba flácidamente. Debería de conservar su forma.

—Uauh. Estos vegetales están muy cocidos —dije.

Nos miramos un par de segundos para ver si alguno de los dos se ofendía, después nos echamos a reír y dijimos «lo siento» a la vez.

Tras la comida, la armadura nos pedía a gritos que la probáramos. El cuerpo era una rejilla fuerte pero bastante ligera, acolchada y reforzada en el torso y la columna, diseñada para detener balas cinéticas y garras, supuse. Los cascos, por contra, eran casi ridículamente pesados y engorrosos. Primero teníamos que ponernos una gruesa máscara aislante de goma que, según las instrucciones, nos protegería de la inevitable aplicación de los bastones aturdidores sobre nuestras propias cabezas. Bajaba por las clavículas hasta cubrirnos los hombros. El casco iba encajado encima, tan pesado que nos costaba mantener el equilibrio. Cualquier movimiento repentino hacia delante o detrás lanzaba tu cuerpo en esa dirección, como demostré al intentar mirar hacia abajo. Nakari echó la cabeza hacia atrás para reírse de mí y cayó de espaldas, intentando agarrarse a las paredes para mantenerse en pie. Los dos conectamos los comunicadores y nos reímos el uno del otro.

—¿Recuerdas el tipo de Pasher? —dije—. ¡Nos recomendó que hiciésemos volteretas con la armadura puesta!

—¡Imposible! —dijo Nakari—. Debía de estar tomándonos el pelo.

—Sí, porque no estoy seguro de poder levantarme.

—¿Qué? Uauh. Eso podría ser un problema.

Y lo era, aunque no irremediable. Conseguimos ponernos en pie, pero lentamente y con considerable esfuerzo. Si nos caíamos en Fex, no nos levantaríamos inmediatamente. Correr poco más que unos pasos podría ser imposible.

—¿Las han probado antes de dárnoslas? —me pregunté en voz alta, apoyándome en las paredes del pasadizo.

—Deberíamos probar los bastones aturdidores —sugirió Nakari.

—Tienes razón. Si no soportamos una descarga ahora, imagina el lío que podríamos montar en la superficie de Fex. Terminaríamos como el primer equipo y quizá como el segundo.

—¿Quién empieza?

—Pruébalo conmigo —dije—. Es lo más justo. Yo arruiné los filetes de nerf.

—Muy bien, eso merece una venganza —fue dando tumbos hasta la caja de bastones aturdidores, sacó dos y los encendió. El aire vibró un instante con un campo de energía y después se calmó. Acercándose hacia mí y sonriendo detrás de su visor, Nakari alargó la mano derecha y me atizó en la mollera, algo que pude sentir pero apenas oír dentro del casco.

Su voz crepitó por el comunicador.

—¿Nada?

—No estoy inconsciente, así que va bien —dijé.

—Recibido. Golpe doble inminente —ambos bastones golpearon la parte superior de mi casco, pero solo noté un impacto suave. No estaba pegando fuerte y no era eso lo que debía hacer.

—Ningún efecto —dije, animado—. Prueba los lados y el visor, también.

Los experimentos continuaron y descubrimos que los visores no estaban tan bien blindados. El bastón aturdidor no me dejó inconsciente, pero sentí una conmoción, di unos espasmos involuntarios y después caí de espaldas por culpa del peso del casco.

—Bien, es bueno saberlo —dije.

—Es bueno saber que funcionan, está claro —dijo Nakari mientras me ayudaba a incorporarme—. Voy a redactarle miles de notas sobre estos trajes a mi padre, pero creo que nos mantendrán con vida lo suficiente para aturdir a todo lo que nos caiga encima.

Disponíamos de las suficientes horas libres por delante para que la siesta no solo fuese posible sino recomendable, así que aprovechamos y le pedimos a Erredós que nos despertase cuando estuviese listo para saltar al Núcleo Profundo. Eso hizo y después de engullir un café instantáneo amargo que nos despejó al mismo tiempo que arrasó nuestras papilas gustativas, le molestó que le pidiera que revisara por triplicado sus coordenadas

con la computadora de navegación de la *Joya del desierto*. Tardó menos de diez segundos, pero sonó irritado.

—Perdona, Erredós, pero no he saltado nunca al Núcleo Profundo. Está abarrotado, hay cosas que se mueven muy rápido y esta aún no es una ruta bien establecida, así que creo que conviene ser muy cautelosos —esto pareció apaciguarlo y dejé que se ocupase del salto. Al cabo de quince minutos las líneas blancas de estrellas volvieron a convertirse en puntitos y llegamos al sistema Sha Qarot, un sol rojo y un planeta negro surcados por una red de fallas naranjas. Desde la órbita, Fex parecía ser un contrapunto sereno del planeta furibundo, una extensión larga, fría y suave de nieve batida. Todo el sistema era precioso desde la órbita y, puesto que estábamos en el Núcleo Profundo, el cielo estaba plagado de estrellas. Le recordé a Erredós que tomase holos para la Alianza; aunque no usásemos Fex como base, la órbita podría servirnos. En cualquier caso, quería recordarla; éramos de los primeros seres que veían Sha Qarot y Fex.

Nalcari envió la señal para activar la baliza de la *Cosechadora* y fijamos un rumbo en cuanto nuestros sensores la recibieron. Mientras la *Joya* nos llevaba en piloto automático, nos enfundamos nuestra voluminosa armadura y dejamos los cascos para cuando llegase el momento de abrir la escotilla del aire.

Seguimos la señal de la baliza hasta una llanura de lavanda al borde de un bosque, un dosel de hojas como algodón morado clavados en la punta de mondadientes. La *Cosechadora* estaba allí posada, aparentemente intacta por fuera.

—Por el momento, todo bien —dijo Nakari, aterrizando la *Joya del desierto* en la otra punta, dejando la *Cosechadora* entre nosotros y el bosque—. No puede caernos nada encima entre nave y nave.

Los escáneres revelaron que había seres vivos en el interior, pero no los suficientes para corresponder a toda la tripulación de la *Cosechadora*. Los intentos por comunicarnos con ellos vía comunicador no funcionaron, así que no tuvimos más remedio que investigarlo personalmente. Enfundados en nuestras armaduras y prácticamente tambaleándonos por el peso que soportábamos sobre nuestros cuellos y hombros, pusimos nuestras botas blindadas sobre la superficie de Fex y caminamos hacia la nave, con bastones aturdidores en cada mano y los blasters en la cadera. Erredós hizo unos gorgoritos que podían ser una advertencia cuando la rampa se cerró a nuestras espaldas. La *Cosechadora* era un carguero ligero corelliano XS-800 con una entrada desde el terreno por una escotilla de aire ventral situada tras la cabina y delante de los camarotes de la tripulación, y también por dos montacargas de las zonas de bodegas colocadas a ambos lados de la nave.

—Primero las zonas de carga, ¿de acuerdo?

—Sí.

Nos acercamos a la bodega de carga de babor y Nakari lanzó códigos remotos para hacer bajar el montacargas. Descendió impecablemente, sin ningún cadáver encima, lo que nos animó. La plataforma tenía una consola rudimentaria conectada al resto de la nave y Nakari tecleó códigos para iluminar el exterior. Los motores hidráulicos gimieron

mientras subíamos, aunque no vimos gran cosa al principio aparte de los paneles de luz y los ganchos de carga del techo. ¿Podría haber un perforacráneos fexiano, invisible a nuestros ojos?

—¿Bastones aturdidores listos? —me preguntó ella.

—Listos.

El tintineo de nuestras botas sobre la cubierta sonó amortiguado y lejano, como si alguien estuviese caminando por otra parte de la nave.

Cuando el ascensor se detuvo vimos un palé de cajas envueltas en lona acurrucado en una esquina y más atrás, junto a la pared derecha, había una fila de cajas de especímenes de cristal grueso y transparente, en pilas de tres, como en un puesto de un mercado de mascotas. Dudé que aquello escondiese ninguna promesa de relación floreciente.

—Revisa primero las cajas, no podemos dejarnos nada —dijo Nakari.

Las cajas de debajo de la lona resultaron ser comida; principalmente compuestos proteínicos.

—Es nuestra dieta para el futuro inmediato —dije—, nada más.

—Vale, vayamos atrás.

Allí había una escotilla hermética que conducía a un taller de máquinas, los baños y la cocina, y desde esta a la otra bodega de carga del lado contrario; o podíamos ir hacia delante atravesando la zona común y los camarotes para ver qué nos esperaba en el puente. Cuando nos acercábamos vimos que la mayoría de cajas de especímenes estaban vacías y desactivadas, excepto las diez más cercanas a la escotilla. Avanzamos pesadamente para verlo mejor y vimos que cinco de las de la hilera de en medio contenían perforacráneos fexianos acostados; sin duda inconscientes, ya que podíamos verlos, aunque lo más probable es que estuviesen muertos.

—Oye, esto me hace pensar —dijo Nakari—. ¿Cómo se mantiene en cautividad a un perforacráneos fexiano? ¿Alguien vende pienso hecho de cerebro?

—Estoy seguro de que los carniceros pueden suministrar cerebros de nerf o algo parecido —dije.

—Puaj.

—A los perforacráneos igual les parecen deliciosos.

—Oh, oh, Luke. Mira esto.

—¿Qué?

Nakari señaló los cinco contenedores de la fila superior, los más cercanos a la salida de la bodega de carga. El grueso cristal polímero de estos, parecido al de nuestros visores, estaba cortado en arcos estrechos de bordes irregulares. Las unidades seguían en funcionamiento, por lo que los paneles de luz de las tapas, calibrados para imitar la luz ultravioleta y la radiación de la estrella de Sha Qarot, seguían encendidos y calientes. Pero los contenedores, que era evidente que habían estado ocupados, ya no contenían ningún espécimen.

—Apuesto a que el cristal está por el suelo, pero no quiero mirar porque acabaré como él —dijo Nakari. Yo pensé que los restos debían de ser más parecidos a cascotes

que a astillas; el cristal era bastante grueso y de hecho podía tratarse de policarbonato transparente.

—¿Eso significa que tenemos cinco perforacráneos sueltos por la nave?

—Puede. Quizá, si estamos de suerte, han pasado sigilosamente junto a nosotros cuando bajamos el montacargas.

—No sé yo si habremos tenido tanta suerte.

—No. Pero me pregunto por qué solo han escapado los cinco de arriba, no los de debajo.

—Quizá uno descubrió la manera de perforar el cristal y los otros lo vieron y le imitaron.

—Sí, es posible. Los de debajo no pudieron ver nada más que el cristal cayendo.

—O quizá los de las cajas de debajo ya estaban muertos.

—Cierto. De hecho, espero que sea eso. Porque, tanto si los de arriba siguieron a un líder como si actuaron independientemente, se trata de un nivel de inteligencia al que preferiría no tener que enfrentarme. Sigamos. Tenemos que encontrar la tripulación… eran seis. Quizá responderán a un aviso general en la nave —dio un paso hasta la escotilla trasera que llevaba al resto del carguero, que vimos que estaba parcialmente abierta. Yo intenté cerrarla automáticamente pero no lo conseguí. Me lo impidió el pie derecho enfundado en una bota de… alguien.

—Oh, no —dijo Nakari.

—Eso significa que entraron en el resto de la nave.

—Así es. Pero puede que haya alguien encerrado en algún sitio.

Usando la consola de pared que había junto a la escotilla, activó el comunicador.

—*Cosechadora*, al habla un equipo de rescate enviado por Biolaboratorios Kelen. Estamos en las bodegas de carga. Si hay alguien vivo, responda por favor.

Apartó el dedo y esperamos respuesta. Nada. Repitió el mensaje y volvimos a esperar en vano.

—Muy bien, sigamos adelante —me dijo, apretando el botón para abrir la escotilla y sujetándose después al borde de esta para poder mirar hacia abajo sin perder el equilibrio. Yo hice lo mismo al otro lado de la escotilla.

Había un cereano tendido boca abajo con un uniforme estándar de Biolaboratorios Kelen (con la cabeza descubierta, en otras palabras) y dos agujeros en la coronilla de su cráneo cónico, uno para cada uno de sus dos cerebros.

—No llevaban armadura —dije—. Creían que estaban a salvo en la nave con los perforacráneos encerrados.

—Me pregunto cuánto llevará ahí —dijo Nakari.

—Lo mismo que los demás —contesté.

—¿Qué quieres decir?

—Esta nave no despegó, pero sigue funcionando. Los perforacráneos o mataron a todo el mundo o les impidieron la entrada en el puente. De no ser así, puedes apostar que no estaría posada aquí.

Nakari frunció los labios al otro lado de su visor.

—Bien. Vamos de sala en sala juntos, registrándolas todas y sellándolas al salir.

—¿Pueden perforar las escotillas?

—Estaría bien saberlo. Ya lo veremos. Antes terminemos de revisar la parte trasera. Quizá alguien llegó hasta una lanzadera de salvamento.

La adelanté para entrar en la siguiente sala, una zona multiuso con algo de equipamiento científico. Había un baño y una cocina, ambas desiertas. Las armaduras que la tripulación debería llevar puestas estaban apiladas en un rincón junto al baño, y las lentes infrarrojas que les habrían permitido ver las criaturas (y que encajaban en sus cascos) estaban guardadas en una caja que había bajo una mesa. En el centro de la pared negra había dos puertas que conducían a la zona de ingeniería y las lanzaderas de salvamento.

Se había incorporado un taller de máquinas rudimentario a la zona de ingeniería, desordenada por alguien que buscaba desesperadamente un arma. Y ese alguien yacía muerto, boca abajo como el cereano, pero con una llave inglesa a centímetros de su mano derecha. Nakari suspiró al ver el cadáver.

—Lo conozco. Lo conocía.

—¿Era el piloto?

—No, un científico. Una vez estuve en un equipo de recolección con él.

—No veo sangre en la llave inglesa —dije—. Aunque no sé qué aspecto tiene la sangre de los perforacráneos. No podemos saber si los golpeó o no.

—Si la tenía en la mano cuando el perforacráneos cayó sobre su cabeza desprotegida, probablemente no tuvo tiempo, teniendo en cuenta lo rápido que perforaron el blindaje.

Fruncí el ceño.

—Bien visto.

Moviéndonos a dúo, revisamos las dos lanzaderas de salvamento y el resto del compartimento de ingeniería. Ningún tripulante más. Ni cadáveres de perforacráneos muertos.

—Nakari.

—¿Qué?

—Puede haber uno aquí, ¿verdad? La puerta estaba cerrada.

—No necesariamente. Pudo haber escapado cuando otro entró o salió. Y no podemos dar por supuesto que no sean capaces de abrir una puerta. Puede que la tripulación no instalase códigos de bloqueo y sencillamente permitiesen que funcionasen con solo apretar un botón. Las criaturas fueron lo bastante listas como para salir de sus jaulas de forma organizada.

—Como mínimo algunas.

—Sí. Bueno, de momento no nos ha saltado nada encima y se podría suponer que si hubiese algo aquí encerrado debería de estar muy hambriento, así que registremos esto y sigamos —dijo Nakari—. Pero debemos revisar la bodega de carga de estribor antes de ir a los camarotes y el puente.

—Vale.

Salimos del compartimento de ingeniería y Nakari caminó hasta las puertas de la bodega de carga de estribor, que intentó abrir. Una luz roja la detuvo y un pitido solicitó el código completo. Lo introdujo concienzudamente con una mano mientras sujetaba los dos bastones aturdidores con la otra. Las puertas se abrieron y entré, con los brazos extendidos hacia delante tanto por equilibrio como para protegerme.

La bodega contenía más palés de material y un par de motos deslizadoras cubiertas de polvo de lavanda, pero ningún cadáver ni depredadores sorbecerebros a la vista. Teniendo en cuenta sus habilidades de camuflaje naturales, me pregunté si hasta ese momento realmente habíamos «limpiado» las habitaciones, o sencillamente los habíamos pillado echando la siesta. Si un perforacráneos se quedaba quieto y en silencio, ¿cómo podíamos saber que estaba allí?

—Oye —dije—, cuando terminemos de revisar la nave, quiero volver a registrarla entera con solo un bastón aturdidor y un escáner portátil, para asegurarme de que no se nos ha pasado por alto nada que pueda estar escondido.

—Buena idea —dijo Nakari—. ¿Estás listo para seguir avanzando?

—Sí. ¿Cuántos camarotes?

—Ocho, cuatro a cada lado del pasillo que conduce al puente. Pero antes debería de haber una zona de estar común —sus dedos sobrevolaron el datapad que había junto a la puerta—. ¿Listo?

Levanté los brazos y dije:

—Adelante —y ella activó la apertura de la puerta. No estaba bloqueada como las de las bodegas de carga, así que se abrió rápidamente y me ofreció el primer atisbo de la carnicería.

Había tres cadáveres. Uno de ellos, un varón sullustano mofletudo y de labios gruesos, seguía sentado en una silla de la sala de estar con un datapad en las rodillas, con los ojos bien abiertos y cubiertos de un velo mortecino; había muerto antes de poder levantarse. Una mujer humana, desplomada, inerte, cerca de la escotilla que daba a los camarotes, y cerca de ella un varón zabrak con cuernos tirado boca abajo y bloqueando la puerta que llevaba a la zona médica; la nuca era un amasijo sangriento, aunque a esas alturas ya estaba seco.

—Deben de estar ahí dentro —dije, avanzando para permitir que Nakari entrara tras de mí—. Al menos algunos —el casco no permitía mucho movimiento, pero vi algunos rastros y salpicones de sangre en la parte alta de los mamparos. Los perforacráneos no podían ocultar su rastro.

La puerta siseó al cerrarse detrás de nosotros y me detuve, esperando un ataque en cualquier momento, pero el tiempo pasó sin que llegase.

—Aseguremos la zona médica antes de seguir adelante —dijo Nakari.

Los zabrak tienen cuernos en la cabeza, pero son cortos y rechonchos, y obviamente no ahuyentan a los perforacráneos, ya que no crecen en la parte vulnerable de la cabeza. El cadáver del zabrak estaba medio fuera de la sala; como el cereano que habíamos visto

antes, había intentado salir, quizá en busca de ayuda, cuando el perforacráneos lo abatió. Mirando hacia la zona médica del otro lado, pude ver una mesa de examen y los brazos metálicos de varios escáneres y herramientas quirúrgicas; este tipo de zonas médicas están adaptadas para tripulaciones multiespecie como aquella y repletas de instrumental y medicamentos que un humano no necesitaría jamás. Pensé que el amasijo de aparatos suspendido sobre la mesa de examen le resultaría atractivo a unas criaturas a las que les gustaba remolonear en las ramas, esperando alguna presa que pasase por debajo de ellas.

—Esa puerta debería abrirse sin un código completo —dijo Nakari—, ya que no se cerró.

—Entendido —apreté la consola con el codo y la puerta se abrió, permitiéndome superar el cuerpo del zabrak. Tres pasos más tarde noté algo aterrizando en mi cabeza—. ¡Están aquí! —grité mientras golpeaba mis bastones aturdidores a ambos lados de mi cabeza. Con el de la izquierda solo golpeé el casco, pero el de la derecha contactó con algo más, como carne. Ningún chillido, pero el peso adicional cayó deslizándose hasta mi hombro, lo que me asustó. Moví la cabeza demasiado rápido para verlo y el engorroso casco me hizo perder el equilibrio; conseguí tambalearme hacia atrás y alargar las manos para controlar la caída, pero fue inevitable. Y en cuanto me estrellé contra el suelo, otros dos pesos aterrizaron sobre mí en rápida sucesión, *pum-pum*, justo sobre mi visor, aunque no veía nada. Un círculo blanco de polímero erosionado apareció directamente sobre mi ojo izquierdo y pude oír el chirrido del material mientras era hecho trizas por la criatura invisible que perforaba directamente hacia mi cabeza. Sus dientes no tendrían ninguna dificultad para atravesarme el ojo y penetrar directamente en mi cerebro. Golpeé esa zona con ambos bastones aturdidores, pero la perforación continuaba al mismo tiempo que iba haciéndose visible un cuerpo, y perdí un par de segundos valiosísimos entendiendo lo que había pasado; un perforacráneos había caído sobre el otro, abrazándolo para protegerlo, y aunque a ese lo había dejado inconsciente, el primero seguía siendo invisible y estaba deseando devorar mi materia gris. No podía darle con los bastones aturdidores y la perforación hacía progresos palpables. Lancé los bastones, desenfundé mi blaster y no me molesté en ver qué ajuste tenía. Coloqué el cañón a la altura de mi visor y apreté el gatillo, lanzando una descarga de plasma rojo que me cegó momentáneamente pero detuvo el chirrido de la perforación. También dejó una marca de quemadura en todo el visor.

—¡Luke! ¿Estás bien? —preguntó Nakari.

—Sí. Tres menos, ¿verdad?

—Diría que sí. Los he visto fácilmente después de que les hayas disparado. Toda la sala está llena ahora de una especie de baba morada asquerosa.

—¿Y qué me dices del primero que he aturdido?

Nakari tiró uno de los bastones aturdidores y sacó su blaster. Disparó a algo que yo no podía ver.

—Tampoco se despertará. No tengo el menor interés en llevar estas cosas vivas de vuelta. Han matado amigos míos.

—¿Amigos?

Señaló con el blaster.

—También conocía a ese zabrak. Cocinaba… muy bien —sus ojos me miraron desde detrás de su visor—. Perdona. No pretendía criticar tus filetes de nerf.

A mí ni siquiera se me había ocurrido hasta entonces. Ni remotamente. Estaba pensando que sabía muy bien lo que ella estaba sintiendo en ese momento. La conmoción al ver muerto a alguien que conoces. Una de las primeras cosas que piensas es en cómo lo recordarás. Cosas como «cocinaba muy bien» o «cantaba muy bien» o «era mi mejor amigo y lo echaré de menos toda la vida». El dolor que implica es aplastante, pero a veces puedes guardarlo en un cajón, hasta que tienes tiempo para lidiar con él; yo sabía que aún tenía mucho por lidiar. Me imaginé que Nakari estaba conteniendo sus sentimientos de la misma manera.

—No te preocupes —dije—. Siento lo de tu amigo. ¿Me ayudas a levantarme?

—Claro.

Enfundó su blaster y avanzó hacia mí, con la mano derecha extendida y la izquierda sujetando aún un bastón aturdidor.

Tuvo que equilibrarse con cuidado para poder inclinarse, pero antes de que pudiese tomar su mano, se apartó de mí y empezó a golpearse la mano derecha con el bastón de la izquierda. Apareció un perforacráneos, que cayó de su mano al mismo tiempo que ella soltaba el bastón y lanzaba un grito. Sacó el blaster y se disparó al reverso de la mano izquierda, matando a otra de las criaturas; y haciéndose un poco de sangre.

—¡Aah! —soltó el blaster y se llevó la mano herida al pecho—. ¿Por qué me atacan las manos?

Rodé sobre mí mismo y conseguí enderezarme.

—Son listos, como pensabas. Solucionan problemas. Han visto que hemos matado a los otros tres con cosas que hemos utilizado con las manos. Así que te atacan las manos para inutilizarte y así poder pasar a lo que realmente les interesa.

—Oh. ¡Tienes razón! Esas cosas como mínimo son semiinteligentes. No deberíamos tenerlas cerca. Excepto esta que acabamos de aturdir. ¿Te importa?

Me planteé sencillamente lanzarla fuera de la nave, pero no me apetecía tenerla por ahí merodeando, donde pudiera volver a atacarnos cuando regresáramos a la *Joya*. Le disparé y eso sumó un total de cinco perforacráneos muertos, los correspondientes a las cinco jaulas vacías.

—Como mínimo ya estás en la zona médica —dije—. Veamos si puedo hacerte un remiendo.

El perforacráneos había devorado su guante y había penetrado en la red de tendones del reverso de su mano, aunque no le había roto ningún hueso; Nakari lo había hecho papilla antes de que pudiese perforar mucho más. Ahora no podía cerrar la mano en un puño. Le apliqué un parche de bacta, le di algo para el dolor y dejé que el sistema médico automático siguiera a partir de ahí. Iba a necesitar un cirujano de verdad para reparar el daño, pero el sistema podía mantenerla estable y libre de infecciones.

—Voy a registrar el resto de la nave, por si acaso —le dije—. Aún nos falta un miembro de la tripulación, ¿verdad?

Nakari asintió, mordiéndose el labio inferior. La medicación para el dolor probablemente aún no había hecho efecto y su adrenalina se estaba disipando.

—Volveré lo antes posible —le dije—. También quiero ver si puedo arrancar la nave.

—No sé cómo logras ver nada —dijo, respirando rápidamente—. Entre ese agujero mordisqueado en el visor y la quemadura, es asombroso que no estés completamente cegado.

—Tendré cuidado. Me llevo dos bastones por si acaso.

Nakari me pidió que le diera uno de los suyos y hasta que no se sintió lo bastante armada no se acostó en la cama para permitir que el programa médico realizase su tratamiento. Me preguntó todos y cada uno de los códigos de las puertas antes de que marchara.

Aunque mis teorías probablemente serán ridiculas para cualquiera con mejor conocimiento de biología que el mío, me pregunté si los perforacráneos podían ser más inteligentes dependiendo de lo que comiesen. ¿Acaso los priones y neuronas de sus comidas mejoraban su capacidad de pensamiento? Si eso era posible, quizá el hecho de haberse comido el cerebro doble de un cercano podría explicar la adaptabilidad y mejora de sus tácticas; porque habían seguido una estrategia al atacar las manos de Nakari. Pensándolo bien, cuando atacaron mi cara, la manera en que uno saltó sobre el otro también fue inteligente; no pude golpear al de debajo con los bastones y aún no habían visto los blasters, por lo que no podían predecirlos. Pero esa posibilidad suscitaba otra duda. El que había aterrizado sobre la espalda del otro tuvo necesariamente que pincharse con las púas del primero, así que de ser planeado, habría sido un sacrificio planeado. ¿Podían verse incluso cuando estaban camuflados? Quizá ese ataque a dúo había sido casualidad. Los dos que habían atacado a Nakari habían coordinado su ataque de manera evidente, aunque eso me hacía pensar en la forma en que se comunicaban. No habíamos oído ningún tipo de vocalización hasta que les hicimos daño.

La explicación más sencilla, y mucho más probable que la idea de que pudieran ganar inteligencia a base de comer cerebros, era que los perforacráneos eran como mínimo seres semiinteligentes, puede incluso que inteligentes. Pero entre que ellos habían matado a los dos equipos recolectores y que Nakari y yo los habíamos matado a ellos, no habíamos tenido tiempo de averiguar su verdadero estatus.

Todas mis dudas las respondería mejor Biolaboratorios Kelen y yo estaba más que dispuesto a dejar todo aquel estropicio en sus manos. Introduje el código en el datapad que abría la escotilla de los camarotes. En el pasillo no me esperaba ningún cadáver, pero tuve que pasar por encima del de la mujer humana que había frente a la puerta. Todos los camarotes estaban cerrados y tuve que introducir la contraseña en todos ellos, encontrando los dos primeros de ambos lados vacíos aunque con indicios de ocupación reciente; papeles sobre el escritorio, tazas de café a medias, sábanas abiertas y una pieza de ropa interior en uno. Encontré al sexto y último miembro de la tripulación de la

Cosechadora tras la tercera escotilla de la izquierda. Era un varón humano, acurrucado en su catre, probablemente muerto, con los labios agrietados y secos y la piel lívida. Aunque tenía el cráneo intacto, no había respondido a las llamadas generales de Nakari a pesar de que disponía de equipo para hacerlo; lo revisé. La consola junto a la puerta seguía funcionando.

Quizá se había encerrado allí cuando se dio cuenta de que los perforacráneos andaban sueltos por la nave y sabía que no podía salir de su cuarto sin la armadura. Había varias bolsas de agua vacías tiradas por el suelo, pero no vi ningún paquete de comida. Quién sabe cuándo pudo beber o comer algo por última vez. Había preferido morir de sed que dejar que le sorbieran el cerebro… una decisión comprensible.

Vi un diario escrito a mano sobre su escritorio, que sin duda iba a aportar luz sobre sus últimos días. Para asegurarme, me arrodillé junto a él y me incliné hasta que mi visor quedó frente a su nariz y su boca abierta. Tras un par de segundos, el cristal se empañó claramente. Debía llevarlo a la zona médica inmediatamente.

Tras apagar el bastón aturdidor de mi mano izquierda, lo coloqué sobre su escritorio e intenté despertarlo dándole unos toquecitos con los dedos. No respondía, así que apagué el otro bastón y lo dejé en el suelo, me lo coloqué como pude sobre el hombro izquierdo, recogí uno de los bastones aturdidores con la mano derecha y volví a la zona médica.

—Nakari, he encontrado a alguien —dije al entrar. Un par de brazos robóticos suspendidos del techo estaban vendando su mano izquierda.

—¿Aún vivo? —preguntó ella.

—$í, pero en mal estado.

—Bueno, conmigo ya ha terminado —dijo con una voz lánguida y suave. La medicación debía de haberle hecho efecto. Saludó al aparato médico que colgaba sobre ella con su mano herida—. No puedo hacer la cirugía necesaria para algo así. Estas cosas se supone que te mantienen con vida, y coser unos tendones no está en su lista de servicios fundamentales.

Se levantó de la cama de examen y yo puse al hombre en ella.

—¿También le conoces? —le pregunté en cuanto vio su cara.

—No —negó con la cabeza—. Pero seguro que mi padre se alegra mucho de tenerlo de vuelta.

—¿Te importa cuidar de él? —dije—. Me gustaría revisar el resto de la nave.

—Por supuesto, hazlo —contestó ella y se dejó caer sobre una silla apoyada contra la pared. No parecía completamente lúcida, así que programé el automédico para que se pusiera a curar al hombre antes de marcharme.

Los camarotes restantes estaban vacíos y el puente estaba impoluto. No recibí ningún ataque, así que activé el comunicador de la nave y dije:

—Nakari, la nave está limpia, al menos sin escaneado. Encenderé los motores y activaré el prevuelo, después volveré con un escáner para asegurarme.

Ella me confirmó que me había oído y entonces empezó el trabajo de verdad. La *Cosechadora* estaba bien de combustible y todos los sistemas estaban funcionales,

aunque carecía de tripulación en ese momento. Arrastré a todas las víctimas hasta la zona de almacenes, entre la cocina y el baño, donde estaban sus armaduras sin usar, después volví brevemente a la *Joya del desierto* para conseguir un escáner de seres vivos para examinar a fondo la *Cosechadora*. Estaba realmente limpia, así que le pregunté a Nakari qué quería hacer a continuación.

—¿Cómo vamos a sacar esta nave de aquí?

—Conéctala al navegador de la *Joya del desierto* y llévanos hasta Pasher. Yo me quedaré a bordo por si ese tipo se despierta e intentaré limpiar un poco este desaguisado.

—Parece un buen plan.

—Sí. Será mejor que nos paguen *muy* bien por esto.

CAPÍTULO SIETE

Al llegar a Pasher Fayet Kelen nos esperaba en la plataforma de aterrizaje que teníamos asignada; esperaba a Nakari y la *Cosechadora*, en cualquier caso, junto con un puñado de sus empleados. Erredós y yo nos unimos a ellos después de amarrar la *Joya del desierto*.

Era evidente que Nakari le había hecho un resumen rápido de los acontecimientos a su padre, porque cuando llegué hasta ellos me gritó:

—¡Piloto! Bienvenido. Me han dicho que te has lucido en Fex —esto era un poco exagerado puesto que había hecho poco más que salir vivo, pero bajó la mirada hacia Erredós y prosiguió antes de que pudiera contestar—. ¿Tu droide ha borrado todos los datos que le hemos proporcionado antes?

—Erredós, por favor, borra todos los archivos que nos dio el señor Kelen —el droide emitió un pitido de aceptación y Kelen sonrió.

—Bien, bien. Perdonad si quiero mayores garantías de seguridad para asegurarme de que mis intereses están protegidos —sus dedos como salchichas sacaron un datachip de un bolsillo de su túnica, que me pasó—. Preparé esto para cuando llegaseis. Confirmará la eliminación de todos los archivos que os di de la memoria de tu droide y borrará cualquier resto accidental, nada más.

Negarme a colocar el chip solo despertaría sospechas, sobre todo cuando ya había prometido borrarlo todo, así que lo inserté y Erredós ejecutó el programa, escupiéndolo al cabo de unos segundos. Nakari me hizo un guiño, no obstante, indicándome quizá que tenía su propia copia de seguridad de las coordenadas fexianas archivada en algún sitio.

—Excelente —dijo Kelen. Su mano danzó sobre su datapad personal—. Estoy ingresando una importante suma en un depósito al que tu androide podrá acceder para que os la repartáis. Os agradezco que me hayáis devuelto la nave, la tripulación viva y muerta, y vida alienígena que deleitará a mis científicos.

Percibiendo que estaba a punto de desviar su atención hacia otro asunto y despedirse de nosotros, Nakari dijo:

—Papi, no envíes a nadie más allí hasta que hayas leído mi informe. Esas cosas pueden ser inteligentes. Y si decides no hacerme caso, deberías mejorar la movilidad de la armadura.

Él colocó una mano sobre el hombro de su hija.

—Analizaré todo lo que has escrito antes de tomar ninguna decisión al respecto. Lo que me preocupa ahora es que un cirujano se ocupe de esa mano. ¿Ves a mis esbirros? Ellos te llevarán.

—¿Qué? —una ambulancia se detuvo cerca de la nave y dos médicos entusiastas bajaron de ella, preguntándole a Fayet Kelen quién era el herido.

—Llevad a mi hija al mejor cirujano inmediatamente y que me pasen la cuenta. ¡En marcha!

—¡Papi, espera! ¿Y qué pasa con Luke?

—No temas, tu piloto podrá descansar cómodamente hasta que estés preparada para marcharte.

—¡No te marches sin mí, Luke! —me gritó por encima del hombro cuando los médicos la llevaron hasta la ambulancia.

—No lo haré —dije, aunque me preguntaba si ella podría acompañarme en la misión para sacar a la givin de Denon. Se recuperaría, pero dudaba que estuviese al cien por cien pronto. El almirante Ackbar nos había dado algo de tiempo extra para nuestra misión, pero no mucho.

Fayet Kelen se giró hacia mí, su boca torcida hacia arriba en una sonrisa amistosa.

—No tardará mucho, piloto. Ya verás. Me sorprendería que mañana por la mañana no esté vendada y lista para marcharse —sus dedos tocaron el datapad mientras hablaba—. Mientras tanto, te ruego que te alojes en el mejor hotel de Pasher a mi costa. He organizado una escolta para que te acompañe hasta allí. Que tu droide busque el archivo *Skywalker*, contraseña *Piloto Joya*, y encontrarás los fondos que te he comentado, que puedes transferir adonde quieras. Gracias por tu servicio a mi hija y a mí. Que las estrellas te sean propicias.

Antes de poder responder, se dio la vuelta y se dirigió con una velocidad impresionante hacia los trabajadores que estaban descargando las bodegas de la *Cosechadora*, bramando órdenes y dejándome con la boca abierta.

R2-D2 emitió una serie de pitidos digitales que imaginé que eran un comentario sarcástico.

—Parece que tenemos una noche libre en la guerra, Erredós. No se lo digas a Trespeó, ¿vale? No se cansaría de recordárnoslo.

El hotel era realmente lujoso, pero en cuanto probé la cama me olvidé del resto de comodidades. El colchón era tan cómodo y yo estaba tan cansado que me dormí vestido y Erredós tuvo que despertarme por la mañana. No me molestó desperdiciar aquel exceso y esplendor; una noche durmiendo bien a esas alturas era para mí el colmo del lujo.

En recepción me esperaba un mensaje de Nakari: «Date prisa. Estoy esperando en la nave».

—Vamos, Erredós, tenemos que comprar armas —la suma que nos había pagado Fayet Kelen era bastante considerable, íbamos a necesitarlo todo para realizar mejoras en la *Joya del desierto*, pero la perspectiva me colmaba de excitación: la Alianza raramente tenía los fondos o la voluntad para hacer nada inusual.

La mano izquierda de Nakari, envuelta en un grueso vendaje empapado en bacta, me saludó desde la rampa de carga de la nave.

—Debes de haber tenido lindos sueños —dijo sonriendo.

—Sí, me siento descansado. ¿Qué tal tú?

—Colocada por los medicamentos y a días de recuperar el completo uso de mi mano, pero aparte de eso, funcional y feliz de estar aquí.

—¿Aún puedes disparar tu rifle?

—Corriendo quizá no muy bien. Pero apostada en algún sitio en el que pueda apoyar el codo debería poder hacerlo con precisión.

—Genial. ¿Alguna idea sobre dónde quieres ir a buscar las mejoras para la nave?

—Pensaba preguntártelo a ti.

Me lo pensé. Habían pasado unos días desde la alerta imperial relacionada con la *Joya del desierto*. Dudaba que nadie en el Enclave Chekkoo la estuviera buscando todavía, pero por si acaso sería mejor hacer todo lo posible por no despertar sospechas.

—¿Hay algún sitio en Pasher en el que puedan pintarnos la *Joya*? Tenemos que hacerlo antes de ir a Denon.

Nakari se encogió de hombros.

—Seguro que sí, alguien encontraremos.

—En ese caso, ¿qué te parece si hacemos las mejoras en Rodia? Hace poco hice un contacto allí que tiene todo lo que necesitamos.

—Me parece perfecto.

Encontramos a un hombre cubierto por una nube de humo de cigarro que tenía un grupo de amigos encantados con hacernos un pintado rápido de la *Joya*, terminándolo esa misma tarde. Nakari le hizo cambiar el rojo y plateado por azul y dorado. Cuando ya estábamos volando por el hiperespacio, hice que Erredós mostrase el catálogo de Armamento Utheel en la cabina, y elegimos las armas que creíamos que nos serían más prácticas contra los imperiales. Repasamos los precios en relación con nuestro presupuesto y tuvimos que renunciar a algunos elementos de nuestra carta a los Reyes, pero aun así tuve claro que tendríamos una nave temible cuando aquellas mejoras se completasen.

El problema era que Taneetch Soonta no esperaba nuestra llegada, y aunque nos permitieron aterrizar en el puerto espacial del exterior del Enclave Chekkoo, no fuimos precisamente bien recibidos. A diferencia de mi primera visita, cuando me recibieron y escoltaron educadamente hasta Armamento Utheel, alguien se me abalanzó en cuanto respiré la primera bocanada de apestoso aire rodiano. Un hombre beligerante de piel azul y un mono verde azulón me preguntó qué demonios quería desde el pie de la rampa.

—Venimos a comprarle armas a Armamento Utheel —dije.

—¿Para una nave como esta? No, ni hablar.

—Por supuesto que sí.

—Armamento Utheel no equipa naves interestelares. Venden cosas para cazadores y sus pequeños deslizadores, como mucho alguna nave atmosférica. Os habéis equivocado de empresa. Probad con el clan Chattza, en el otro continente… ellos pueden ayudaros.

—No, mira, tengo que ver a Taneetch Soonta. Ella me conoce y sabe lo que quiero.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Bueno, alguien la conocerá.

Levantó un datapad.

—¿Ves esto? Contiene un registro de todos los miembros del clan Chekkoo, y aquí no hay ninguna Taneetch Soonta. Te equivocas. Será mejor que busquéis vuestras armas en otro lado, porque aquí no tenemos.

Nakari se colocó detrás de mí y su voz flotó a mi espalda.

—¿Qué pasa, Luke?

—No estoy seguro, excepto que este tipo quiere que nos marchemos. Dice que mi contacto no existe y que la empresa con la que quiero tratar no tiene las armas que vimos en el catálogo.

—¿Hay alguna posibilidad de que diga la verdad y te engañasen antes?

—Supongo que sí —todo aquello podría haber sido una trampa imperial extremadamente elaborada, con un número enorme de agentes implicados en la operación. Pero era poco posible. Lo más posible era que aquel rodiano en particular tuviese otros planes. Debía de haber alguna manera de esquivarlo sin resultar desagradable; y de repente me acordé de que quizá la había. Respiré profundamente y cerré los ojos, proyectándome hacia la Fuerza, y entonces volví a abrir los ojos, concentrándome en el rodiano y deseando que aceptase mis palabras de buen grado—. Venimos a hacer negocios con Armamento Utheel.

Las antenas del rodiano bajaron y cortó el aire con la mano.

—Ya te he dicho que no se ocupan de equipar naves interestelares. Tenéis que visitar a los Chattza.

Era evidente que no había funcionado, pero había olvidado algo que quizá podría marcar la diferencia. Cuando Ben le dijo a los soldados de asalto de Mos Eisley que Erredós y Trespeó no eran los droides que estaban buscando, había hecho un pequeño gesto con la mano, como rechazando las preocupaciones de los soldados.

—No debes preocuparte por nosotros —dije, moviendo la mano en un leve arco y dibujando una ondulación con mis dedos mientras me concentraba en emplear mi voluntad.

—Claro que debo —replicó el rodiano—. Tengo una lista de naves que vienen a hacer negocios legítimos y necesito el amarradero. Largaos, por favor. Me estáis haciendo perder el tiempo.

Debía volver a intentarlo.

—No debes preocuparte por nosotros —dije, repitiendo el gesto con la mano.

—Mira, sé que los humanos a veces son un poco duros de mollera, pero empiezo a pensar que lo tuyo es excepcional —dijo el rodiano.

Detrás de mí, Nakari susurró:

—Luke, ¿qué estás haciendo?

—Parece que hacerle perder el tiempo a todo el mundo —susurré en respuesta.

El comunicador del rodiano emitió una alerta y lo encendió, recibiendo una riada de palabras guturales que no entendí. Contestó de forma breve y seca. Al apartar el comunicador me dijo:

—Esto cambia las cosas. Bienvenido de vuelta a Rodia, maestro Skywalker. Si tiene la amabilidad de seguirme, le conduciré hasta Taneetch Soonta.

—¿Qué? Acabas de decir que no existía tal persona.

—Y ahora le digo que le acompañaré hasta ella. Síganme.

—¿Quién eres?

El rodiano no respondió, se dio la vuelta y echó a andar, haciéndonos gestos con la mano para que le siguiéramos. Nakari me dio un suave empujoncito y bajé la rampa, llamando a Erredós para que se sumara a la comitiva. Mientras seguía al rudo rodiano del mono verde azulón, pensé que quizá asociaría para siempre aquel color con los malos modos. Pero cuando me calmé me di cuenta de que estaba más frustrado con mi fracaso que realmente molesto con nuestro guía. Sabía que Ben había hecho algo con las mentes de aquellos soldados de asalto, pero no sabía qué era, ni siquiera cómo lo llamaba. Me dijo que la Fuerza podía influenciar a los débiles de carácter o algo parecido, pero yo estaba tan poco entrenado que no sabía si lo había hecho correctamente y el rodiano era sencillamente demasiado firme, o si lo había hecho mal. Esto solo reforzaba la sensación de necesitar urgentemente alguien que me entrenase.

El camino que tomamos por el bazar rodiano fue distinto pero, el resultado, el mismo: terminamos en un pasadizo oculto mal iluminado con Taneetch Soonta y su habitual franqueza.

—Disculpa el malentendido en el puerto espacial —dijo—. Por razones de seguridad mantenemos nuestro comercio secreto en la confidencialidad, y hasta vuestra llegada ese trabajador no tenía ninguna necesidad de saber quién eres.

—No importa —dije, y le presenté a Nakari.

Soonta la saludó y dijo:

—¿En qué puedo ayudaros?

Hicimos que Erredós reprodujese los artículos del catálogo que queríamos y el precio total de la compra, explicando que queríamos que los instalasen en la *Joya del desierto* lo más rápidamente posible.

—Habrá mano de obra, por supuesto —nos recordó Soonta. Se concentró en su datapad y me mostró una cifra.

Asentí y dije:

—Podemos permitírnoslo.

—Excelente. ¿Y cómo vais a pagar? —le ofrecimos pagar la mitad del total inmediatamente, y la otra mitad tras comprobar que todo estaba terminado e inspeccionar los sistemas.

—Considéralo una demostración de las capacidades de Armamento Utheel para la Alianza —dije.

Autoricé a Erredós a hacer el pago inicial y Soonta emitió un gorjeo complacido cuando su datapad confirmó la transferencia de los fondos.

—Excelente, maestro Skywalker. Estaréis armados y volando antes del atardecer de mañana.

CAPÍTULO OCHO

No nos fiábamos plenamente de los Chekkoo, por supuesto, así que llevamos la *Joya del desierto* a un planeta neutral para escanear la nave en busca de dispositivos de rastreo y las computadoras hicieron un barrido en busca de virus y otros códigos malignos. Recibí con tanto alivio como felicidad la respuesta de los escáneres, estaba todo limpio. Podíamos volver a la Alianza sin preocuparnos por ningún imperial oculto entre nuestros nuevos aliados; por el momento.

La flota seguía escondida en el sistema Orto Plutonia, las naves parecían pedazos de gasa sobre una manta negra mientras nos acercábamos. Leia se alegró de saber que habíamos vuelto a salvo y aunque el almirante Ackbar tuvo la leve decepción de saber que Fex no era ni muchísimo menos apropiado para instalar una base, le animó mucho enterarse de que habíamos mejorado la *Joya del desierto* al mismo tiempo que poníamos a prueba a nuestros nuevos contactos en Rodia.

Leia y él se reunieron con Nakari y conmigo en una sala de reuniones de la *Promesa*, junto con R2-D2 y C-3PO.

—Ahora tenemos un contacto para ti en Denon —dijo Ackbar—. Una kupohana que hace trabajitos ocasionales para la red espía bothana y otras. Lleva un puesto de fideos como tapadera de sus servicios de inteligencia. Le ofrece una ubicación fiable para las reuniones y la oportunidad de realizar operaciones en una zona amplia de Denon bajo el señuelo del reparto de comida. Fue ella quien nos hizo llegar el mensaje de la criptógrafa. La visitarás cuando llegues y pedirás algo raro. C-3PO, ¿qué era lo que tenía que pedir?

—Los fideos de alforfón corellianos con salsa de rancor, señor —dijo el droide.

—Salsa de rancor —Ackbar se estremeció y los pliegues de carne que rodeaban su boca aletearon sonoramente—. Celebro no tener que comérmelos.

Nakari palideció.

—Ni siquiera sabía que existiera algo así. No tenemos que comérnoslo, ¿verdad?

—No, solo pedirlo —dijo Leia sonriendo—. Eso hará que vuestro contacto sepa quién os envía.

—Se llama Sakhet —prosiguió Ackbar—. Tendrás archivos e informes de vigilancia sobre el objetivo para vosotros. A partir de allí, será cosa vuestra urdir una estrategia de evacuación.

—¿Adonde la llevamos cuando la saquemos del planeta? —preguntó Nakari. Se había perdido esa parte de la sesión informativa previa sobre la misión.

—Quiere que la llevéis a Omereth —dijo Ackbar. Apretó un botón en un control remoto y una holo cobró vida con un zumbido, una representación a todo color y alta resolución de un mundo azul salpicado de pequeñas franjas de tierra—. Es un planeta acuático muy poco poblado. Archipiélagos de islas boscosas y un destino peculiar para aquellos que quieren huir del ajetreo de la galaxia.

—Quiere decir que es muy popular entre pescadores suicidas —explicó Leia—. En esos océanos hay cosas muy hambrientas.

Nakari señaló la holo con un dedo.

—¿Por qué ese planeta? No se parece en nada al planeta natal de los givin.

—Quizá ese sea precisamente su atractivo —dijo Leia—. Estamos organizándolo todo para que su familia la reciba allí. Trabajará para la Alianza desde un lugar al que el Imperio no presta atención.

—¿Tenemos ya el nombre del objetivo? —pregunté.

—Sí. Drusil Bephorin. Estará fuertemente protegida —Ackbar hizo una pausa y movió sus ojos gigantes de mi cara a la de Nakari—. Quizá tengáis que ocuparos de esos guardias.

Los eufemismos del asesinato me incomodan, pero siempre me ha molestado particularmente este, porque matar a alguien es lo contrario de ocuparse de él.

Nakari, sin embargo, no tenía tantos escrúpulos. Asintió y dijo:

—Por mí no hay problema.

CAPÍTULO NUEVE

Tardamos algo más en prepararnos para el viaje a Denon ya que teníamos casi garantizado que deberíamos lidiar con fuerzas imperiales en un momento u otro. Guardamos unas cuantas mudas de ropa que podrían servirnos como simples disfraces, además de masilla y maquillaje para camuflajes más sofisticados. Le dimos a la *Joya* nuevos códigos transpondedores a juego con su nueva pintura. Las armas instaladas en Rodia habían alterado su antiguo perfil estilizado, cambiando también toda la imagen de la nave. Cualquier imperial que buscase aquella nave solitaria que había destruido dos cazas TIE en el sistema Llanic tendría dificultades para identificar aquella como la misma nave.

Estábamos prácticamente listos para marcharnos cuando Leia nos gritó, corriendo por la cubierta del hangar con 3PO zumbando tras ella tan rápido como podía.

—¡Luke! ¡Espera! Debes saber esto —cuando llegó hasta mí resopló—. Celebro llegar a tiempo.

—¿Qué pasa?

—Trespeó me recordó una tradición de saludo givin que casi había olvidado. Debes saber algo sobre el álgebra de los saludos.

—¿Álgebra de los saludos?

—Sí, es costumbre entre los givin saludar con álgebra. Si no eres capaz de hablar en lenguaje matemático, a los givin les costará fiarse de ti, así que tienes que demostrar tus habilidades desde el primer momento. Puedes decir prácticamente cualquier cosa, pero te recomiendo que recurras a algo sencillo —dijo—. Y, hagas lo que hagas, no les pidas que hagan aproximaciones lineales de ecuaciones diferenciales parciales no lineales, porque se lo toman como un insulto, como si te burlases de ellos.

Aquello se estaba convirtiendo en la conversación más extraña que había tenido nunca con Leia, pero le seguí la corriente.

—¿Burlándome cómo?

—Básicamente, se oponen a las aproximaciones. Pedir aproximaciones en vez de precisión indica falta de fe en sus habilidades, en el mejor de los casos, y en el peor se puede interpretar como que les estás llamando tontos.

—Oh. Me alegro de que me lo hayas explicado. Pero, como has dicho, creo que lo mejor será usar algo sencillo —estaba deseando que definiese *sencillo* como suma o resta.

En la cara de Leia se dibujó una leve sonrisa y asintió.

—Bien.

—Parece que la lista de tus talentos es interminable. ¿También eres matemática? ¿Cómo sabes esto?

—Tuve que tratar con givins cuando estaba en el Senado. Tengo memorizadas algunas ecuaciones que puedes utilizar.

—Vale, pero cuando haya terminado de decir lo que me pases, Drusil me responderá con una ecuación para que yo la resuelva, ¿verdad? ¿Qué hago entonces?

—Bueno, te aconsejo que la resuelvas.

—Vamos, puedo hacer algo de álgebra sencilla mentalmente, *quizá*, ¡pero no ecuaciones diferenciales!

—Así está bien, maestro Luke —interrumpió Trespeó—. La respuesta más probable es tres.

—¿Qué? ¿Cómo puedes saberlo?

Trespeó, más tieso que un capataz, parecía más alto y orgulloso ante la oportunidad de ser pedante.

—A lo largo de los años, los givin se han habituado a la incapacidad de otros seres para saludarlos correctamente, así que por educación utilizará una ecuación con resultado tres para seguir su tradicional saludo para ahorrarles a ambos la vergüenza de no saber la respuesta. Pero si quiere impresionarla, puede pedir un saludo *de verdad* y le planteará algo al azar y mucho más complicado.

—No, no, tres está bien, con tres me apaño.

—Genial. Empecemos —dijo Leia, y nos enseñó trabajosamente a Nakari y a mí dos ecuaciones diferentes y sus respuestas para usarlas cuando finalmente conociéramos a Drusil Bephorin. Evidentemente, no era una simple suma y necesitamos varios intentos para grabarlo en nuestra memoria.

Cuando terminamos y finalmente nos disponíamos a marcharnos, Leia miró el hangar, vagamente decepcionada por lo que veía. Si tuviese que conjeturar algo, estaba buscando el *Halcón Milenario* y le entristecía que Han y Chewie no hubiesen aparecido mientras no miraba. Probablemente estaba preocupada, como yo, por no volver a verlos jamás. Pero ella seguía luchando por la gente a la que *podía* ver, a la que *podía* salvar: ella era el ejemplo que todos seguíamos. Su despedida fue un breve abrazo y la exigencia de volver sanos y salvos. Como solía en ese tipo de situación, conseguí hacer un gesto con la cabeza al partir, nada más, girándome para subir a la nave antes de hacer o decir nada inapropiado.

Volamos con un rumbo sinuoso para salir de Orto Plutonia y esquivar a la división imperial a la que había atacado anteriormente, y nos relajamos en cuanto pudimos fijar el rumbo por vías hiperespaciales transitadas.

Lo que nos esperaban no eran más que aburridas horas de estrellas borrosas, así que dije:

—¿Puedo preguntarte algo? Espero no ser grosero.

Nakari no giró la cabeza, pero arqueó una ceja y me miró de reojo.

—Bueno, si es grosero, puedes estar seguro de que te lo haré saber.

—Espero que me perdones si lo es. Pero allá voy: a la gente acomodada, como tu padre y tú, raramente les molesta tanto el estado de las cosas como para decidir que todo debe cambiar. Porque normalmente el estado de las cosas es lo que les ha hecho ricos, así que, bueno, ya sabes…

—¿Por qué estoy yo implicada en la rebelión? —concluyó Nakari.

—Exacto.

Miró hacia el suelo, apretó las mandíbulas y cerró su mano buena en un puño, después hizo un esfuerzo por relajarse y hablar sosegadamente.

—El Imperio mató a mi madre por una canción.

—¿Qué?

—Mi madre era compositora y cantante. Solía hacer coros en una banda.

—¿En serio? ¿Qué banda?

—No te rías, ¿vale? El nombre no fue idea suya. Se llamaban Hakko Drazlip y los Tootle Froots.

—¿Los Tootle Froots?

Nakari suspiró con un punto de impaciencia.

—Sé que resulta ridículo contarle a nadie que tu madre era una Tootle Froot. Ni siquiera sé qué es un tootle froot, ¿vale? Pero, en cualquier caso, escribió una canción política para el grupo, la grabaron y se convirtió en su mayor éxito. La cuestión es que solo les sirvió para terminar todos en las minas de especia de Kessel.

—¿Pero eso no significa que podría seguir viva?

—No —dijo secamente—. Eso fue hace diez años. No hay ninguna esperanza de que haya sobrevivido tanto tiempo.

Los dos sabíamos que la esperanza de vida en las minas no superaba los uno o dos años.

—Oh. Lo siento. Entiendo que eso te impulsara a hacer algo —me detuve, deseando saber más pero sin atreverme a preguntar. La curiosidad terminó imponiéndose—. Aunque la reacción del Imperio ante una canción es bastante extrema. ¿Cómo era…? ¿Puede que la conozca?

—Depende de tu acceso al contrabando declarado. Se llamaba «Las muchas piezas protésicas de Vader».

—¡Eh, la conozco! ¡Es hilarante! Pero no sabía que habían castigado a la banda por ella.

—Oh, fue muy rápido —se miró el regazo, el tono de voz suave—. Apenas pasaron unos días desde que se difundiera. Lord Vader no tiene sentido del humor.

—Sí, no parece —hice una pausa, me costaba expresarme—. Fue el responsable de la muerte de mi padre.

—Pues eso tenemos en común.

—Excepto que tú sabes qué hizo tu madre. Yo no tengo la menor idea de por qué mi padre mereció semejante traición.

—Estoy segura de que lo merecía tan poco como mi madre, Luke.

—Gracias. Y, por supuesto, el Imperio posó sus ojos en tu padre después de lo de tu madre.

—Así es. Biolaboratorios Kelen tiene algunos contratos imperiales que nos encantaría quemar, pero no podemos. Mi padre no puede permitirse más que serles complaciente.

Por eso tampoco puede darle dinero a la Alianza; el Imperio tiene espías en su organización a los que él tiene que fingir que no detecta, y vigilan sus finanzas muy atentamente. Pero yo no tengo las manos tan atadas. Soy libre de oponerme a ellos.

—Libre de oponerte a ellos… es una buena manera de decirlo. Creo que mucha gente se opone al Imperio pero no se cree capaz de hacer nada más que despreciarlo secretamente. Supongo que a mí también me liberó el Imperio. Aunque de la peor manera posible. Cuando intentaban recuperar los planos robados de la Estrella de la Muerte mataron a mis tíos. Después de eso no me quedó nada en Tatooine.

Nakari finalmente se giró para mirarme con una arruga entre sus ojos y con la boca girada hacia abajo en un mohín de preocupación.

—¿Y qué hay de tu madre?

—Murió cuando era un bebé. Me criaron mis tíos.

—¿Fueron ellos los que te dijeron que tu padre era un Jedi?

—Esquivaban el tema tanto como podían. Si les preguntaba, desviaban la conversación. La cosa fue así… esto es una conversación real, ¿vale? Digo: «Cuéntame cosas sobre mi padre, tío», y a él le da un ataque de tos antes de contestar: «Se ocupaba de los vaporizadores de la ladera oeste, como yo. Ve a echarles un vistazo». Parece como si se creyesen la versión imperial de que los Jedi eran deshonrosos.

—¿Y qué más da si lo eran?

—¿Qué?

—Sé que el Imperio probablemente miente sobre ellos… no me malentiendas. ¿Pero y si hay una pizca de verdad en lo que el Imperio dice de los Jedi?

—Una pizca de verdad no cambiará mis ganas de saberlo todo. Cuesta encontrar información porque el Imperio ha hecho todo lo posible por borrar todos los registros de los Jedi. Pero eso en sí te dice que la verdad contradice lo que el Imperio quiere que creamos, de no ser así dejarían que fuese accesible.

Fingiendo enfado en cada palabra, Nakari dijo:

—¿Quiere decir que no cree que la supresión de la información sea por nuestro propio bien? ¡Estoy *asombrada*, señor, de verdad!

Imitando su tono, dije:

—¡No solo eso, también tengo serias dudas de que la Estrella de la Muerte hubiese traído la paz a la galaxia!

Nakari se rió y después me señaló con la mano derecha.

—En serio, Luke, ahí tienes la respuesta. El Imperio no pensó en todo cuando construyó la Estrella de la Muerte. Ni tampoco consiguieron eliminar todo rastro de los Jedi. Esta es una galaxia muy grande. Estoy segura de que no lo han eliminado todo. Debe de haber algo, o alguien, en algún sitio, que pueda ayudarte a aprender lo que quieres aprender.

—Puede —pensaba dejarlo ahí, pero entonces comprendí que tenía a alguien que me escuchaba y tiempo para hablarlo, por una vez, así que proseguí—. Durante un tiempo

pensé que Ben Kenobi iba a enseñarme. Nunca se lo he contado a nadie aparte de Leia, pero oí su voz en mi cabeza después de que muriese en la Estrella de la Muerte.

Nakari se giró bruscamente y me miró para ver qué otra locura le soltaba; o quizá malinterpreté su expresión. Era muy posible que sospechase, porque la gente que afirma que oye voces no suele estar muy bien vista. Incluso yo empezaba a tener dudas al respecto.

—O como mínimo, eso me pareció. De alguna manera supongo que no importa… si era él o si simplemente me lo estaba imaginando en una especie de alucinación postraumática de combate, sus consejos me ayudaron. Pero desde eso, nada. No sé si eso significa que no tiene nada más que decirme o si se ha esfumado o si estoy haciendo algo mal… quizá ha perdido el interés por mí.

Un deje bromista se coló en la voz de Nakari.

—¿Quieres decir que *no fue* una voz en tu cabeza la que te hizo hacerle gestos con la mano a ese rodiano para que te llevase ante Soonta después de que se negase a hacerlo? Porque eso explicaría muchas cosas.

Me sonrojé al recordar mi fracaso.

—No. Pero vi a Ben hacerle algo así a un soldado de asalto. Utilizó la Fuerza y no sé cómo logró convencer a los soldados de que nos dejasen pasar.

—¿Y lo de la mano formaba parte del asunto?

—No lo sé. Solo lo hice porque él también lo hizo. Nunca me explicó cómo lo había hecho exactamente, solo esperaba arreglármelas con un poco de suerte y la mejor intención.

—Te diré una cosa: cuando terminemos con esto, te ayudaré a encontrar alguien que te enseñe a ser un Jedi.

—¿En serio? Es decir, gracias, ¿pero por qué ibas a hacerlo? Me miró y su expresión se convirtió en algo que mi imaginación habría llamado coquetería. Pero entonces miró hacia delante y encogió los hombros.

—Tú me has ayudado con mi nave. Es lo mínimo.

CAPÍTULO DIEZ

Denon es una ecumenópolis como Coruscant, una ciudad enorme que se extiende por toda la masa terrestre y que depende de las importaciones de comida y materias primas. Proviniendo de un planeta rural con una población muy escasa, no estaba habituado a aquella vista interminable de edificios, todos iluminados de noche, y naves revoloteando alrededor de ellos, como si fuesen flores por polinizar. El planeta, de alguna manera, tenía ese aspecto, un campo de plantas rígidas y brillantes acosadas por insectos alienígenas. Aunque no era ni mucho menos tan pacífico como un campo. El revoltijo visual era mareante e incluso desde la órbita imaginé que podía sentir su vibración constante en mis huesos.

Nuestras coordenadas nos llevaron hasta un amarradero de tejado al borde del distrito Grammill, que bordeaba el distrito Lodos, donde estaba nuestro objetivo. Una serie arbitraria de calles formaban los confines de los distritos de Denon, que por lo que yo podía ver eran indistinguibles pero podían mostrar diferencias obvias a los residentes. Nuestro contacto kupohano, Sakhet, le aseguró al almirante Ackbar que aterrizar en un distrito contiguo al del objetivo nos ayudaría en la huida, puesto que cada distrito tenía su propia seguridad y podríamos aprovechar la pequeña demora que resultaba de cualquier coordinación entre departamentos.

Nuestra llegada, poco después del atardecer, nos garantizó un eslalon aéreo entre el tráfico de la hora punta, mientras seres en deslizadores y lanzaderas intentaban llegar a casa o empezar el turno nocturno o comprar algo para cenar y no tener que cocinar. Dejé a Erredós en nuestro alojamiento y tomamos un tradicional taxi droide más programado para ser seguro que para ir deprisa, pero su avance cauteloso no me molestó porque me dio más tiempo para apreciar el distrito Lodos desde la calle. Los letreros relucientes de los negocios solían estar escritos en varios alfabetos además del estándar galáctico, muchos de ellos en letras que ni siquiera pude reconocer. Cuando aterrizamos, nos recibió un cóctel de ruidos que iban desde la música agradable hasta el ruidoso desencuentro entre una pareja neimoidiana en túnicas doradas a juego. Sentí que estaba a punto de padecer un dolor de cabeza y no supe si fue por algún virus o por la sobreestimulación. Apostaría por esto último.

Nakari y yo nos unimos a un grupo de seres que avanzaba por un estrecho callejón de puestos de baratijas, helados saborizados, estimubastones y todo tipo de productos que podían ser deseables pero eran estrictamente innecesarios. En un punto se ensanchaba dando a una plaza en miniatura con una fuente en el centro. Sentados en todo su perímetro había alienígenas con comida o bebidas compradas a los cercanos vendedores ambulantes. Uno de estos, en la esquina noroccidental de la plaza, vendía fideos y allí era donde se suponía que debíamos contactar con la espía kupohana, Sakhet.

—No quiero ni pensar en la porquería que tenemos que pedir —dijo Nakari mientras nos colocábamos al final de una larga cola. Era evidente que los fideos de Sakhet eran muy populares entre los locales—. Pídelo tú.

—¿Qué vas a pedir tú?

Ella repasó el menú que había sobre el puesto, escrito a mano en estándar galáctico y repetido en otros alfabetos.

—Fideos de alforfón y nuggets de nerf con cebolla.

Cuando llegamos al mostrador, vi dos kupohanas trabajando dentro, una tomando las comandas y la otra en una diminuta cocina, llenando cajas desechables de plasticartón con fideos, carne y vegetales. No estaba seguro de estar hablando con Sakhet, pero pedí el plato de Nakari y después el alforfón corelliano con salsa de rancor. La kupohana no hizo ningún signo aparente de que mi plato fuese inusual, más allá de un pequeño temblor en sus orejas primarias y las básales, escribiendo en un anticuado cuaderno de papel en vez del habitual datapad y gruñéndole algo a la cocinera, con los labios curvados sobre sus grandes dientes planos. Tomó mis créditos y empecé a temer que, de hecho, terminarían dándome algo con salsa de rancor encima. Sacó el recibo de la caja registradora y garabateó algo encima.

—Comanda número ochenta y nueve —me gruñó la kupohana, después expiró húmedamente por sus tres orificios nasales, lo que no ayudó demasiado a abrirme el apetito—. No se olvide del recibo, amigo —me lo acercó e inclinó la cabeza hacia la derecha—. Recoja su comida en el mostrador de la esquina.

—Gracias —contesté, llevándome el recibo. Nakari y yo nos apartamos y pude mirarlo. El número 89 era grande y estaba rodeado por un círculo, y en la parte de abajo, en letra diminuta, ponía: «Vuelva mañana a las 9 de la mañana».

Se lo mostré a Nakari.

—Dudo que venda fideos tan temprano —dijo ella.

—Y yo. Deberíamos tener tiempo de sobras para hablar.

—¿Y qué hacemos ahora? He hecho cosas turbias para mi padre antes, pero nunca algo así.

—Pues seguimos como si nada y nos llevamos nuestros fideos. Solo somos dos humanos hambrientos buscando algo que llevarse a la boca.

—Excelente. Pienso sacarte una holo cuando pruebes la salsa de rancor.

—Oh, sí. Vale —se me revolvió ligeramente el estómago—. En realidad, no tengo tanta hambre.

Ella sonrió.

—Podemos pedir otra cosa para ti.

—Sí, mejor —reconocí.

—¡Comanda ochenta y nueve! —gritó una voz desde el mostrador de recogida.

Le mostré el recibo a la kupohana que trabajaba allí, una tercera a la que no había visto antes que lucía un pañuelo rojo envuelto a modo de protección alrededor de los órganos de filtrado de frecuencia situados entre sus orejas primarias y básales, miró el recibo y me dio las gracias, acercándome dos cajas calientes y unos palillos desechables.

—Tranquilo —dijo en voz baja, sus cuatro ojos brillaban divertidos—, os hemos puesto dos raciones de nuggets de nerf.

—Gracias —dije, realmente agradecido—. Ya nos veremos.

Con la bandeja en la mano, miré la plaza y vi que no había ningún sitio para sentarse. Nakari vio un pequeño pabellón más alejado con seis mesas de picnic. La mayoría estaban ocupadas, pero en una había sitio para dos más.

Llevamos nuestras cajas humeantes hasta la mesa en cuestión y le preguntamos a una agradable pareja gran si les importaba compartirla. Seis ojos pedunculados giraron para mirarnos y los dos gran gruñeron amigablemente.

—Podéis quedárosla —dijo uno—. Ya estamos terminando.

Se acabaron los restos de comida que les quedaban y nos dieron las buenas tardes. Descubrimos que la mesa de madera estaba bien abastecida, con sal y pimienta para nuestros fideos, y que los bancos ofrecían un buen puñado de astillas a nuestras posaderas.

—¿Y qué sabes de los…? —Nakari se calló, miró alrededor y bajó la voz—. Ese grupo especial al que pertenecía tu padre —usar la palabra *Jedi* en voz alta allí probablemente no era muy buena idea. Era poco factible que nadie se interesase por nuestra conversación de sobremesa y que nuestras voces se pudiesen distinguir en el barullo de la plaza, pero tampoco había necesidad de ser descuidado. Nakari se echó pimienta en los nuggets de nerf—. ¿O debería preguntar qué te falta aprender todavía?

—Prácticamente todo. Ahora puedo sentir más o menos la, uh… —esperé a que Nakari levantase la vista y entonces dije la palabra «Fuerza». Cuando ella asintió, proseguí—. Me agudiza los reflejos en combate, y quizá me da un punto de habilidad predictiva… es como que soy muy bueno adivinando cuál va a ser la siguiente maniobra de mi rival. Pero estoy seguro de que eso solo es el primer paso hacia un mundo mucho más amplio. Está ese poder sugestivo del que te hablé antes, por ejemplo, y no sé cómo demonio voy a construir mi propia… arma.

Me miró de reojo.

—¿Es obligatorio?

—Supongo que no. Ya tengo una. Pero la habilidad de fabricar una supondría tener un control excelente sobre todos sus… poderes.

—¿Por qué?

—No puedes fabricarla sin mover los cristales de enfoque con la mente.

—¿Estás hablando de telequinesia?

—Sí. Creo que no se me da muy bien, pero tendría que ser capaz. Si ese poder fluye por el interior y alrededor de todo, manipularlo y utilizarlo para mover objetos físicos debe formar parte del trato. Por ejemplo, cuando combato guía mis actos… o como mínimo influencia a mi cerebro para guiar mis actos. Aun así, esa es una manifestación concreta de su poder, no es solo que yo crea que está allí. Si puede afectarme físicamente, también debería ser capaz de afectar físicamente a otras cosas. Y yo debería poder hacerlo.

—¿Lo has intentado?

—Sí. He intentado mover cosas pequeñas. Lo intenté con un vegetal grasiento en Rodia.

—¿Lo lograste?

—No. Aunque, en mi defensa, debo decir que me interrumpieron.

Nakari sacó un fideo de su tazón y lo tiró en la mesa, entre los dos. Quedó como una especie de gusano anémico.

—Bien. Mueve el fideo.

—¿Qué? ¿Aquí?

—Sí, aquí. Míralo, Luke. No tiene la menor fuerza, ha sido hervido hasta la absoluta sumisión. No peleará contigo. Así que muévelo.

—Oh, estás de broma.

—No, puedes hacerlo. Obliga a ese fideo a deslizarse hasta aquí. No pienso interrumpirte. Solo haré ruiditos de regocijo mientras disfruto de mi comida —tras decir esto, se metió un bocado enorme en la boca y gimió—. Oh, sí —dijo, sorbiendo algunos fideos con los labios, que se agitaban como tentáculos pidiendo ayuda a gritos—. Mmm. Los mejores nuggets de nerf que he probado jamás. No sé qué haces ahí, yo estoy ocupada con mi comida. Aunque esté siendo un poco grosera.

Esbocé una sonrisa, que probablemente era lo que pretendía. Nada de presión, solo ánimos amistosos. Me sentí animado, no como en Rodia, donde casi me abrumó la enormidad de mi ignorancia. Pero sé lo que todos sabemos sobre los fideos: no son muy buenos en duelos de voluntades. Puede que aquel fideo mojado fuese el objeto perfecto para empezar. Y si no pasaba nada tampoco importaba demasiado, solo estaba comiendo con una nueva amiga.

Me relajé, cerré los ojos, proyecté mi mente, sentí la Fuerza alrededor de mí y encontré el fideo. Lo imaginé alejándose y volviendo junto a la caja de Nakari, con una animación detallada en mi mente, durante quizá medio minuto, e imaginé la Fuerza fluyendo de una manera que lo hacía posible. El alarido de Nakari rompió mi concentración.

—¡Lo has hecho!

—¿En serio? —abrí los ojos y vi una línea húmeda donde había estado el fideo, que estaba tirado con una forma completamente distinta a unos centímetros de allí. No había llegado hasta la caja, como había imaginado, pero era innegable que se había movido.

—¡Sí, claro que sí! ¡Mira tu fideo caminante!

—Espera, ¿me estás tomando el pelo? ¿Lo has movido mientras tenía los ojos cerrados?

La reluciente sonrisa de Nakari se esfumó y alargó su mano vendada para cubrir la mía.

—¡No, por supuesto que no! Yo no haría eso, Luke. Sé que esto es muy importante para ti y te juro que lo has hecho. Ha reptado suavemente como una serpiente dando un paseo por el vecindario.

A pesar de mi escepticismo respecto a mi propio éxito, percibí que estaba diciendo la verdad… una certeza absoluta en mi mente, como si la Fuerza lo hubiese comprobado por mí. Normalmente no me sentía así cuando hablaba con la gente, pero puede que mi reciente conexión con la Fuerza tuviera algo que ver. Sin duda tenía que ver con el hecho de haber movido el fideo, cuya realidad y significado estaba viendo finalmente claros.

—Increíble. Lo he hecho.

Nakari volvió a sonreír, ligeramente petulante, y me señaló con los palillos de comer.

—Sabía que podrías.

—No es verdad.

—Se te enfrían los fideos.

—Supongo que tienes razón.

A pesar de haber perdido algo de calor, aquellos fueron los mejores fideos de mi vida. Saber que la telequinesia era posible, no solo para los Jedi, también para mí, me dio más esperanzas para el futuro de las que había tenido en mucho tiempo.

CAPÍTULO ONCE

Sakhet resultó ser la kupohana del pañuelo rojo. Aún lo llevaba cuando volvimos al puesto de fideos por la mañana. Noté más detalles que no había visto antes con la luz baja del puesto. Tenía cinco torques en el cuello, rodeando su garganta e indicando que había llegado a su sexta década de vida. Sus orejas básales caían casi hasta el suelo por el peso de los pendientes que indicaban su estatus. Los kupohanos llevaban joyas para algo, nunca por adorno, y los pendientes de Sakhet indicaban que se había ganado más prestigio entre su gente del que normalmente tendría un vendedor ambulante de comida. Señaló un deslizador de reparto que había aparcado cerca y dijo:

—Subid.

Llevaba impreso el nombre de FIDEOS SAKHET y olía a aceite. Dentro había varias bolsas con cajas que evidentemente contenían comida recién hecha. No había sitio para Erredós y me alegré cuando le convencimos de que se quedase allí esperando, otra vez. Presentía que sería vital durante la evacuación, pero en aquel momento sería un añadido engorroso en la comitiva.

—¿Para quién es todo esto? —pregunté, sentándome junto a las cajas.

—Eso es nuestra tapadera —contestó Sakhet—. Estamos haciendo el reparto de un catering. La gente come a todas horas en Denon —condujo hasta un cinturón verde urbano que servía como área de recreo del distrito. Cada uno cogimos unas cuantas bolsas y Sakhet nos llevó por una pasarela elevada que quedaba sobre el parque. Pasarelas similares situadas en el lado contrario al nuestro reflejaban el sol, y nuestra vista aérea del parque nos permitía ver caminos que serpenteaban entre los árboles y setos esculpidos, campos abiertos de hierba para jugar y un montón de bancos para relajarse. Había unas cuantas personas, lanzándoles pelotas o cuerdas a sus mascotas para que las recogieran.

Comportándose como si aquello fuese una entrega normal y el escenario un aburrimiento, Sakhet dijo:

—Todas las mañanas el objetivo sale a dar un paseo. El destino rota dependiendo del día de la semana. Hoy estará en el parque entre las diez y las once de la mañana. Mañana estará en el jardín botánico. Pasado, en una cafetería que ofrece música en vivo de grupos de alienígenas de baja estofa. Etcétera. Os daré el esquema y unos mapas cuando volvamos al deslizador. Dejad las bolsas aquí —dejó los fideos ante una puerta cualquiera y nosotros dejamos las nuestras al lado. Llamó al timbre una vez y echó a andar hacia el deslizador, sin esperar respuesta. Me pregunté si alguien en esa casa había pedido realmente fideos o si era un regalo sorpresa de Sakhet.

—El lado bueno es que el objetivo tiene una rutina establecida y es vulnerable en público… deliberadamente, claro. Está esperando que actuéis. Lo malo es que su equipo de seguridad también tiene una rutina establecida.

—¿Qué son? ¿Soldados de asalto?

—No. Agentes del DSI. Saben lo que se traen entre manos. Tendrán vigías en esta pasarela y en la de delante. Pueden hacer venir soldados de asalto y apoyo aéreo, también, con una simple llamada por el comunicador, y eso es así en todos los emplazamientos. No os podéis permitir ningún tipo de combate prolongado; si no lo lográis a la primera, deberías abortar la operación, a no ser que estéis deseando morir. Os aconsejo que volváis aquí más tarde para verla porque su equipo de seguridad me reconocería. Después de hoy, nadie debe veros conmigo.

—¿Y dónde trabaja? ¿No podemos acceder a ella allí?

—Olvidadlo. Es una trampa mortal imperial, peor incluso que intentar arrebatársela a los agentes. No os demoréis, se supone que sois empleados ayudando a la vieja Sakhet a repartir sus fideos.

Nos apilamos de vuelta en el vehículo de reparto y Sakhet nos llevó hasta su puesto. Por el camino, pasó el informe completo de la vigilancia de Drusil Bephorin al datapad de Nakari. Mapas locales y fotos, preparativos de seguridad destacados, ubicación de fuerzas imperiales a poca distancia de cada emplazamiento, y su tiempo de llegada estimado tras una petición de ayuda.

—También encontraréis un archivo encriptado que podéis abrir con la contraseña *Salsa de Rancor*, tres palabras. No lo abráis a no ser que lo necesitéis y deshaceos de él completamente cuando hayáis terminado la misión.

—¿Qué es?

—Una lista de contactos kupohanos en diversos planetas, por si tenéis que escapar y necesitáis ayuda.

—No sabía que los kupohanos tenían una red de este tipo.

—Oficialmente, no la tenemos. No estamos organizados como la red de espías bothana. Pero fuiste tú el que abatiste los dos cazas TIE en Llanic, ¿verdad?

—Sí, fui yo.

—Mi hijo iba en esa nave. Anoche te cocinó los nuggets de nerf, de no ser por ti no habría podido hacerlo. Así que os estoy dando un lugar al que huir por si lo necesitáis. Contactad con cualquiera de esa lista y decidle que sois amigos de Sakhet de Denon y que hago los mejores nuggets de nerf que habéis probado jamás. Os ayudarán en todo lo que puedan.

—Gracias. Esperemos no necesitarlo. ¿Te debemos algo?

—Vuestro almirante me ha pagado ya estos servicios. Buena suerte —dijo mientras salía del deslizador, dejándonos solos ahora que había cumplido con su cometido.

Volvimos a nuestro hotel y recogimos a Erredós antes de volver al parque con un deslizador de alquiler. Además de conseguir una identificación positiva de Drusil Bephorin, necesitábamos ver cómo se comportaba el equipo de seguridad y si encajaba con el informe que nos había pasado Sakhet. Erredós tenía mucho por escanear, debía acceder a las redes de comunicaciones locales, buscar cabos sueltos encriptados y seguirlos hasta sus nodulos; no necesitaba saber los códigos imperiales para entender que unos seres enviando y recibiendo transmisiones encriptadas en un parque público

definían claramente al personal de seguridad con tanta claridad como una armadura de soldado de asalto.

Nakari y yo nos vestimos con uniformes iguales que sugerían que éramos trabajadores de un crucero de pasajeros disfrutando de un rato libre. Los dos llevábamos gorras que nos tapaban los ojos y nos habíamos aplicado pedazos de masilla de carne sintética en la cara para modificar las formas de nuestras mejillas, narices y barbillas. También llevábamos ropa de recambio para después en pequeñas bolsas de lona. Entramos en el parque por la vertiente sur, con Erredós siguiéndonos los pasos. Elegimos un banco que nos ofrecía una buena vista del resto del parque y esperamos.

Un droide de seguridad volador, un aparato negro y esférico repleto de blasters y sensores, llegó y barrió la zona, grabándonos sin duda y buscando nuestra imagen en las bases de datos imperiales. Mi aspecto modificado no concordaría con ningún archivo que tuviesen sobre Luke Skywalker. También íbamos desarmados, había tomado la precaución de dejar mi espada de luz, y por tanto éramos inofensivos, así que se alejó de nosotros después de un escaneado somero para ponerse a investigar a otras personas.

Nakari llamó mi atención y con movimientos de los ojos me hizo echar un vistazo a las pasarelas elevadas sobre el parque. Dos hombres vestidos con ropa ancha, uno a cada lado, habían tomado posiciones para tener una visión perfecta del cinturón verde. Podían ser simples ciudadanos disfrutando de las vistas, excepto porque llevaban cortes de pelo militares, tenían una manera de observar que no se correspondía con el simple turismo y seguramente llevaban blindajes escondidos bajo su ropa desenfadada.

Cuando supe qué debía buscar, vi unos cuantos más caminando por el parque; cuatro, para ser precisos: individuos aislados que ignoraban los encantos del parque y preferían mirar a todo el mundo con recelo. Uno pasó cerca de nosotros y nos miró de reojo, su boca se convirtió en una línea de preocupación bajo su nariz. Supuse que no encajábamos con el perfil que tenía de los ociosos de Denon. Si su expresión era siempre tan agria, me pregunté qué cara iba a poner cuando consiguiéramos escapar con su protegida.

Nakari y yo teníamos la precaución de no hablar de nada relacionado con la operación; sabíamos que podían estar apuntando dispositivos de escuchas de largo alcance hacia nosotros. Ya lo hablaríamos después. Mientras tanto, hablábamos de la tripulación y los pasajeros de nuestra nave crucero imaginaria y sus pecadillos, fingiendo estar desahogándonos mientras nos empapábamos de los hábitos del equipo de seguridad.

Finalmente apareció nuestro objetivo, flanqueada por dos guardaespaldas bien visibles de negro, en contraste con los demás que había esparcidos por el parque, que intentaban pasar desapercibidos. El dron de seguridad que habíamos visto hacía poco regresó, volando tras ella, aunque se mantenía a la suficiente distancia para que no le molestase el zumbido de su mecanismo.

Drusil Bephorin se había vestido con una túnica larga y suelta que le caía por debajo de las rodillas, con un cinturón marrón. No pude saber si tenía buena o mala salud.

A ojos humanos, los givin parecían esqueletos tristes, sus cabezas parecían cráneos con cejas arqueadas que se unían en el medio, dándoles el aspecto de luto permanente o

quizá consternación por haber descubierto algo peludo reptando en su comida. El entorno de su planeta natal era tan riguroso que sus órganos estaban aislados de la atmósfera y podían sobrevivir durante un rato en el vacío. Aquello me dejaba sin nada para evaluar; no tenían ojos visibles y una boca bastante inflexible que apenas delataba nada en términos de expresión. No tenía manera de saber cómo estaba hasta que me lo dijese, y por lo que sabía podía expresarlo en álgebra.

Los guardaespaldas de negro caminaban un par de pasos por detrás de Drusil, y noté que se esforzaban por mantenerse tras ella y, por lo tanto, fuera de su vista. Quizá ella quería fingir que no la escoltaban, y el Imperio estaba de acuerdo en permitir aquella ficción. Era una prisionera con privilegios, pero una prisionera al fin y al cabo.

Drusil pasó los bancos y eligió deliberadamente un punto en la hierba para sentarse, con las piernas dobladas debajo de ella y sus manos de dedos largos apoyadas en las rodillas. Tenía la espalda bien recta, como si tuviese la misión de mantener la postura correcta. Había elegido una vista de un picnic familiar, con unos cuantos adultos bebiendo alrededor de una mesa metálica y varios niños jugando en un campo cercano, lanzándose una pelota y riendo. Resultaba imposible saber si aquello la complacía.

Los dos guardaespaldas mantenían su posición y miraban hacia los lados, atentos a cualquier posible problema. El droide de seguridad flotaba en su sitio y rotaba en modo centinela, con unas luces de colores parpadeando mientras escaneaba en busca de amenazas y bañaba la zona con silbidos de radar, sin duda fijando blancos en todo lo que tenía a la vista. La seguridad de paisano mantenía el perímetro y rotaba en el sentido de las agujas del reloj, mientras los dos hombres que ocupaban las pasarelas elevadas seguían inmóviles.

Tras unos minutos, con Drusil completamente quieta, se me ocurrió que quizá no estaba mirando a los niños, sino meditando. Podía tener los ojos cerrados y yo no podía saberlo.

Los ojos del droide de seguridad estaban vigilantes, no obstante, y estaba programado para emplear medidas letales, lo que quedó claro cuando la pelota se alejó de los niños e hizo una parábola en el aire, acercándose al radio de lanzamiento de granada respecto a la posición de Drusil. El droide giró, avanzó y destruyó la pelota antes de que pudiese tocar el suelo. Los niños gritaron y sus padres, que habían dejado de beber, también lanzaron unos alaridos. Se había terminado el juego.

Drusil se estremeció por el ruido y se levantó, girándose para regañar a los guardaespaldas como si hubiesen sido ellos los que habían volado la pelota.

—No es fácil relajarse en este parque —dijo Nakari, levantándose del banco—. Mejor nos marchamos.

—Sí —casi todo el mundo también se estaba marchando, si nos quedábamos llamaríamos la atención. Además, ya teníamos toda la información que necesitábamos: dos guardaespaldas evidentes, cuatro de paisano, dos más en las alturas y un droide de seguridad con una programación agresiva. Además de todo lo que se nos pasase por alto y que Erredós hubiese podido registrar; no tardaríamos en preguntárselo.

Tardamos un rato en volver al hotel porque tomamos medidas para asegurarnos de que no nos seguían. Después de deshacernos del deslizador alquilado, nos quitamos la masilla de la cara en el baño de un restaurante público, destruimos nuestros uniformes y bolsas de lona en el incinerador, nos pusimos ropa anodina y evitamos que ninguna cámara de seguridad nos viera la cara al salir cubriéndonos con capuchas. La identidad de Erredós era bastante más difícil de ocultar, por lo que ni siquiera lo intentamos. Debíamos asumir el riesgo de hacerle volver al hotel por su cuenta y esperar que nadie lo abordase durante el trayecto. Nakari comentó que la gente supondría que estaba haciendo un recado, no vagando sin rumbo. Afortunadamente no tuvo ningún problema y nos esperaba en la puerta. Nos siguió hasta otro establecimiento, porque no entramos directamente en el hotel; queríamos asegurarnos de que nadie nos había seguido, y además teníamos mucho que hacer.

Nos escondimos en una zona aislada de un buen restaurante y pedimos bebidas calientes que nos sirvió un droide. Allí estudiamos minuciosamente la información que Sakhet había descargado en el datapad de Nakari y comparamos las observaciones de Erredós sobre la seguridad con las nuestras propias usando un interfaz.

Erredós había identificado al mismo personal de seguridad que nosotros a través de las señales de comunicación locales. Sería capaz de identificar las ubicaciones en otro emplazamiento si no lográbamos verlos; todo parecía indicar que no volveríamos a tener una visión tan despejada y clara como la de aquella mañana.

—No creo que pudiéramos hacerlo en el jardín botánico mañana, ni aunque quisiéramos.

—No, es demasiado pronto —coincidió Nakari—. Y habrá flores, copas y troncos de árboles bloqueando mi visión.

—Pero esa cafetería de pasado mañana parece muy prometedora —dije yo.

Nakari se inclinó hacia mí y miró por encima de mi hombro, algunos de sus rizos indomables me rozaron la oreja. Olía a cítricos y menta.

—Depende de dónde se siente. No podemos hacerlo dentro.

—Las notas de Sakhet dicen que se sienta en una mesa de fuera para ver pasar el mundo.

—¿Vamos a intentar llevárnosla en una calle abarrotada?

—Bueno, no creo que esté muy abarrotada a media mañana. La hora punta habrá pasado ya y solo veremos a la gente que se haya levantado tarde y los que hacen negocios en las cafeterías. Además, cualquier inocente se opondrá a los imperiales tanto como nosotros. Mira esto —dije, señalando un detalle de la holo del emplazamiento que Sakhet nos había proporcionado.

—Oh. ¡Oh! Eso podría funcionar.

—Celebro que tú también lo creas —me giré hacia mi droide—. Eh, Erredós. ¿Qué te parece si ahora mejoramos tus prestaciones?

CAPÍTULO DOCE

Tal como yo lo entiendo, el sentido humano del olfato está poco desarrollado en comparación con el de la mayoría de especies. A veces creo que es una pena; hay aromas atractivos que podrían serlo aún más si se les añade algo de profundidad. Pero cuando la fragancia que se cuela por mis orificios nasales es de las desagradables, celebro que no olamos mejor. Mis viajes a Rodia, por ejemplo, me dieron buenos motivos para agradecer los nervios olfativos atrofiados humanos. Volví a agradecerlo dos días después de ver a Sakhet, cuando estaba acurrucado en una cloaca de Denon poblada no solo por desechos sino también por cosas que se alimentan de desechos, creando los suyos propios.

Habíamos dedicado el día anterior a prepararnos para la liberación de Drusil Bephorin, empezando por dejar un mensaje en un lugar de entrega de la Alianza comunicando que el equipo del mayor Derlin debía trasladar a la familia de la givin a Omereth inmediatamente. Después exploramos el emplazamiento y compramos lo que necesitábamos, particularmente mejoras para Erredós, pero también algo más de ropa para cambiarnos. Tras no dormir lo suficiente y un desayuno rápido, dedicamos las primeras horas de la mañana a repasar nuevas contingencias que se nos habían ocurrido durante la noche y escenarios en los que nos viésemos obligados a abortar la misión. Finalmente nos colocamos en nuestros puestos antes de que llegase Drusil.

Repasar mentalmente las «matemáticas del saludo» de los givin que Leia me había enseñado me permitió olvidar el hecho de estar acurrucado con el fango hasta los tobillos, pudiendo sentir las esporas del moho agarrándose a todas las superficies disponibles de mis pulmones. Estaba oscuro excepto por la tenue luz que se colaba por las alcantarillas y podía oír criaturas chapoteando en el agua o rebuscando en los desechos algo de comida; o quizá la salida. Algo pequeño chilló y se cayó abruptamente, y entonces algo más grande eructó. Miré mi comunicador nuevo, deseando que cobrase vida con un graznido y me diese la orden de avanzar. Esperar sin tener nada que hacer es terrible, pero esperar sin tener nada que hacer en una cloaca es aún peor.

Me preocupaba que la señal no pudiese atravesar el cemento que tenía encima y Nakari no pudiese avisarme de cuándo me tocaba actuar, fastidiándolo todo, aunque habíamos probado la conexión el día anterior. La tecnología es plenamente fiable hasta que deja de serlo.

Pero al cabo de poco oí un pitido que indicaba que Erredós y Nakari estaban en sus puestos, y un segundo que me dijo que habían visto a nuestro objetivo aproximándose a la cafetería. Aquellas señales no fueron más que pitidos insignificantes, carentes de cualquier contenido que el droide de seguridad imperial pudiese interpretar como una amenaza. Aunque para mí estaban cargados de información. El tercer pitido de Erredós fue un aviso para estar preparado; en menos de un minuto se pondría en acción. Saqué mi blaster, comprobé por quinta vez al menos que estaba ajustado a la máxima potencia y me levanté, apretando la espalda contra las paredes del túnel.

Si el droide de seguridad detectaba mi movimiento, genial; sería una distracción respecto a lo que Erredós estaba haciendo, abrir una diminuta escotilla de su cúpula para sacar un pequeño blaster de iones que le habíamos instalado el día anterior. Dispararía al droide de seguridad, inutilizándolo, un factor clave para el éxito de la operación. Sin grabaciones ni transmisiones del proceso de secuestro, las fuerzas de seguridad del DSI tendrían que fiarse de la información que les transmitiesen en tiempo real sus recursos humanos, y se suponía que Nakari debía ocuparse de ellos.

Llegó el último pitido y me puse en marcha, doblando la esquina de la izquierda y acercándome a una alcantarilla ancha situada en la acera frente a la cafetería, en la terraza. Erredós debía de haber disparado y abatido a su objetivo, ya que se oyó un siseo eléctrico, seguido de un impacto fuerte, varios rebotes y los gritos de varios seres aterrorizados. Contribuí al alboroto disparando varias veces a los bordes de la alcantarilla, hasta que se movió, dejando un agujero en el suelo por el que podía caer alguien… o saltar intencionadamente. Cuando terminé, algunas de las voces se habían disipado; la gente que gritaba se había alejado de la alcantarilla que había explotado y de los droides que caían del cielo. Eso hizo posible que se me oyese desde arriba.

—¡Drusil Bephorin! —grité tan fuerte como pude—. ¡Soy de la Alianza, tenemos a su familia! ¡Dese prisa, por favor! ¡Aquí abajo!

La givin se movió con una agilidad sorprendente; oí su silla chocando contra la acera en su premura por reunirse conmigo. Su pálida cabeza apareció en el marco rectangular del agujero y sus ojos cavernosos miraron hacia abajo. Por la inclinación de su ceja me pareció que estaba enfadada conmigo. Supuse que nunca me sentiría cómodo con su expresión si siempre era así.

—¿Dónde está mi familia? —gritó. Su voz sonó amortiguada y pegajosa, como si hablase con la boca llena de mantequilla de cacao. Quizá fuese así… en definitiva, estaba relajándose en una cafetería.

—¡Camino a Omereth, como quería! ¡Tenemos que darnos prisa, salte por favor!

Colocó los pies junto a un borde, se agachó y se inclinó hacia delante hasta sujetar con las manos el borde contrario, después bajó, quedando por un momento suspendida en el aire, antes de soltarse para saltar el último medio metro. Dobló las rodillas, amortiguando el impacto, y después se enderezó y se giró para mirarme con sus profundos ojos, ajustándose en el hombro derecho la correa de una mochila que se había movido durante la caída. Parecía llevar un datapad en ella, como mínimo, puede que más cosas.

—Normalmente no sigo a humanos extraños hasta sitios oscuros —me dijo—, pero teniendo en cuenta la rapidez con la que se han deshecho de mi equipo de seguridad, las probabilidades de que sean quien dicen ser son bastante altas.

—Saludos de la Alianza. Es un placer conocerla. Soy Luke Skywalker —era el momento de regurgitar la ecuación que había memorizado aquella mañana—. Mientras huimos del resto de guardianes, ¿querría decirme los valores y vectores propios para tres

por tres matriz uno, tres negativo, tres, tres, cinco negativo, tres, seis, seis negativo y cuatro?

—Encantada, Luke Skywalker. ¡Mucho gusto! —la llevé hasta doblar la primera esquina, huyendo de donde podían vernos desde la calle y adentrándonos en el alcantarillado propiamente dicho, pero apenas habíamos dado unos pasos cuando la oí tras de mí—. Para responder a su pregunta, los valores propios de esa matriz serían cuatro, dos negativo y dos negativo, con los vectores asociados raíz cuadrada de seis sobre seis veces el vector uno, uno, dos, raíz cuadrada de dos sobre dos veces el vector uno negativo, cero, uno, y raíz cuadrada de dos sobre dos veces el vector uno, uno, cero… todo eso normalizado y racionalizado, por supuesto.

—Por supuesto —contesté, aunque solo tenía una vaga idea de lo que estaba diciendo. Aquello me permitió atisbar el asombroso intelecto matemático que había tras aquella inexpresiva cara. Costaba creer que hubiese calculado aquello mentalmente tan rápidamente. Leia se había ofrecido a explicarme el problema, pero sabía que precisaba de una fórmula de segundo grado y muchísimo rechinar de dientes para tener la respuesta en cinco minutos. Drusil lo había resuelto en unos pocos segundos. Deseando evitar que me plantease una pregunta similar (no estaba seguro de recordar qué era un valor propio, ni con mi cursillo acelerado) añadí—, ahora debemos correr tanto como podamos hasta una salida ante la que tengo un deslizador aparcado. Lo llevaremos hasta una plataforma de amarre del distrito vecino, donde tenemos una nave lista para sacarla del planeta. Cuánto más rápido nos movamos, más posibilidades tendremos de escapar antes de que el Imperio intente cerrar todo el tráfico de salida.

La basura iba empeorando a medida que nos adentrábamos en el alcantarillado, con los pequeños afluentes de mugre desembocando en nuestro canal principal. Avanzamos entre el fango a un trote considerable, utilizando una linterna de bolsillo para alumbrar nuestro camino. Yo seguía la misma ruta que había usado para entrar, girando en cada cruce en sentido inverso. Los gritos y ecos de la persecución rebotaban contra las paredes tras nosotros, pero Drusil Bephorin los ignoró. Estaba decidida a saludarme como era debido.

—Iré todo lo rápido que pueda, Luke Skywalker. Mientras, ¿podría matemáticas algo de matemáticas matemáticas para mí con algo de matemáticas?

Drusil usó los términos adecuados, por supuesto, y números concretos, pero no recuerdo exactamente qué me preguntó, ni siquiera si conocía aquellos términos, para empezar. Sin embargo, sonó como si me preguntase algo con una respuesta única, en lugar de una serie de valores y vectores.

—Uh, déjeme pensar. Eso sería… ¿tres?

La givin hizo un ruidito flemático con la garganta que podía ser una risa.

—Excelente.

Sí, excelente. Doy gracias a las estrellas por la experiencia de Trespeó y Leia con los givin. Una pausa en la conversación me permitió oír con más claridad. Puede que fuese mi imaginación, pero sonaba como si nuestros perseguidores se estuviesen acercando.

Sabía que Nakari había eliminado como mínimo a dos de los guardias más cercanos a Drusil y que Erredós había neutralizado el droide de seguridad, de no ser así la givin no estaría allí conmigo, pero eso aún dejaba seis agentes del DSI capaces de seguirnos y pedir refuerzos para capturarnos. O, lo que era más probable, volver a capturar a Drusil y ejecutarme.

Antes de que pudiese preguntarle a Drusil algo sobre la seguridad restante, me hizo una pregunta.

—¿He oído que usaba la primera persona del plural cuando se ha referido a nuestro viaje de salida del planeta? ¿No ha dicho «tenemos» una nave lista? ¿Acaso tiene cómplices?

—Sí, un droide y una francotiradora. Se reunirán con nosotros.

—¡Ah! Los dos que atacaron a mi escolta. Entiendo. Deberían de estar bien si están vectorizando hacia un punto por delante de nosotros en la superficie, pero estoy obligada a decirle que mis cálculos sugieren una alta probabilidad de que nos aborden antes de que lleguemos al punto de encuentro.

—¿Cómo puede saberlo? Ni siquiera sabe adonde vamos.

—No lo sé con *certeza*… he dicho probabilidad, no certeza. Pero puedo hacer conjeturas informadas sobre nuestro destino basándome en variables existentes y predecir que nuestros perseguidores nos alcanzarán antes de que salgamos del alcantarillado, si no cometen ninguna estupidez.

—¿Y esa no es una variable existente?

—De las peores. Como bien debe saber, a diferencia de la cinética, el tiempo o la distancia, la estupidez humana es incalculable.

—Eh, yo… bueno, sí. Supongo que no admite discusión. Veamos si podemos incrementar el ritmo y reducir las probabilidades de que se produzca ese enfrentamiento que predice.

—Eso sería muy sabio.

Aumentar el paso incrementaba el ruido que hacíamos y facilitaba que nos tropezásemos y cayésemos de bruces sobre algo horrible, pero prefería correr ese riesgo que el de recibir un disparo por la espalda.

Sin embargo, pensar en los agentes del DSI me hizo olvidar que las alcantarillas estaban habitadas. Cuando llegamos al cruce en el que se suponía que debía girar a la izquierda, un gruñido y el rápido destello de unos dientes me advirtieron a tiempo de salvar todos los dedos, aunque por los pelos. Una criatura rechoncha de cuatro patas pasó por encima de mí mientras me tiraba hacia atrás, con las fauces abiertas para arrebatarme la linterna y devorarla, probablemente llevándose también las yemas de mis dedos, a juzgar por la intensa punzada de dolor que sentía. La luz se apagó en las tripas de aquella cosa, sumergiéndonos en la oscuridad. Estábamos en las profundidades de los túneles, sin ninguna alcantarilla que diese a la calle encima de nosotros.

—¡Atrás! —avisé a Drusil mientras oía a la criatura atragantándose y escupiendo la linterna. Ya no funcionaba; aunque quizá solo estaba apagada, no rota, pero no pensaba

buscarla a oscuras en el fondo de una cloaca con algo hambriento cerca. Necesitábamos ver, así que saqué mi espada de luz deseando que diese la suficiente luz ambiental para ver la criatura antes de que volviese a atacar. Sujetándola frente a mí en posición defensiva, la encendí al mismo tiempo que oía a la criatura gruñendo y revolviéndose en la basura. El filo de plasma azul apareció y mis pupilas, dilatadas en la oscuridad, vieron que aquella cosa abría la boca y se impulsaba con las piernas traseras para abalanzarse sobre mi pescuezo. Los dientes parecían carámbanos viscosos y verdosos. La bestia tenía unos grandes orificios nasales y unas orejas de piel pálida, pero solo dos ojos diminutos. La ausencia de pelaje sin duda era un alivio allí abajo. Sus orificios nasales se abrieron y las orejas se inclinaron hacia mí, y entonces saltó sobre mí, con las fauces abiertas, convencida de que sería mucho más comestible que una linterna de bolsillo. No había tiempo ni espacio para hacer mucho más que echarme a un lado y asestarle una estocada limpia a una amenaza clara; estoy seguro de que mi estocada no merecería el elogio de nadie entrenado en las artes marciales. Pero en aquel espacio limitado fue bastante eficaz. La espada le cortó un trozo de mejilla y puede que algunos dientes; su inercia lanzó a la criatura contra mi hombro, pero eso solo me produjo una mancha en la carne, sin herida ninguna. Aullando por el miedo y el dolor, la criatura se giró al aterrizar y huyó de nosotros. Acostumbrada a tender emboscadas a sus presas, no le gustaban las que se resistían.

Desgraciadamente, su ataque y posterior retirada permitió que los agentes del DSI no solamente detectasen nuestra posición por el ruido, sino que también redujesen la distancia que nos separaba.

—¡Están ahí abajo! —oí que gritaba uno.

Drusil dijo:

—¡Excelente! ¿Eso es una espada de luz auténtica? Las posibilidades de encontrar un ser con una espada de luz en esta galaxia son extraordinariamente bajas. Bueno, es tan pequeña que…

—¡Vamos! —dije—. Siga la espada de luz. Aquí giramos a la izquierda.

En vez de seguirme inmediatamente, Drusil sacudió la cabeza, algo que apenas percibí porque los filos pálidos de sus mejillas danzaban de un lado a otro.

—No se preocupe, Luke Skywalker. Mi vista es ligeramente mejor que la de los humanos. Veo lo bastante para esquivar los obstáculos.

Una descarga de blaster pasó junto a nosotros, y el ruido de su disparo resonó y se amplificó en el túnel. Unos puntitos de luz al fondo del túnel delataban la presencia de linternas de bolsillo como la que acababa de perder poco antes.

—Supongo que habrá visto eso, ¿no? Vamos.

—Cuanto antes, sí —doblamos la esquina mientras nuestros perseguidores volvían a disparar, pero esta vez el sonido fue distinto; el batir eléctrico distorsionado de una descarga aturdidora. En el pequeño diámetro del túnel, se dispersaría hasta cubrir toda la zona, imposible de esquivar. Excepto porque ya habíamos doblado la esquina y pasó

detrás de nosotros, debilitada y a punto de disiparse después de recorrer tanta distancia. Su destello iluminó brevemente mi camino, cosa que agradecí.

Drusil preguntó:

—¿Nos estamos acercando al punto de salida previsto? La probabilidad de que muera aumenta a cada segundo que seguimos bajo tierra.

—Sí, solo tenemos que tomar un cruce a la derecha y empezaremos a ver la luz de las alcantarillas. Aunque encontrar el cruce puede resultar complicado, con solo la luz de una espada láser. No sé cómo voy a encontrarlo a oscuras.

—¿Es la primera curva a la derecha de este pasadizo?

—Sí, ¿por qué?

—Acabamos de pasarla.

Intenté detenerme rápidamente, resbalé en el fango, y me preparé para un torpe aterrizaje mientras me aseguraba de que no me atravesaba con mi propia espada de luz. El impacto fue mucho más suave y blando de lo que esperaba. No quise pensar en el tipo de sustancias que lo habían amortiguado. Me levanté entre chapoteos que acecharían mis sueños más adelante, y el olor estuvo a punto de hacerme vomitar. Probablemente lo habría hecho si no hubiese tenido tanta prisa.

—Deprisa. Se acercan —dijo Drusil—. ¿Por qué no me sigue? No veo con detalle pero sí lo suficiente para orientarme.

—Sí, adelante —dije, alargando mi mano izquierda. Estaba cubierta de mugre y era la que me había rasguñado y mordido la criatura, pero la givin la tomó y me arrastró hasta el pasadizo que se me había pasado completamente por alto a oscuras. Justo antes de salir del túnel en el que me había caído, vi las luces de las linternas de bolsillo del DSI a la derecha y oí sus pasos apresurados. Estaban muy cerca.

—No deberíamos tardar en ver luz desde arriba —dije—, y una escalera de mano a la izquierda que lleva a la superficie. Hay una puerta de servicio en la calle, entre dos edificios. Subiremos por ella y deberíamos encontrar un deslizador esperándonos.

—Sí. Ya veo la luz. Eso debería ayudarnos. ¿Puede correr más deprisa?

—Sí, creo que podré —aquel pasadizo concreto no estaba tan lleno de mugre como los otros; se utilizaba para desaguar el agua de lluvia y acceder a los túneles más profundos, así que el suelo solo resbalaba por las gotas de las lluvias leves de la noche anterior. Más adelante, vi rayos de luz solar llegando desde la calle; eso me orientó y me dio más confianza para alargar mis zancadas. Detrás de nosotros aumentó el volumen de las voces y chapoteos, al girarme vi las luces de dos linternas de bolsillo que pasaban lejos de nuestra posición, después la tercera paró, giró hacia nosotros y el que la llevaba les gritó a los otros que volviesen. Probablemente debería haber apagado mi espada de luz en cuanto vi la luz del sol; aquello podría haberlos despistado unos cuantos segundos más antes de darse cuenta de su error y regresar. Pero, ahora que nos habían visto, me alegré de tenerla preparada. Me la pasé de la mano derecha a la izquierda, eso me permitiría blandiría defensivamente cuando subiera por la escalera. Aún me dolían las yemas de los dedos y tenía la mano cubierta de mugre, pero funcionaba bastante bien.

—Usted primera, tan rápido como pueda —le dije a Drusil—. Debería encontrar una mujer humana con el pelo rizado y negro y un droide astromecánico esperándola. Márchese con ellos.

Ella obedeció y empezó a subir, pero me gritó:

—¿Y usted?

—La sigo.

El agente que nos había visto esperó que llegasen sus compañeros antes de lanzarse a por nosotros. Las luces de tres linternas de bolsillo se acercaban, sin duda empuñadas por agentes que Nakari y yo habíamos visto dando vueltas por el parque dos días antes. Me pregunté si habían conocido a Darth Vader y habían visto lo que podía hacer con una espada de luz. De ser así, podían saber más sobre ese arma que yo mismo. Si me disparaban descargas de blaster, podía atrapar una o dos con el filo, como había hecho con el remoto de entrenamiento en el *Halcón Milenario*, pero dudaba que mis débiles habilidades con la Fuerza me permitiesen desviar el fuego constante de tres blasters a la vez. Pero si disparaban descargas aturdidoras, bueno, no sabía exactamente qué iba a pasar, pero seguí una corazonada y bloqueé la posición de encendido en el interruptor de mi empuñadura.

Drusil estaba a tres cuartos del ascenso. Empecé a subir tras ella, utilizando torpemente solo tres de mis extremidades, sujetando mi espada de luz detrás de mí. A oscuras, los ojos de los agentes se centrarían naturalmente en la fuente de luz, y puesto que probablemente estarían disparándome en unos segundos, lo más sabio era asegurarse de que mi cuerpo estuviese siempre por delante de donde ellos apuntaban. Supuse que solo ganaría segundos o décimas de segundo, pero podían ser suficientes para salir de allí.

Lo que no me planteé fue lo difícil que les resultaría valorar la distancia en aquellas condiciones. Podía oírles discutiendo sobre lo cerca que estaba, porque no querían disparar precipitadamente, y eso nos dio un par de segundos más. Cuando Drusil abrió la puerta de acceso, sin embargo, y un recuadro de luz natural nos iluminó, se dieron cuenta de que estábamos mucho más cerca de lo que pensaban… y que estábamos a punto de escapar.

—¡Ahí están!

—¡Ya los veo!

—¡Atúrdelos!

Aquello podía ser el final… deseé que Drusil pudiese escapar y dar ventaja en la guerra a la Alianza, sin importarme lo que pudiese sucederme a mí. Nakari la sacó por el agujero, dejándome el campo libre. Aunque no llegaría antes que los agentes del DSI me disparasen. Levantaron sus blasters y me dispararon, expandiendo halos azules de energía que trastocarían mi sistema neuronal y me dejarían inconsciente… o incluso me matarían, teniendo en cuenta que recibiría tres impactos simultáneos. La elección de las descargas aturdidoras en vez de los disparos de plasma, sin embargo, indicaba que querían interrogarme antes de ejecutarme.

Coloqué mi espada de luz frente a mí, con el filo alineado horizontalmente pero apuntando ligeramente hacia los agentes, de manera que la punta pudiese recibir la primera andanada. No tenía que hacer muchas maniobras ni se precisaba gran habilidad en la Fuerza… era muy simple, o la espada me salvaba o no lo hacía. Y lo hizo, más o menos. Se produjo un chasquido cuando las descargas golpearon el filo y una telaraña azul de energía refulgió mientras las descargas se disipaban, dejándome aturdido y a los agentes del DSI, atónitos. Pero antes de disiparse, parte de la energía impactó en los dedos con los que estaba sujetando la empuñadura de la espada de luz; se me durmieron y solté el arma. Puede que contra una sola descarga aturdidora no hubiese sucedido, pero habían sido tres. Parte de estas descargas había atravesado mis defensas. En este momento los agentes podían dispararme limpiamente y dejarme fuera de circulación.

—¡Nakari! ¡Socorro! —grité mientras bajaba por la escalera, sacaba mi blaster y disparaba a los agentes, que tardaron en entender que la situación había cambiado por completo tácticamente. Se recuperaron rápidamente después de que el primero gritase, con un agujero chamuscado en el pecho; el blindaje que llevaba no era suficiente para repeler el calor de mi blaster a máxima potencia. El segundo disparó una descarga aturdidora una décima de segundo después de que mi disparo le alcanzase, por lo que su disparo impactó en el techo. El tercero, sin embargo, tenía un blanco despejado y lo aprovechó, con el blaster apuntado hacia abajo para que el centro de la descarga me alcanzase de pleno.

Una de las particularidades de aturdir a alguien es que no necesitas ser muy buen tirador gracias a la onda expansiva de la descarga. Pero en ese caso esto me favoreció: el agua del suelo tocó el filo de mi espada de luz, que seguía brillando y tirada en el suelo, y en cuanto lo hizo, el filo disipó la descarga con el mismo crepitar eléctrico de antes.

Nakari disparó al último agente antes de que yo pudiese hacerlo desde arriba. Levanté la vista y vi su cabeza y brazo derecho colgando de la escotilla de acceso; había disparado con gran precisión boca abajo.

—Gracias —dije.

—De nada. Aguanta —volvió a disparar a los cuerpos de todos los agentes.

—¿Por qué haces eso?

—Para asegurarme. Serás vulnerable unos segundos, mientras subes hasta aquí, no podemos permitirnos que uno siga vivo y pueda dispararte limpiamente.

Era un argumento convincente que no me había planteado. Aunque de haberlo pensado, dudaba que yo les hubiese vuelto a disparar. Había algo en ello que me parecía sádico… o simplemente malo. Tendría que reflexionar sobre eso. Me guardé todos aquellos pensamientos para mí mientras enfundaba mi blaster, recuperaba mi espada de luz y la devolvía a mi cinturón después de apagarla. Por primera vez podía mirarme bien la mano izquierda; me faltaba piel alrededor de los nudillos y en las yemas de los dedos, y seguía sangrando. La tenía muy sucia, con un aspecto terrible, así que necesitaba que me la revisasen y sumergirla en un tanque lleno de líquido desinfectante.

Pero aún no estábamos libres de problemas; supuse que no íbamos a estarlo en un buen rato. Deseé tener tiempo suficiente para ponerme presentable antes de salir al exterior, pero debíamos llegar a la nave lo antes posible. Subí rápidamente y empecé a quitarme inmediatamente mi túnica, antes, blanca. Habíamos planeado cambiarnos más adelante, pero no pude esperar. La túnica oscura que llevaba debajo estaba mojada y probablemente apestaba, pero como mínimo no estaba cubierta de desechos. Nakari arrugó la nariz.

—Puaj, Luke, ¿qué eso que tienes encima? ¿Has resbalado y te has caído a…?

—Ni lo menciones, ¿vale? Si no lo comentamos en voz alta quizá pueda olvidarlo dentro de unos miles de años.

—Eh, todo el mundo sufre accidentes —se esforzaba en reprimir una sonrisa, pero parecía estar perdiendo la batalla. Estoy seguro de que me sonrojé, sentía el calor en mi cara.

Nakari cerró la puerta de acceso de una patada y nos apiñamos en un pequeño deslizador con los cristales tintados. Erredós y Drusil ya esperaban dentro y yo ajusté los repulsores a la máxima potencia, dirigiéndome hacia un aparcamiento situado al borde del distrito. Nakari y Drusil intercambiaron ecuaciones educadamente y Drusil nos agradeció por el intento de rescate en el que aún estábamos embarcados.

—Espero reiterarles mi agradecimiento después de haber logrado huir —añadió, sus palabras enfatizaban que aún nos quedaba mucho camino por recorrer.

Teníamos otro deslizador alquilado esperando en el aparcamiento y dedicamos un momento a cambiarnos de ropa por completo antes de ponernos a la vista de las cámaras de seguridad. Llevábamos una túnica con capucha para Drusil, para ocultar totalmente su cara, y Erredós intentaría interferir las transmisiones locales durante los pocos minutos que estuviésemos dentro del garaje, ya que no podíamos hacer gran cosa por ocultarlo. Cuando planeamos la operación, el día anterior, pensé que aquella parte era un exceso de cautela y que perderíamos velocidad con aquellos tejemanejes, pero Nakari insistió; estaba convencida de que el DSI revisaría todas las grabaciones de seguridad para buscarnos, y si nos encontraban antes de que saliéramos del planeta, nos veríamos obligados a combatir contra los refuerzos que pudiesen hacer llegar.

Erredós había programado un rumbo en la rudimentaria computadora de navegación del deslizador que nos sacaría del garaje y nos haría volar en un patrón aleatorio hasta el distrito de Lodos. Era un truco que no iba a servirnos por mucho tiempo pero, como todo lo que hacíamos, estaba diseñado para ganar algo de tiempo… solo necesitábamos el suficiente para hacer el salto de salida del sistema. «Déjalos que sigan adelante y encajen todas las piezas», me dijo Nakari. Siempre que lo hiciesen demasiado tarde para detenernos.

Mientras el programa de interferencia de Erredós operaba, subimos a otro deslizador, también con los cristales tintados, y salimos de Lodos mientras nuestro señuelo se adentraba en él. Vimos vehículos de agentes imperiales y locales lanzándose por encima

de nuestras cabezas por vectores que los llevarían hasta la cafetería, y Nakari pareció ligeramente petulante.

—¿Alguna predicción sobre las probabilidades de que nos alcancen, Drusil? —pregunté.

—No tengo bastantes datos para realizar los cálculos —contestó ella—. Sería una ecuación llena de variables y pocos números reales, siendo poco más que una conjetura.

—Oh, perdón.

—¿Quizá podría decirme si tiene pruebas sólidas de que mi familia está bien, o si hablaba de probabilidades? —preguntó ella.

—Probabilidades —reconocí—. Hemos informado a la Alianza de que intentaríamos rescatarla hoy, por lo que otro equipo debe de estar evacuando a su familia en estos momentos —deseé que el mayor Derlin hubiese tenido éxito, o tendríamos una givin extremadamente desdichada en nuestras manos.

—O quizá ya lo hayan hecho —dijo Nakari—. No lo sabremos hasta que lleguemos a Omereth, desgraciadamente.

—¿Por qué Omereth, si puedo preguntarlo? —le dije a Drusil.

—Es insignificante y poco interesante tanto para el Imperio como la Alianza. Las escasas infraestructuras, la ausencia de forma de vida inteligente y sus pobres reservas de minerales han hecho del planeta un mero destino vacacional para aventureros.

No puede mantener una gran población ni demasiadas comodidades modernas sin grandes importaciones de otros mundos. Nadie sospechará que una criptógrafa viva en un lugar tan apartado de las redes comerciales activas y las zonas de pruebas militares. Es uno de los lugares en los que hay menos probabilidades de que me encuentren… lo he calculado, se lo aseguro.

Sonriendo, dije:

—No lo dudo. Ya seguiremos hablando de eso cuando salgamos del sistema.

Guié el deslizador hasta aterrizar suavemente en una plataforma de amarre a poca distancia de la *Joya del desierto*. Como con el anterior, enviamos el deslizador volando en un rumbo preprogramado en cuanto desembarcamos. Había alguna posibilidad de que no lo descubrieran inmediatamente, así que Erredós lo había programado para que aterrizase a salvo antes de quedarse sin combustible.

—Espero que los imperiales no hayan empezado a registrar las naves que salen del planeta —dijo Nakari mientras la rampa descendía y subíamos a bordo de la nave.

—¿Cuántos miembros del equipo de seguridad sobrevivieron? —preguntó Drusil—. Dos murieron junto a mí. Tres en las alcantarillas. Eso nos deja con otros tres, a no ser que los hayan matado después.

—No, así es —confirmó Nakari—. Tres sobrevivieron y sin duda están coordinando el intento de cazarnos.

Erredós rodó hasta los camarotes de estribor para conectarse a la computadora de navegación de la *Joya*. Ya sabía dónde debíamos hacer el primer salto, pero necesitaba ajustar los cálculos para nuestra salida posible más inmediata. Fui directamente a la

cabina para activar la *Joya* mientras Nakari y Drusil seguían hablando en el pasillo. La givin estaba enumerando resquicios en el conocimiento imperial, principalmente debidos a la eliminación del droide de seguridad, que nos daban más tiempo.

—Saben que usted y su droide astromecánico estuvieron implicados, pero puede que no hayan visto a Luke hasta que salió de la alcantarilla detrás de mí. Supongo que a estas alturas ya han descubierto ese emplazamiento localizando los comunicadores de los tres agentes del DSI muertos. Sin duda, estarán registrando la ciudad y buscando el primer deslizador. La cuestión no es si querrán activar sus recursos orbitales y molestar a la población civil para intentar evitar nuestra huida; la cuestión es cuánto tardarán en dar esa orden.

Intentar bloquear todo el tráfico sería mucho pedir, ya que Denon estaba en la intersección de dos de las vías hiperespaciales más concurridas de la galaxia.

—Quizá no se den cuenta de que pertenecemos a la Alianza —grité mientras revisaba los sistemas y me alegraba al ver una ristra de luces verdes—. Podríamos ser mercenarios trabajando para los hutts o algún otro.

—Es verdad, pero probablemente eso no influirá en su decisión. Quieren mantenerme bajo su control y se esforzarán para que eso sea posible.

—Entendido, pero si creen que estamos con los hutt, quizá pierdan tiempo buscándonos por el submundo criminal local —quizá estaba pensando demasiado; podía ver hasta qué punto el análisis de las distintas posibilidades podía ralentizar la toma de decisiones. Hasta ese momento, me habían dado poca libertad para planear y ejecutar las operaciones por mi cuenta. Normalmente, volaba adonde la Alianza me decía que volase y disparaba a lo que me decían que disparase. Molestar al Imperio produce un placer innegable, pero planear y anticipar las maniobras del enemigo tiene un atractivo distinto que estaba empezando a apreciar. Solté los frenos y dije:

—Será mejor que te ates el cinturón. Vamos a despegar y puede que sea un viaje emocionante.

Nakari le mostró a Drusil el camarote de estribor y después se reunió conmigo en la cabina, sentándose en el asiento del copiloto y conectando un canal de intercomunicación con el camarote para que tanto Erredós como Drusil pudiesen oírnos.

La *Joya del desierto* se elevó suavemente de su amarradero y cortó la atmósfera sin persecución imperial ninguna. En cuanto hube fijado el rumbo, le pedí a Erredós que controlase los canales de seguridad como subrutina mientras mantenía como principal prioridad nuestro salto hiperespacial. Íbamos a saltar hacia el núcleo por la vía Hydiana, hasta Exodeen, y desde allí tomaríamos una vía hiperespacial más pequeña conocida como Ruta Comercial Nanth'ri, desde la que tendríamos diversas opciones para llegar a Omereth.

El cielo ardió y las estrellas lo sustituyeron cuando salimos de la atmósfera de Denon, sin problemas. Al comentarlo, Drusil lanzó una leve risita.

—Los problemas no deberían tardar en llegar —dijo ella—. La probabilidad es casi absoluta.

Erredós emitió un pitido de alarma y una hilera de letras apareció en nuestra holorrepresentación de mano, traduciéndolas: EL IMPERIO HA ORDENADO UN BLOQUEO TOTAL DEL SISTEMA PARA ATRAPAR A UNOS ESPÍAS REBELDES. CRUCEROS INTERDICTORES EN RUTA. TODAS LAS NAVES QUE SALGAN SIN SER INSPECCIONADAS POR EL IMPERIO, SERÁN DETECTADAS.

La clarividencia de Drusil me hizo querer disponer de más tiempo para estudiar matemáticas.

—¡Que las detecten! ¿Tienes listo el rumbo? Si es así, haz el salto.

SALTANDO.

Deseaba salir del sistema sin que nadie nos siguiera, pero aquel plan se había fastidiado. Debíamos confiar en que nuestra nave fuese más rápida que cualquier trampa que el Imperio pudiese tratar de tendernos.

CAPÍTULO TRECE

Lo primero que hice al entrar en el hiperespacio fue ir al baño lavarme las manos y darme una ducha rápida para quitarme la mugre de los túneles de Denon; era tanto un servicio público como la consecuencia de mis ganas de estar limpio, porque aún apestaba, incluso después de haberme quitado la capa de ropa sucia al salir de la cloaca. Tomé algunos antibacterianos fuertes por precaución. Mis cortes se curarían rápido, pero probablemente me escocerían durante un tiempo.

Examinado, vendado y por fin presentable, volví a la cabina con Nakari, con algunos minutos de margen antes de entrar en el sistema Exodeen. Ella sonrió y respiró profundamente para oler mi ropa limpia y pelo húmedo.

—Apuesto a que te sientes mucho mejor —dijo.

—Muchísimo.

—Yo haré lo mismo después del próximo salto.

—¿El intercomunicador sigue activado? —pregunté mientras me ataba al asiento del piloto—. ¿Drusil puede oírme?

—Le oigo —dijo Drusil.

—Genial. Quería preguntarle por qué el Imperio y la Alianza están tan interesados en usted específicamente como criptógrafa. ¿Qué la diferencia de los demás?

—Lo que le interesa a la Alianza es que he creado algunos programas piratas que pueden penetrar con facilidad en los cifrados rutinarios imperiales de bajo nivel, que le entregaré en cuanto me reúna con mi familia. También puedo piratear algunos de los códigos de alto nivel, si dispongo del tiempo suficiente.

—Le ruego que me perdone, ¿pero cómo sabemos que eso es cierto?

—¿Los kupohanos no les han garantizado cuáles son mis habilidades?

—Convencieron a los que toman las decisiones en la Alianza y les creyeron lo suficiente como para mandarnos a rescatarla. Pero la realidad es que la Alianza aún tiene que comprobar que puede hacer todo lo que asegura. No es que dude de usted; es solo que prefiero confirmar sus habilidades.

—¿Qué sugiere?

Las estrellas irrumpieron cuando salimos del hiperespacio en el sistema Exodeen. Nuestros escáneres detectaron inmediatamente la presencia de varias naves imperiales, incluido un crucero pesado y un destructor estelar. Sus imágenes eran de unos minutos antes, por la velocidad de la luz, y aún tardarían unos minutos en vernos.

—¡Calcula el salto para Nanth'ri, Erredós! —dije, y después de su pitido de aceptación, añadí para Drusil—. ¿Quizá puede interceptar alguna comunicación imperial y descifrarla para nosotros mientras esperamos?

—Si son comunicaciones de bajo nivel, sin duda. Si quiere escanear el sistema en busca de alguna de sus comunicaciones prepararé mi hardware; ya veremos qué puedo hacer.

—¿Su hardware está en la mochila que ha traído?

—Sí. Un datapad que monté yo misma con mis acoplamientos asociados para comunicarme con la mayoría de puertos de datos alienígenas. Es… único —un tono inconfundible de orgullo se coló en la voz de la givin, que seguía sonando como amortiguada, como si estuviese masticando algo correoso.

Nakari alargó la mano derecha y desconectó el intercomunicador. Arqueó las cejas mientras sacudía la cabeza, mascullando:

—Bueno, ¿no somos un poco raros?

Me reí.

—Deberíamos encontrar algo para ponerla a prueba. Nos convendría tener claro que no nos está tomando el pelo.

Los dedos de Nakari desconectaron un par más de interruptores y giraron un mando. Tras unos segundos de interferencias, una riada de sílabas ininteligibles llenó la cabina y ella volvió a activar el intercomunicador con el camarote de estribor para que Drusil pudiese oírla.

—¡Ah! Será un momento —dijo Drusil—. Calibrando… emisión establecida. Descifrado en marcha —la cháchara se detuvo durante unos treinta segundos antes de volver a empezar en descargas breves, probablemente la recepción estándar a la transmisión previa. Drusil rompió el silencio—. ¡Conseguido! El Imperio ha transmitido órdenes por su HoloRed desde Denon. No hemos oído el principio de la transmisión, así que empiezo a leer a media frase: *...pequeña nave personalizada, salida de Denon, se buscan dos humanos, una givin y un droide, prioridad máxima, informen inmediatamente de cualquier avistamiento al DSI, se ofrece recompensa por la captura, no los destruyan*. Y lo que sigue es simplemente un acuse de recibo.

—Gracias, Drusil —dijo Nakari—. Espere un momento, por favor —desactivó el intercomunicador para poder hablar conmigo privadamente—. Sabes que puede habérselo inventado todo, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Eso será difícil de comprobar. Deberíamos continuar hacia el planeta, dejar que los imperiales nos detecten y después ya se verá si pueden perseguirnos.

—Escaparemos con facilidad —comentó Nakari—, pero tendrán un avistamiento que comunicar y una idea bastante aproximada de adonde vamos. Ahora mismo han emitido esa comunicación a toda la galaxia y no tienen la menor idea de dónde concentrar sus fuerzas. Si les damos una pista, podríamos encontrarnos muchos problemas. ¿Merece la pena demorarse aquí solo para confirmar que puede descifrar órdenes estándar?

—No, creo que no.

—Pronto sabrán que hemos estado aquí porque no podemos ocultar la luz reflejada de nuestra entrada, pero si nos marchamos ahora podemos evitar un escaneado más profundo que confirme la presencia de tres seres vivos a bordo; suponiendo que la descripción de Drusil es cierta y nos están buscando. Piensa que si eso *es* cierto, el Imperio conoce tu implicación directa tras tu salida de las alcantarillas. Sin duda han visto grabaciones de seguridad de algún sitio.

—Coincido contigo. No me gusta la idea de quedarme mucho tiempo en ningún sitio hasta que la dejemos en Omereth. Tengo curiosidad por saber si es real, aunque en realidad no es tarea nuestra averiguar si dice la verdad o no. Ahora mismo solo somos un servicio de taxi ligeramente armado.

Nakari frunció el ceño.

—¿No podríamos llamarlo un servicio de taxi *fuertemente* armado? Me gusta más.

Me encogí de hombros.

—Claro.

—¿Te parece bien? Perfecto —volvió a activar el intercomunicador.

—Erredós, ¿podemos realizar el salto? —pregunté—. Si estás listo, adelante.

SALTANDO, fue la respuesta, y en cuanto estuvimos a salvo en el hiperespacio, Nakari se desató y se levantó del asiento, imitando a su padre mientras iba hacia la parte trasera.

—¡Piloto! ¡Toca refrescarse! ¡Vuela responsablemente en mi ausencia! —pasó un dedo por mi hombro y no pude reprimir la sonrisa que ese contacto provocó. Me gustaba y empezaba a pensar que quizá yo también le gustaba.

Aunque no podía hacer nada al respecto. Flirtear en una misión es una de las mejores formas de garantizar su fracaso; y muy probablemente el fracaso también de la relación amorosa. Había visto suficientes veces a Han Solo metiéndose en problemas cuando intentaba seducir a Leia para dudarlo, y la verdad es que aún no se había ganado sus favores.

Teníamos que pasar cinco planetas antes de llegar a Nanth'ri y decidir adonde íbamos desde allí. Podíamos ir al norte galáctico, lo que tenía la ventaja de ser una ruta más corta hasta Omereth y el inconveniente de más mundos imperiales, o dirigirnos hacia el sur brevemente y después otra vez hacia el este, atravesando el espacio hutt y esquivando al Imperio a riesgo de encontrarnos con quién sabe qué en el espacio más sórdido de la galaxia. Una cosa estaba clara en el espacio hutt: habría más cazarrecompensas. Si el Imperio había reemitido el mensaje sobre la recompensa por nuestras cabezas por canales no cifrados, debían de haber seres de todo tipo buscándonos, seres que no se ceñían a los protocolos y procedimientos imperiales. Tampoco tenían que hacer todas las cosas que las fuerzas imperiales debían hacer… patrullar extensas zonas de espacio y protegerlas de la Alianza, los contrabandistas, etcétera. Los cazarrecompensas podían dedicar el cien por cien de su atención a encontrarnos. Pensar eso me puso un poco nervioso, pero prefería toparme con la nave de un cazarrecompensas que con el arsenal más potente de la flota imperial. Probablemente, la mejor decisión era ir hacia el sur.

—Erredós, cuando lleguemos a Nanth'ri, empieza a calcular un salto que nos lleve por el espacio hutt. Si puedes realizarlo sin detenernos, probablemente sea mejor.

La aceptación del droide apareció en la holopantalla mientras la voz de Drusil llegaba por el intercomunicador.

—¿Quieren mi ayuda para calcular esos saltos? No creo que sea muy difícil… además, seguro que me refresca.

Busqué una manera diplomática de decir que no. Si, por casualidad, Drusil era en realidad una espía imperial y todo aquello era un elaborado señuelo, las coordenadas que nos daría podrían llevarnos directamente hasta un emplazamiento de la flota imperial. Y no estaba muy seguro de querer fiarme de la navegación de la nave con los cálculos hechos por otra cabeza. ¿Y si se olvidaba de despejar el uno o algo así?

—Gracias, Drusil, pero Erredós ya está conectado y familiarizado con las especificaciones de la nave, preferiría que lo hiciese él. Aunque quizá pueda revisar sus directrices —fruncí el ceño, esperando que no tomase mi respuesta como un menosprecio a sus habilidades.

—Por mí perfecto —dijo, y entonces se hizo el silencio en la cabina. Probablemente, tanto Erredós como Drusil estaban absortos en las matemáticas puras y no tenía nada que añadir. Nakari había salido un momento, así que no podía hacer nada más que quedarme en el asiento de piloto por si algo iba mal.

Era una oportunidad ideal para meditar y ver si podía fortalecer mi vínculo con la Fuerza. Cuando la sentí por primera vez en el *Halcón Milenario*, fue como el levísimo cosquilleo de una presencia en mi conciencia y el aire que me rodeaba, algo no atribuible a mis cinco sentidos. Desde entonces, me había proyectado hacia la Fuerza muchas veces y cada vez se iba haciendo ligeramente más sencillo contactar y sentirla arremolinándose a mi alrededor, una sensación no del todo tangible pero muy real, como hacer ejercicio y descubrir al cabo del tiempo que la misma rutina necesita mucho menos esfuerzo porque tu potencia y resistencia han aumentado.

No tenía ningún objetivo en mente más allá de aumentar mi conocimiento sobre ella; además, no había vegetales ni otros objetos que mover en la cabina y me pareció que un mayor dominio de la Fuerza podría permitirme hacer las cosas mucho más rápido en el futuro, o quizá mover objetos más grandes, o realizar con éxito cualquier otro ejercicio Jedi.

En ese sentido, las líneas estelares del hiperespacio fueron excelentes para aclararme los pensamientos. Ninguna distracción, solo una especie de ruido de fondo visual. Aquello me hizo recordar cuando entrenaba con el remoto, con un casco puesto con el escudo antidescargas bajado y sintiendo la Fuerza como un poder interior y exterior que trabajaba conmigo pero que no era yo. Había sido solo una punzada, el diminuto despertar de una parte nueva de mi mente, como un amanecer medio atisbado a través de unos ojos legañosos. Sabía que aún no estaba completamente despierto; creo que parte de mí quería seguir durmiendo. Pero el amanecer siempre llega, tanto si estás despierto como dormido, y me parece que la Fuerza puede ser así… está siempre ahí, pero es invisible a no ser que hagas un esfuerzo.

Mi respiración se ralentizó e hizo más profunda, y poco después fui consciente de que había otros seres respirando en la nave. Drusil era el más cercano, sentada en postura de plegaria o quizá meditación, como yo, intentando aplacar sus preocupaciones. Puede que la actividad de su mente fuesen puras matemáticas. Más atrás y a la izquierda, Nakari se sentía feliz, aunque no supe por qué. Su respiración era irregular y levemente

ronroneante… ¿estaba canturreando? No podía oírla para confirmarlo, por supuesto, pero sentí a través de la Fuerza que podía ser así.

Y… ¿más allá de la nave? No había nada más respirando cerca, eso seguro. Pero sabía que la Fuerza podía decirme cosas sobre lo que quedaba más allá de mi entorno inmediato. Ben me lo había enseñado. Cuando la Estrella de la Muerte destruyó Alderaan, lo sintió, incluso en el hiperespacio, a pesar de que estábamos a años luz de distancia. Me pregunté si podría sentir algo fuera del hiperespacio.

Me abrí más… o quizá debería decir que me perdí más, me deshice de mis cinco sentidos y me concentré únicamente en lo que la Fuerza podía mostrarme. Nanth'ri nos esperaba, y alrededor de él había… ¿una especie de peligro? ¿Ira? No, nada tan personal. Algo más parecido a hostilidad. Agresividad. Pero no pude ver quién estaba sintiendo aquellas cosas ni contra quién iban dirigidas.

El pitido de advertencia de Erredós me golpeó tan intensamente los oídos que rompió mi trance. Parpadeé y vi sus palabras en la holotransmisión: UN MINUTO PARA LLEGAR AL SISTEMA NANTH'RI.

Nakari regresó y se sentó mientras le daba acuse de recibo a Erredós. Recuerdo que sentí a través de la Fuerza que había estado contenta y canturreando por algo, y ahora intentaba confirmar visualmente que estaba de buen humor. Se había recogido la melena rizada en una cola y admiré el efecto que eso producía en su perfil, la línea de su cuello, y… oh, oh, me pilló. Cuando mis ojos volvieron a fijarse en su cara, tenía una ceja y la comisura de la boca arqueada, como preguntando «¿qué estás mirando?». Eso me provocó un breve ataque de pánico… si reconocía que me parecía hermosa estaría flirteando, pero si me quedaba callado iba a parecer tonto.

Carraspeé y dije:

—Me pregunto si los Jedi tenían algún truco para evitar sentirse avergonzados.

Divertida, ella respondió:

—¿Ben Kenobi no te dijo nada al respecto?

—Bueno, siempre me decía que «confiase en mis emociones», y ahora mismo me parece que me siento un poco avergonzado. Perdona. Me he quedado embobado.

Nakari resopló.

—Tranquilo, Luke. No eres el primero al que pillo mirándome… ni siquiera es la primera vez que te pillo a ti. Solo es la primera que te hago ver que quizá eres un poco descarado.

Hice una mueca.

—¿Se puede ser solo un *poco* descarado?

—No. Solo intentaba ser amable. Has sido muy descarado.

Agradecí que llegásemos al sistema Nanth'ri al cabo de un momento, porque desvió nuestra atención hacia otra cosa. Una alarma sonó en mi mente, *peligro ahí*, y sin pensarlo viré la nave hacia estribor y aceleré justo cuando una flotilla de naves aparecía en nuestros escáneres, no había duda de que no eran imperiales. Tampoco eran de la Alianza, entonces, ¿por qué había más de veinte naves volando debajo de nosotros hacia

el puerto en formación abierta? La mayoría eran cazas pequeños que escoltaban a un crucero más grande capaz de albergarlos a todos en su interior. Algunos de los cazas del borde trasero de la formación estaban lo bastante cerca para atacarnos, si lo deseaban, y al cabo de unos segundos demostraron que eso era precisamente lo que querían. Los demás se dieron la vuelta para perseguirnos, también, pero no tendrían tiempo de atacarnos a no ser que yo volase hacia ellos; mi análisis rápido de la situación era que solo debía preocuparme por cinco, pero si esperaba unos segundos más, hasta que apareciesen en pantalla, y evaluaba la situación entonces, me habría acercado más, hasta colocarme al alcance de unas cuantas naves más.

Desplegando los escudos deflectores, aceleré aún más, hasta tres cuartas partes de la máxima potencia, y sus primeros disparos ni siquiera nos alcanzaron, pero Nakari vio las descargas pasar junto a la cabina y se dio cuenta tarde de que nos estaban atacando.

—Uah, ¿quién nos dispara?

—Lo más probable es que sean piratas —dije—. Ahora mismo posiblemente creen que nuestra nave es muy ligera y que carga algo valioso. Pero cuando descubran que no transportamos nada de valor…

—Se quedarán la nave y nos venderán como esclavos. O le pedirán un rescate a mi padre.

—O nos entregarán al Imperio, si se enteran de la recompensa que da por nuestras cabezas.

—Me ha gustado eso que has hecho hace un momento para que la nave fuese más deprisa —dijo Nakari—. Creo que deberías repetirlo.

—Lo pensaré, pero creo que por el momento estamos bien así —sus cañonazos llegaban más rápido y empezaban a concentrarse pero aún no nos habían alcanzado; la *Joya del desierto* era un blanco esbelto y ya había utilizado patrones de huida antes. Aún podíamos forzar más los motores, pero no quería huir demasiado rápido porque los piratas podían decidir usar misiles si veían que los dejábamos atrás; nuestros escudos deflectores debían ser capaces de soportar algo de fuego de blaster, pero los misiles podían sobrecargarlos.

—Erredós, ¿cuánto falta para podernos llevar al hiperespacio?

CUARENTA Y CINCO SEGUNDOS… FUE SU RESPUESTA.

—Bien, llévanos en cuanto puedas; no esperes mi orden.

—Cuarenta y cinco segundos es mucho tiempo cuando alguien te dispara —comentó Nakari con una tensión aparente en la voz. Le eché un vistazo rápido y me di cuenta de que no había participado en muchos combates de aquel tipo. Su zona de confort era la atmósfera con un lanzaproyectiles colgado al hombro y un blaster de refuerzo; pilotar era algo que hacía solo para llegar hasta el siguiente planeta, y su preocupación evidente me dijo que había volado en pocas situaciones de combate. Su experiencia trabajando para su padre le había enseñado que los disparos no empezaban hasta que aterrizabas.

Yo también estaba preocupado; cinco contra uno no era el mejor de los escenarios, sobre todo cuando los cinco tienen más de quince detrás, pero la verdad era que teníamos

una nave mejor y que el enemigo aún no lo sabía. Estaba convencido de que aquellos motores subluz podían igualar la potencia de un interceptor TIE. Los sensores de la *Joya* me informaron de que los piratas que nos disparaban pilotaban cazas CloakShape y un par de Alas-B, y aunque no había duda de que los habían personalizado hasta cierto punto, era poco probable que estuviesen a la altura de la *Joya del desierto* cuando la pusiera a máxima potencia. Pero no quería gastar aquel combustible si no era necesario; teníamos un viaje largo por delante y los puertos hospitalarios escasearían cuando nos metiéramos en problemas, así que si los escudos y nuestras mejoras rodianas podían arreglárselas, no pensaba impedírselo.

—Creo que saldremos de esta —dije, y en cuanto las palabras salieron de mi boca, por supuesto, recibimos el primer impacto en la parte baja del ala de estribor. Los escudos evitaron cualquier daño, pero el impacto nos desvió y cambió nuestro vector. Tuve que forcejear con la nave para devolverla a su curso y ser un blanco más pequeño.

—¡Eso no está bien, Luke! ¿A qué esperas? ¡Acelera!

—Los escudos siguen en perfecto estado. La mayoría de disparos pasan de largo.

—¡Los que me preocupan son los que nos alcanzan! —exclamó ella.

—Cada vez que intento tranquilizarte, nos dan, así que me limitaré a pilotar, ¿vale?

Antes de que Nakari pudiese responder, un mensaje gruñido por el comunicador de uno de los piratas llegó hasta el nuestro.

—Nave no identificada. Entregúese para una inspección y le garantizamos su seguridad personal. Si sigue volando, será destruida.

Nakari gruñó y liberó toda su frustración contra el altavoz. Apretó el botón de comunicación y dijo:

—Agujero no identificado, por favor lárguese e inspecciónese a sí mismo. Si sigue hablando, será ignorado.

Su respuesta sirvió de algo: dejaron de hablar. Pero los tres CloakShape decidieron que hablasen por ellos unos misiles termodirigidos, una circunstancia para la que estaba preparado pero que aun así me sorprendió. Una nave hecha pedazos no les reportaría ningún beneficio.

Quizá habían tenido un mal día de piratería, o quizá tenían el gatillo fácil; no me lo pensé mucho porque sobrevivir a los seis misiles era más importante que descubrir por qué los habían disparado. Tenía la esperanza de no tener que lidiar con misiles, pero habíamos instalado unas balizas en Rodia que ahora nos serían útiles.

Las balizas de fósforo pueden arder mucho más intensamente que los motores durante un breve espacio de tiempo y atraer a los misiles rastreadores de calor, pero coordinar con precisión su lanzamiento es crucial. Si los despliegas demasiado pronto, corres el riesgo de que se apaguen y permitan que los misiles termodirigidos vuelvan a centrarse en los motores subluz; si los despliegas demasiado tarde la explosión terminará dañando igualmente tus impulsores. No intentaban matarnos… solo intentaban inutilizar nuestros motores. Confiaban en que tuviésemos balizas y esperaban o que las desplegásemos en mal momento o, como mínimo, agotar todas las que tuviésemos. Si conseguían causarnos

daños, su objetivo estaría cumplido; si no, dispararían otra ráfaga y seguirían haciéndolo hasta que estuviésemos inutilizados. Si la apuesta les salía mal y terminábamos volando por los aires, tampoco perderían el sueño, porque nos habían dado la oportunidad de entregarnos.

Si Drusil estuviese en la cabina quizá pudiese mirar los vectores y velocidad de los misiles que se aproximaban y calcular el momento óptimo para lanzar las balizas, pero debía confiar en mi instinto… mejor dicho, en mi instinto ayudado por la Fuerza. No saltaríamos al hiperespacio antes de que los misiles llegasen hasta nosotros e intentar dejarlos atrás era el tipo de idea que haría que C-3PO garantizase nuestra perdición, así que debía usar las balizas.

Cuando cerré los ojos y me proyecté hacia la Fuerza, fue como si no la hubiese abandonado dos minutos antes; la conciencia seguía allí, una descarga que llenaba mi cabeza como un sentido adicional que me hablaba de mi entorno, dentro de la nave y fuera de ella. Nakari estaba preocupada y deseosa de manifestarlo; Drusil también estaba preocupada pero en silencio; Erredós simplemente estaba allí, y supuse que andaba ocupado trabajando con la computadora de navegación para nuestro salto. Sentí a los cinco piratas más cercanos y los seis misiles, ajusté la trayectoria de la *Joya* en relación a sus posiciones y patrón de disparo y esperé el momento adecuado para lanzar las balizas.

Cuando llegó, abrí los ojos para comprobar que mi dedo realmente estaba encima del botón correcto del recién instalado panel de armamento rodiano; creo que por un momento dudé de mí mismo, y lo apreté cuando mis ojos me lo confirmaron.

Las balizas se desplegaron y atrajeron a los rastreadores de calor; las explosiones sacudieron el espacio alrededor de nuestra nave, los cañonazos seguían pasando de largo y los piratas lanzaron otra ráfaga de misiles.

—¿Va todo bien? ¿Los has atrapado a todos? —preguntó Nakari.

—Los primeros seis, pero vienen seis más.

—¿Tenemos bastantes balizas?

—Creo que sí, pero no las necesitaremos.

—¿Por qué no?

—Porque ya han pasado cuarenta y cinco segundos.

Las estrellas se convirtieron en gotas junto a la ventana cuando Erredós saltó en el momento previsto.

Nakari cerró los ojos, se sujetó al reposabrazos del asiento del copiloto y respiró profundamente. Cuando exhaló, se relajó, eliminando la tensión de sus hombros y dedos, abrió los ojos y me miró.

—Perdona por gritar, Luke. Es evidente que sabías lo que estabas haciendo y yo no te he ayudado.

—No te preocupes —dije—. La gente suele gritar en combate. Es por la tensión. ¿Es la primera vez que te siguen así?

Nakari asintió, con los labios fruncidos.

—De haber estado en la *Cosechadora* habrías tenido motivos para preocuparte —le dije—. Pero tomaste la acertadísima decisión de gastarte todos los créditos en esos motores. Un cacharro elegante no nos hubiese salvado.

—Gracias —volvió a respirar profundamente y después se esforzó para sonreír—. No terminamos nuestra conversación de antes, ¿sabes?

Oh, oh.

—¿Ah, no?

—No, nos interrumpieron —se desató y se me acercó. Llevaba la mano derecha levantada hacia mi mejilla izquierda y yo me estremecí un poco, preguntándome si había cruzado una línea al quedarme mirándola embobado antes y me lo iba a hacer pagar, pero pasó algo distinto. Apoyó su mano en mi mejilla con suavidad y después me plantó un beso dulce en la mejilla derecha. Al oído me murmuró—. Te iba a decir que no me importa que seas descarado. Pero como no has pillado ninguna de mis insinuaciones sutiles, ahora soy yo la descarada.

—Oh —fue todo lo que pude decir, abrumado por la sorpresa. Nakari no retiró su mano de mi cara, pero retrocedió para mirarme a los ojos, con expresión de incredulidad.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿«Oh»?

Hice un carraspeo completamente innecesario y dije:

—Me ha gustado esto de que me hayas besado. Creo que deberías repetirlo.

CAPÍTULO CATORCE

La voz de Drusil llegó por el intercomunicador, interrumpiendo un beso que era algo más que un besito en la mejilla.

—Ha pensado muy deprisa, Luke Skywalker. Y ha pilotado admirablemente. Pero debo decirle que ahora es muy probable que el Imperio sepa dónde estamos.

Nos separamos y Nakari me dio una palmadita en el hombro y susurró:

—Continuará —regresó a su sitio y se ató mientras yo contestaba a Drusil.

—¿Por qué?

—Esa flotilla estaba patrullando el sector de espacio que sale de Exodeen.

—¿Y? Eso es lo que hacen los piratas.

—¿Y normalmente gastan combustible lanzando y desplegando sus escoltas para un ataque rápido cuando podrían esperar una nave de carga lenta y pesada? La mayoría de sus objetivos normales no sospecharían nada de ese crucero hasta que lanzase sus cazas contra ellos, y para entonces sería demasiado tarde.

Sin embargo, para atrapar una nave rápida pilotada por una tripulación deseosa de evitar la captura se necesitan otro tipo de tácticas, ¿no es cierto? De ahí que los cazas ya estuviesen en posición. Pocas flotas malgastarían sus recursos de esa manera.

—¿Quieres decir que ya sabían lo de la recompensa por nuestras cabezas y estaban patrullando por si aparecíamos? —dije.

—Sí. Y ahora pueden sacar provecho con solo informar al Imperio de que nos han visto y contarle hacia dónde hemos ido.

—Han tenido tiempo de sobras para escanearnos, Luke —dijo Nakari—. Deben de saber que hay tres seres vivos a bordo. Si los piratas les hacen llegar un mensaje a tiempo, podríamos toparnos con imperiales más temprano que tarde.

Drusil intervino.

—El mensaje de los piratas no es necesario para posibilitar un encuentro con los imperiales. Estamos cerca de una zona frecuentemente patrullada de la galaxia. Resulta que sé que el Imperio ha estado inspeccionando, y por tanto hostigando, a todas las embarcaciones que entran en el espacio hutt, con la intención de bloquear su comercio y reducir la capacidad de los hutts de mantener su independencia.

—¿Eso es algo nuevo? ¿De cuándo es su información?

—Muy reciente. Las últimas semanas el Imperio me ha tenido trabajando en mensajes cifrados que interceptaron en esos sectores.

Aquello sonaba a mal augurio, pero no podía hacerle nada, así que era absurdo perder el tiempo preocupándome por ello.

—Bueno, ahora mismo no pasa nada, aparte de la recarga de los escudos deflectores. Me tomaría un caf—me desaté y me levanté del asiento de piloto—. ¿Quieres una taza? —le pregunté a Nakari.

—No estoy segura —dijo ella—. ¿Preparas el caf como los filetes de nerf?

—Intentaré que no se me queme, pero no te garantizo nada.

—Vale, en ese caso me arriesgaré. De hecho el riesgo sería el mismo si lo preparase yo.

En la cocina me sentí mareado, pensaba que el dispensador automático daría algo bebible, pero resultó ser bastante espantoso, lo que recordé demasiado tarde de nuestro viaje a Fex. Puesto que era el mismo tipo de dispensador que se veía en todas partes, era muy probable que el problema fuese de Nakari y mío, no del aparato. Me rendí y decidí disimular mi incompetencia con un montón de leche y azúcar.

Una alarma chillona en la cabina y la consiguiente explosión de consternación digital de Erredós fue la primera pista de que algo iba mal. Una sacudida en la nave hizo que me derramase todo el caf encima, y esa fue la segunda pista. Nakari añadió:

—¡Luke, vuelve aquí! ¡Tenemos problemas!

Palmeándome la túnica y los pantalones para quitarme el caf, corrí de vuelta a la cabina, donde parpadeaba una batería de luces rojas y la negrura infinita del espacio real oscurecía la vista.

—Nos han sacado del hiperespacio. Los sistemas de seguridad se han activado en respuesta a una sombra de masa.

—¿Qué? Pero Erredós trazó un rumbo usando… oh —nos había sacado del hiperespacio un crucero interdictor imperial. Tenía la forma de un destructor estelar, pero mucho más pequeño, con cuatro proyectores de pozos de gravedad. Uno de esos proyectores nos había sacado del hiperespacio y, sin duda, los otros estaban bloqueando nuestra salida del sistema. No podíamos marcharnos sin lidiar con el interdictor.

—Escudos arriba y activa todo el armamento del que disponemos —le dije a Nakari mientras me ataba los correajes—. Erredós, ¿dónde estamos?

SISTEMA DAALANG, fue la respuesta.

—Bien, necesito una vía de salida. No podemos volver, por los piratas. Si seguimos por la ruta que habíamos elegido, probablemente nos topemos con más fuerzas imperiales. ¿Hay alguna otra vía de salida del sistema?

SÍ. LA RUTA COMERCIAL A KUPOH.

El sistema natal de los kupohanos. Perfecto… o, al menos, la mejor opción en ese momento. Los kupohanos cooperaban superficialmente con el Imperio, así que no tendrían una flota imperial aparcada en su órbita para obligarlos a portarse bien.

—Muy bien, necesito que nos prepares para saltar hacia Kupoh y me digas qué proyector de gravedad de ese interdictor nos está bloqueando el acceso a esa vía de huida ahora mismo.

—Espera, ¿estás sugiriendo que ataquemos al interdictor? —dijo Nakari.

—Es eso o dejar que nos atrape. No creo que nos hagan caso si les pedimos educadamente que se retiren. Y ese es un modelo antiguo. Deberíamos poder largarnos antes de que lleguen los refuerzos. Ahora mismo no va escoltado y solo tiene veinticuatro cazas TIE.

—¿*Solo* veinticuatro? ¡Solo somos una nave con un par de blasters y unos cuantos misiles!

—Es todo lo que necesitamos. Y los pilotos de los cazas TIE es probable que estén comiendo o descansando, deberíamos tener vía libre durante uno o dos minutos. Tenemos la velocidad y el factor sorpresa de nuestro lado.

Probablemente parecía más confiado de lo que me sentía, pero esa es la única manera de encarar al enemigo, algo que aprendí de Han. Un día me dijo:

«Nunca entres en combate pensando: "bueno, *supongo* que ahora combatiré a vida o muerte, si no hay más remedio". Cuando ya estás en ello, muchacho, tienes que implicarte hasta el fondo, o no saldrás vivo».

Apunté el morro hacia el interdictor y aceleré por primera vez a velocidad de ataque total y fue impresionante. Sin ninguna duda, la *Joya del desierto* era más rápida que mi Ala-X.

—¡Luke, ya deben de habernos visto! No podrás sorprenderles.

—Me refiero a la sorpresa que nos dio el clan Chekkoo en Rodia. Y a la sorpresa de que les ataquemos, considerando su ventaja.

Las baterías del interdictor se elevaron y empezaron a disparar descargas de cañones láser cuádruples, aunque en general solo pretendían impresionarnos porque solo un par de ellos estaba en el rango de fuego adecuado.

El primer escuadrón de cazas TIE, que debía de estar en alerta o comiendo en las cabinas, empezó a llegar desde debajo de nosotros.

—¡Larguémonos de aquí! —insistió Nakari—. ¡Esto es de locos!

A mí no me lo parecía; solo estaba embistiendo con la esperanza de que la suerte me fuese propicia. Tenía un plan, y los locos no suelen tenerlo.

—Yo diría que es *arriesgado* —dije, y en ese momento recordé la conversación que había tenido con Leia en la *Paciencia*. Evidentemente, aquello no era tan peligroso como atacar la Estrella de la Muerte—. Erredós, ¿a qué proyector de gravedad debería apuntar?

SU BABOR, NUESTRO ESTRIBOR.

—¿Ambos?

SÍ.

—Eso complica las cosas.

—¿Acaso no eran complicadas hasta ahora? —preguntó Nakari—. Ese crucero debe de estar blindado.

—Lo está, pero es uno de los modelos Inmovilizador y los hemos estudiado desde que el Imperio empezó a usarlos contra nosotros. Tienen doce generadores de escudos… algunos escudos de rayos, otros de partículas. Primero nos cargamos los generadores de escudos de partículas de babor, después vamos por los proyectores de gravedad con todo lo que nos quede.

—Mientras esquivamos cazas TIE y el fuego de láser cuádruple. ¿Te estás oyendo?

Ambos venían hacia mí ahora e hice virar la *Joya* para alejarme de un piloto de TIE agresivo. Nakari ni siquiera lo vio, de lo concentrada que estaba en intentar convencerme de huir.

—Ya dije que era complicado.

—¡Luke, vayamos hasta el borde del campo de interdicción! ¡La *Joya* es lo bastante rápida!

Ya había pensado en eso y quizá hubiese funcionado de haber estado yo en la cabina, en vez de intentando que la máquina de caf me diese algo potable, pero habíamos perdido demasiado tiempo y espacio en esos diez-quince segundos en los que no pude hacer nada.

—No, nos han atraído demasiado. Los TIE ya están encima.

Nakari giró la cabeza, vio el amplio surtido de muerte que se nos echaba encima, se sacudió en su asiento y exclamó:

—¡Ah! —no insistió después de eso, consciente de que ya era demasiado tarde.

Las situaciones evolucionan rápido cuando los TIE se aproximan unos a otros tan rápidamente. Serpenteamos entre los seis primeros, esquivando sus disparos y las colisiones; conseguí alcanzar el ala de uno de ellos con nuestros cañones láser (ahora teníamos tres, no uno) y se estrelló contra otro TIE, eliminándolos a ambos. No me molesté en disparar al crucero porque era imposible que una sola nave pudiese debilitar los escudos lo suficiente para alcanzarlo, pero disparaba a los cazas TIE gustosamente siempre que tenía oportunidad.

El Imperio había dejado de fabricar aquel crucero interdictor concreto por sus vulnerabilidades, pero como no construían ninguno nuevo, aún había montones por la galaxia. La Alianza se los encontraba constantemente, así que habíamos estado entrenando recientemente en la forma de eliminarlos antes de que nuestros grupos de ataque fuesen masacrados por sus escoltas de destructores y cruceros. Ahora el Imperio estaba instalando proyectores de gravedad en los destructores estelares, mucho más difíciles de eliminar por un grupo y al que una sola nave jamás podría causar ningún daño. Por lo que sabía, nunca nadie se había cargado un Inmovilizador con una sola nave, aunque debatí sobre ello con Wedge. No lo estaría intentando si no estuviésemos desesperados; y además teníamos el arma adicional que habíamos recogido en Rodia. El Imperio debía de estar loco por encontrarnos si había enviado aquel interdictar hasta el borde del espacio hutt sin escolta.

De nuevo en contacto con la Fuerza, volví a abrirme a ella y entré en un estado de conciencia, anticipación y reacción sin pensamiento, deslizando la *Joya del desierto* hasta un vector de ataque que minimizaba mi perfil para los artilleros del interdictor y nos lanzaba directos contra los generadores de escudos de babor.

Éramos ligeramente más rápidos que los cazas TIE estándar. Después de que la primera mitad del escuadrón pasara junto a nosotros y diese la vuelta para volver a pasar, la segunda mitad emergió desde debajo de la nave, subiendo desde ambos lados del crucero y avanzando hacia mí en formación de pinza, aunque por detrás de mí para no terminar en la trayectoria del fuego cruzado. Sus disparos eran descuidados, sin importarles alcanzar la nave, dependiendo de los escudos para protegerse de los disparos perdidos. La *Joya* lo manejó bien (aquella fue su primera prueba a toda velocidad bajo fuego pesado) y recibimos un par de impactos que redujeron nuestros escudos a un

setenta por ciento. Celebré que se hubiesen recargado por completo antes de afrontar aquella situación.

—Erredós, ilumíname su generador de escudos de partículas en el holo de puntería.

Un pequeño rectángulo se iluminó y parpadeó para mí en el borde afilado del crucero, y apunté dos de los misiles de impacto de la *Joya* hacia él mientras lo localizaba también con la Fuerza. Si no abatía el escudo, nada funcionaría; los misiles tenían que llegar. Los cazas TIE no harían nada con ellos, pero los artilleros del crucero probablemente intentarían derribarlos. Girando hacia abajo y sintiendo que se acercaba el momento idóneo, recibí otros dos impactos de los cazas TIE antes de lanzar los misiles. El fuego del crucero que me apuntaba cesó y viró hacia los misiles, lo que me dio más libertad para esquivar los TIE. Levanté el morro de la *Joya* a estribor, de manera que pudiéramos superar los generadores de escudos poco después del impacto de los misiles. Los sensores podían detectar si lográbamos destruirlos o no.

El crucero era un ángulo muerto. El hangar que escupía cazas TIE estaba debajo de la nave y no podía ver qué acechaba allí abajo. Apreté el gatillo del blaster mientras nos acercábamos al borde; dos cazas TIE surgieron de debajo de la nave, la avanzadilla del segundo escuadrón, recibieron descargas en sus cabinas y estallaron. Cuatro menos, aún quedaban veinte; aunque el segundo escuadrón seguía en el proceso de ponerse en acción.

Los misiles de impacto dieron en el blanco uno tras otro; el primero debilitó el propio escudo del generador y el segundo llegó después, penetrándolo y destruyéndolo. Antes de rebasarlo, otro impacto dejó nuestros escudos en el cincuenta por ciento y entonces quedamos fuera brevemente de su alcance visual mientras deslizaba la *Joya* hasta la parte inferior del crucero, solo un metro por encima de los escudos para que los TIE de encima no pudiesen rastrearme; para sus escáneres en ese momento era invisible, perdido en la sombra del interdictor. Mi plan era subir por el otro lado y disparar a los proyectores de gravedad expuestos.

Pero no mantuve el rumbo; los cazas TIE que había encima del crucero estarían esperándome en línea recta desde donde había desaparecido, llenando el espacio con fuego emboscado. Me moví hacia atrás para reaparecer en la esquina de estribor trasera, y desde allí volar sobre el puente antes de atacar los proyectores. Tres TIE me persiguieron pero no consiguieron fijarme en sus mirillas. Sus alas no les permitían acercarse tanto al crucero como la *Joya y* no lograron un ángulo decente en el breve lapso del que dispusieron antes de escapar al otro lado. Hicieron algunos disparos para que pareciese que lo intentaban y las descargas se disiparon inofensivamente contra los escudos del crucero. Los artilleros del interdictor no me habían visto o estaban esperando para evitar alcanzar a los TIE; un par más despegaría del hangar y pronto los tendría pisándome los talones.

Cuando abandoné el borde de estribor y ascendí, unas descargas verdes me rebasaron por la proa, llegadas desde donde había previsto que surgieran los TIE de arriba. Los artilleros se apresuraron a corregir el rumbo en cuanto me vieron; tenían que virar para volver a pasar. Pero algunos de los cazas que me seguían me vieron y viraron para

interceptarme. Uno de ellos se estrelló con otro TIE que surgió desde debajo de la nave; otros dos menos. Seguí pegado a la estructura del crucero para ser un blanco más complicado para sus cañones láser, y en cuanto rebasé el puente apunté hacia los dos proyectores de gravedad y les lancé dos misiles de impacto a cada uno. Aquello no significaba necesariamente que pudiésemos escapar; con dos de sus proyectores aún activos, debíamos alejarnos mucho de la masa simulada del interdictor antes de poder activar nuestro hiperimpulsor, y el crucero tendría tiempo de sobras para redirigir aquellos proyectores de estribor hacia Kupoh si su tripulación estaba alerta y actuaba con eficacia. Necesitábamos un golpe de gracia; y teníamos uno a bordo, uno de los caros del catálogo secreto de Armamento Utheel. El problema es que también podía matarnos a nosotros. No tenía tiempo para pensarlo; era el momento de saber si aquello iba a funcionar, antes de que los misiles impactasen, por exigencias de la física. No podía realizar otra pasada con solo el cincuenta por ciento de mis escudos; los TIE estaban colocándose y reaccionando a la sorpresa por mi ataque, el otro escuadrón estaría completamente desplegado en cualquier instante y, teniendo en cuenta que eran dieciocho contra uno, seguro que agotaban mis escudos antes de que pudiese disparar.

Así que activé y lancé la Carga Sísmica Triturarrocas Utheel que había en el soporte incorporado situado en el vientre de la *Joya* contra el proyector de gravedad trasero. No tenía sistema de orientación ni ningún propulsor, así que siguió la trayectoria de la *Joya* tras ser lanzada, esperando a ser detonada mediante un interruptor de proximidad. Cayó en arco en vez de seguir recta nuestro rumbo, porque el proyector de gravedad seguía funcionando.

Nakari respiró hondo y lanzó un «oh, oh» en un susurro cuando me vio apretar el botón, pero no pude evitar mirarla.

Mientras los gases del interior de la carga sísmica se mezclaban antes de detonar, ascendí y me estabilicé, dejando atrás las baterías de láser. Entonces seguí volando en la línea más recta posible, rebasando el interdictor cuando los misiles de impacto alcanzaron su blanco y huyendo a toda la velocidad que la *Joya* permitía, y mi trayecto fue como una aguja que tiraba de una cuerda de cazas TIE tras ella. Se desplegaron detrás de la *Joya* en forma de cono para que todos pudiesen intentar abatirme.

Le eché una mirada rápida a Nakari, ahora que tenía tiempo para hacerlo, y estaba resoplando, con los ojos como platos y las manos sujetando los reposabrazos, más o menos. Su mano izquierda aún no se había agarrado a nada, pero parecía tensa. Nuestra nave recibió un impacto en el deflector trasero como consecuencia de mi distracción y nuestros escudos cayeron al veinte por ciento.

Justo después, la carga sísmica cayó en la rendija abierta y desprotegida del proyector de gravedad y detonó; su enorme onda sísmica resquebrajó la estructura del crucero desde dentro, de forma que toda la nave se hinchó y se hizo pedazos en un revoltijo de cuerpos y metal, atravesando completamente la mitad delantera desde detrás y convirtiéndola en pedazos de deshechos espaciales sin vida que volaban en todas

direcciones. Ibamos ganando velocidad lentamente, a medida que la gravedad simulada dejaba de existir. Ya podíamos saltar al hiperespacio y se lo recordé a Erredós.

Pero la onda sísmica también nos llegaba a nosotros, barriendo a los cazas TIE que nos seguían. Vimos en los escáneres cómo los triángulos rojos que representaban al enemigo desaparecían uno a uno. Seguían disparando descargas verdes, como si estuviesen decididos a vernos muertos antes de morir ellos mismos. Casi todas ellas pasaron desviadas de nuestra cabina, hacia el vacío, pero el fuego concentrado era demasiado para poder esquivarlo eternamente y otra descarga nos alcanzó; lo que, básicamente, nos dejó sin escudos excepto por un leve y cortés velo de energía más fino que la tela de un camisón. El fuego fue cesando a medida que los TIE eran destruidos, pero el más cercano y con mejor ángulo consiguió alcanzarnos en la parte trasera de estribor y, una fracción de segundo antes de volar por los aires, nos dejó sin el motor subluz de ese punto, lo que para nosotros equivalía al fin.

Sin nada mejor que hacer para distraerme de mi inminente muerte, sentí un escalofrío de miedo recorriendo mi cuerpo, frío y despiadado. Ahora era imposible dejar atrás la onda sísmica y, aunque había superado situaciones desesperadas hasta entonces, no iba a ganar ningún punto solo por casi sobrevivir. Iba a girarme hacia Nakari para disculparme por habernos hecho matar cuando Erredós emitió un pitido victorioso, activó el hiperimpulsor y salimos disparados hacia un borrón blanco, dejando detrás un montón de chatarra para los imperiales rezagados.

—¿Lo… lo hemos conseguido? ¡Lo hemos conseguido! ¡Oooooh! —Nakari palmeó sus reposabrazos y pateó el suelo hasta que se quedó sin aliento—. ¡Por todos los tipos de mierda de dragón, Luke, no quiero volver a hacer esto jamás! ¡*Odio* las batallas espaciales! ¿Me oyes? Lo único que puedo hacer es quedarme aquí sentada, agarrarme, fruncir el ceño y desear no morir.

—Lo sé. Lo siento.

Caminó a mi alrededor. Su alivio fue desapareciendo a medida que recordaba que había sido yo el que había iniciado las hostilidades.

—¡Cargar contra ese crucero ha sido una estupidez, Luke! ¡Podríamos haber muerto!

Me encogí de hombros. Tenía razón pero, al haber escapado del combate, empezaba a sentir que era dos partes de alivio, una de euforia y otra de petulancia.

—Ha funcionado.

Dándose cuenta de que no podía discutir el éxito, dijo:

—Sí, pero… sí —esbozó una sonrisa—. Vale, has dado una exhibición de pilotaje. Puede incluso que legendaria.

—No se lo cuentes a tu padre.

Se rió.

—No lo haré.

—Voy a ver cómo está Drusil.

—Vale, gritaré si vuelven a sacarnos del hiperespacio.

Al entrar en los camarotes, abracé a Erredós y le dije que era el mejor droide de la galaxia, pero que no podía decirle a Trespeó que le había dicho eso o tendría que soportar quejas pasivas-agresivas durante los próximos diez años.

—Gracias por salvarnos.

R2-D2 hizo gorgoritos de felicidad y yo me giré hacia Drusil y le pregunté cómo se encontraba.

Su columna pareció incluso más rígida de lo normal cuando se sentó y su voz más gruesa, más apagada.

—Me estoy recuperando de la excitación glandular, gracias por preguntar.

—Vaya, yo… ¿Disculpe? ¿Vengo en mal momento?

—Según dicen es un fenómeno biológico parecido a los efectos secundarios de la adrenalina en los humanos.

—¡Oh, *ese* tipo de excitación! Bien. No, es decir… lamento haberla hecho preocuparse. Hum… Pero estamos a salvo, de momento, y camino a Kupoh.

—Podríamos haber muerto. Matemáticamente apenas teníamos ninguna posibilidad de sobrevivir después de que atacásemos. ¿Cómo lo ha hecho?

Me encogí de hombros.

—Erredós nos ha sacado del apuro.

—El droide ha hecho su trabajo concienzudamente —dijo la givin; una conclusión desdeñosa ante la cual Erredós eructó una descarga eléctrica de enfado—, pero me refería al pilotaje anterior. ¿Es usted un Jedi, Luke Skywalker?

—No —resoplé—. Ni mucho menos.

—Rechaza el apelativo pero se viste con sus atuendos. Lleva una espada de luz. Y ha usado la Fuerza para pilotar la nave, ¿correcto?

—Sí —admití, preguntándome adonde conducía aquello.

—Asombroso. Nunca había pensado en ello, no había tenido ocasión, pero la Fuerza debe de ser una variable fulcro. Sí, debo reflexionar sobre esto.

—¿Disculpe… una variable fulcro? —Una variable alrededor de la cual las improbabilidades pueden convertirse en probabilidades, o viceversa. Lo imposible se convierte en posible… punto en que uno ni siquiera puede hacer cálculo alguno. Aunque, por supuesto, yo no pueda evitarlo.

Me alivió que el rumbo de sus dudas solo la sumergiera en otro bucle matemático, pero no pude evitar preguntar por el camino que nos esperaba. Aún tenía mis dudas sobre la valía de Drusil para la Alianza y sus preguntas sobre mis conexiones con los Jedi me desconcertaron, pero podía sernos útil a corto plazo ya que sus intereses y los nuestros coincidían.

—Escuche, puesto que parece divertirle, ¿podría calcular la probabilidad de que aterricemos en la superficie de Kupoh sin toparnos con más interdictores… u otras fuerzas imperiales? Si cree que eso es improbable, deberíamos abortar la operación inmediatamente y pensar otro sitio, porque no podremos escapar como esta vez sin un motor y solo los cañones láser para disparar.

Drusil abrió la boca en lo que me pareció un gesto de alegría. Recogió su datapad y se olvidó de sus ensoñaciones.

—¡Un problema! ¡Excelente! Se lo agradezco. Tendré una respuesta dentro de poco —bajó la cara y me di cuenta de que ya podía irme.

CAPÍTULO QUINCE

El sistema Kupoh era maravilloso porque no había presencia de naves de la flota imperial.

—Eso es bueno. Tendremos que aterrizar y hacer algunas reparaciones —dije—. La *Joya* ahora mismo no podría dejar atrás ni a un bantha.

—¿Tienes algún sitio pensado? —preguntó Nakari.

—Dame un minuto. ¿Recuerdas la lista de kupohanos que nos dio Sakhet en Denon? Probablemente no esperaba que terminásemos en su planeta natal, pero quizá haya alguien con quien podamos ponernos en contacto.

—¡Oh, claro! El archivo que debíamos abrir con la contraseña *Salsa de Rancor*. Espera.

Salió de la cabina para sacar su datapad y yo puse rumbo a una ciudad más pequeña, en el lado opuesto a la capital de aquel mundo. Haría ajustes si era necesario; y por las peculiaridades del planeta, esperaba los retos que plantearía cualquier ajuste.

Kupoh tenía un estatus casi de leyenda entre los pilotos. Se decía que lo azotaban constantemente vientos aulladores, ventiscas muy ruidosas y peligrosas, no brisas amables, que no solo hacían más difícil pilotar sino que además interferían con tu capacidad auditiva. Había tanto ruido alrededor de la superficie que la mayoría de seres de otros planetas tenían que comunicarse por el intercomunicador del casco; eso o gritar. O usar lenguaje de signos. Los kupohanos habían desarrollado sus órganos de filtro de frecuencia para eliminar todo el ruido y detectar voces, lo que también les permitía cazar, por supuesto. Había todo un ecosistema de criaturas que vivían entre el viento; animales que apenas aterrizaban, si lo hacían, pasando toda su existencia en el aire. Los pilotos tenían que entrar en la atmósfera con los escudos activados o corrían el riesgo de ser dañados por bestias más grandes. Y después esperar que los vientos no los lanzasen contra el suelo como cometas mal voladas.

Por necesidad, los kupohanos habían construido altas pantallas acústicas para ayudar a los pilotos a aterrizar en la superficie en vez de estrellarse. Tenían docenas de puntos de entrada atmosférica recomendados, en los que los patrones de viento eran solo molestos, en vez de terroríficos, y debías avanzar por ellos hasta que encontrabas una cordillera o una pantalla acústica tras la que poder aterrizar. Incluso entonces, debías preocuparte por las rachas de aire y las turbulencias, pero tenían rutas de aproximación hasta la mayoría de lugares moderadamente seguras.

Nakari regresó con el datapad en la mano.

—Aquí hay un contacto que dice que está en la ciudad de Tonekh, en el continente oriental. Se llama Azzur Nessin. Espera un segundo, déjame ver si puedo encontrar más información —pasando de su datapad a la computadora de la nave, que podía acceder a la infored de Kupoh mantenida por satélites y plataformas orbitales, tecleó una consulta y gruñó al cometer un error que le obligó a borrar y volver a teclear, apretando las teclas y demostrándole a aquella palabra quién mandaba allí.

El procesamiento tuvo cierta demora por culpa de las distancias, pero la red funcionaba bien y la información apareció con bastante rapidez. Nakari la resumió:

—Azzur Nessin es fundador y jefe de Repartos y Transportes Nessin. Tiene instalaciones esparcidas por todo el planeta, pero su oficina central encaja con la ubicación que Sakhet nos dio en sus archivos.

—Bien, allí iremos. Buen trabajo para un espía, ¿verdad?

—Sí. Le ofrece motivos legítimos para ir a todas partes.

—Y si posee su propia flota puede que tenga su propio taller mecánico —cambié de rumbo de acuerdo con el punto de entrada atmosférica recomendado para Tonekh y le pedí a Erredós que intentase contactar con Nessin a través de comunicador usando el número que nos había dado Sakhet. Mientras, varias naves en órbita y entidades en tierra intentaban contactar con nosotros, todos ellos preguntándonos nuestros nombres y dedicación.

—Son bastante inquisitivos, ¿no? —comentó Nakari la tercera vez que le dijo a alguien que éramos turistas—. Hemos venido a disfrutar del windsurf en Kupoh.

Aunque el Imperio controlaba estrictamente la HoloRed interestelar, los kupohanos poseían un sistema local de infored casi perfecto para intercambiar información sobre las condiciones meteorológicas y ayudar a las naves a aterrizar a salvo. Recibimos una llamada de Azzur Nessin pocos minutos después de la petición de comunicación de Erredós. Apareció en nuestra holorrepresentación un individuo corpulento vestido con un chaleco y los brazos cruzados ante el pecho. En algún momento había perdido un pedazo del tamaño de un mordisco de su oreja basal izquierda y no se lo había hecho reparar quirúrgicamente. El pelo que colgaba bajo su quijada era largo y lo llevaba trenzado y adornado con cuentas, lo que me resultó extraño para un kupohano porque debía de hacer ruiditos molestos al moverse. No sabía si eso significaba que pertenecía a alguna sociedad secreta, o si era una moda que había escogido para molestar a la sociedad en general.

—¿Sí? ¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—Hola, Azzur —contesté, tomándome algunas libertades usando su nombre aunque no nos conocíamos, pero era altamente posible que nos estuviesen escuchando extraños, así que no podíamos contarle que éramos agentes de la Alianza que necesitaban ayuda desesperadamente.

—Acabamos de venir de Denon. Probamos los fideos de Sakhet, como nos aconsejaste. ¡Pero no me habías avisado de lo buenos que son sus nuggets de nerf! Diría que son los mejores de la galaxia.

Azzur Nessin inclinó la cabeza hacia un lado; el movimiento hizo más visible su oreja mutilada, y me pregunté si lo hacía expresamente.

—Nuggets de nerf, ¿eh? ¿Me habéis traído?

Sakhet no nos había dicho cómo contestar a posteriores preguntas; si era una especie de prueba o contraseña, no conocía la respuesta. Quizá era una manera indirecta de preguntarnos si nuestra misión había sido un éxito. Decidido a seguirle la corriente, dije:

—¡Por supuesto que sí! Sakhet preparó un paquete para ti.

El kupohano enderezó la cabeza y mostró los dientes en una amplia sonrisa. El movimiento hizo que las trenzas de su barba oscilasen como viñas bajo una leve brisa.

—Estoy impaciente. He cambiado de casa desde la última vez que nos vimos. Te mando las nuevas coordenadas al final de la transmisión. Nos vemos pronto.

Su imagen se apagó y fue sustituida por una serie de números que le pedí a Erredós que grabase y ejecutase en el piloto automático. Solo eran ligeramente diferentes al rumbo que ya había establecido.

—Oh, Erredós, ya que vamos con un solo motor, ¿puedes darme una estimación de nuestro tiempo de llegada?

Drusil Bephorin contestó instantáneamente por el intercomunicador.

—Tres horas y cuarenta y tres minutos, doce segundos, con una variación de unos pocos minutos dependiendo del punto en que tome el control manual y otras variables.

—Gracias, Drusil —dije, y añadí—. Vamos a intentar reaprovisionarnos, aprovechando que estamos aquí. ¿Hay algo que necesite o quiera añadir a la lista?

—Mis necesidades básicas están cubiertas. No quisiera pedir nada que pudiese retrasar nuestra partida. Mi principal deseo es reunirme con mi familia.

—Vale, haremos todo lo que podamos.

Casi cuatro horas para tomar tierra la daban tiempo al Imperio para atraparnos si sabían dónde buscarnos. También les daría a todos los espías del sistema la oportunidad de echarnos un buen vistazo. Y quizá se detendrían a preguntarse por qué bajábamos hacia el planeta más como un ave moribunda que como los turistas expertos en windsurf que pretendíamos ser.

—Te diré qué quiero yo —le dije a Nakari.

—¿Quieres decir aparte de otro motor?

—Sí, aparte de eso. Antes de que el Imperio nos interrumpiese, estaba en la cocina intentando preparar caf. Ahora me tomaría uno encantado.

Desvió la mirada hacia mi túnica.

—Esa primera taza te queda muy bien, puesta, Luke. Lo tuyo es moda avanzada.

—Oh, vamos…

—No todo el mundo se derrama algo encima y es capaz de hacer que parezca arte. ¿Utilizaste la Fuerza para crear ese estampado?

—Creo que voy a cambiarme.

Mientras me levantaba, Nakari dejó su tono burlón y dijo:

—Luke, gastamos casi todo el dinero que teníamos comprando esas mejoras.

—Y bien que hicimos. Nos han sido muy útiles.

—Lo sé. ¿Pero cómo vamos a pagar un nuevo motor subluz? Tenemos algunos créditos para comida y esas cosas, pero ni mucho menos el suficiente para financiar esas reparaciones. No creo que la Alianza ahora esté boyante, por no hablar de contactar con el almirante Ackbar desde aquí.

—Quizá podríamos intercambiar un favor futuro o hacer algún trabajo para Azzur Nessin. No todas las transacciones tienen por qué ser en dinero.

—No sé. Parecía de esos tipos que les gusta el dinero.

—¿Por qué lo dices? ¿Las cuentas de la barba?

—Sí, pueden ser una pista. Sé que no ves muy bien los colores en mi holoproyector barato, pero a mí me ha parecido que podían ser de oro.

—Apuesto a que repiquetean entre sí cuando mastica. Probablemente hace todo tipo de ruidos.

Ella lanzó una risita cortés y dijo:

—Seamos serios.

—Muy bien —dije, apoyándome en la escotilla de la cabina y cruzando los brazos en un vano intento por cubrir mi túnica manchada. Nakari se giró en su asiento para mirarme mientras yo hablaba—. Creo que tenemos problemas. No podemos confiar en que ese tal Azzur Nessin no nos venda al Imperio si alguien le ofrece más cuentas para su barba. Y no es solo que no podamos fiarnos de él, no podemos fiarnos de nadie en este sistema. La información es dinero, y ahora mismo el Imperio está ofreciendo muchísimos créditos por información sobre nuestro paradero. Puedes apostar que toda esa gente que nos hacía preguntas ha detectado que llevamos tres seres vivos a bordo, y eso ya nos convierte en un contacto interesante. Seguro que acecharán de más cerca. Y no podemos estar cien por cien seguros de en qué bando está nadie, independientemente de lo que digan —aquí señalé con el pulgar los camarotes para indicar a Drusil, que podía oírme por el intercomunicador abierto—, pero no tenemos más remedio que intentar completar la misión. No podemos volver a la flota hasta que lo hayamos hecho.

—¿Se te ocurre algo para convencerlo de que nos ayude?

—Espero que se me ocurra algo para cuando lleguemos.

Pero no se me ocurría nada. Conocía muchos secretos de la Alianza, pero no estaban a la venta. La propia *joya del desierto* podía proporcionarnos una buena suma de dinero, suficiente para comprar otra nave, pero no veía la manera de que ese trato resultase siquiera rentable y, mucho menos, beneficioso. Nunca lograríamos una nave igual de rápida y no podía ni imaginarme sugiriéndoselo a Nakari.

Después de asearme y cambiarme, visité a Drusil y Erredós en los camarotes. La givin estaba sentada en posición meditativa en la litera superior, su larga túnica le caía desde los hombros como cortinas. Tenía su datapad sobre las piernas cruzadas, pero no lo estaba usando cuando entré. Por algún motivo, estaba mirando el techo… o quizá tenía los ojos cerrados, no lo sé. Tenía la barbilla levantada y tuve la sensación de que estaba rezando o meditando, en vez de estar buscando defectos en la construcción de la nave.

—¿Drusil? ¿Puedo hablar con usted?

Bajó la cabeza y la giró, y sus ojos me miraron con una expresión indescifrable.

—Si no le molesta —añadí—. Espero no interrumpir.

—No es ninguna molestia. Después de nuestra anterior conversación sobre la Fuerza, me he estado entreteniendo con cascadas de escalas de probabilidades. Puedo volver a ellas después.

—Genial —dije, sin la menor idea de qué estaba diciendo.

Entré en la habitación y pasé junto a Erredós, palmeándolo en la bóveda y diciéndole que apreciaba mucho su trabajo, antes de sentarme en la litera de abajo, frente a Drusil. Le expliqué que necesitábamos un nuevo motor y un mínimo de combustible para salir del planeta, una vez hubiésemos aterrizado, y el que nos los vendiese querría dinero o información valiosa a cambio. Drusil se ofreció a compartir lo poco que sabía de las operaciones imperiales en los sectores que rodeaban el espacio hutt y yo le aseguré que plantearíamos la oferta, pero los kupohanos probablemente ya sabían mucho sobre eso y no le darían demasiado valor.

—Quizá podría conseguir algo de información en este planeta —masculló la givin, señalando hacia su hardware personalizado—. Si nuestro anfitrión desea conseguir algún alijo de información a cambio de un motor, creo que podremos lograr un acuerdo.

—¿Estaría dispuesta a hacerlo?

—Por supuesto —por una vez, su voz sonó clara, libre del espesor que solía contener—. Haré todo lo necesario.

La creí y me sentí desconcertado, ya que pensé que podía haberme hecho las mismas promesas que cualquier otro… alguien del Imperio. Su larga estancia bajo la «protección» del Departamento de Seguridad Imperial podía significar fácilmente que ahora trabajaba para ellos. Leia y el almirante Ackbar no me habían explicado ningún detalle sobre el pasado de Drusil. ¿Cómo sabían que era una legítima enemiga del Nuevo Orden? El DSI podía estar utilizándola para infiltrarse en la Alianza.

También sospechaba de nuestra huida de Daalang. ¿Hasta qué punto se había esforzado el Imperio? En aquel momento parecían sin duda interesados en matarnos, pero estratégicamente aquel crucero no debería haber estado allí solo. El Imperio conocía la vulnerabilidad de los interdictores, de no ser así no los rodearía habitualmente de una escolta. En ese caso, ¿por qué mandar uno solo para sacar todo tipo de naves del hiperespacio con la esperanza de atraparnos? Quizá podrían haber atrapado algo mucho peor que una simple nave fugitiva. Apestaba a desesperación… o a sacrificio deliberado.

¿Pero sacrificarse para qué? ¿El Emperador sacrificaría todo un crucero y su tripulación para reforzar la credibilidad de un agente? No sabía si era lo bastante despiadado para tirar vidas de aquella manera. Vader probablemente sí, pero aún no teníamos el menor indicio de que estuviese involucrado.

Sacudí la cabeza para aclarármela. Puede que todo fuese una trama elaborada y alguien hubiese jugado sus maniobras de holoajedrez con mucha antelación, pero aun así no lograba ver la forma de su ataque. Lo más probable era que el Imperio jamás hubiese pensado que una sola nave tuviese la artillería o las agallas para atacar sola y con éxito a un interdictor, y nada más. De todas formas, Drusil podía estar jugando a dos bandos con algún propósito particular; sin duda era suficientemente inteligente para hacerlo.

Independientemente de la situación real, nuestra mejor apuesta era reparar la *Joya* y salir del sistema lo antes posible. Y una leve punzada de paranoia probablemente no venía del todo mal; los kupohanos no eran tan célebres por sus habilidades como espías como los bothanos, pero para mí les iban a la zaga por muy poco; o quizá eran incluso mejores porque *no eran* famosos por algo que debía realizarse en secreto. Su extraordinario oído los convertía en perfectos fisgones, capaces de oír retazos de conversaciones murmuradas en la otra punta de una cantina abarrotada usando sus filtros sónicos para aislar las voces que deseasen. Corrían rumores de que los kupohanos entrenados en las fuerzas de orden podían aislar tu pulso y detectar factores estresantes en tu voz que te delataban cuando mentías. Y puesto que era casi imposible acercarse a ellos sigilosamente lo habían convertido en un juego, siendo naturalmente cada vez más sigilosos a medida que crecían; serían unos asesinos excelentes. Quizá lo *eran*; tan buenos que nadie los había pillado nunca, pero, en cualquier caso, debíamos asumir que todo lo que dijéramos en el planeta podría ser escuchado. Se lo recordé a Drusil porque, en un momento de despiste, podíamos revelar quiénes éramos y qué estábamos haciendo; y aquello sería información valiosa para vender.

Le dije a Erredós que no se separase de mí cuando estuviésemos en la superficie.

—No te quedes solo nunca. Alguien podía intentar manipularte para penetrar en tu memoria —el droide rodó adelante y atrás sobre sus brazos de apoyo y emitió pitidos y chirridos, furioso por la idea—. Gracias por su tiempo, Drusil. Le dejo volver a sus escalas de probables o, hum… sí.

La givin asintió una vez y subió la barbilla hacia el techo antes de que saliera de los camarotes, pero su voz me llamó.

¿Sí?

—Una de las probabilidades puede interesarle. Estoy casi completamente segura de que han penetrado en los sistemas de esta nave desde que llegamos al sector.

—¿Qué? ¿Cómo? —Erredós añadió varios pitidos indignados—. ¿Cree que mi droide no se habría dado cuenta?

—Imagino que encontrará algo si lo busca ahora —la toma de corriente de Erredós chisporroteó en la computadora y la luz de su cúpula empezó a parpadear mientras trabajaba. Drusil prosiguió—. No será una descarga invasiva de códigos. Sino algo más parecido a un mynock, que se aferra discretamente y se deja llevar. Pero verá lo que usted vea, sabrá adonde va y con quién habla. Si fuésemos turistas, esto no tendría ninguna relevancia y la información no valdría para venderla. Pero, no somos turistas, ¿verdad?

—No, por supuesto que no.

Erredós escupió una larga y gorjeante serie de chirridos irritados y la parte superior de su cúpula rotó por su extrema agitación. Tenía que volver a la cabina para obtener una traducción de todos aquellos ruidos; Nakari ya estaba leyéndola y su sonora reacción no parecía precisamente de alegría.

—Ahora mismo vuelvo —dije.

Nakari frunció el ceño en cuanto metí la cabeza en la cabina.

—Luke, ¿quién puede estar penetrando en los sistemas de la *Joya*?

—Espera, déjame ver qué ha dicho Erredós.

El mensaje ponía: «CÓDIGO MALIGNO LOCALIZADO Y NEUTRALIZADO. PROGRAMA DE VIGILANCIA, ORIGEN DESCONOCIDO. INSERTADO RECIENTEMENTE».

—Debió de ser cuando entramos en el sistema y accedimos a su red —dijo ella—. Cuando hice la búsqueda de Azzur Nessin. No puedo creer que nos rastrease tan rápido ni tan fácilmente.

—Bueno, ya sabemos que algunos de ellos trabajan para la red espía. Probablemente esa es su manera de decir hola.

—Es muy burdo.

—Para ellos es un simple trabajo. Probablemente creen que si no podemos protegernos merecemos ser espiados.

—Es evidente que necesito actualizar mis cortafuegos. Creo que aquí hay mucho más fuego —dijo ella—. ¿Pudo ser el propio Nessin? ¿O uno de sus empleados?

—Claro —me encogí de hombros—. Aunque pudo ser cualquiera en el sistema —hice un gesto con la cabeza en dirección a los camarotes—. Tengo que volver. Echale un ojo a los escáneres y grita si pasa algo.

—Sí, vale.

Intentaba no caer en la trampa de las teorías de la conspiración. Cuando empiezas a buscarlas las ves por todas partes, pero normalmente solo son espejismos, nada más. Aunque esto era una gran coincidencia. Volví a los camarotes, metí las manos en los bolsillos y subí la vista para mirar a la givin.

—Escuche, Drusil, creo que deberíamos hablar.

—Lo dice como si no hubiésemos estado hablando recientemente, o como si ni siquiera lo hubiésemos hecho.

—Perdone, es una especie de frase hecha humana. Lo decía en el sentido de que deberíamos hablar sobre asuntos que subyacen bajo la superficie.

—¿La superficie de qué? ¡Oh! —asintió para sí—. Entiendo. ¿Hemos llegado ya al momento en que busca la manera educada de acusarme de ser una espía imperial?

—¿Cómo lo…? ¿Tiene ecuaciones que predicen el comportamiento humano?

—De tenerlas sería la Emperadora. Pero no son necesarias. Las caras humanas son expresivas y la suya no es muy difícil de interpretar. Y no puedo culparle por sospechar. No me conoce bien, ni a ningún givin, dicho sea de paso, y he estado un largo período, hasta muy hace muy poco, trabajando para el Imperio, aunque en contra de mi voluntad. Está justificado cierto nivel de sospecha. No me ofendo.

—Bueno, supongo que es mejor así. Me alegro de que no se ofenda y de que esté dispuesta a hablarlo con tanta franqueza. Pero no me quedo más tranquilo. El código invasivo que predijo que habría, y que *había*, lo podría haber colocado usted en los sistemas de la nave con mucha más facilidad que ningún habitante del sistema que apenas ha tenido tiempo para darse cuenta de que estamos aquí.

—Está asumiendo que alguien ha insertado el código manualmente, en vez de que el código ya existiese en la red y se ejecutase tras una activación automática, pero como está hablando de meras posibilidades más que de probabilidades, tiene razón, Luke Skywalker. También habría podido hacerme con toda la nave cuando lo hubiese deseado, ya que su seguridad es ridiculamente fácil de burlar. ¿Ve la grieta en su razonamiento? Si hubiese querido asegurarme de que el Imperio nos capturase, ¿por qué no fui más lenta por las alcantarillas de Denon? ¿O por qué no provoqué un apagón en el sistema Nanth'ri para ser capturados por los piratas? ¿O causé una avería en Daalang para después solo tener que esperar la detención por parte del Imperio?

—No he dicho que quiera que el Imperio nos capture.

—Ah. Así que cree que tengo algún otro objetivo en mente. ¿Cuál podría ser?

—La teoría que tengo ahora mismo es que quiere conocer la ubicación de la flota rebelde; ese es el único objetivo de inteligencia que justificaría una trama tan elaborada como esta. Rastreando nuestras comunicaciones espera encontrar algo útil. Está esperando que contactemos con personal de la Alianza.

Drusil Bephorin asintió.

—Entiendo. Su razonamiento es sensato; el Imperio haría prácticamente cualquier cosa por descubrir dónde se esconden los rebeldes. ¿Si supiera ya la ubicación de la flota rebelde disminuirían sus sospechas sobre mis lealtades?

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Está haciendo una pregunta hipotética sobre mi reacción o me está diciendo que sabe su ubicación?

—No sé su ubicación precisa, pero puedo hacer una estimación bastante fundamentada basada en mi conocimiento personal de los despliegues actuales de la flota imperial, restando después la mayoría de mundos ocupados y eliminando otras variables por el estilo hasta llegar a un número manejable. La flota rebelde está en el Borde Exterior.

Una risita de alivio se escapó de mis labios. No sabía nada peligroso.

—Por supuesto. Todo el mundo sabe eso. Todos esos sistemas desocupados los convierten en un escondite evidente.

—Pero muchos de los sistemas desocupados pueden descartarse mediante matrices de razonamiento modales, teoría logística de bucle y la elevada probabilidad de que la Alianza solo utilice rutas hiperespaciales conocidas.

—Eh, me he perdido por el camino.

—En ese caso, deberé profundizar en la metodología. Pero si hubiese querido que descubriesen a la flota rebelde, ya le habría dicho al Imperio que buscase en los sistemas Zaddja, Kowak o Pantora. Mi análisis apunta a que es uno de ellos.

El nudo en el estómago volvió. Si le hubiese dicho eso al Imperio no había duda de que habrían encontrado a la Alianza alrededor de Orto Plutonia, en el sistema Pantora. No me molesté en discutir su análisis. No estoy dotado para mentir; la mejor opción era quedarse callado y no confirmar nada.

—Su silencio es muy elocuente, Luke Skywalker.

—¿Todos los givin son capaces de analizar los movimientos de flotas como usted? —pregunté. Porque de ser así, el Imperio podía pedirle ayuda a cualquiera de ellos. O forzarlos a dársela, más probable aún.

—La mayoría son capaces de realizar las funciones básicas, pero espero que no me considere petulante si afirmo que estoy particularmente dotada para la teoría probabilística. Tiene aplicaciones muy útiles en criptografía. Y no puedo imaginar que nadie más tuviese acceso a los secretos que pude conocer durante mi supuesto empleo en el DSI; sé dónde ha buscado el Imperio y puedo adivinar dónde buscarán ahora con un alto grado de probabilidad, puesto que les falta imaginación y no confían en el poder de la aleatoriedad.

—Esa sería información muy útil.

—Estaré encantada de compartirla con ustedes cuando me reúna con mi familia.

—¿Puede predecir los movimientos de la flota imperial pero se los guarda para sí misma? ¡Compartirlos ahora podría salvar vidas!

—Y si yo no tuviese nada con lo que negociar, podría perder la mía.

Comprendía su posición, pero resultaba frustrante actuar contra el propio interés cuando el trabajo en equipo podía sernos mucho más útil a todos. Aun así, podía presionarla respecto a los cálculos que había hecho antes.

—¿Ha terminado de calcular las probabilidades respecto a una persecución imperial antes de que lleguemos a Kupoh?

—Sí. Es posible que aparezcan, aunque improbable. Llegaremos a la superficie. Lo que es mucho menos probable es que podamos despegar de allí sin que nos encuentren fuerzas imperiales.

Asentí, pensando que ella misma podía atraer a algunas fuerzas imperiales. Ibamos hacia la residencia de un espía kupohano que, si no trabaja con la Alianza, como mínimo nos había dado sus datos uno que sí lo hacía. Si el Imperio tiraba del hilo de Azzur Nessin podían descubrir unas cuantas cosas. Debía asegurarme de que Nakari no hubiese conectado su datapad a la computadora de la nave, porque Drusil (o cualquier habitante del sistema, ahora que habíamos quedado expuestos) sería capaz de piratearlo y acceder a toda la lista de contactos que nos había dado Sakhet.

Como si pudiese leer mis pensamientos otra vez, Drusil dijo:

—Si me permite hacer una observación general: el problema de las teorías de la conspiración es que tienen gravedad propia; son agujeros negros de los que cuesta mucho escapar. Es muy recomendable mantener la cautela en todo momento, por supuesto, y admitir que los seres que conoces a veces son realmente buenos.

—Me lo apunto —dije, e hice un esfuerzo por sonreír—. Y estoy de acuerdo. Créame, soy bastante cauteloso.

—Lo sé, y me parece muy bien.

Asentí y me disculpé, después le pedí a Erredós que revisase continuamente todos los sistemas en busca de invasiones de datos y volví a la cabina, donde informé a Nakari,

recomendándole que tuviese permanentemente controlado su datapad hasta que dejásemos de necesitar la lista de contactos.

Los cálculos de Drusil volvieron a ser muy precisos, ya que pudimos penetrar en la atmósfera y aterrizar en Kupoh sin más persecución activa que la del viento.

Los vientos «suaves» del punto de entrada nos regalaron el viaje más espeluznante que he vivido jamás y di gracias por que la *Joya del desierto* saliera entera y no tuviésemos que preocuparnos porque se nos arrancase ninguna ala. El descenso fue muy agitado, incluso con los compensadores de aceleración, y tampoco fue fácil avanzar después de aterrizar tras la primera pantalla acústica. El impacto del aire no se redujo significativamente hasta que nos posamos tras la segunda y tercera pantalla acústica. A partir de entonces nos guió el control de tráfico de Tonekh por una especie de eslalon de atrapavientos altísimos, que no solo nos eran útiles a nosotros sino que además proporcionaban algo de cobijo a las blanquecinas llanuras cubiertas de hierba que tenían debajo, salpicadas de rebaños de pahziks.

Con los escáneres de alta gama de la *Joya* saqué una holo cercana de un pahzik porque nunca antes había visto ninguno. Eran más anchos y bajos que los nerfs, cubiertos con una densa capa de pelaje negro, y sus cuernos estaban alineados de forma extraña en sus cabezas, como si alguien hubiese colocado un gran pergamino sobre ella, hacia delante. Se suponía que eran huecos, permitiendo el paso del viento, y que al girar sus cabezas hacia el viento o al darle la espalda creaban varios sonidos para llamar a los demás a un volumen mucho mayor del que conseguirían sus cuerdas vocales. Puesto que la mayor parte del planeta era una llanura asolada por el viento, los pahziks tenían muchísimo espacio para vagar y multiplicarse, y los kupohanos parecían contentos de dejarles criar, puesto que decían que eran muy sabrosos.

Los atrapavientos hacían su trabajo, mejorando las condiciones hasta encontrar un aire agradable al aproximarnos a Tonekh, la cual, como todas las ciudades kupohanas, estaba acurrucada dentro de un protector valle alpino. Para llegar hasta ella tuvimos que volar por un túnel perforado en la gran cordillera del continente oriental. Cuando salimos de él vimos la ciudad kupohana extendiéndose ante nosotros, descansando entre los picos como si los edificios hubiesen caído allí después de un gran desprendimiento de tierras.

Repartos y Transportes Nessin se extendía a un lado del ajetreado puerto espacial de Tonekh, con hileras de almacenes, hangares y puertos de cargueros. A nuestro contacto le iban muy bien las cosas y pronto descubrimos que no era de los que se quedaban remoloneando en el despacho y se daban largas comilonas a base principalmente de alcohol. Como Fayet Kelen, desempeñaba un papel muy activo en la actividad cotidiana de su empresa.

Empleados uniformados y paneles luminosos nos orientaron hasta un espacio vacante de un gran hangar. Cuando desembarcamos el aire desprendía un misterioso olor animal, como un perro mojado o plumas en llamas. No estaba seguro de si era el olor natural de Kupoh o si era específico de aquella zona; o si lo traía hasta allí el viento. Incluso en los confines resguardados de la ciudad, el viento silbaba, gemía y nos alborotaba el pelo,

aunque sospechaba que los gemidos estaban causados por el paso del aire a través de los cuernos de los pahziks.

Había un carguero ligero reparándose en el muelle contiguo al nuestro y vi que los empleados no eran todos kupohanos, sino una mezcla de especies. Uno de ellos era un wookie, lo que me hizo añorar a Chewbacca. Azzur Nessin nos esperaba al pie de la rampa de carga de la *Joya*, vestido con el mismo uniforme gris y verde que los demás trabajadores.

Eso no significa que no diera indicios de su elevado estatus. Además de los pendientes de sus orejas básales, las cuentas de su barba resultaron ser de oro, como sospechábamos, y cuando hablaba sus trenzas colgaban y entrechocaban como en un ábaco. Era un espectáculo fascinante y poco a poco me fui dando cuenta de que era intencionado. Uno quedaba tan absorto en el animado pelaje de su barbilla que el resto de sus movimientos pasaban en gran parte desapercibidos; como por ejemplo el discreto martilleo de su dedo contra un datapad en miniatura que llevaba sujeto a su brazo izquierdo, o la forma en que su mirada se desenfocaba brevemente cuando su atención se fijaba en algo que pasaba por una lente-pantalla que tenía colgada sobre dos de sus cuatro ojos. No la llevaba puesta cuando habló vía holo, pero ahora era evidente que estaba desviando su atención.

—Bienvenidos a Kupoh, amigos. Si os gustan los fideos de Sakhet también os gustará algo de lo que puedo ofreceros. ¿Qué os apetece hoy?

No es que allí hubiese ningún restaurante, así que sus palabras resultaron peculiares: me pregunté cuándo empezaríamos a hablar francamente sobre quiénes éramos y cómo habíamos llegado hasta allí, si es que lo hacíamos. ¿Nos estaban observando ojos hostiles en aquel momento? Decidí que no teníamos tiempo para andarnos por las ramas y planteé claramente el motivo que nos había llevado hasta allí.

—Necesitamos cargar el depósito de combustible, rearmarnos con seis misiles de impacto y reparar o sustituir uno de nuestros motores subluz, dependiendo de los daños.

—Las dos primeras cuestiones no serán ningún problema —dijo, dirigiéndose ya hacia la parte trasera de la nave y hablando mientras andaba y tecleaba—, pero el daño al motor puede requerir de cierto tiempo de reparación, días o incluso semanas, dependiendo de los detalles. Y, por supuesto, los recursos. Veamos qué hay que hacer.

Lanzó un silbido que llamó la atención de un mecánico uniformado que se apartó del carguero ligero y se acercó a examinar nuestra nave. También era kupohano pero solo tenía dos torques en el cuello, un solo pendiente en su oreja basal y una barba completamente normal. Azzur lo presentó como Ruuf Waluuk. Nos saludó amistosamente pero quedó rápidamente claro que no necesitaríamos los conocimientos expertos de Ruuf; el motor estaba destrozado por completo, medio derretido por el último caza TIE que nos había perseguido en Daalang.

—Qué inoportuno —fue el comentario de Azzur al respecto—. ¿Qué tipo de motor es? —Nakari se lo dijo y él realizó una búsqueda con su datapad y esperó los resultados. Sus cuatro ojos parpadearon cuando llegó la información—. Es, o era, un motor

excepcional. Desgraciadamente, no hay ninguno disponible en el planeta —sacudió la cabeza y dejó que sus cuentas se aposentasen en su sitio—. Es la maldición de las preciosas naves personalizadas, ¿verdad? Son superiores a cualquier otra hasta que llega la hora de repararlas. Podríamos pedir ese motor a otro planeta, pero no estoy seguro de que dispongáis del tiempo necesario para esperarlo.

—No disponemos —le confirmó Nakari.

—Entonces, debemos elegir un sustituto disponible. Vuestra nave no será tan rápida, claro, y perderéis eficiencia porque vuestros sistemas compensarán los diferenciales de propulsión.

—Pero será más rápido que volar con solo un motor —dijo Nakari—. Dime qué opciones tenemos.

—Por supuesto. Si me seguís, tengo una holomesa en la que puedo mostraros todos los detalles —nos condujo más allá del carguero ligero hasta una serie de oficinas de administración. Me di cuenta de que el hangar estaba equipado con varias oficinas a un lado, y al otro, cerca de la *Joya*, había una cocina y un comedor para los descansos de los trabajadores, además de vestuarios y aseos.

En cuanto la puerta se cerró detrás de nosotros, la fachada de educada profesionalidad de Azzur Nessin cayó para mostrar a un kupohano cabreado. Se nos acercó y cerró ambas manos en un puño a ambos costados.

—¡No sé quiénes sois, pero será mejor que no hayáis traído al Imperio hasta aquí! Decidme la verdad: ¿tengo que preocuparme por que los soldados de asalto lleguen aquí y pongan mi vida patas arriba?

—Puede —contestó Nakari—, ¿pero no es eso el pan nuestro de cada día en toda la galaxia? El Imperio estará ahí hasta que lo destruyamos.

—Sé que pueden venir a buscarme en cualquier momento —gruñó Azzur—, pero los espías rebeldes pueden atraerlos con demasiada prontitud. Ese motor no se ha derretido espontáneamente y doy por supuesto que le lanzasteis vuestros seis misiles de impacto a alguien.

Nakari imitó su tono.

—Eh, no estamos aquí por gusto. De poder elegir no habríamos venido, pero Sakhet nos dio su nombre por si acaso lo necesitábamos y dijo que nos ayudaría. ¿Así qué, nos ayudará o su fe en usted estaba equivocada?

Azzur resopló desdeñosamente.

—No tiene ninguna fe en mí. Pero sabe que odio al Imperio, nada más.

—¿No deberíamos confiar en usted?

—Por supuesto que no. Pero odio profundamente al Imperio y me gusta el dinero. Podéis confiar en eso. ¿Puedo confiar en que tenéis dinero?

—No.

El kupohano no dijo nada durante unos segundos, la tensión crecía mientras su cara se retorcía, las orejas se le aplanaban y miraba a Nakari con absoluta incredulidad. Finalmente, estalló:

—Entonces, ¿qué hacéis aquí? ¿Esperáis que os proporcione un motor gratis?

—Tenemos información. De la lucrativa.

Azzur se tranquilizó visiblemente, sus orejas primarias regresaron a su posición habitual.

—Ah, eso ya es otra cosa. Podríais haberlo dicho antes de que perdiese los estribos. ¿De qué naturaleza es esa información?

Primero Drusil demostró su conocimiento de las maniobras imperiales fuera del espacio hutt, y cuando Azzur preguntó cómo había obtenido aquella información, la respuesta renovó su inquietud.

—Sois vosotros, ¿verdad? ¡Por los que ofrecen recompensa! ¡Media galaxia os está buscando y aterrizáis en mi hangar!

—Pero la información es buena —dijo Nakari.

—¡De la peor! —señaló rudamente un dedo grueso hacia Drusil—. Si vendo alguna información obtenida por esta givin en particular, el Imperio vendrá a preguntarme de dónde la he sacado. No puedo correr ese riesgo, lo siento —sus dedos volaron sobre el diminuto teclado de su datapad—. De hecho, tengo que enviar a mi familia de vacaciones de emergencia para que tengan alguna posibilidad de sobrevivir. Si vuelvo a ver a Sakhet, le voy a patear las rodillas hasta que le salgan por la parte de atrás. Sois perfectamente conscientes de que todos mis empleados os han visto a vosotros y vuestra nave. Si alguno ha adivinado quiénes sois, puede que ya le hayan vendido al Imperio la información de que estáis aquí.

—¿Qué probabilidades hay de que los mecánicos vendan información?

—No lo sé. No espío a mis empleados… no gano nada con ello.

—Por curiosidad —dijo Nakari—, ¿cuánto ofrecen por nosotros? Por entregarnos… ¿cuál es la recompensa?

Azzur tuvo la elegancia de mostrarse incómodo mientras se refería a nosotros como mercancía. Se sorbía la nariz, se encogía de hombros y evitaba entrar en detalles:

—Dan una buena suma por cualquier información que conduzca a la captura de la givin, pero aún más por entregarla directamente al Imperio.

—¿Realmente buena? —preguntó Nakari en un tono atento pero claramente burlón.

—Hay otra alternativa —dijo Drusil—. Soy una excelente pirata informática y criptógrafa; de hecho, es por eso por lo que el Imperio me sigue tan de cerca. Si quisiera hacerse con algún dato disponible aquí en Kupoh, estoy casi segura de que podría proporcionárselo.

Azzur Nessin empezó a sacudir la cabeza antes de que Drusil hubiese terminado siquiera.

—No, no, no. Soy un empresario honesto.

—¡También es un espía y vende secretos! —señaló Nakari.

—*Vendo* secretos, sí… existe cierto comercio y el consentimiento mutuo para intercambiar. Pero no robo secretos, ni los obtengo por la fuerza, ni hago nada más que dar algo a cambio de algo, así no deshonro a mi familia ni pierdo uno más de estos —un

dedo se movió para señalar uno de sus pendientes de estatus—. Así que, aunque le agradezco la oferta, debo declinarla. ¿Qué más tenéis que pueda valer el precio de un motor?

El silencio se instaló y ocupó todo el espacio de la sala, y Nessin esperaba. Las cuentas de su barba estaban perfectamente quietas, relucientes y depredadoras como un gato antes de saltar sobre su presa.

—¿Ha oído hablar de Biolaboratorios Kelen de Pasher? —preguntó Nakari en un tono más grave y apagado por la sombra del derrotismo.

—Claro, por supuesto. Una empresa muy rentable.

—Soy Nakari Kelen, hija de Fayet Kelen. Puedo ofrecerle noticias de primera mano sobre lo que mi padre ha calificado de «el hallazgo biológico más relevante en décadas» y darle las coordenadas de su emplazamiento.

—Nakari, ¿qué estás haciendo? —dije yo.

—Conseguir un motor —contestó.

Azzur Nessin entrecerró los ojos, aplanó sus orejas contra el cráneo y reculó.

—¿Qué es esto? ¿Esperas que crea que la heredera de Biolaboratorios Kelen realiza misiones espías para la Alianza?

—Espero que pueda identificarme por su cuenta en el datapad que lleva atado a su brazo. Y se rumorea que los kupohanos pueden detectar el timbre de la verdad en las voces humanas, además.

La cuestión es si esa información nos dará lo que necesitamos.

—Imagino que sí, si de verdad es el mejor hallazgo en décadas.

—Mi padre conoce bien su oficio y le gusta el dinero tanto como a usted, señor. Cuando dice que el desarrollo potencial es gigantesco, puede creerle.

—¿Y dices que tienes información de primera mano sobre ese… hallazgo? ¿Un planeta?

—Una luna. Y sí, estuvimos allí. Hasta el momento, no han pisado la superficie de ese mundo ni diez personas, casi todos ellos empleados por mi padre.

Azzur Nessin me miró.

—¿Y quién eres tú, exactamente?

—Es mi piloto —dijo Nakari antes de que pudiese responder. Era la verdad, aunque no del todo, y Nessin respondió desviando de nuevo su mirada hacia Nakari mientras sus orejas se estremecían por la emoción. Decidido a olvidarse de la cuestión de mi identidad (algo que me alivió puesto que dudaba que mi nombre hubiese aplacado sus preocupaciones), Nessin siguió otra vía de interrogatorio.

—¿Por qué venderías esa información y traicionarías a tu padre? —me pareció una pregunta excelente. Yo también quería oír la respuesta.

—No es una traición. Me dio permiso para darle algún revés a sus negocios en una emergencia y, como no podemos esperar completar la misión sin un motor, creo que es el momento. Y tampoco es que esa luna sea propiedad suya ni que tenga derechos exclusivos de explotación. Era inevitable que se enterasen otras personas. Y por qué no

va a ser ahora, cuando podemos sacarle algún provecho —señaló con el pulgar a Drusil y añadió—. Y cuando el Imperio puede perder un recurso valioso en el proceso. Mi padre también odia al Imperio, mire usted. Cedería gustosamente todos los beneficios que pueda dar esa luna a cambio de una victoria de la Alianza. Y por mi supervivencia —remató esto con una sonrisa picara.

Las orejas de Azzur Nessin siguieron sacudiéndose unos segundos y vi ciertos movimientos en las aletas sin branquias que había en el interior de sus filtros de frecuencia; probablemente estaba escuchando en busca de latidos irregulares o respiraciones estresadas, indicadores de falta de sinceridad, y finalmente asintió una sola vez, secamente, lo que hizo que sus cuentas entrechocasen entre sí, como si dieran su aprobación al acuerdo alcanzado.

—Muy bien. Deme todos los detalles. Venderé la información inmediatamente y pediré el motor que queráis, además de los misiles de impacto y el combustible que necesitáis.

Nakari reculó un poco.

—Nos reservaremos las coordenadas hasta que aparezca comprador.

Nessin no puso ningún inconveniente.

—Por supuesto.

—Discúlpenme —dijo Drusil—, pero suponiendo que aparece un comprador pronto, ¿cuánto tardarán en poder instalar el motor? Me gustaría saber cuándo sería lo más pronto que podríamos retomar nuestro viaje.

—Será cosa de unos días, aunque lo pida ahora mismo —contestó Nessin—. Pero podrían ser semanas. Todo depende de lo rápido que pueda encontrar comprador.

La espalda de la givin se encorvó visiblemente.

—Entiendo. Gracias por su franqueza.

—Le aseguro que me espabilo tanto como puedo. Mientras —dijo el kupohano—, les encontraré algún alojamiento discreto. Y creo que puede ser un buen momento para empezar a espiar a mis empleados.

—Creía que había dicho que no ganaba nada con ello —dije.

—Y no gano. Solo quiero asegurarme de que el Imperio no está metido entre ellos, hasta que os marchéis.

—Quizá podría ayudarle en eso —dijo Drusil, sacando su hardware personalizado de su bolsa de mano—. Si me da los nombres de sus empleados, bloquearé su acceso al Imperio hasta que nos marchemos.

—¿Cómo? ¿Va a aislarlos de la Red?

—No, nada tan burdo. Desviaré todos sus mensajes a una cuenta temporal donde podremos controlarlos antes de dejarlo pasar.

—¿Y las hololllamadas?

—Un misterioso corte en el servicio les incordiará durante un breve lapso.

Nessin miró a Nakari.

—¿De verdad puede hacer eso?

Nakari se encogió de hombros.

—Piense en la bonita suma que el Imperio ofrece por ella y dígamelo usted.

—Muy bien —dijo él—, supongo que puedo fiarme de vosotros en esto, puesto que vuestro interés y el mío coinciden —después de darle a Drusil los nombres y recibir garantías por parte de ella de pasarle informes regulares, dio una palmada y se hundió en la cómoda butaca de despacho que había tras su escritorio—. Ahora —casi ronroneó, señalando otras sillas menos confortables al otro lado de la mesa que habíamos ignorado hasta el momento—, por favor, siéntese y cuénteme más sobre esa fascinante luna.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Tras esta reunión informativa, Azzur Nessin estaba convencido de poder sacar beneficio con la información de Nakari sobre Fex (los perforacráneos sorbedores de cerebros y todo eso) y nos dejó elegir el motor más rápido disponible del planeta adecuado para la *Joya*.

—El motor no llegará hasta dentro de dos días, como mínimo, y debéis de estar agotados —dijo—. Os llevaré a algún sitio donde podáis esconderos mientras solucionamos esto. Me mantendré en contacto con vosotros.

Volvimos a subir a la nave para coger las capas con capucha antes de marcharnos a un hotel cercano al puerto espacial. Me preocupaba que Erredós probablemente fuera reconocible, aunque era como cualquier droide astromecánico de su serie, no necesariamente el implicado en la operación de Denon.

Completamente exhausto después de un día que había empezado en otra parte de la galaxia, me quedé dormido en cuanto me estiré en la cama. Después de una noche de sueño bien merecido, pedimos al servicio de habitaciones y comimos juntos en mi habitación. Nos pareció más inteligente que mostrar nuestras caras en el bufé del hotel… o en ningún otro sitio.

Drusil apenas había dormido; había pasado la mayor parte de la noche colándose en las cuentas de los empleados de Azzur Nessin.

—El wookie está completamente limpio —explicó—, como era de esperar. No son una especie muy dada a simpatizar con un régimen que suele esclavizarlos. Otro de los mecánicos, un duros, complementa su sueldo vendiendo cuerno de pahzik en polvo en otros planetas, como afrodisíaco, pero en relación a nosotros no tiene ningún interés. Los otros dos pueden plantear algún problema.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó Nakari.

—Ruuf Waluuk y Migg Birkhit… ambos kupohanos —mirando al hangar, al carguero ligero que había junto a la *Joya del desierto*, me di cuenta de que ninguno de los dos kupohanos estaba allí; aquel día solo habían ido a trabajar el wookie y el duros. Drusil prosiguió—. Conseguí sofocar el intento del primero, pero desgraciadamente el segundo consiguió enviar alguna comunicación al Imperio antes de que yo pudiese interferir.

—¿Qué tipo de comunicación?

—La insistencia general en que estamos en alguna parte de Kupoh y que podría acotar esa búsqueda y señalarles la buena dirección a cambio de una suma de dinero. No daba nuestra ubicación precisa, pero el Imperio puede rastrear su transmisión hasta esta ciudad y, presumiblemente, hasta su lugar de trabajo. Borré el archivo, pero puede que lo hayan leído y reaccionado antes.

—¿Reaccionado cómo?

—Puede que ya estén de camino, buscando a Migg Birkhit para que les dé más detalles. O pueden haber contactado con sus cómplices en el planeta. Quizá ya lo hayan encontrado.

Nakari maldijo.

—En ese caso, no podemos quedarnos.

—No podemos ir a ningún otro sitio —comenté yo—. Y si nos marchamos ahora, antes de tener la nave reparada, el resto de los empleados sospechará de nosotros. Sería mucho mejor y más fácil que Migg Birkhit no estuviese localizable cuando el Imperio llegue en su busca.

—¿Estás diciendo que deberíamos hacerlo desaparecer?

—Temporalmente —dije—. No de forma permanente. Quizá un par de días atado en una habitación de hotel. Después ya será problema de Azzur Nessin.

—¿Y si el Imperio ya lo ha encontrado?

La givin negó con la cabeza.

—Dudo que un único mensaje sin confirmar vaya a movilizar tropas. Lo más probable es que movilice a un detective o alguna perezosa petición electrónica de más información. Interceptaré todos los mensajes que les lleguen a Migg y Ruuf, por supuesto, pero no puedo controlar sus interacciones personales.

—Pues supongo que ahora ya tenemos algo a lo que dedicar el día —dijo Nakari—. No podemos hacer nada sin el motor de repuesto y la alternativa es pasarse el día escondidos en nuestras habitaciones. En realidad, Drusil, eso es lo que debería hacer usted. Una givin andando por la calle podría atraer más curiosidad de la que deseamos.

—No tengo ninguna objeción —contestó ella—. Además, tengo que supervisar las comunicaciones. ¿Pero qué harán ustedes?

—Iremos a buscar a Migg Birkhit —dije yo.

Nakari frunció el ceño.

—¿Buscar dónde?

—Primero en su casa —dije—. Seguro que Drusil ya tiene su dirección —esta asintió—. Si no está allí, revisaremos las cantinas locales.

—¿Te refieres a esos lugares en los que cualquiera nos vendería por una copa?

—Podemos ocultarnos bajo las capuchas. Funcionará.

—El detective podría ser cualquiera —advirtió Drusil—. Los DSI no se delatan luciendo sus uniformes.

—Tendremos cuidado.

—¿Intentarán averiguar también si la Alianza ha conseguido evacuar con éxito a mi familia?

—Sí, nos ocuparemos de eso. Tenemos un punto de recogida en el planeta. No estoy seguro de que recibamos respuesta antes de que nos marchemos, pero merece la pena intentarlo.

Drusil nos dio la dirección de Migg Birkhit y la acompañamos hasta su habitación. La dejamos con instrucciones estrictas de no abrirle la puerta a nadie que no le dijese una contraseña.

—¡Oh! ¿Puedo dársela yo? —preguntó Drusil antes de entrar. Tenía la boca ligeramente abierta, algo que quizá pretendía ser una sonrisa…

Como parecía emocionada con la idea, le dije que sí, pero antes de que ella pudiese añadir nada, hice que entrásemos todos en su habitación y después cerré la puerta para evitar que alguien pudiese oírnos. No había nadie en el pasillo, pero en Kupoh no podíamos pecar por exceso de cautela. Sugerí que bajase la voz antes de que nos la diera.

—Excelente —dijo Drusil en un susurro—. Llamen como quieran y después digan: $(p + l) (a + n) = pa + pn + la + ln$ —esta vez dejó la boca un poco más abierta, como expectante, aunque no supe por qué.

—Vale, es un poco larga como contraseña, pero eso haremos.

Cerró la boca.

—Espere. ¿No lo capta?

—¿Captar el qué?

—¡He desbaratado su plan! —ante nuestras miradas atónitas, la givin bajó la cabeza y miró al suelo—. Es el chiste más viejo de la galaxia y los humanos no lo captan. Echo de menos a mi marido —apretó un botón en la pared y la puerta se abrió tras nosotros en una clara invitación a marcharnos.

Cuando salimos al pasillo, Nakari resopló.

—Ahora lo entiendo. Es algo básico de álgebra. Tienes que imaginarlo escrito en Alto Galáctico en vez de escucharlo. Debe pensar que somos imperdonablemente torpes.

—Supongo que en ese aspecto lo somos. Pero tú y yo tenemos algunas virtudes que nos redimen.

—Oh, ¿te refieres a nuestras habilidades culinarias?

Resoplé.

—No, a eso está claro que no.

Enchufamos a Erredós a un terminal público y lo utilizamos para cifrar nuestro mensaje, en el que solicitamos noticias sobre la operación de la familia de Drusil y lo dejamos en una cuenta de la Alianza de un solo uso, creando otra para la respuesta. Después hicimos lo que pudimos para disimular nuestro aspecto y paramos un taxi droide para que nos llevase hasta el domicilio de Migg Birkhit.

Fue un trayecto corto por las calles de Tonekh hasta un suburbio, en el que la casa de Birkhit resultó ser un cubículo barato hacinado en un gran cubo de espacios similares. El bloque de apartamentos probablemente había relucido en su momento, pero de eso hacía ya mucho y ahora tenía un aspecto acogedor, aunque era evidente que la gente que lo habitaba vivía con enfermedades, adicciones y desesperación. No había niños jugando en la calle, solo figuras encapuchadas como nosotros, merodeando, vigilando, escondiendo sus intenciones tanto como sus identidades. No sorprendía lo más mínimo que Birkhit se hubiese lanzado tras la posibilidad de comprarse una vida mejor.

—Supongo que los mecánicos de naves no ganan mucho por aquí —dijo Nakari.

—Quizá no, pero no debería ser tan malo —dije—. Puede que tenga deudas de juego o un pasado accidentado.

Sentíamos ojos clavados en nosotros mientras nos acercábamos a la puerta de Birkhit y llamábamos al timbre de visitantes. La consola nos informó educadamente de que la habitación estaba desocupada en esos momentos.

—Esto ha sido una pérdida de tiempo —dijo Nakari.

—Bueno, ahora sabemos que no se ha ausentado del trabajo por enfermedad. Debíamos descartar esa posibilidad —me di la vuelta y me encontré con varias miradas encapuchadas que reflejaban la mía—. Y si vuelve le dirán que alguien le está buscando —sabía que los kupohanos podían oírme perfectamente, aunque no levanté la voz.

Visitamos dos cantinas malolientes y llenas de humo donde nadie había oído hablar de Migg Birkhit jamás, pero si necesitábamos información sobre Azzur Nessin podían dárnosla por un buen precio. En la tercera cantina, el camarero había oído hablar de Migg y estaba dispuesto a contarnos dónde pasaba la mayor parte de su tiempo por «una pequeña gratificación». Aceptamos, le pagamos y nos mandó a una cuarta cantina que estaba a solo un kilómetro de allí. Decidimos ir caminando porque el viento era suave y el sol se había puesto, y el mercado al aire libre del distrito prometía un trayecto rodeado de puestos coloridos y gritos de ofertas.

—Mira, si no estuviésemos en una misión, realmente disfrutaría de esto —medio gritó Nakari entre el viento—. Puede que me esté habituando al olor, sea lo que sea. ¿Crees que son los pahziks?

—Es muy probable.

—Es bonito, a su manera… es decir, la rareza de un planeta alienígena cuando no tienes que preocuparte de nada más que vivirla.

Coincidí con ella. Viajar por la galaxia sería muy agradable si el Imperio no intentase matarnos.

No habíamos podido fijarnos bien en Migg Birkhit en el hangar, así que, a medida que nos acercábamos a su supuesto lugar preferido me preguntaba cómo íbamos a reconocerlo.

Finalmente resultó que él mismo nos facilitó las cosas; salió de la cantina enfundado en su uniforme gris y verde de Repartos Nessin cuando aún estábamos a veinte pasos. Desgraciadamente, nos reconoció. Aunque íbamos un poco camuflados, en Tonekh quedaba claro que éramos dos humanos. Las capuchas y las túnicas eran perfectas para ocultar detalles, pero no podían ocultar el hecho de que nuestra constitución era distinta a la de los kupohanos y que no nos movíamos como ellos. Y no se nos podía confundir con otros humanos puesto que allí había poquísimos; la mayoría de los forasteros vivían en las cercanías del puerto espacial y estábamos en las profundidades de la zona nativa de la ciudad. Tras gruñir una maldición, Migg salió disparado y dobló una esquina; nosotros le seguimos, con Erredós emitiendo una serie de ruidos con los que probablemente nos pedía que le esperásemos.

Descubrí en solo cinco pasos que Nakari corría mucho más deprisa que yo; era más alta y tenía una zancada más larga que la mía, pero también estaba en una forma excepcional. También era más rápida que Migg; antes de que pudiese salir de la callejuela y despistarnos por otra abarrotada calle de mercado, Nakari sacó su blaster y lo aturdió.

Se giró hacia mí, se lamió un dedo e hizo una muesca imaginaria en el aire.

—Apúntame un soplón imperial. Ya no hablará con nadie.

—Buen trabajo. Tenemos que sacarlo de la calle, fingir que es un amigo borracho, echando sus brazos sobre nuestros hombros y dejando que arrastre los pies.

Delante de nosotros sonó un pitido. Cuando miré la callejuela para encontrar a Erredós, vi que venía hacia nosotros, pero había otra figura que caminaba decididamente frente a él. Era un gotal de piel color siena y ojos amarillos, una frente gruesa que soportaba los cuernos sensibles que permitían a su especie detectar campos electromagnéticos de todo tipo. Eso los convertía en excelentes cazadores, empáticos hasta cierto punto con muchas especies y peligrosos en las confrontaciones, puesto que solían percibir lo que planeabas antes de hacerlo. Han me había dicho que muchos de ellos simpatizaban con el Imperio.

—Perdonen —dijo el gotal—. Ese que llevan ahí es amigo mío. Estaba a punto de saludarlo cuando salió corriendo por esa calle.

—También es amigo nuestro —dijo Nakari, con suavidad y una sonrisa—. El pobre Migg se ha tomado unas copitas de más y corrió aquí a vomitar. Lo llevamos a su casa.

—No está inconsciente por la bebida —dijo el gotal, señalándose los cuernos con un pulgar—. Lo sé. Lo han aturdido. Y han sido ustedes.

Perpleja, Nakari dijo:

—Lo que tú digas, amigo. De todas formas, necesita que le lleven a casa. ¿Quieres acompañarnos?

—No, quiero que lo soltéis y me digáis dónde está la givin.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Nakari, revelando su exasperación en cada palabra. Pero levantó el brazo de Migg y sacó la cabeza para obedecer al menos a lo primero, mientras con la mano derecha, escondida tras Migg, sacaba su blaster.

Aunque no llegó a disparar. Con un movimiento mucho más rápido de lo que yo esperaba, la pierna izquierda del gotal lanzó una patada en dirección al costado de Nakari, a la altura de la cintura, e hizo saltar el blaster de su mano justo cuando estaba sacándolo por un lado de Migg para apuntar al gotal. Tras dar unos tumbos hacia atrás, todo el peso de Migg recayó sobre mí y, sin apoyar el pie en tierra, nuestro asaltante hizo girar la pierna a la altura de la rodilla, giró sobre sí mismo ligeramente y me dio una patada en la cara. Me alcanzó y agradecí que no se hubiese empleado a fondo: no me había roto la nariz y conservaba todos los dientes, pero el impacto me tiró al suelo, junto con Migg.

Nakari se lanzó hacia delante, desarmada, y oí más intercambio de golpes, el choque de los puños contra la carne y gruñidos de dolor y cansancio. Rodé sobre mí mismo y me puse de pie como pude, consiguiendo levantarme justo cuando Nakari caía por culpa de

una zancadilla del gotal. Esta vez no estaba a distancia de lanzar una patada inmediata, tenía que recolocarse y dar unos pasos para tenerme a su alcance, y entonces recordé que tenía un blaster. Él también tenía uno y también lo estaba recordando en ese momento.

R2-D2 tenía un brazo capaz de lanzar descargas eléctricas y el gotal no vio llegar el golpe desde detrás; había olvidado por completo el anodino droide al que había adelantado en la callejuela y suponiendo, probablemente, que un droide jamás se implicaría en la pelea. Gritó y se sujetó los cuernos, que por su sensibilidad eléctrica hacían aquel tipo de descargas doblemente dolorosas, y cayó al suelo, estremeciéndose hasta que el dolor fue remitiendo e inconsciente durante un rato.

Lancé un suspiro de alivio.

—Gracias, Erredós —no estaba seguro de haberlo podido derrotar.

—¿Estás bien? —preguntó Nakari, levantándose y limpiándose el polvo de los pantalones.

—Estoy un poco mareado y creo que me quedarán rasguños y moratones, pero aparte de eso, estoy bien. ¿Y tú?

—Algunos rasguños. Ese —dijo, señalando al gotal—, es un criminal peligroso. ¿A quién se le ocurre lanzarse contra nosotros así, absolutamente confiado? Está loco.

—Tenía buenos motivos para estar confiado. No nos estaba yendo demasiado bien.

—Tenemos que llevárnoslo. Ya has oído que ha preguntado por la givin.

—Sí, tienes razón. La historia será la misma para los transeúntes… solo tenemos dos amigos borrachos a los que estamos acompañando desde la cantina hasta nuestro hotel.

Cargamos con Migg y el gotal por la callejuela hasta la puerta de la cantina, asegurándonos de llevar las capuchas bien puestas, y Erredós pidió un droide taxi para que nos llevase de vuelta al hotel. Hubo gente que nos miró, aunque nadie se metió en nuestros asuntos. Como estábamos a poca distancia del hotel, pudimos subir a nuestros cautivos a mi habitación y estirarlos en la cama antes de que empezasen a recuperar el conocimiento. Nakari los volvió a aturdir inmediatamente.

—Necesitamos algo para atarlos —dijo—. Y un vigilante.

—Bien. Ahora vuelvo.

El conserje del hotel era un droide de protocolo plateado al que alguien le había añadido un hilarante bigote falso. Me aseguré de llevar la capucha baja para evitar que escanease mi cara para descargarla más tarde e hice una voz más aguda de lo normal al pedirle ayuda.

—¿Oiga, a la gente de por aquí le gusta la escalada?

El droide zumbó y chasqueó antes de responder.

—Por supuesto, señor, es el pasatiempo más popular en Tonekh. ¿Quiere que le indique algunos acantilados cercanos?

—No, sé dónde quiero escalar, pero ando un poco escaso de material. ¿Sabe dónde puedo comprar cuerdas, piquetas, ese tipo de cosas?

—Por supuesto, señor —me dio la dirección de una tienda especializada y tomé otro taxi para ir. La cuerda que compraría no sería infalible, por supuesto, pero no podía

preguntarle al conserje dónde comprar esposas aturdidoras sin levantar sospechas. Compré cuatro rollos y algo de comida y volví al hotel, donde encontré a nuestros prisioneros conscientes pero estirados y muy quietos, puesto que Nakari y Erredós estaban apuntándoles con sus armas.

—¿Qué me he perdido? —pregunté.

—Nada. Les dije que se estuviesen quietos y callados hasta que volvieras o volvía a aturdidos.

—Genial, ya he llegado. Hola —le dije al gotal—, no nos han presentado formalmente. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

El gotal dijo:

—Ha cometido un terrible error. No soy un vendedor de información de tercera.

—Cuénteme.

—Soy un agente del Nuevo Orden. Cuando no reporte, el Imperio vendrá a buscarme, y les encontrarán.

—No creo que seas tan importante —dijo Nakari—. Conocemos a todos los agentes imperiales de la zona y no recuerdo haber visto ningún gotal en la lista —aquello era una mentira dicha con tanta desenvoltura que casi me la creí hasta yo.

El gotal le puso mala cara.

—No estoy con la flota de seguridad. Sino con el DSI.

Nakari entrecerró los ojos y después me miró, su gélida máscara de control empezaba a deslizarse hacia la incertidumbre.

—La lista del DSI que tenemos no está catalogada por especies. Puede que diga la verdad.

Me encogí de hombros, siguiéndole el juego a toda aquella pantomima de las listas.

—Es posible.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Nakari.

—Barrisk Fawin.

—¿Ese es el nombre que usas con el DSI?

—Sí. Y están esperando mi informe. Soltadme y me aseguraré de que os traten bien cuando os capturen.

Ignorándolo, Nakari se giró hacia mí y dijo:

—¿Quieres comprobar que ese nombre está en la lista?

—Claro —contesté, y salí de la habitación para visitar a Drusil, al otro lado del pasillo. En vez de intentar recordar la ecuación que me había dado antes, me limité a llamar y dije—. He desbaratado su plan —y me dejó entrar.

—Luke Skywalker. Tiene la cara contusionada. ¿No han capturado a Migg Birkhit?

—Sí. También tenemos a un gotal en mi habitación que asegura ser agente del DSI. Lo encontramos al ir a buscar a Migg. Se llama Barrisk Fawin. ¿Hay alguna manera de averiguar si es un informador?

—Veamos —dirigiéndose a su hardware personalizado, Drusil introdujo algo en su teclado y observó los resultados. Repitió el mismo proceso varias veces hasta que por fin

dijo—. Sí, lo es. Enviado para reunirse con Migg Birkhit e investigar sus informaciones, lo que significa que vieron el mensaje. Sus órdenes son enviar un informe en cuanto sepa algo.

—¿Así que no se supone que deba contactar con ellos en ningún plazo fijo?

—Estoy en sus archivos personales, viendo las órdenes de su superior. Aquí no pone nada de plazos.

Así que nos había mentido en eso.

—Perfecto. Solo tenemos que retenerlo y el Imperio no nos seguirá. Pero siga controlando esa cuenta. Si recibe alguna consulta sobre sus progresos, dígale al Imperio que Birkhit no está localizable y que les informará en cuanto tenga alguna información sólida, en un sentido u otro.

—¿No deberíamos decir, sencillamente, que la información de Birkhit es falsa?

—No, porque entonces el DSI destinará a Barrisk a otro lugar y queremos que crean que está ocupado durante un par de días. Solo los estamos demorando, así que dígales que Fawin está siguiendo pistas o confirmando sospechas; nada concreto.

—Entendido.

Regresé a mi habitación y le expliqué a Nakari que Fawin era del DSI pero que no teníamos que preocuparnos por ningún plazo para contactar con ellos.

—Básicamente, podemos retenerlo aquí.

—¡Así que *sois* los fugitivos! —exclamó él—. ¿Dónde está la givin?

—En otro sitio —dijo Nakari y entonces los aturdió a los dos para que pudiéramos atarlos cómodamente. Les atamos las muñecas y los tobillos, y disfrutamos del almuerzo juntos mientras esperábamos que recuperasen el conocimiento. Recluté a Erredós para que fuese su guardián, ya que no me apetecía pasar ni un minuto más en la misma habitación que un agente del DSI, ni a Nakari tampoco. No quería matarlo, pero no me parecía inteligente permitirle ver u oír nada más sobre nosotros que lo absolutamente necesario, y nosotros tampoco queríamos escuchar una interminable retahila de amenazas y propaganda imperial.

Las habitaciones de hotel no son cárceles perfectas, pero las cuerdas bien anudadas pueden ser una contención decente y un incansable droide capaz de lanzar descargas eléctricas es un guardián bastante bueno.

—No os quejéis tanto, chicos —les dijo Nakari cuando se despertaron y descubrieron que estaban atados—. Estáis en una cama cómoda, os traemos comida y podéis ver las holos de entretenimiento que queráis. Si intentáis moveros de la cama o pedir ayuda, el droide os dejará sin sentido. Si necesitáis ir al baño, decídselo al droide y él se pondrá en contacto con nosotros vía comunicador. Portaos bien y podréis marcharos, vivos y libres, en unos días. Y si queréis una paliza al final para que vuestros superiores crean que lo habéis pasado muy mal, estaré encantada de dárosla —sonrió victoriosa—. Solo tenéis que pedirlo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Hubo un tiempo en el que pensaba en la guerra como una perspectiva emocionante, puede incluso que deseable. Casi cualquier cosa me parecía atractiva comparada con la implacable monotonía de mis años de juventud en Tatooine. Pero desde entonces he descubierto que durante la guerra nadie tiene el menor descanso; el estrés constante y la pérdida de amigos es como perderse en las dunas de mi planeta natal, secando lentamente los hilos de tu vida hasta que lo único que queda es el caparazón crujiente de una persona. Pero a veces (debería decir que muy raramente, pero sucede) encuentras una hilera de piedras en la arena y, escondido entre las grietas, un manantial acurrucado en una hendidura, un oasis salvador que resulta aún más delicioso por su aparición inesperada.

Así era Nakari.

Después de anular la amenaza que representaban Migg Birkhit y Barrisk Fawin, teníamos una tarde y una noche libre hasta que llegase el motor nuevo al día siguiente, y Nakari me sorprendió invitándome a relajarme en su habitación, una suite con sofá, mesa y holoproyector. Acepté y la tarde compartiendo historias sobre el desierto se alargó hasta una noche de carne de pahzik del servicio de habitaciones, que en mi opinión es más sabrosa que la de nerf y un punto importante a favor de Kupoh. En algún momento, a mitad de la cena, se rió de algo e hizo una sonrisa tan encantadora que me olvidé de no quedarme embobado mirándola y volvió a pillarme; literalmente chasqueó los dedos para despertarme.

—Eh —*chasqueo*—. Eh —*chasqueo*.

—¿Qué?

—Si estás buscando tu comida, Luke, la tienes delante —dijo, señalando con su tenedor.

—Perdona -—dije, bajando la cabeza y sintiendo el calor creciendo en mis mejillas, intentando pensar en algún momento en que me hubiese sentido más avergonzado, sin recordar ninguno.

Se rió levemente.

—No eres como esperaba, ¿sabes? —dijo, y esperó hasta que levanté la cabeza para mirarla. Vio mi ceja arqueada y me tranquilizó con un gesto—. Eso es bueno. Empezaste a desmentir la imagen que me había hecho de ti desde el primer momento en que nos conocimos en la *Paciencia*.

—¿Te habías hecho una imagen de mí antes de que nos conociéramos?

—¡Hombre, claro! Te enteras de que alguien ha volado la Estrella de la Muerte, alguien pintado como un héroe de la Alianza, y piensas: «Ese chico debe de tener ahora mismo unos humos como para asfixiarse». O piensas que alguien así es todo deber y rectitud, y que lleva ropa interior superceñida. Sin sentido del humor, ya sabes. Porque cuando te muestran a alguien como un héroe no lo alaban como persona real, es su ideal de fanatismo político.

Simultáneamente divertido y horrorizado, dije:

—¿Así que en tu cabeza me imaginabas como un ideólogo engreído con calzoncillos apretados?

Se rió avergonzada.

—Puede que algo así, sí.

—Uauh. Nunca me he alegrado tanto de no estar a la altura de las expectativas.

—Yo me alegro de haberme equivocado.

Pensando en las repercusiones de Yavin, suspiré, olvidándome de la cena.

—Aunque, si te soy sincero, probablemente se me subieron los humos durante un tiempo.

—Ah, ¿entonces te he encontrado en el buen momento?

—Más o menos. Es decir, ¿has echado la vista atrás alguna vez para mirarte a ti misma dos años o seis meses antes y te has desesperado al comprobar lo estúpida que eras?

Su expresión se iluminó.

—¡Sí! Sé cómo te sientes. Y quieres volver atrás en el tiempo, provisto del conocimiento que tienes ahora, y contarle cómo son las cosas.

—¡Exacto! Hace dos años pensaba que jamás saldría de Tatooine y me quejaba por todo —hice una mueca al recordar cómo me comportaba—. Sin duda, ahora tendría muchas cosas que decirle a aquel chico. Después cambió todo. Conocí a un Jedi, me uní a la rebelión y, casi instantáneamente, logré ese tremendo éxito. Rescaté a una princesa y volé por los aires una superarma, recibí una condecoración de manos de la propia princesa, con fuegos artificiales en mi honor y todo eso. Eso puede hacer que pierdas el mundo de vista.

—Ajá.

Me pareció que solo era un ruidito cortés para animarme a proseguir, pero Nakari martilleó con los dedos la mesa para interrumpirme y después me hizo una pregunta peligrosa en un arrullo.

—Dime, Luke, ¿me equivoco o sientes algo por esa princesa? Porque me ha parecido notar un punto de anhelo en tu voz.

La miré y descubrí que estaba esperando que nuestras miradas se encontrasen, estudiando detenidamente mi expresión.

Tras un par de segundos de terror, recordé algo sobre que probablemente lo mejor era decir siempre la verdad.

—No, no te equivocas del todo —dije—. Pero solo somos amigos.

—Ajá, piloto, eso no va a volar. Estoy hablando de lo que *quieres*, no de lo que *sois*.

No podía creer que la conversación se me hubiese hecho incómoda tan rápidamente. No era ningún experto en relaciones, pero estaba seguro de que ya había dicho demasiado, y no era inteligente hablar con una persona sobre tus deseos respecto de otra. Sinceramente, reflexioné, quizá no era siempre mejor decir la verdad. En ocasiones debes tomar medidas evasivas.

—Creo qué no importa lo que yo quiera. Soy un granjero y ella una princesa. Ser su amigo es a todo lo que puedo aspirar.

Nakari negó con la cabeza mientras hablaba, sin dejar que me escabullese.

—No es tan inaccesible para ti. Ya no eres un granjero.

—Vale, puede que no, pero nunca ha mostrado ningún interés por mí más allá de nuestra amistad y lo que puedo hacer por la Alianza. Espero no terminar discutiendo contigo por ella.

Nakari endureció la mirada y frunció los labios.

—La esperanza es algo frágil, Luke. Sobre todo ahora. Porque suena como si a quién quieres y con quién estas no sean la misma persona.

Por un fugaz segundo me encantó la idea de que pensase que estaba *con* ella, pero descarté esa sensación porque era posible que no siguiese pensándolo por mucho tiempo.

—No, ni mucho menos. ¿Por qué te enfadas? Me has preguntado si había un punto de anhelo y he sido sincero y he reconocido que sí, pero no hay nada más.

Nakari levantó su mano buena para interrumpirme, después se pellizcó el puente de la nariz mientras cerraba los ojos y respiró hondo. Tras exhalar, dejó caer la mano y abrió los ojos.

—La sinceridad suele ser buena, Luke, tienes razón. Pero a veces no es lo que la gente quiere oír.

—Oh. Vaya, ojalá pudiese volver al Luke de hace dos minutos y explicárselo.

Para mi alivio, ella resopló y su boca dibujó una amplia sonrisa.

—No seas demasiado duro con él. Su primer impulso era bueno.

Permitiéndome una sonrisa cautelosa, dije:

—Muy bien, no seré muy duro. Pero me disculpo por despertar dudas con mi sinceridad. Lo que de verdad debes saber es que me alegro mucho de haberte conocido.

—¡Bravo! —dijo, animándome—. Ahora me das azúcar. Adelante.

Tardé un momento en entender que estaba hablando metafóricamente y me alegré de no haberme levantado a ir a buscar un sobre de azúcar a mi habitación.

—Sí. Azúcar. Bueno, eres tan…

—¿Soy tan qué, Luke? No pares ahora.

—Tan… ¿cómo hace esto la gente? Todo lo que se me ocurre suena manido y poco sincero en mi cabeza.

—Tranquilo. Los puntos por la sinceridad te los has ganado con el exceso de antes. Eso no quiere decir que no debas esforzarte por ser original; solo digo que si sueltas algo que ya he oído antes, puede que te crea.

—Ah, pero sin presiones, ¿eh?

Me guiñó un ojo.

—Vale.

—Bueno, en realidad, eso es algo que admiro mucho de ti. Que no hay presiones.

Nakari entrecerró los ojos.

—¿Estás seguro de que esto es el azúcar?

—Sin duda. Supongo que es un piropo indirecto, pero estoy apostando por la originalidad.

—Muy bien, sorpréndeme.

—Bueno, no siento el aplastante peso de tus expectativas. Quiero decir, las tenías, acabas de contármelo, pero yo jamás lo habría sabido si no me lo hubieses dicho. Y créeme, es agradable. Importante.

Nakari me incitó a clarificarlo.

—¿Importante cómo?

Me esforcé por encontrar las palabras justas.

—Desde la Batalla de Yavin, a veces siento que la gente espera que supere aquello y se pregunta por qué no lo he hecho aún. Lo que obtengo de ti son ánimos para superarlo, lo que es muy distinto y poco frecuente —la otra persona que solía animarme era Leia, pero me pareció mejor no entrar en eso.

Nakari se reclinó en su silla.

—Bah. No te estoy animando para que superes lo de la Estrella de la Muerte.

—Lo sé… probablemente no me he expresado bien. Déjame que vuelva a intentarlo. El secreto sobre la Batalla de Yavin fue que lo que logré fue gracias a la Fuerza, así que, para mí, superar lo que hice no significa una explosión más gorda ni matar más soldados de asalto. Significa dar un paso adelante en el camino de convertirme en un Jedi. Y he hecho más progresos con la Fuerza desde que te conocí que nunca desde que perdí a Ben. Ahora tengo incluso esperanzas de poder aprender a utilizarla y eso ha sido gracias a tus ánimos… Así que, ya ves, eres… —quise decir algo original, pero no se me ocurrió nada. Aterrorizado ante la expectativa de generar otro de aquellos incómodos silencios, terminé con un mero hecho—. …Eres buena para mí.

Nakari esperó unos segundos para asegurarse de que había terminado.

—Hum. Un azúcar un poco complicado —dijo, inclinando la boca hacia la izquierda—, pero lo has envuelto y al final le has puesto un lacito —se inclinó hacia delante otra vez, apartó su plato y puso un codo sobre la mesa, apoyando la mejilla en su mano buena. Su media sonrisa creció hasta hacerse bien amplia—. No ha estado mal, Luke. Un diez.

Me sentía mareado y agotado a la vez, como cuando escapas por poco de la muerte. Me alegraba que no pareciera interesada en avivar las llamas de los celos. No dudaba ni un segundo que seguía pensando en Leia como competencia, pero al menos de momento se contentaba con pasarlo por alto. Y a mí me convenía no volver a tentar a la suerte. Tras haber sorteado un campo de minas con éxito, sería de idiotas volver atrás y ponerse a bailar.

Alargué la mano para recoger su plato, lo coloqué sobre el mío y me levanté para recoger la mesa.

—¿Sabes una cosa? —dije, mientras iba hacia la cocinilla—. Si pudiese volver para ver al viejo Luke, el de justo después de la Batalla de Yavin, con una medalla al cuello, aún volando muy alto tras el torpedo de protones que llegó hasta un tubo de escape, que

debe de ser el mayor defecto de construcción de la historia… no creo que me enfadara por la manera en que se sentía en ese momento. Pero le diría que no siempre iba a ser tan fácil. Porque es evidente que el Imperio todavía sigue ahí fuera. Una enorme victoria para nosotros no fue más que un pequeño inconveniente para ellos. Siguen matando y esclavizando gente... bueno, no es necesario que te lo recuerde. Estamos escondidos en el Borde Exterior como los gusanos que el Imperio dice que somos, y realizando misiones como esta que no sabemos si servirán de algo o no, ni si nada de lo que hacemos importa realmente.

—Oh, claro que importa, Luke —dijo Nakari. Cuando me di la vuelta para mirarla, había una arruga entre sus ojos y me estaba mirando intensamente—. Somos la espina que pincha el dedo del Emperador cuando mira la galaxia como su jardín particular. ¿Y sabes a quién castiga cada vez que logramos algún éxito? A Vader.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso?

—Porque la mierda suele caer hacia abajo y Vader no está en lo más alto. Él la pasa a todos los que tiene por debajo, claro, pero es el primero al que le cae cada vez que el Emperador está descontento. Y apuesto a que el hecho de que sigamos activos por ahí le descontenta profundamente.

—Te gusta que Vader tenga lo que tiene, ¿verdad?

—Claro. Es decir, no es lo único que quiero. Pero no perdería la oportunidad de dispararle si se me presentase la ocasión. Me arrebató a mi madre y traicionó a tu padre. ¿No quieres verlo muerto?

—Lo quiero derrotado.

—La muerte vale como derrota —comentó Nakari.

—Sí, pero supongo que me gustaría saber cómo se ha convertido en lo que es ahora, para saber qué *no* debo hacer. Los muertos no responden preguntas.

—Espera. ¿Crees que puedes cambiar a los malvados así? ¿Crees que tienes ese poder dentro?

—No, no, no me refiero a eso. Ben dijo que el lado oscuro de la Fuerza le había seducido, casi como si no hubiese tenido elección. Necesito saber más.

La voz de Nakari se hizo más profunda, como la arruga entre sus ojos.

—El decidió enviar a mi madre a las minas de especia y dejarla morir allí, Luke. No fue ningún metafísico lado oscuro. El decidió hacer eso, como todo lo demás que ha hecho. No está indefenso. Es responsable de sus actos.

Viendo mi error, me apresuré a tranquilizarla.

—Sí, claro, completamente. No digo que esté de acuerdo con Ben… es solo que no sé qué quiso decir. Hay misterios en la Fuerza para los que quizá Vader tenga respuesta.

—Cierto, pero tampoco podrías creer nada de lo que te dijera, ¿para qué hablar?

—Nos guste o no, es una de las pocas personas de la galaxia que puede explicarme algo al respecto.

Nakari parpadeó.

—¿Y qué estás diciendo? ¿Quieres que te enseñe?

—No, claro que no. Es solo que creo que podría aprender algo de él.

Hizo un ruido como de vapor saliendo de una válvula de presión.

—No creo que te gustase nada de lo que aprendieras. No te haría feliz.

—No, supongo que no.

—Vader probablemente ni siquiera sabe qué es la felicidad. ¿Sabes una cosa? Creo que nunca se ha comido un trozo de pastel.

El cambio de tema abrupto me sorprendió.

—¿Qué? ¿El pastel es la felicidad?

—Totalmente. Si quieres preguntarle algo cuando esté derrotado, pregúntale esto —cambió la voz, no para imitar a su padre sino para imitarme a mí—. ¡Lord Vader! ¿Ha comido alguna vez pastel? ¡Respóndame! —sonaba extraña y ligeramente nasal.

—Eh, yo no hablo así, ¿no?

—¡No te distraigas! Estamos hablando de las preferencias de Vader para el postre. Si dice que sí, que ha comido pastel, entonces es que en algún momento fue humano y se acuerda de lo que es ser feliz, y puedes continuar hablando con él porque tenéis algo en común. Pero si dice que no, es caso perdido. Arráncale la toma de aire y termina con su sufrimiento.

Nos echamos a reír y, aunque no era tan gracioso, nos reímos hasta que nos dolió la barriga y nos cayeron lágrimas. Cuando te ríes de algo que te da miedo, te asusta menos, y esa probablemente era la razón de que Vader hubiese enviado a la madre de Nakari a las minas de especia. Quería ser temido y no podía soportar las burlas.

No se lo dije a Nakari pero pensé que aquellos momentos robados con ella en un hotel kupohano eran muchísimo mejor que los pasteles.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Fuimos a ver a nuestros prisioneros por la mañana y, aparte de molestos con nosotros, estaban bien. El servicio de habitaciones nos trajo bayas y un surtido de quesos extraños, y después de comer les dejamos usar el baño por turnos, asegurándonos de que no había ninguna vía de huida y manteniéndolos siempre encañonados con nuestros blasters. Los aposentamos, los atamos cómodamente y nos aseguramos de que las reservas de energía de Erredós estuviesen bien llenas. Nakari conectó un interfaz con su datapad para que pudiese bajar un informe para nosotros. En un momento de la noche, Fawin había intentado levantarse y lanzarse contra Erredós, y había recibido una descarga eléctrica como premio. Desde entonces era perfectamente dócil. Y Migg Birkhit había disfrutado de un día de descanso y entretenimiento en una habitación de hotel que sin duda era mucho más bonita que su apartamento.

—Un solo día más de vacaciones, chicos —dije—. Mañana os dejaremos volver al trabajo —Fawin frunció el ceño, pero Birkhit nos saludó con la mano mientras salíamos de la habitación.

Aquella visita fue bastante amistosa comparada con la recepción que recibimos al otro lado del pasillo por parte de Drusil. La givin no quiso abrirnos la puerta; se limitó a escupir matemáticas por el comunicador y en un momento dado dijo: «márchense», así que nos rendimos y le dijimos que estaríamos en el taller mecánico si nos necesitaba. Debía de estar ocupada con algo complicado si no podía parar de hablar.

En las instalaciones de Repartos y Transportes Nessin pasamos el resto de la mañana y toda la tarde ayudando a Ruuf Waluuk, el duros y el wookie a sacar el motor destruido de la *Joya del desierto*. Cuando el wookie le gruñó algo a Ruuf, el kupohano negó con la cabeza y dijo:

—No sé dónde está Migg. Puede que se haya puesto enfermo o que ande haciendo el tonto con alguna de sus novias. Menos mal que esta buena gente ha querido ayudarnos; de no ser así, no creo que hubiésemos podido terminar.

Tampoco sabía dónde estaba Nessin y eso me preocupaba un poco. Como el hecho de no haber tenido ninguna noticia de la Alianza respecto a la familia de Drusil. Visto desde el lado bueno, habíamos sacado el motor viejo y preparado el chasis para el nuevo para cuando llegó, al final de la jornada de trabajo.

Drusil finalmente se reunió con nosotros poco después de que hubiese llegado, con la capucha puesta. Traía las manos llenas de contenedores de comida; los llevó hasta el comedor, los dejó sobre una mesa y nos invitó a acompañarla. Los mecánicos de Nessin tomaron algunos de los contenedores ante su insistencia, pero se negaron a sentarse.

—El señor Nessin tiene un política muy clara sobre hasta qué punto debemos confraternizar con los clientes —explicó Ruuf—. Nos encantaría quedarnos, pero no podemos. Muchas gracias por la cena, de todas formas —dijo—. Ojalá todos los clientes fuesen tan considerados.

El wookie gruñó para mostrar su acuerdo y añadió un gesto de gratitud con la cabeza, se despidieron de nosotros y prometieron volver a primera hora de la mañana a instalar el nuevo motor.

—Eh, Nakari, es hora de irse —grité, y su cabellera rizada salió de la zona de motores de la *Joya* para contestar.

—Para mí no. Aún tengo que hacer un par de cosas. Empieza tú; iré dentro de unos minutos —y desapareció.

Me giré hacia Drusil.

—Bueno, tengo hambre suficiente para empezar sin ella, y nos ha dado permiso, así que veamos qué ha traído.

—Sí, por favor, coma hasta hartarse —dijo Drusil. En los contenedores había un surtido de carnes, vegetales y fideos que se podía combinar con diferentes salsas.

—Ah, además de la carne de pahzik, ¡tenemos nuggets de nerf! Nakari estará encantada —dije. Y en voz más baja le pregunté—. ¿Cómo van nuestros invitados?

—Siguen bien, aunque el gotal es una criatura hosca.

Empecé a pinchar algunos fideos y nerf con un tenedor limpio del cajón de la cocina.

—Parece que está de mejor humor que cuando hemos hablado con usted por el comunicador. ¿Ha solucionado lo que la molestaba? Me refiero a las matemáticas.

—La fuente de mi agitación sigue ahí… estoy separada de mi familia y preocupada por lo que les pueda pasar. Cuando me interrumpieron estaba enfrascada en escalas de probabilidades que apoyen la idea de más encuentros imperiales antes de nuestra partida, y los resultados fueron bastante desalentadores. Aun así, solo he recibido una consulta del superior de Barrisk Favvin y creo que por ahora no sospechan nada. Después recuperé algo de equilibrio haciendo geometría experimental durante un buen rato.

—¿Cómo va eso? —pregunté—. Es decir, no la geometría en sí, sino cómo le devuelve el equilibrio eso.

—¿No ha meditado nunca, Luke Skywalker?

—Sí lo he hecho —dije, pensando en mi ejercicio de la cabina de camino a Nanth'ri.

—¿Le parece que le centra y que le da una nueva perspectiva sobre las cosas, grandes o pequeñas, que le preocupan?

—Hasta cierto punto, sí. Aunque no diría que sea muy experto todavía.

—Presumiblemente se concentra en algo para salir de los patrones de pensamiento rutinarios. Yo uso la geometría experimental. ¿Y usted?

—El ruido visual ayuda —dije—, pero principalmente me concentró en mi respiración.

—Excelente. Ese es un método muy común empleado por muchos seres. Independientemente de cómo alcancemos nuestro estado de percepción alternativo, este nos permite modificar nuestra perspectiva y reevaluar nuestros retos hasta que parecen manejables en vez de insuperables.

Nunca había pensado en ello de aquella manera; yo simplemente intentaba forjar una conexión más fuerte con la Fuerza, pero sus ideas tenían mérito.

—No estoy segura de cómo interpretar su actual expresión facial. ¿Está enfadado? —preguntó Drusil.

—No, solo pensativo —busqué una frase para expresar mi admiración—. Sus ideas me están dando una nueva perspectiva sin meditar siquiera.

—¿Ah, sí? ¿Para qué meditaba entonces sino es para tener una perspectiva distinta?

Me planteé decirle la verdad. O era aliada mía o era enemiga mía. Si era lo primero, no había nada de malo en confiar en ella. Si era enemiga, decírsela no iba a cambiar demasiado las cosas, y puesto que ya me había visto utilizar una espada de luz y pilotar en situaciones peligrosas, mis talentos ya no eran precisamente ningún secreto.

—Para proyectarme hacia la Fuerza.

—¡Ah, la Fuerza! La fuente de los milagros de los Jedi. Me parece un tema absolutamente misterioso.

—A mí también me parecen misteriosas sus matemáticas.

La givin se inclinó hacia delante y susurró.

—¿No es maravilloso que hayamos encontrado un punto en común en nuestra alienación?

Me reí y Drusil abrió la boca con aquella sonrisa amplia suya mientras hacía sibilantes ruidos roncos que debían de ser una risotada. Pero incluso su broma me permitió atisbar cómo me ve la gente: la forma rápida y despreocupada en que muchos otros y yo desdeñábamos su dominio de las matemáticas podía aplicarse exactamente igual a cómo los demás veían a los Jedi. Me pregunté si podía replicar el éxito conseguido con la Fuerza en Denon allí, sin Nakari cerca.

—¿Le importaría que probase una cosa? —le pregunté.

—¿Probar qué?

Saqué un fideo con mi tenedor y lo dejé caer sobre la mesa.

—Quiero mover ese fideo usando la Fuerza.

—Me encantaría ver cómo lo hace. Siempre que no lo lleve hasta mi boca. Dudo de las condiciones higiénicas de esta mesa.

—Tranquila. Solo quiero un testigo por si lo consigo.

Me concentré en el fideo e invoqué a la Fuerza, pero esta no respondió. Analizando qué podía pasar, me di cuenta de que no estaba tan relajado como con Nakari en Denon. Entonces, no me sentí presionado; ahora sí, lo que era una estupidez, porque era yo el que había iniciado aquello. Quizá era la pálida e implacable cara de Drusil, que me decía que ya había calculado hasta quince dígitos significativos de lo fraude que llegaba a ser yo.

Pero me di cuenta de que precisamente aquellas preocupaciones insignificantes eran las que me impedían conectar con la Fuerza, un montón de inseguridades y tensiones que actuaban como puertas blindadas contra su flujo. Sin apartar la vista del fideo, imaginé que al otro lado de la mesa no estaba sentada Drusil sino Nakari, su ánimo y confianza en mí sustituyeron al escepticismo de la givin, su sonrisa y ojos marrones me miraban en vez de la cara de calavera de Drusil. Y entonces, cuando me proyecté hacia la Fuerza, no encontré una barrera sino una calurosa bienvenida. Y la abracé y sentí una modesta

porción de su potencia corriendo por mi interior. Cuando quise mover el fideo, este se movió, deslizándose por la mesa en un sinuoso y húmedo trayecto, hasta que lo dejé cerca del tazón de la givin.

—Admirable —dijo Drusil, señalando el fideo—. Mover eso puede que sea algo trivial para usted, pero es un imposible para casi todos los seres de la galaxia. ¿Se da cuenta de su escasez demográfica, Luke Skywalker? Estadísticamente no existe, pero aquí está —se inclinó hacia atrás, cruzó los brazos e inclinó la cabeza hacia un lado—. La Fuerza nunca se ha descrito matemáticamente —dijo—. Hay leyendas, por supuesto, de unos pocos givin que fueron Jedi en el pasado, pero se negaron a compartir sus conocimientos profundos con el resto de nuestra especie. Hicieron todo lo que pudieron, y me parece bien, para que los mecanismos de la Fuerza siguieran siendo un enigma. De ahí que no sepa con exactitud qué ha hecho. Solo sé lo que no ha hecho.

—¿Qué?

—No ha movido el fideo con la mente. La física lo impide, sería más apropiado decir que movió otra cosa y *esa* cosa movió el fideo.

—¡Oh! —la givin tenía talento para soltar frases que modificaban mi manera de ver un problema. Su observación dejaba claro que había movido la Fuerza, no el fideo, pero no me había dado cuenta de ello hasta que lo había dicho.

—¿Ha intentado hacerlo con algo más grande?

—Aún no.

—¿Quiere que lo probemos? Intente mover el tenedor de su tazón.

—No sé. Eso pesa bastante más que un fideo.

—¿Quiere decir que la Fuerza pesa más? ¿O el tenedor?

—Bueno, yo… —sus palabras volvieron a dejarme pasmado. Lo estaba mirando desde un ángulo equivocado, y eso solo subrayaba mi necesidad de ayuda—. Me refería al tenedor, pero supongo que no debería preocuparme por eso. Me ha hecho darme cuenta de que estoy en un atolladero mental y que voy a tener que esforzarme mucho para salir de él. Si muevo el tenedor, manipularé la Fuerza, no el acero. De acuerdo, lo voy a intentar.

Inconscientemente estiré los dedos hacia el tenedor y me detuve, dedicando un momento a percibirlo conscientemente. ¿Por qué había hecho eso? Mis dedos no moverían la Fuerza; aquello era una tarea para mi mente. Pero quizá aquel gesto inconsciente reflejaba el foco de mi mente. Puesto que mi atención estaba dirigida al tenedor, mi mano la había seguido naturalmente, habituada a cumplir mi voluntad. Quizá aquello era lo que había tras el gesto de Obi-Wan en Mos Eisley, cuando hizo algo en las mentes de aquellos soldados de asalto. El movimiento de la mano no era la llave del proceso sino un reflejo inconsciente del foco mental de Obi-Wan. Volví a sentirme estúpido, recordando mi fracaso al intentar influir en el rodiano del puerto espacial Chekkoo, meneando la mano delante de su cara como un idiota.

Pero incluso a esto podía darle una vuelta de tuerca más. Si alguna vez tenía la fortuna de ser entrenado por un verdadero Jedi, él o ella probablemente me diría que el

movimiento de la mano era fundamental, ejerciendo una función que ni siquiera podía imaginar, y mis titubeantes progresos eran poco más que un borracho tambaleándose en la oscuridad y tomando el camino equivocado de vuelta a casa.

Volví a concentrarme, hice un par de respiraciones profundas y me proyecté de nuevo hacia la Fuerza, alentándola a levantar el tenedor del tazón. No se movió sino que dio una leve sacudida en la sopa, como un adolescente al que cuando se le dice que se levante de la cama, se da la vuelta y se vuelve a dormir airado.

—No quiero presuponer nada, pero quizá debería cerrar los ojos —sugirió Drusil—. La Fuerza es un poder invisible, por lo que es posible que su vista interfiera de alguna manera, ocupando una parte de su mente que debería estar concentrada en otra cosa.

Claro, tenía razón. Ahora no estaba pilotando un Ala-X, ni las palabras de Erredós aparecían traducidas en una pantalla; no necesitaba ver. Y sabía por mi experiencia reciente que sentía mejor la Fuerza cuando minimizaba las distracciones visuales.

—Vale, volveré a intentarlo con los ojos cerrados.

Cerré los ojos y dejé que mi conciencia se expandiera, y la Fuerza tuvo mayor presencia, como si ahora me estuviese dedicando toda su atención. Probablemente era todo lo contrario; toda mi atención estaba centrada en ella. Creció en mi interior e hice que levantase el tenedor y lo sacase del tazón, no de un tirón sino en una levitación lenta y sostenida, cargado con fideos que goteaban ruidosamente mientras salían del charco de verduras del tazón, impregnados de olor a ajo y cacahuetes. A Drusil debo reconocerle que no hizo ningún ruido que pudiese distraerme durante el proceso. Estaba a punto de sonreír y saborear la victoria cuando una voz que decididamente no era la de Drusil aulló cerca.

—¡Muy bien piloto, dale fideos mágicos a tu socia!

Perplejo, abrí los ojos, perdí la concentración y el tenedor cayó en el tazón con un fuerte chapoteo y me salpicó la mitad del caldo.

—Oh, otra vez no —me quejé, mirando el desastre que tenía delante.

—¡Vaya, ese es un talento muy útil, Luke! —dijo Nakari. Tomó una silla al lado de Drusil, al otro lado de la mesa, y se sentó; los ojos le brillaban tras sus rizos oscuros—. Yo me siento aquí y tú me das de comer con la Fuerza desde ahí, ¿vale? Te felicito por la nueva mancha, por cierto. Tienes pinta de oler muy bien.

Su sonrisa era contagiosa, pero le pregunté:

—¿Has terminado? —intentando terminar con sus burlas.

—Ni mucho menos. Ya sabes, deberías exhibir tus túnicas en uno de esos elegantes planetas artísticos. ¿Qué opina usted, Drusil? ¿Tiene alguna posibilidad de ganarse la vida como artista si su carrera de piloto se tuerce?

La givin parecía angustiada mientras buscaba una respuesta. Puede que pensase que Nakari se lo preguntaba en serio, en vez de estar simplemente aprovechando la oportunidad para reírse de mí.

—Sobre gustos no hay nada escrito —masculló finalmente. Mi vergüenza debió de ser evidente, porque Nakari dijo:

—Eh, Luke. Comparativamente hablando, un poco de caldo derramado no es gran cosa. Recuerda, te he visto cubierto de mierda y sigo pensando que eres estupendo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Nakari y yo no perdimos ni un minuto por la mañana. Después de echar un vistazo a nuestros prisioneros, volvimos al hangar al alba, deseosos de instalar el nuevo motor. La tarea resultó ser más larga de lo que esperábamos; era un excedente de Astilleros de Propulsores de Kuat; mucha potencia pero no diseñado para un soporte estilizado, así que tuvimos que hacer algunas modificaciones bastante feas en las limpias líneas de la *Joya* para que funcionase, quitando parte del niquelado y soldando repuestos básicos de color gris. A Nakari no le gustaba nada todo aquello y además haría que la nave fuese más pesada en la atmósfera, sobre todo en la de Kupoh, pero le hablaba a la *Joya* mientras trabajaba, diciéndole que solo era temporal, jurándole que le devolvería todo su esplendor anterior.

Cuando Drusil entró en el hangar a media mañana, con una gran mochila y sujetando su datapad como un arma, sospeché que tenía malas noticias que darnos, aunque no podía imaginar en qué cambiaría su aspecto si tuviese buenas noticias. Nakari y yo hicimos un descanso del trabajo en la *Joya del desierto* y nos reunimos con ella en la mesa metálica que constituía la zona de comedor del personal.

—Hola, Drusil…

Levantó una mano para interrumpirme y sacudió la cabeza una vez. Después señaló la mochila y nos hizo un gesto para que nos acercásemos. Cuando nos detuvimos cerca de ella, sacó unos cascos pecera con componentes electrónicos dentro.

—Poneos esto —dijo—, y selladlos antes de hablar.

Era una petición extraña y no veía ningún sistema de oxígeno, pero tomé el casco para contentarla, suponiendo que me lo quitaría en unos minutos. Cuando estábamos bajo el cristal y completamente, sellados, la finísima voz de Drusil llegó a través de un comunicador incorporado.

—Me han asegurado que no sale ningún sonido. Tenemos que hablar y no podemos arriesgarnos a que nos oiga el señor Waluuk, ni nadie.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó Nakari.

—Eso no importa —dijo Drusil en tono cortante—. He estado supervisando las comunicaciones imperiales mientras me ocupaba de nuestros invitados y tenemos problemas.

—¿Cuáles? —pregunté.

—El Imperio ha bloqueado todo el tráfico de salida de Kupoh. Están prácticamente seguros de que estamos aquí.

Nessin no nos había mencionado nada de eso.

—¿Y cómo están tan seguros?

—No he calculado la probabilidad de que lo dedujeran por sí solos contra la de que recibiesen información de fuentes como Migg Birkhit. ¿Es importante que lo haga?

Supuse que no, así que negué con la cabeza. La cuestión realmente importante sería cómo escapar de allí.

—Las transmisiones interceptadas indican que están inspeccionando todas las naves que salen del sistema, fijándose solo en la tripulación y los pasajeros, no en la carga.

—Eso es decepcionante. Supongo que podríamos esconderla entre algún tipo de cargamento —aventuré.

—Eso no funcionará. Están usando escáneres de seres vivos.

—No puedo creer que los kupohanos aguanten esto —dijo Nakari.

—Están protestando, eso seguró, y pidiendo la inmediata retirada de las naves imperiales, pero el Imperio de momento no las mueve de donde están. Su argumento es que solo están buscando a ciertos criminales y no tienen ningún interés por inmiscuirse en los asuntos kupohanos. De momento parece que es verdad. No están deteniendo a nadie, solo los inspeccionan y después hacen que sus interdictores desactiven sus proyectores de gravedad a intervalos para permitir que las naves registradas se marchen. A las naves que llegan al planeta las dejan completamente tranquilas. Puesto que el filtro solo es un inconveniente para las naves que salen del planeta y está planteado para perseguir a unos «criminales», los kupohanos no tienen demasiados motivos para presionar en exceso al Imperio; sobre todo cuando la aparición de la rebelión traería una fuerza mucho más numerosa al sistema.

—Vale, gracias —dije, sin saber qué más decir. Necesitaba pensar en todo aquello.

—No he terminado —contestó Drusil—. Tengo un procedimiento que recomendarles.

—Oh, perdón. Adelante.

—Nuestras mayores opciones para conseguir nuestro objetivo se basan en dos pasos: uno, abandonar la *Joya del desierto y* conseguir algún transporte alternativo que nos saque del planeta. La *Joya* ya es demasiado reconocible y llamaríamos la atención en cuanto saliéramos del hangar. Sin embargo, una nave reparada puede cambiarse o vender para comprar otra. Dos, forjar una vía hiperespacial completamente nueva entre aquí y Omereth; una que el Imperio no pueda estar bloqueando por ningún medio.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó Nakari. Me sorprendió que no rechazase inmediatamente la idea de tener que abandonar su nave.

—Sí, lo he hecho antes —dije—. Con la *Joya*, de hecho. Fue solo un viaje corto para desbaratar una persecución, mientras volvía con la flota rebelde, pero Erredós es genial en eso. ¿Cuán largo ha de ser ese salto que propone, Drusil?

—Soy partidaria de hacer varios saltos cortos hasta que estemos suficientemente lejos del probable cerco del Imperio. Entonces podemos usar una ruta más segura y establecida para llegar a Omereth.

Pocos días antes me hubiese preguntado si la sugerencia de Drusil era fiable, pero a pesar de disponer de muchas posibilidades para traicionarnos, sobre todo allí en Kupoh, jamás las había aprovechado. De hecho, su ayuda para mantener nuestra presencia allí en secreto había sido valiosísima. Estaba deseando creer que lo único que quería era reunirse con su familia en Omereth. Y, además, simplemente *sentía* que estaba diciendo la verdad; aunque no sé si eso era atribuible a mi sensibilidad en la Fuerza o no.

—¿Y qué pasa con los interdictores de este sistema? —insistió Nakari—. ¿Sus proyectores de gravedad no nos impedirán marcharnos?

—Nos impedirán utilizar cualquier vía establecida para salir de aquí —contestó la givin—, pero, por supuesto, no usaremos ninguna. Saldremos del sistema en otra dirección, donde sus masas simuladas no perjudicarán a nuestro hiperimpulsor. ¿Puedo enseñárselo?

—Por favor —dije. Lancé una mirada titubeante a la superficie de la mesa del comedor. Estaba decorada por círculos marrones de caf y un surtido de migajas de bocadillo, que no vimos cuando estuvimos añadiendo las nuestras propias, pero parecía terrorífica si querías colocar algo valioso encima. Aunque a Drusil no le importó; acercó la mesa y dejó su datapad encima, para que pudiésemos ver fácilmente sin tener que mirar por encima de su hombro. Mostraba un mapa del sistema marcado con puntitos amarillos y círculos azules alrededor de ellos, como si identificasen las órbitas.

—Los interdictores imperiales están bloqueando la salida aquí, aquí y aquí —señaló con un dedo pálido los tres puntos amarillos—. He indicado las sombras de masa de sus proyectores de gravedad con líneas azules. Así que para escapar debemos trazar una ruta de salida del sistema que pase entre esas sombras de masa y recorra un buen trecho antes de que podamos activar el hiperespacio. Y ya ven que disponemos de varias opciones… aunque nos interesa movernos hacia el este galáctico, ¿verdad?

—Sí —admití—, pero no hay casi nada cartografiado en esa dirección.

—Precisamente porque no la consideran una posible vía de fuga.

—Tiene razón, nadie la consideraría, ni siquiera yo. Estoy completamente a favor del factor sorpresa, no me malentienda, ¿pero qué está usando como punto de navegación? Gamorr no, ¿verdad? Porque hay todo un sector de espacio entre aquí y allí, un sector prácticamente sin explorar. Puede haber enanas marrones o planetas o infinidad de cosas no cartografiadas contra las que puedes estrellarte si tomas un rumbo al azar y lo sigues.

—Ah. Un momento —Drusil apagó el mapa del sistema y abrió otro, que era una visión mucho más ampliada de varios sectores, excepto porque tenía símbolos matemáticos escritos encima—. Usaremos esta estrella de aquí —señaló una ecuación debajo y a la izquierda del centro, pero no conseguí ver ninguna estrella. No parecía tener nada de distinto a los otros garabatos del mapa. No tenía la menor idea de qué estaba hablando.

—Perdone, ¿qué estrella? Ha señalado una ecuación.

—Eso es la estrella.

—Eh… ¿Qué?

—Espacio no explorado no es sinónimo de espacio no observado. Un análisis de los movimientos de las otras estrellas que lo rodean demuestra que debe de estar ahí. Nadie lo ha visto, excepto a través de las lentes de las matemáticas, pero esas lentes suelen ser casi siempre mejores que el mero cristal.

Nakari *y yo* nos miramos boquiabiertos, preguntándonos ambos si el otro acababa de oír lo mismo.

—¡Con la diferencia de que aquí puedo alargar la mano y comprobar que el cristal está ahí! —dije.

—Sus sentidos pueden engañarle. Las matemáticas y la física no mienten.

—No, no. No estoy sugiriendo que haya hecho los cálculos mal. Me estoy preguntando cómo puede estar segura de que lo ha tenido todo en cuenta, que no se le ha pasado por alto accidentalmente ninguna variable. Sus sentidos también pueden engañarla, ¿no es así? ¿Cómo sabe que lo ha tenido todo en cuenta?

—No puedo estar cien por cien segura, por supuesto, pero confío en que he extrapolado correctamente basándome en las estrellas que conocemos.

—Bien, el lado bueno es que el Imperio seguro que no estará allí vigilando —dijo Nakari—. El malo es que si se equivoca lo más probable es que muramos.

—Es un riesgo bastante elevado, Drusil —dije.

—Es mucho menos arriesgado que quedarse aquí mucho tiempo. ¿Cuánto esperan seguir escondidos sin que nadie nos denuncie al Imperio… manteniendo a Migg Birkhit y Barrisk Fawin en cautividad? Las variables son demasiadas para tenerlas en cuenta todas, excepto la presión significativa que el Imperio hará sobre los kupohanos para que nos entreguen —desvió la mirada hacia la *Joya*, donde Ruuf Waluuk y el wookie seguían trabajando en nuestra ausencia. Bajó la voz, aunque se suponía que llevábamos unos cascos que aislaban el sonido, y prosiguió—. Aunque Azzur no nos traicione, alguno de esos empleados lo hará. Ya han visto lo poco de fiar que son. Esta astronavegación, por contra, está basada únicamente en datos cuantificables y verificables. Puedo explicarles los cálculos si lo desean.

—No, gracias, le creo —dije—. Es solo que parece como saltar a ciegas.

—Proponga otro método para poder escapar de este planeta y llegar a Omereth antes de que mi familia se rinda y se marche.

—Deme algo de tiempo para pensarlo.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que terminen de reparar la *Joya del desierto*. Sé que no es nada concreto, pero como mínimo es una fecha límite.

—¿No usaremos otra nave?

—No querría usar ninguna otra que la *Joya*. Aunque ahora parezca parcheada, no vamos a encontrar otra como ella, y necesitamos todas las ventajas de las que podamos disponer —Nakari levantó un pulgar para mostrar su acuerdo.

—¿Qué ventajas son necesarias? —preguntó Drusil—. Cuando despistemos a las fuerzas imperiales y nos marchemos al sistema Omereth, no deberíamos tener ningún problema. Los imperiales están demasiado concentrados en un punto para tenerlo todo vigilado.

Aquello no parecía propio de ella. Debería de haber calculado la probabilidad estadística de lo estrecho que era el cerco imperial en un punto cualquiera de la galaxia, pero creo que su desesperación por salir del planeta y reunirse con su familia estaba nublando su habitualmente claro pensamiento.

—Es posible incluso que hayan seguido a su familia —dije. Aún no teníamos noticias de la Alianza respecto a esa parte de la misión—. No hay manera de saber si el mayor Derlin llegó hasta ellos o no, y si lo hizo, si no fue detectado. Si lo siguieron, podríamos tener algunos cazarrecompensas vigilando el planeta, esperando que aparezca, todos con sus propias naves mejoradas. Puede que el Imperio también esté allí. No queremos volar en un pájaro estándar y lento en ese tipo de situación.

—¿No podemos contactar con la Alianza y solicitar una ayuda más sólida?

—Ya lo he intentado —reconocí—. Aparte de utilizar un punto de recogida, le pedí a Azzur que mandase un mensaje a la Alianza, solicitando más ayuda. Probablemente están escondidos, ahora que la presencia imperial es tan masiva.

La givin arrugó la nariz malhumorada.

—Bajo semejantes circunstancias, eso sería una demora indeterminada sin garantía de ayuda.

—Eso me temo.

Con movimientos bruscos, Drusil borró los mapas de su datapad e hizo un esfuerzo consciente por mejorar su tono.

—Excepto complicaciones imprevistas, entonces, debemos forjar un nuevo camino —dijo—, pero con la *Joya*.

—Sí —dije. Las reparaciones habían avanzado incluso más rápido de lo que esperábamos y pensé que podíamos tener la *Joya del desierto* técnicamente lista para volar esa misma tarde, pero no quería intentar un viaje de tal dificultad sin una buena noche de descanso previa. Ya íbamos a encontrar suficientes peligros como para añadirle un piloto mal dormido—. Vamos a colocar un nuevo transpondedor que nos identifique como uno de los transportes de Nessin y mañana podremos marcharnos.

Intenté asentir para añadir énfasis pero me aplasté la nariz contra el interior del casco, y me dolió porque incluso ese mínimo impacto me recordó el golpe que me había dado Fawin. A Nakari parece que mi reacción le pareció de lo más entretenida.

CAPÍTULO VEINTE

Drusil casi temblaba de impaciencia mientras nos miraba tomar el desayuno por la mañana. Aún no nos sentíamos cómodos comiendo en el bufé del hotel, donde cualquiera podía identificarnos, pero estábamos hartos de nuestras habitaciones, así que nos habíamos llevado el desayuno hasta la relativa intimidad de la zona de cocinas del hangar de Nessin. Estaba pastoso y medio frío; habíamos pedido algo para nuestros presos en el hotel, y cuando terminaron los inmovilizamos completamente y los amordazamos. Después nos llevamos nuestro desayuno para comer junto a la nave. Asegurando que no necesitaba alimentarse en ese momento, Drusil nos observaba comer, probablemente deseando que masticásemos más rápido, y calculando perezosamente cuánto tardaríamos en terminar al ritmo que llevábamos. Lo que había sido un intermedio agradable para Nakari y para mí, había sido un festival de impaciencia para ella.

—Por favor, háganmelo saber si puedo hacer algo por acelerar el viaje —dijo ella, y añadió un par de frases por el estilo mientras engullíamos y bebíamos caf. Aunque estábamos comiendo lo más rápido que podíamos, Drusil parecía dispuesta a inyectarnos una solución de nutrientes y darnos por hábiles para volar. Para despistarla de la idea de que estábamos camino de Omereth, le hice una pregunta.

—¿Hay alguna posibilidad de que pudiese penetrar en el tráfico de comunicaciones del Imperio y nos informase si alguien se interesa por nosotros cuando salgamos de la atmósfera?

—Sin duda. ¿Tiene planeado que nos dirijamos al este galáctico, como hablamos?

Había hecho planes más detallados con Nakari antes, pero Drusil no había estado presente en la conversación.

—No, creo que para empezar nos comportaremos como un transporte respetuoso con las leyes, dirigiéndonos hacia un punto de control de interdictores, y después viraremos bruscamente y nos lanzaremos a máxima velocidad para llegar al rango de salto antes de que puedan redirigir sus proyectores de gravedad para detenernos. Eso les llevará unos minutos y deberíamos ser capaces de aprovechar el proceso de toma de decisiones imperial. Después es cosa suya y de Erredós que lleguemos a salvo a Omereth.

—Eso será tan sencillo como una ecuación de segundo grado —me aseguró Drusil—. He revisado los cálculos dos veces, y su extraordinario droide, tres —me hizo gracia que Erredós fuese ahora *extraordinario* cuando antes solo había hecho las cosas *concienzudamente*—. Podemos programar el primer salto en la computadora de navegación en cuanto despeguemos de la superficie, y unos instantes para recalibrar y hacer comprobaciones de seguridad al final de cada salto deberían permitirnos hacer el siguiente poco después.

—Bien. Haga eso y cuando haya terminado, antes de que salgamos de la atmósfera, quiero que tanto usted como Erredós revisen los sistemas y la nave en busca de cualquier software espía o rastreadores que los kupohanos puedan haber colocado en la *Joya*. Y no olvide programar una llamada al hotel para anunciar nuestra partida. El equipo de

limpieza encontrará a Migg y Barrisk y podrán seguir con sus vidas, y nosotros con las nuestras.

Nakari asintió.

—Voy a activar el prevuelo y después examinaré el casco, también —se bebió el último sorbo de su caf y se levantó de la mesa—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—Yo la ayudo —dijo Drusil, y las dos se marcharon juntas, mientras Nakari lanzaba un «¡Date prisa, piloto!» en una imitación perfecta de su padre.

Miré a Erredós, cuyo ojo cámara me miró a la cara.

—Supongo que masticar la comida está sobrevalorado, ¿no?

No era lo mejor que se le podía decir a un droide. Su ojo rotó hacia Nakari y Drusil, y su cuerpo le siguió, lanzando unos cuantos gorjeos regañándome por lento. Con los tres camino de la *Joya, del desierto* y sin presión, me tomé mi tiempo para terminar de desayunar y recoger la mesa.

Azzur Nessin me encontró junto al fregadero, reciclando mi plato, en parte para desearnos buen viaje pero, principalmente, para darme una última noticia.

—Después de pensarlo bien, anoche cambié la señal transpondedora al código de la flota de un competidor —dijo—. Se llama Correos Polser. La historia que le contarás al Imperio al salir del planeta sigue siendo la misma: llevas unas maletas diplomáticas importantes a Rishi. Pero cuando te des la vuelta y escapes, los imperiales se preguntarán por qué un correo se comporta de una manera tan extraña y salta a la nada. Como comprenderás, prefiero no tener que responder a ese tipo de preguntas.

Estreché su mano y le agradecí su ayuda. El sacudió la cabeza, produciendo una fiesta sonora entre las cuentas de su barba, y dijo que había sido un placer hacer negocios conmigo. Sus orejas primarias se movieron, la boca se movió hacia abajo y empezó a darse la vuelta, diciendo:

—Alguien…

Entonces su cráneo estalló en una descarga de plasma sobrecalentado, salpicándome de sangre, fragmentos de huesos y tejidos cerebrales. Otra descarga de blaster superpotente llegó inmediatamente después, pero ya me había agachado instintivamente y pasó por encima de mí y del cuerpo abatido de Azzur Nessin. Saqué mi blaster de su funda y busqué al asesino. Era el mecánico, Ruuf Waluuk, e iba acompañado; un devaroniano cornudo vestido de negro y cargado de armas. Habían entrado por la puerta del hangar y estaban escondidos junto a los motores de la *Joya del desierto*, disparándome desde debajo del ala. El cazarrecompensas le gritó al kupohano que era un idiota con mala puntería, lo que me indicó que su blanco era yo.

Disparé un par de veces hacia su posición para distraerlos y me lancé debajo de la mesa del comedor. La puse de lado, como escudo improvisado, y me agazapé tras ella mientras nuevas descargas se estrellaban contra su parte superior. La mesa no aguantaría mucho y sabía que, tácticamente, era una idea terrible dejar que el enemigo me tuviese

localizado en un punto del que no podía escapar, pero habían planificado bien su emboscada y se trataba de usar la mesa o dejarles que me disparasen a campo abierto.

Drusil podía haber bloqueado los intentos directos de Ruuf por comunicarse con el Imperio, pero no podía impedir que fuese a cualquier cantina a buscar ayuda. Podía haber informado, y probablemente lo había hecho, a través de un intermediario sobre nuestra presencia en el planeta, corroborando así la historia de Migg Birkhit; pero quería hacerse con toda la recompensa, de ahí el blaster y el cazarrecompensas devaroniano. Probablemente pensaba que la mitad de la recompensa por nuestras cabezas era un buen botín; suponiendo que sobreviviese a su asociación con el cazarrecompensas lo suficiente para repartirse las ganancias.

Un pedazo de la parte superior de la mesa se desgarró tras una descarga, y un par de agujas finas de metal ardiente me rasguñaron la cabeza y la frente. Tuve suerte de que no se me clavasen en el cráneo. Sentí hilillos de sangre cayendo por mi cabeza; el de mi frente lo desvió hacia un lado mi ceja, a la que nunca había estado más agradecido.

Necesitaba contraatacar de alguna manera. Manteniendo mi cuerpo tras la mesa, alargué el brazo derecho y apunté mi blaster por el borde y disparé tres descargas rápidas para llamar su atención. Aunque dispararon hacia allí, creyendo que mi cabeza andaría cerca, me asomé por encima de la mesa para localizarlos y después disparé con cuidado al blanco más fácil, Ruuf Waluuk. Estaba agachándome para volver a ocultarme tras la mesa cuando le oí gruñir sorprendido; un sonido al que siguió el repiqueteo de su blaster contra el suelo del hangar y el impacto de su cuerpo al derrumbarse.

Solo había visto tangencialmente al devaroniano; más habituado a combatir que Ruuf, había ocultado su silueta estirándose en el suelo. Su blaster ahora estaba destruyendo metódicamente la mesa. Aunque era lo bastante robusta para soportar el peso de un almuerzo ligero, no había sido construida para soportar fuego sostenido de alguien decidido a atravesarla con un blaster.

Me estiré en el suelo, imitando al devaroniano, planeando rodar sobre mí mismo hacia la izquierda y dispararle mientras me movía. Ninguno de los dos tendría muchas posibilidades de alcanzar al otro en ese escenario, pero un segundo después tuve que hacerlo porque en la mesa se hizo un agujero y el cazarrecompensas estaba disparando por él con una precisión terrorífica. Probablemente tenía los codos apoyados en el suelo y una mano aguantando la muñeca de la mano con la que disparaba.

Rodando hacia mi izquierda y apretando el gatillo de mi blaster, deseé que alguno de mis disparos le pasase lo bastante cerca para que tuviese que replantearse su posición o al menos ralentizar su andanada. Si me movía lo bastante deprisa, podría colocar la rampa de aterrizaje de la *Joya* entre nosotros, y entonces tendría que moverse para buscar un disparo franco; y yo lo estaría esperando.

Vio lo que pretendía hacer y dejó de disparar para anticiparse y sesgar el campo de fuego a su favor. Era una fina sombra con una cabeza que era una esfera roja, y se movía deprisa. Dejé de rodar e intenté abatirlo antes de que encontrase dónde ponerse a

cubierto, pero no fui lo bastante preciso. Desapareció de la vista y ahora tenía que averiguar si intentaría rodearme o esperaría a que yo intentase rodearle.

Un fuerte chasquido sonó en el hangar y resonó contra las paredes, casi al mismo tiempo que el ruido metálico de su blaster disparando. Otro chasquido y después silencio. Y me di cuenta de que reconocía ese patrón sonoro.

—Ya está, Luke, abatido —gritó Nakari—. Y me he asegurado de que no se levante —salió desde detrás de la rampa de aterrizaje, con el lanzaproyectiles en las manos—. ¿Estás bien? Estás sangrando.

—Me recuperaré. No como Azzur Nessin. Ruuf se lo ha cargado —era evidente que el magnate de los transportes debería haber espiado a sus empleados.

Nakari vio restos de sangre de Nessin en el suelo embaldosado y dijo:

—Maldita sea. Cuando llamamos a su puerta no deseaba traerle semejante final.

—Yo tampoco. Será mejor que nos larguemos si no queremos acabar como él —dije—. Esos dos debían de actuar por libre, pero también puede que avisasen a los imperiales para que viniesen y así entregarnos.

—O como refuerzos, sí —dijo ella—. Creo que ya estamos listos. Los paneles de estado están en verde.

—Gracias por la ayuda, por cierto.

Se encogió de hombros.

—Gracias por distraerlo. No me vio hasta que era demasiado tarde.

No había tiempo que perder ni necesidad de examinar el cadáver; no había nada en el cazarrecompensas que nos pudiese ayudar a salir de aquel sistema, y debíamos marcharnos mucho antes de que las autoridades locales descubriesen lo que había ocurrido e intentasen detenernos. Subimos a bordo rápidamente, cerramos la rampa, y puse al día a Nakari de lo que Azzur Nessin me había dicho y lo que había pasado hasta que ella apareció. Hice una escapada rápida al baño para ponerme desinfectante y tiritas en la cabeza y en la frente, deseando que no quedase cicatriz.

Erredós informó que había encontrado y eliminado no uno sino cinco programas de rastreo distintos escondidos en el código de la computadora durante los últimos días. Drusil encontró otro que se le había pasado por alto; un Durmiente Imperial lo llamó, conectado con el reloj de la nave. Se activaría en un momento fijado, gracias al avance del reloj, apuntaría el rumbo y posición de la nave y enviaría una salva codificada al planeta imperial más cercano. No había manera de saber si habían sido instalados por la misma persona o por varios individuos, pero a aquellas alturas no teníamos más elección que correr y esperar haberlos encontrado todos.

Ascender por la atmósfera resultó incluso más complicado que descender a la superficie; por culpa de las modificaciones no éramos tan aerodinámicos y una racha particularmente mala de turbulencias sorprendió a Nakari, haciendo que se mordiera la lengua.

Emergimos en el vacío con rumbo al sur galáctico, donde un interdictor y media docena de destructores estelares habían embotellado todo el tránsito de salida en esa

dirección. Los destructores estelares estaban enviando lanzaderas de tropas de nave en nave, para inspeccionarlas, y el interdictor desactivaba sus proyectores periódicamente para permitir que las embarcaciones registradas siguiesen con sus asuntos interestelares.

Viajamos con los motores subluz aproximadamente a la mitad de su capacidad. La propulsión irregular del repuesto había creado cierta resistencia en los giros o virajes a estribor, pero excepto por eso nos daba una velocidad, si no meteórica, como mínimo decente.

Un imperial nos preguntó secamente nuestro destino, dedicación y número de pasajeros y tripulación, provocando una respuesta impaciente de Nakari, justamente el tono que debía adoptar. Cuando el controlador de tráfico imperial nos dio instrucciones de mantener el rumbo y prepararnos para ser abordados y Nakari dio el acuse de recibo, pregunté a Erredós y Drusil si estaban listos para escapar hacia el este y hacer el primer salto.

—Listos —dijo Drusil. Pude oír por el comunicador el ruido que hacía al teclear en su datapad—. Supervisando las frecuencias imperiales del sistema.

Erredós confirmó que estaba listo también, así que viré la *Joya del desierto* hacia babor y puse los motores a máxima potencia.

El Imperio no tardó en dejar sonora constancia de que no parecíamos estar manteniendo el rumbo. Nakari ignoró dos peticiones de volver al rumbo anterior y contestar a las transmisiones. La voz de Drusil sonó estridente por el comunicador, informando de transmisiones interceptadas que había descifrado.

—En el puente del interdictor están hablando de nosotros al puente del destructor principal del grupo de batalla del sur.

—Que hablen está bien. Pueden hablar tanto como quieran.

—El destructor ha asignado un escuadrón de TIE para perseguirnos —prosiguió Drusil—. Calculo que la intercepción será dentro de diez minutos. Demasiado tarde para capturarnos antes de que saltemos, aunque eso no lo saben. Una lanzadera les sigue para abordarnos inmediatamente.

—¿Cuánto falta para el salto, Erredós? —pregunté.

CUATRO MINUTOS OCHO SEGUNDOS, contestó.

—El capitán del destructor cree que somos los que están buscando. Quiere que el interdictor redirija sus proyectores de gravedad.

Eso no era nada bueno. Quizá les diera tiempo a hacerlo.

—Pero ahora un tercer capitán les ha interrumpido desde otro destructor —dijo Drusil—. Argumenta que no llegaremos a ningún sitio sin una vía hiperespacial establecida en esa dirección y que solo somos una distracción. En otras palabras, los verdaderos fugitivos siguen esperando en la cola, y en cuanto muevan los proyectores de gravedad hacia el sur la vía quedará abierta y podrán escapar. Qué gracioso.

Nakari se rió para mostrar su acuerdo.

—El capitán del destructor principal comenta que si estoy a bordo, puedo cartografiar una nueva vía hiperespacial. Eso da que pensar. Me temo que puede ser terriblemente competente.

—Oh, oh —dije yo.

—El interdictor acaba de enviar una transmisión a Correos Polser de Kupoh para confirmar nuestro código transpondedor y que estamos trabajando para ellos.

—Esto no acabará bien —dijo Nakari.

—Pero necesitarán algún tiempo para responder —le recordé—. Aunque solo sea un minuto, ayudará.

Drusil siguió informándonos:

—Están discutiendo. El capitán del destructor principal quiere que redirijan los proyectores de gravedad inmediatamente; el capitán del otro destructor mantiene que somos un señuelo; y el del interdictor insiste en que esperen una respuesta de Polser antes de actuar precipitadamente.

Nakari me miró.

—¿Por qué el capitán del destructor principal no da la orden, sencillamente?

—Probablemente lo hará dentro de un minuto. Los otros capitanes están asegurándose de que sus objeciones son escuchadas, para que si la operación sale mal, nadie pueda culparles de esa decisión.

—Ah, entiendo —dijo Nakari, asintiendo—. El procedimiento estándar de actuación en una cultura de la culpa en la que se penaliza la toma de riesgos y la iniciativa. Y decirle siempre a Vader que la culpa fue de otro.

—Correos Polser ha simplificado las cosas —dijo Drusil—. Acaban de informar de que no tienen ningún envío que salga en esa dirección y que no somos una de sus naves.

—Qué rápido.

—El capitán del destructor principal ha ordenado que nos detengan inmediatamente, y el capitán del interdictor se ha puesto manos a la obra. Está desactivando el proyector gravitacional para recolocarlo en dirección a nuestro rumbo actual.

—¿Pueden detenernos? —preguntó Nakari.

—Quizá —dije—. Depende en parte de la tripulación y en parte de su capacidad de fuego. Llevan un tiempo haciendo operaciones por aquí, activando y desactivando los proyectores, puede que sus generadores estén gastados. O puede que no. No suelo hacer esto en nuestras incursiones, y mucho menos solo. Lo descubriremos en un par de minutos. O menos. Erredós, ¿podrías iniciar una cuenta atrás hasta el momento del salto?

Gorjeó y en la pantalla pude ver que nos quedaban ochenta y nueve segundos.

He notado la curiosa habilidad del tiempo para dilatarse y alargarse, en vez de pasar, en momentos de tensión o aburrimiento, y después pasar volando, sin que te des cuenta, en períodos de descanso y felicidad. En aquel momento era una criatura monstruosa y pesada que apenas avanzaba mientras esperábamos que pasasen los segundos.

Con aún treinta y dos segundos por descontar, Drusil volvió a informarnos.

—El capitán del interdictor ha anunciado que el proyector está apagado y realineándose hacia nuestro sector. Acelerando.

Nuestra información en ese sentido no era muy buena. Treinta segundos debían de ser tiempo suficiente para proyectar un campo de gravedad; la información sugería que se necesitaban un par de minutos, pero aún no nos habíamos librado de los parámetros operacionales.

—¿Sabes una cosa, Luke? Estás muy guapo cuando te pones nervioso.

El impacto doble de que me dijese que estaba guapo y nervioso hizo que apartase la vista de la cuenta atrás. Nakari me sonreía.

—También me gusta que te mantengas completamente calmado cuando alguien te dispara y te pongas nervioso cuando te hacen un cumplido.

—No todo el mundo me pone nervioso —dije—. Solo tú —ella inclinó la cabeza—. Pero en el buen sentido.

Nakari me sonrió y dijo:

—Por supuesto Yo soy de las que ponen nervioso en el buen sentido.

Y lo era, porque había logrado distraerme de la cuenta atrás y el hiperimpulsor nos sacó de aquel sector hacia una región del espacio cartografiada con mayor precisión por las ecuaciones de Drusil que cualquiera de los mapas estelares existentes.

—Eh. ¿Acabamos de escapar? —pregunté.

—Sí. Por el momento, al menos. Buen trabajo, piloto.

Suspiré aliviado y supe que Nakari volvía a burlarse de mí. En realidad yo tenía muy poco que ver con aquello; esa parte del viaje había sido posible gracias a las matemáticas, la física y un cerebro que podía procesarlas muchísimo más rápido y con mayor precisión de lo que yo podría jamás. Aunque también tuvo sus momentos de tensión. Viajando por vías no establecidas, existía la posibilidad de que nunca pudiésemos regresar al espacio real. Pero si lo hacíamos, tendríamos una vista de la galaxia de la que nadie habría disfrutado antes.

Durante las siguientes ocho horas terminamos pasando más tiempo en el espacio real que en el hiperespacio. Los saltos cortos de Drusil nos llevaron hasta sistemas nuevos, y ella, con la ayuda de Erredós, repasaba las lecturas de datos, escaneaba las estrellas y ajustaba sus cálculos para el siguiente salto. La animé a que se tomase todo el tiempo que necesitara.

La mayoría de sistemas que encontramos estaban llenos de planetas desiertos y gigantes gaseosos, pero en uno había un planeta habitable y con vida. Allí nos detuvimos algo más, apuntamos las coordenadas y el camino para llegar hasta allí, e hicimos algunos escaneados preliminares del planeta para su posterior análisis.

—Quizá contenga algo útil para mi padre —dijo Nakari—. Un premio de consolación por haber perdido la ventaja en Fex.

—También podría ser una base para la Alianza —dije, asegurándome de que Erredós apuntase los patrones climáticos e hiciese algunas lecturas atmosféricas—. Si el agua es

buena y no hay depredadores como los de Fex, podría ser el tipo de sitio que está buscando el almirante Ackbar.

La preocupación por estar perdidos en el espacio fue sustituida por la de volver a toparnos con imperiales cuando Drusil y Erredós anunciaron que volvíamos a transitar rutas establecidas, bordeando el extremo más remoto del espacio hutt y viajando hacia el norte galáctico, cayendo en un sistema desierto, y después trazando nuestro rumbo desde allí hasta Omereth.

Nuestra llegada definitiva al sistema Omereth fue una decepción. No me di cuenta de lo tensos que tenía los hombros hasta que vi que no había amenazas en el escáner, ni apenas ninguna nave en órbita alrededor del planeta. Eran yates particulares con poco armamento.

—Oh —dije, relajándome conscientemente—. Nadie nos dispara. Mejor así. Es el tipo de galaxia en el que quiero vivir, la verdad.

—Y yo —dijo Nakari, y después sacó una vista actual del planeta en el holo—. Uauh. ¿Seguro que hay tierra hay abajo? Parece una canica completamente azul con algunas nubes arremolinándose sobre ella.

—Te aseguro que hay terreno seco —dijo Drusil por el comunicador—. Le he dado las coordenadas del punto de encuentro a su excepcional droide.

—Gracias —contesté, sonriendo porque Erredós había ascendido a la categoría de *excepcional* a ojos de Drusil. Qué rápido y alto ascendía—. Erredós, introdúcelas y fija el rumbo. Recuperaré el control manual si es necesario —emitió un pitido que significaba que lo había comprendido y que me hizo lanzar un suspiro de felicidad. Miré a Nakari y sonreí—. Casi hemos terminado la misión.

—Lo sé. Una parte de mí no puede creer que lo hayamos logrado.

Mi sonrisa se desdibujó y volví a tensarme. Al destino a veces le divierte golpear a la gente que cree estar a salvo. Revisé los escáneres en busca de algún peligro y me aseguré de que los escudos seguían activos.

—¿Qué? —dijo Nakari—. ¿Luke?

—No es nada —dije—. También hay una parte de mí que no puede creerlo. La guerra me hizo creer que no hay nada sencillo. Pero quizá logramos despistar al Imperio con esos saltos hiperespaciales no cartografiados.

Resultó que habíamos despistado al Imperio y que Drusil tenía razón: jamás la buscarían en Omereth. Pero no eran imperiales los que nos esperaban cuando entramos en la atmósfera.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Cuando la *Joya del desierto* entró en la atmósfera de Omereth, la resistencia aerodinámica de estribor se hizo mucho más severa que cuando habíamos salido de Kupoh. Empeoraba notablemente a medida que descendíamos, hasta que terminamos volando con azul por encima y azul por debajo. No veía ningún rastro de humo detrás de nosotros, pero la sensación que daba es que debería de haberlo; sentí físicamente temblores en la nave.

—Esto no tiene buena pinta —murmuré.

Quizá había forzado demasiado el motor al escapar de los imperiales, o quizá había un problema en la aerodinámica; las modificaciones que habíamos hecho en el chasis podían haberse degradado en las turbulencias que encontramos al salir de Kupoh y empeorado aún más al entrar en la atmósfera aquí, generando un preocupante tirón en ese lado. Reducía significativamente la maniobrabilidad de la nave y dudaba que encontrásemos talleres mecánicos en aquel planeta. Virar a la izquierda era una lata y ahora la nave viraba por defecto a la derecha, con el mando de control bloqueado. Si lo tiraba hacia estribor, probablemente giraríamos sobre nosotros mismos descontroladamente.

Nakari frunció el ceño cuando se lo expliqué.

—Bueno, supongo que el motor cumplió su función, ¿no? De todas maneras, iba a ser temporal. ¿Podemos volver a la flota con un solo motor?

—Claro. Será un poco más lento, pero llegaremos. El hiperimpulsor está bien. Estoy pensando en apagar el motor ahora mismo. Podría recuperar algo de maniobrabilidad si es el motor de ese lado el que está causando el problema.

Desactivé el motor de estribor y se redujo parte de la resistencia y los temblores, lo que fue un alivio. El mando empezó a responder mejor también, aunque seguía queriendo desviarnos hacia estribor. Perdimos algo de velocidad, por supuesto. Estaba pensando que no la necesitábamos justo cuando una alarma parpadeó.

—Luke —dijo Nakari—, hay algo en el escáner. Dos algos. Naves provenientes de las coordenadas de nuestro punto de encuentro.

Drusil oyó esto por el comunicador y aventuró, con una nota de esperanza en la voz:

—Quizá mi familia viene a recibirme.

Al principio no contesté y examiné los datos que aparecían en las lecturas del escáner. Debía decirle a Drusil que su suposición era altamente improbable.

—No lo creo. Eso no son lanzaderas particulares. Son naves personalizadas como esta, volando a gran velocidad. Y, ah, acaban de activar sus escudos deflectores. Es evidente que no son amigos.

Activé nuestros escudos y se me cayó el alma a los pies cuando me planteé nuestras opciones. Aquellas naves eran mucho más rápidas que nosotros en ese momento. Y podían serlo aunque activase el motor de estribor. Pero activarlo significaría perder la poca agilidad que había recuperado a cambio de una velocidad insuficiente. Tampoco

había barrancos ni accidentes en el terreno que pudiese aprovechar, estábamos sobre kilómetros y kilómetros de agua.

—¿Quiénes son esos tipos? —preguntó Nakari.

—Son cazarrecompensas —dije. De los pacientes. Y la única explicación de que estuviesen allí esperándonos era que hubiesen estado siguiendo a la familia de Drusil. La mitad de la operación que correspondía al mayor Derlin, como temía, se había visto comprometida. No era de extrañar que no hubiésemos tenido ninguna noticia al respecto. Deseé que la familia de la givin siguiese a salvo; no habían puesto precio a sus cabezas, por lo que yo sabía, así que era posible que los cazarrecompensas se hubiesen limitado a mantenerlos vigilados, esperando nuestra llegada. Y deseé que el mayor estuviese bien, si es que seguía en el planeta.

Drusil no hizo ningún comentario por el comunicador. Era brillante, y ahora que tenía nueva información podía ver las probabilidades con mucha mayor claridad que yo.

—Nakari —dije en voz baja—. Haga lo que haga, estamos en desventaja. Será mejor que nos preparemos para un amerizaje de emergencia.

—Oh. Vale —asintió y empezó a desatarse—. ¿Y tu droide?

—Sus sistemas eléctricos son herméticos, así que puede sobrevivir al baño, aunque no es muy buen nadador. Tendremos que ayudarle.

—Entendido —se agachó y me besó la coronilla antes de salir—. Buen vuelo, piloto mío.

Las naves de los cazarrecompensas estaban diseñadas con siluetas finas como la de la *Joya del desierto* para ser difíciles de atinar. Una era oscura, plana y achaparrada, como una tostada malvada armada y voladora; y la otra volaba como una aguja vertical, parecida a un Ala-B, con la cabina arriba y una batería rectangular de láseres debajo que disparaban en secuencia y repetidamente una andanada de descargas prácticamente imposible de esquivar.

Solo disparaba la nave aguja y, aunque conseguí esquivar varias descargas y les lancé un par de golpes, recibimos tantos impactos en la primera pasada que nuestros escudos se redujeron a mínimos peligrosos. Probablemente no sobreviviríamos a la siguiente.

Pero se produjo una situación extraña. Una voz irritada regañó a la nave aguja por un canal abierto, exigiéndole que dejase de disparar o sería destruida. Como no había más naves alrededor, la voz solo podía ser la del piloto de la tostada voladora. Reñía al piloto de la aguja que intentaba destruirnos, puesto que daban una considerable recompensa por nosotros y difícilmente podrían cobrarla si desaparecíamos en el océano. Aproveché para buscar una vía de escape. Delante de nosotros y ligeramente hacia babor había una isla, de unos veinte o treinta kilómetros cuadrados, con colinas boscosas sobre una laguna resguardada y con una playa de arena. Lo ideal sería aterrizar en la playa y correr a ponernos a cubierto, pero recordé la advertencia del almirante Ackbar sobre los mares del planeta, y si nos veíamos obligados a posarnos antes de llegar a la isla, quería nadar lo menos posible.

Estábamos casi en la playa, volando lentamente solo treinta metros por encima del agua. El escáner mostró más naves viniendo desde las coordenadas del punto de encuentro, al este; más lentas y voluminosas que las dos primeras pero sin duda pilotadas también por cazarrecompensas. Quisieran destruirnos o capturarnos, empecé a sentir que nos seguía una bandada de aves carroñeras.

La nave aguja volvió a dispararme desde su densa batería de cañones, y cuando lo hizo, la tostada voladora disparó contra ella, y me pareció entender por qué. El piloto de la aguja no quería tanto capturarnos a nosotros como impedir que nos capturase ninguno de los demás; en particular el de la tostada voladora. Existía una especie de rivalidad interna y el piloto de la aguja no jugaba para ganar sino para hacer perder a todos los demás.

Aunque los que más perderíamos éramos nosotros. Esquivé la mayoría de descargas, pero unas cuantas nos alcanzaron y agotaron nuestros escudos, y después otra alcanzó y dañó nuestro motor de babor. La nave dio una sacudida y el rastro de humo que esperaba antes finalmente apareció.

Pensé que aquel iba a ser nuestro fin, pero los escudos de la aguja se disiparon bajo el implacable bombardeo de otro cazarrecompensas, y después la abatieron, cayendo en pedazos al agua.

—¡Bajamos! —dije.

—¡Voy! —dijo Nakari.

No sabía por qué venía cuando la rampa de aterrizaje estaba detrás de la cabina, pero no había tiempo para discutir. Forcejeé con el mando y el motor averiado tanto como pude para poder deslizamos sobre la superficie del agua al entrar en contacto con la laguna verde. Llegaron gritos alarmados de Nakari, Erredós y Drusil cuando todos salieron disparados hacia la cabina por el impacto, reuniéndose conmigo. Nakari llevaba delante el No sé qué Acuático de Emergencia de Biolaboratorios Kelen, no entendí bien el nombre, y eso le salvó de golpearse la cabeza con el techo de la cabina. Gruñó al chocar y me dijo que me desabrochase los correajes mientras empezábamos a hundirnos en las oscuras aguas de la laguna, que ahora parecía bastante profunda, aunque era una ensenada resguardada.

—¡No toques la rampa de aterrizaje! —dijo, lanzándome un filtro acuático para mis orificios nasales. Llevaba su lanzaproyectiles atado a la espalda y la chaqueta abrochada hasta arriba—. Vamos a salir por aquí, pero debemos hacerlo antes de hundirnos demasiado.

—¿Cómo?

—Apertura manual y eyección mecánica del parabrisas. Subirá y se echará hacia atrás, entrará agua, agarramos a Erredós y salimos de la nave, le colocamos la balsa debajo y lo llevamos hasta la superficie —giró unos mandos negros y activó palancas en tres puntos del borde la cabina, del lado del copiloto—. Debes girar estos a la derecha y después bajarlos en tu lado también.

No había reparado en ellos antes, pero los mandos y palancas estaban allí, disimulados en el ribete de la ventana. Presumiblemente abrían el sello hermético. El aire de dentro de la nave le había dado algo de flotabilidad, pero la echaríamos a perder en un momento y nos hundiríamos más rápido. Fui activando los mandos hasta que un hilillo de agua empezó a entrar por los bordes.

—¿Lista? ¿Lleváis vuestros respiradores? Agáchate junto a Erredós y hagámoslo. ¿Drusil?

—Lista —dijo la givin. No llevaba un aparato respirador en la nariz, pero cualquier ser capaz de sobrevivir en el vacío un día entero podía sobrevivir en el agua unos minutos. Estaba apretada contra el mamparo, anticipando la inminente avalancha de agua. Llevaba su hardware informático, presumiblemente sumergible, en la mochila que llevaba colgada al hombro. Me agaché junto a Erredós y Nakari bajó una palanca situada sobre el parabrisas. La nave se sacudió, un ruido metálico reverberó alrededor de nosotros, y entonces se oyó un siseo y un *fuosh* que anunció la eyección del transpariacero de su moldura y la consiguiente inundación de la nave. Erredós emitió un pitido alarmado, yo grité por el impacto del agua fría y abracé al droide para afianzarnos.

El parabrisas salió, como Nakari había dicho, y la nave empezó a hundirse más rápido en la oscuridad a medida que se llenaba de agua. Nakari se colocó al otro lado de Erredós, poniendo su mano herida sobre la mía, y juntos nos empujamos contra la cubierta y salimos de la nave en una fuente de burbujas.

A diferencia de esas burbujas, nosotros no subíamos. El peso de Erredós nos estaba hundiendo a pesar de estar nadando frenéticamente. Nakari puso la mano derecha, en la que llevaba la balsa de emergencia, directamente debajo de Erredós y activó el inflado automático. La bomba que había en su interior liberó los gases y una gran balsa se hinchó debajo de nosotros. Erredós, Nakari y yo pudimos apoyarnos en ella. Dejamos de descender y empezamos un lento ascenso, que iba adquiriendo una velocidad alarmante a medida que la balsa se inflaba del todo. A medio camino de la superficie, me di cuenta de que Drusil no estaba en la balsa con nosotros. Y un segundo después, de que la salida del agua no iba a ser precisamente suave. Salimos del mar y fui proyectado a varios metros de altura. Erredós se quedó en la balsa porque pesaba demasiado y estaba en el centro, pero Nakari voló incluso más que yo. Los dos caímos al agua, dejando a Erredós momentáneamente solo en la balsa. Una mano me sujetó la túnica y tiró de mí mientras intentaba nadar para volver a la superficie; era Drusil. Emergimos junto a la balsa y sonreí aliviado cuando vi a Nakari aparecer poco después. Me devolvió la sonrisa y subió a la balsa.

—Buen vuelo, piloto.

—Sí, vaya.

—En serio. Seguimos vivos y estamos cerca de la orilla —reptó hasta el lado en que estábamos nosotros y nos ayudó a subir.

—Sí, pero no tenemos ninguna forma de llegar al punto de encuentro.

—Cada cosa a su tiempo. Ahora mismo lo único que necesito es llegar a la orilla, y tengo posibilidades de conseguirlo, por lo que me alegro. Lo conseguimos, Luke.

Un silbido reverberante sobre nuestras cabezas nos hizo mirar al cielo, donde vimos la nave tostada negra descendiendo con sus propulsores y planeando en el centro de la laguna, a cuatro metros de altura, rizando el agua a sus pies. Estaba a una distancia segura de nosotros; no podíamos llegar hasta ella sin un par de remos y un esfuerzo tremendo, mientras que el piloto solo tenía que apretar el gatillo. La cabina de la nave apenas era discernible, pintada de negro como el resto de la nave. Aunque Nakari consiguiera colocar su lanzaproyectiles en posición de disparo, no sabría adonde apuntar; y de todas formas el cazarrecompensas tendría los escudos activados.

—Cada vez que dices «lo conseguimos» pasa algo malo —dije yo.

—La correlación no indica causalidad —contestó ella—. Pero sí. Maldita sea.

Una voz metálica surgió de la nave negra.

—No toquen sus armas —dijo—. Sigan hasta la costa, donde la givin…

Sin previo aviso, algo realmente enorme emergió de la laguna bajo la nave, abriendo las fauces y tratando la nave del cazarrecompensas precisamente como la tostada que parecía y devorándola. Oímos un grito del cazarrecompensas por sus altavoces y vimos un intento de huida tardío, pero la emboscada era perfecta y desapareció en la masa de una bestia que parecía ser una anguila de proporciones épicas. Sabíamos que había empezado a disparar sus blasters antes de que la criatura volviera a sumergirse en las profundidades, pero jamás lograría escapar de aquel cuerpo ni aunque matase a la criatura desde dentro.

Las advertencias del almirante Ackbar sobre el planeta estaban bien fundadas. Nuestro aterrizaje forzoso y posterior eyección sin duda habían atraído la atención del depredador.

Un efecto colateral de la aparición de la bestia fueron dos olas impresionantes; una al emerger y la otra al volver a entrar en el agua. Ambas nos levantaron y propulsaron hacia la orilla. Nakari me miró moviendo las cejas cuando aterrizamos en la playa, pero mantuvo los labios fruncidos en un una sonrisa apenas contenida cuando ayudamos a Erredós a bajar a la arena.

Cuando los cuatro tuvimos los pies sobre la orilla, dijo:

—¿Qué te dije, Luke?

Alargué mi brazo en un gesto de pánico.

—No, no, no lo repitas…

Nakari levantó un puño y gritó:

—¡Lo conseguimos! ¡Uooooh!

Y ahí es cuando las naves más lentas que había visto en el escáner antes de estrellarnos llegaron a la laguna, buscándonos, con sus alas repletas de armas. Había seis.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Nakari y yo salimos corriendo inmediatamente hacia los árboles, tomando la decisión estratégica de dejar a Drusil sola y siguiéndonos. Eramos prescindibles para los cazarrecompensas, ella no. Desde aquel ángulo las naves no podían dispararnos sin correr el riesgo de alcanzarla. Nos servía de escudo y nos permitió llegar a cubierto. Los cazarrecompensas tendrían que aterrizar y seguirnos a pie, lo que no les resultaría tan sencillo.

Cuando llegamos al cobijo de las copas de los árboles, Nakari sacó su lanzaproyectiles y lo revisó para asegurarse de que seguía funcionando después del baño en la laguna. Satisfecha, sacó su blaster y se lo lanzó a Drusil.

—Creo que deberías quedarte con Drusil y dirigirte hacia ese terreno elevado —dijo, apuntando a un promontorio al sur—. Yo os cubriré y dispararé a todo el que os siga.

—¿Pero y si te siguen a *ti*? —pregunté.

—Me llevaré el droide, por lo que nuestro rastro será inconfundible. Nunca creerán que nos hayamos separado y hayamos puesto su carísima presa bajo la protección de un astromecánico, ¿no? Te siguen a ti y yo me los cargo. Solo tienes que correr tanto como puedas.

Asentí.

—De acuerdo —dije, y los dos dimos un par de pasos en direcciones distintas, pensando solo en la misión. Pero entonces nos detuvimos, pensando el uno en el otro, y nos quedamos petrificados. Los dos esperamos que el otro hablase, y los dos hicimos un par de arranques interrumpidos, simultáneos, lo que nos hizo callarnos y esperar que el otro prosiguiera, y la situación se hizo más incómoda a cada segundo que pasaba; y más terrorífica. Estaba horrorizado ante la idea de que lo que dijese a continuación no fuese acertado; excesivo o escaso, completamente inapropiado y muy alejado de lo que ella quería oír. Nakari debió de sentir algo parecido, podía decirme cualquier cosa, pero eso probablemente tampoco era acertado.

—¿Qué pasa? —preguntó Drusil—. No estoy familiarizada con este comportamiento humano. ¿Han perdido el habla?

—No —dijo Nakari, y dio tres zancadas largas hacia mí. Adelantó la cabeza y sus labios besaron los míos brevemente, y después nuestras miradas se encontraron—. Cuídate, Luke.

Aquello era muy acertado, comparado con todas las frases que había estado considerando, así que asentí con cierto alivio y contesté:

—Tú también.

—Eso ha sido asombrosamente directo —comentó Drusil, claramente confundida—. ¿Cuál era la dificultad que les impedía expresar deseos tan cotidianos?

Las palabras de la givin suscitaron sonrisas nerviosas en los dos, pero le agradecí que las hubiese dicho. La mirada de Nakari me lo dijo todo, y espero que la mía le transmitiese lo mismo. Sin embargo, dije:

—No hay tiempo para explicaciones —aparté la vista de Nakari para contemplar el aterrizaje del primer cazarrecompensas en la playa—. Tenemos que irnos —pensando en el extenso catálogo de Armamento Utheel en Rodia, y en el de otras empresas similares de toda la galaxia, le di las instrucciones finales a mi droide.

—Erredós, asegúrate de escanear los infrarrojos y otros canales además del visual, e informa a Nakari si ves algo que ella no vea. Sin duda, esos cazarrecompensas guardan algunos trucos en la manga.

Acató la orden con un breve eructo electrónico y su cúpula rotó para mirar hacia la laguna.

Después de eso nos separamos y Drusil me siguió en cuanto eché a andar entre los árboles hacia la colina del sur. Esperaba no estar corriendo hacia un precipicio; con tantas cosas llamando mi atención durante el vuelo, no había conseguido memorizar la topografía de la isla, ni siquiera le había podido echar un buen vistazo, más allá de localizar una zona de aterrizaje de emergencia.

Mientras íbamos hacia el sur, Nakari y Erredós se desviaron hacia el sudeste. En el espacio eso puede transformarse rápidamente en distancias vastísimas pero, a pie en una islita, solo supuso una distancia de unos centenares de metros. Nakari iba por el bosque en silencio, pero Erredós hacía ruido por los dos. Los astromecánicos son lo contrario del sigilo y están mal adaptados para avanzar campo a través por una isla básicamente rocosa cubierta de una fina capa de tierra y heléchos. Los árboles no podían hundir sus raíces profundamente en la roca, así que aquellas raíces surgían del suelo como serpientes de madera, listas para hacernos tropezar y ralentizar el progreso de un droide rodante. Sus troncos blancos eran comprensiblemente finos, pero sus copas y amplias hojas proyectaban una sombra muy extensa.

Cuando miré el rastro que estábamos dejando, vi que Drusil movía permanentemente la cabeza, pequeñas sacudidas como las de un pájaro.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté.

—Recopilando datos.

Un gemido mecánico anunció la proximidad de una moto deslizadora. Uno de los cazarrecompensas debía de haberla desplegado desde su nave, para poder atraparnos más rápidamente. Tenía curiosidad por ver cuándo los recién llegados empezaban a enfrentarse entre sí y esperaba que fuese rápido. Si se concentraban en atraparnos y dejar sus disputas para más adelante, estábamos fastidiados. Era mucho mejor que se devorasen entre ellos y redujeran su número.

—Vienen —le dije a Drusil. Me detuve un momento y me di la vuelta—. Utilice un árbol para cubrirse. Yo me ofreceré como blanco —di un paso hacia la derecha y vi el deslizador serpenteando entre los árboles y viniendo hacia nosotros. Lo pilotaba un humano con anteojos y una capa oscura ondeando tras él.

—Amigo, no es necesario —dijo Drusil.

—¿Qué quiere decir?

Sonó un chasquido y el cazarrecompensas cayó de la deslizadora, enviando el vehículo en una caída descontrolada que terminó en una fuerte colisión con el suelo, que fue mitad metal crujiendo y mitad huesos rotos. El estallido posterior de los pájaros de los árboles cercanos, asustados, hizo estremecer el aire.

—Su hembra es una tiradora extraordinariamente buena —dijo Drusil—. Era altamente probable que eliminase la amenaza antes de que tuviésemos que preocuparnos por ella.

—¿Mi *hembra*? —dije, girando sobre mí mismo para seguir corriendo hacia terreno elevado.

—¿No son pareja?

—No lo sé… seamos que lo que seamos, no la llame así, ¿vale? No me parece muy adecuado —retomé el paso.

—Pero está definido así en básico —insistió Drusil, que me seguía de cerca—. ¿Se puede decir de otra manera?

—Sí… de muchas otras.

—Mis más sinceras disculpas —dijo Drusil, en tono atento—. No sabía que esa palabra podía causar problemas psicológicos a su especie.

—No pasa nada, olvídelo. Aún quedan cinco cazarrecompensas y tenemos que subir una colina.

—Apenas hay donde cubrirse aparte de los finos troncos y arbustos ocasionales —observó Drusil—. Esos heléchos no nos llegan ni a las rodillas, por bonitos que sean.

—Debemos aprovechar tanto como podamos los árboles —dije—. Y quiero que eche el cuerpo a tierra cuando empiecen los tiros. Desaparezca entre los helechos.

No respondió, probablemente porque el esfuerzo de correr colina arriba nos tenía extenuados a ambos. Cuando llegamos a la colina, observé con satisfacción que no era el borde de la isla; la colina descendía hasta el agua por el otro lado.

También había un afloramiento rocoso cercano que podría servirnos como refugio si necesitábamos huir por allí. Pero no quería ir hacia allí todavía; aquí teníamos buen campo de visión y era poco probable que los cazarrecompensas nos atacasen por la espalda. Seguramente, aquella isla también era desconocida para ellos.

—Coloquémonos detrás de los árboles —dije, yendo hacia uno cercano que ofrecía una buena vista de la ladera.

—Sería mejor uno más pequeño —dijo Drusil.

—¿Por qué?

—Su… El campo de fuego de Nakari Kelen será más franco desde allí.

—¿Cómo puede saberlo? Si ni siquiera sabe dónde está.

Nakari se había puesto a cubierto con Erredós hacia nuestra derecha y probablemente más abajo de la colina.

—No necesito esa información para decidir dónde colocarnos. Coloque los árboles u obstáculos en una cuadrícula, calcule los vectores, teniendo en cuenta las variaciones de

elevación, por supuesto, y quedará claro que si descendemos un poco maximizaremos su eficacia.

—De acuerdo. Dígame dónde deberíamos escondernos.

En vez de responder verbalmente, Drusil bajó por la colina unos diez metros y se arrodilló tras un árbol de tronco blanco con puntos negros de viejas ramas caídas. Señaló otro contiguo, indicando que me pusiera tras él.

Agachándome mientras caminaba, confirmé visualmente que podíamos ver el terreno bajo a nuestra derecha algo mejor desde allí; y probablemente Nakari también podía vernos algo mejor, como a cualquiera que se acercase a nosotros.

La colina estaba silenciosa. Los pájaros ya habían echado a volar, probablemente a un lugar más tranquilo de la isla o a otra isla, e incluso el zumbido de los insectos amainó. No me pareció que hubiese mamíferos que pudiesen molestarnos o a los que pudiésemos molestar, tampoco; dudaba que hubiese alguna fuente de agua potable en la isla, excepto la de la lluvia que cayera.

El silencio y tensión de una caza no es la mejor emoción cuando eres la presa. Como mínimo, debía de haber un cazarrecompensas viniendo hacia nosotros a pie, si no más, pero no vi movimiento entre los árboles y no oí nada más que el leve zumbido de las naves apagando los motores en la laguna o dejando sus motores en punto muerto, listas para despegar.

Eché un vistazo a Drusil y vi que estaba familiarizada con el blaster; de hecho, estaba practicando el disparo, sacando el dedo del gatillo tras disparar.

Los segundos pasaban casi en silencio y me pareció oír un leve zumbido mecánico, pero fue hacia la derecha y es posible que hubiese sido Erredós.

Es más, fue Erredós; lanzó una descarga de su blaster de iones (el añadido que habíamos instalado en Denon para eliminar al droide de seguridad de Drusil) justo por delante de nuestros ojos, de derecha a izquierda. La descarga eléctrica blanca se estrelló y chisporroteó contra un obstáculo en forma de huevo, que burbujeó, reventó y se hizo trizas, revelando a un cazarrecompensas rodiano que se acercaba a nosotros con un generador de campo de sigilo que llevaba en su cinturón. Era rápido: levantó su blaster y realizó tres disparos al punto de origen, acertando al menos uno, a juzgar por el chillido agudo de Erredós.

No logró realizar un cuarto disparo. Con su campo de sigilo anulado, Nakari podía verlo y le metió una bala en el ojo que estalló en la parte trasera de su cabeza como una fruta jogan. Dos menos, quedaban cuatro.

Deseé que Erredós no estuviese seriamente dañado. Vi un hilillo de humo elevándose entre los árboles, desvelando su posición, pero estaba gorjeando airadamente, así que era evidente que no había quedado fuera de servicio.

El problema era que estaba delatando su ubicación; y la de Nakari, si estaba escondida con él. Lo más inteligente sería que se alejase del droide.

Drusil hizo un comentario.

—El daño sufrido por su droide reduce nuestra ventaja táctica. Después de ver lo que les ha pasado a sus colegas y teniendo un blanco claro que seguir, los demás cazarrecompensas pueden atacar a nuestros compañeros en vez de subir la colina. En ese caso pueden plantearse rodearnos. En cualquier caso, Nakari ya no puede sorprenderlos.

—Quizá podamos sorprenderlos *nosotros* —dije en voz baja, y señalé dos bípedos de piel cetrina vestidos para el desierto—. ¿Los ve? Dos más avanzando entre los árboles, trabajan en equipo. Weequays.

—No había visto nunca un miembro de esa especie.

—Tienen el pellejo duro. Naturalmente resistente al fuego de blaster. A los hutts les gusta usarlos como guardaespaldas y cazarrecompensas.

Drusil miró hacia abajo, examinando su arma.

—Si son resistentes a nuestros blasters, ¿qué podemos hacer?

—Resistentes no significa invulnerables. Nakari tendrá más facilidad para abatirlos con su lanzaproyectiles, por supuesto, pero podemos herirlos. Si les disparamos, llamaremos la atención de Nakari, y la suya, y ella podrá abatirlos mientras los mantenemos ocupados.

—Si ella es quien puede eliminarlos con mayor facilidad, deberíamos aprovecharlo. Si me permite un comentario, hay seis naves operativas en la laguna para robar. Nuestras posibilidades de sobrevivir sin robar una son bastante bajas.

—Los cazarrecompensas son paranoicos —dije, negando con la cabeza—. Tendrán bloqueos de identidad en la secuencia de encendido, puede incluso que hayan instalado trampas para que nadie pueda volar con sus naves.

—¿Y? Está con la persona mejor capacitada para penetrar en cualquier sistema informático de la galaxia —dijo Drusil, y se encogió de hombros al ver mi reacción—. O *una* de las más capacitadas. Que mi imprudente expresión de autoconfianza le tranquilice en lugar de impactarle. Llévenos de vuelta a la playa vivos, Luke Skywalker, y yo conseguiré una nave.

—¿Cuánto tiempo necesitará?

—Si están extraordinariamente equipadas, puedo necesitar media hora, como mucho. Si alguna nave parece difícil y estamos apurados de tiempo podemos elegir otra. Las posibilidades de que tengan sistemas de seguridad complicados de desactivar son pequeñas.

—Muy bien, volvemos a la laguna. Pero antes tenemos que eliminar a esos weequays. Puede que ese rodiano tenga algún arma adicional que pueda usar.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

A veces los planes sencillos son los mejores. O no tener ningún plan, que es como le suele gustar pelear a Han.

—Si los planes solo valen hasta que te encuentras al enemigo, chico, ¿por qué hacer planes? —me dijo una vez—. Perder el tiempo en algo que va a morir en unos segundos, es decir el plan, es una pérdida de tiempo —cuando le dije que aquello era una lógica circular me contestó que no le hiciese perder el tiempo—. Destrúyelo todo y pilota una nave rápida. Y lleva un wookie. A mí me funciona.

Yo no tenía wookie ni nave rápida, pero podía destruirlo todo. Empecé a disparar a los weequay para obligarles a ponerse a cubierto y detener su avance; cuando se agachasen y abrieran fuego, Nakari haría agujeros de bala en sus sienes como puntos al final de una frase. Drusil se unió a mí y demostró tener bastante puntería. Realizó menos disparos, pero bien dirigidos; el primero alcanzó a uno de los weequay en el hombro y lo abatió. Su socio se lanzó a los helechos, pero ambos asomaron tras los árboles y dispararon salvajemente, sin peligro de alcanzarnos.

Descubrí que los árboles no eran muy buen refugio cuando alcancé uno y se hizo astillas. Era madera blanda y esponjosa que volaba hacia atrás mientras el árbol caía hacia delante; la copa nos tapó la vista unos segundos. El cazarrecompensas aprovechó para cambiar de sitio y el chasquido del rifle de Nakari sonó dos veces. No lo vi caer, pero no se levantó para volver a dispararnos.

El tronco del árbol tras el que estaba arrodillada Drusil estalló tras una descarga del otro cazarrecompensas y cayó hacia atrás. Drusil rodó hacia mí y lanzó cuatro disparos a los weequay. Puede que disparase enfadada; su expresión no me permitía saberlo. Combinados con mis propios disparos, uno de nosotros le alcanzó y cayó de espaldas sobre los helechos; abatido pero no eliminado.

—Se moverá y volverá a disparar desde otra posición —masculló Drusil, más para sí misma que para mí, y después añadió con mayor claridad—. Probablemente hacia la izquierda, de diez a quince metros.

Tuvo razón solo en parte. El weequay salió de su escondite hacia la izquierda pero no disparó. Echó a correr colina arriba, una maniobra que lo colocaría detrás de nosotros, dejándonos entre él y Nakari.

Pero Nakari no pensaba permitírselo. No había recorrido veinte metros antes de que el chasquido de su lanzaproyectiles resonara en el aire y lo derribase.

—Cuatro menos —dije, permitiendo que una nota de esperanza reptase por mi voz. Habíamos elegido bien nuestras posiciones y ahora solo quedaban dos.

—El aqualish dará problemas —dijo Drusil.

—¿Qué aqualish? ¿Dónde?

—El de abajo, con un lanzagranadas.

Y dio problemas. Al principio no lo vi, pero finalmente detecté movimiento en los árboles. Tenía los miembros gruesos, dos colmillos y grandes ojos negros. Aquellos

árboles débiles ya habían demostrado ser malos refugios, y Nakari y Erredós no tenían nada más, ni nosotros. El cazarrecompensas no nos lanzaría una granada por miedo a matar a Drusil, pero no se acercaba a nosotros. Nakari era su prioridad. Había sido tan eficaz que había quedado claro que era la principal amenaza.

—Tenemos que abatirlo —levanté el blaster y lo afirmé colocando la mano izquierda debajo y bloqueando los codos. Mi primer disparo fue claramente hacia él, pero no lo alcanzó porque se estrelló con un tronco y perdió parte de la energía.

—A esta distancia y con tantos obstáculos, es complicado disparar con precisión con un blaster de mano —comentó Drusil—. Deberíamos acercarnos. Manténgase alerta al último cazarrecompensas.

No lo dudé. Me puse en pie y exploré el terreno que tenía delante, buscando un disparo claro, sujetando mi blaster con las dos manos, listo para disparar en cuanto se presentase la oportunidad. Pero el aqualish vio su oportunidad antes que yo. Apuntó su arma hacia arriba, y un ruido resoplado anunció su primera granada.

—No —dije, y disparé lo mejor que pude. Di a un tronco cercano al cazarrecompensas, que ni siquiera giró la cabeza. Lanzó otra granada justo después de que la primera aterrizase y sacudiese la isla con un impacto perceptible. No cayó demasiado cerca de Nakari, ni la segunda, pero creo que solo estaba afinando la puntería.

Renuncié a abatirlo puesto que lo único que alcanzaba eran árboles, así que apunté a los árboles; los que podían caer sobre él para que dejase de lanzar granadas el tiempo necesario para poder causarle daños más serios. Drusil me ayudó y varios empezaron a caer alrededor del cazarrecompensas, pero logró lanzar dos granadas más antes de quitarse de en medio rápidamente, acuciado finalmente por nuestro tiroteo.

Desesperado, me proyecté con la Fuerza, intentando localizar las granadas y desviarlas al menos ligeramente, pero no lograba encontrarlas ni sentirlas. Aunque sí sentí la presencia de Nakari y del aqualish corriendo a ponerse a cubierto, y también al último cazarrecompensas, un trandoshano reptiliano, agazapado en los helechos, cerca de la laguna, mirándolo todo. Y pude sentir todo eso mientras las granadas caían y hacían temblar el suelo. Y un grito de dolor, interrumpido, acompañado de un gemido de Erredós, y después hubo un vacío en la Fuerza allí donde un momento antes estaba Nakari.

Entender lo que aquella ausencia significaba fue un golpe durísimo. No lo había visto con mis ojos pero, con la Fuerza, había sentido que la vida de Nakari se extinguía, y en aquel vacío surgió la ira; ira y una sensación de poder puro e invencibilidad. Con una claridad que no había sentido jamás, supe exactamente dónde se había metido el aqualish y también el trandoshano. Este último había decidido seguir al aqualish antes de venir a por nosotros, prefiriendo deshacerse del tipo del lanzagranadas antes de abordar a los de los blasters.

Estaba de acuerdo con él: había que eliminar al aqualish. Di un paso para unirme a la caza, pero me detuve, respirando con dificultades, sudando a mares aunque por dentro sentía mucho frío y el poder de la Fuerza agitándose en mi interior.

—No me encuentro bien —mascullé y cuando Drusil me pidió que se lo aclarase, no respondí. Era la sensación de invencibilidad la que me preocupaba; acababa de descubrir gracias a la Fuerza que no somos ni mucho menos criaturas invencibles, aunque la Fuerza me sugería que de alguna manera yo sí lo era. Me estremecí por la emoción y el poder, sentía la Fuerza como nunca antes; cálida y afectuosa, apoyándome. Me asustaba tanto la falta de familiaridad con esa sensación como no saber qué hacer con toda aquella energía.

Así que me quedé quieto, dejando a los cazarrecompensas persiguiéndose y ralentizando conscientemente mi respiración, intentando calmarme y controlar el impulso de arremeter sin pensar. De haber tenido delante al aqualish, dudo que hubiese podido refrenar aquel impulso, pero aún estaba bastante lejos y había cambiado de táctica, intentando acercarse y usar un blaster ajustado al modo aturdidor. Percibí que no era consciente de que le estaban siguiendo.

—Luke, no hace muy buena cara. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Necesito un minuto, Drusil —conseguí decir, dándome cuenta de que aún no sabía que Nakari había muerto. El mero hecho de pensar eso rellenó el vacío en la Fuerza con más ira y vi qué tipo de espacio era, un agujero negro que por mucho que lo alimentase nunca tendría suficiente. Quizá no volvería a sentir calor si no lograba mantener el control.

Colina abajo se oyó fuego de blaster, un intercambio de calor letal entre los dos cazarrecompensas, y cuando la presencia del aqualish desapareció de la Fuerza, sentí que se había hecho cierta justicia. Otra respiración profunda y abrí los ojos, sintiendo que recuperaba algo parecido a la calma.

—Ahora solo queda uno —dije.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. El trandoshano, ¿lo ha visto?

—Sí, antes, pero estaba preocupada por usted y he dejado de mirarlo unos diecinueve segundos.

—Bueno, no nos quedemos aquí plantados. Mejor no. Ya hemos tentado bastante a la suerte. Volvamos a la playa, como sugirió, y robemos una nave.

—¿Cree que Nakari abatirá al…?

—No —dije, interrumpiéndola y negando con la cabeza—. Las granadas.

—Oh —dijo Drusil, y se llevó una mano al cuello. Por primera vez me pareció ver emoción en su rostro—. Es desgarrador. ¿Lo ha visto?

—No —miré al suelo, intentando mantener la compostura—. Lo sentí.

—Lo siento mucho.

—Yo también.

La givin giró la cabeza para mirar colina abajo.

—Pero entonces tendremos que ocuparnos del trandoshano nosotros.

Eso hicimos, pero en algún momento la claridad perceptiva que había alcanzado se fue disipando junto a mi ira. Ya no sentía la presencia del cazarrecompensas en la Fuerza. Todo lo que había percibido se había perdido.

—Estoy seguro de que aparecerá si nos quedamos aquí —dije.

—Espera —dijo la givin, mirando el bosque. Señaló con uno de sus pálidos dedos—. ¿Ve esos arbustos entre los dos árboles seis grados a la izquierda del eje y de nuestra posición? Dispare.

Miré entre los árboles hasta que encontré los arbustos a los que se refería.

—¿Por qué? ¿Ha visto moverse algo?

—No. Pero basándonos en los cobijos disponibles, la geométrica espacial y sus movimientos previos, la probabilidad estadística de que esté ahí es bastante alta.

No pensaba discutir. Aunque fallase, eso probablemente le haría salir.

—¿Disparo al centro?

—Justo a la derecha del centro. Yo dispararé un poco más a la derecha, más cerca del árbol. Nuestro premio fue un grito dolorido de sorpresa y realizamos unos cuantos disparos más. Miré a la givin, sin poder creer que hubiese averiguado la posición del cazarrecompensas con tanta precisión, y ella se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? Matemáticas.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Un hecho espeluznante pero fiable de las naves de cazarrecompensas personalizadas es que siempre puedes contar con que llevará bolsas para guardar cadáveres en algún sitio, para transportar fácilmente a sus víctimas. A menudo tienen también almacenes refrigerados y una pequeña sala que usan como celda para aquellas presas que deben entregar vivas.

Por mucho que doliera, busqué y encontré una bolsa para el cuerpo de Nakari en una de las naves que tenía la bodega abierta, después subí al bosque y finalmente la vi con mis propios ojos, confirmando lo que ya había sentido. No podía dejarla en Omereth. A Fayet Kelen ya le habían arrebatado a su mujer, sin posibilidad de despedirse de ella y hacer el duelo. Lo mínimo que podía hacer era llevarle su hija a casa, a ella le debía mucho más que eso.

Nakari tenía agujeros irregulares por el cuerpo por culpa de la metralla, pero me alivió ver que al menos estaba de una pieza y tenía los ojos cerrados. Erredós esperaba al lado, humeando aún por donde una descarga había destruido su blaster de iones y parte del enchufe al que iba conectado. El resto del droide estaba cubierto de una fina capa de polvillo negro y carbón. Me recibió con un gemido malhumorado en vez de su habitual verborrea.

—Te repararán, Erredós —le tranquilicé, y entonces me arrodillé junto a Nakari, con lágrimas en los ojos y, de una manera extraña, agradecí tener la vista borrosa y las dejé brotar; no lo había hecho antes porque no me había parecido momento de llorarla. Ben estaba conmigo cuando descubrí los cuerpos quemados de mis tíos y yo me contuve por la conmoción, diciéndome que el Imperio nos estaba siguiendo y que teníamos que llegar a Alderaan. Cuando Vader abatió a Ben, tampoco tuve tiempo para llorarlo, porque tenía que escapar de la Estrella de la Muerte y librar la Batalla de Yavin. Perdí a mi amigo Biggs por culpa de un caza TIE en esa batalla, pero apenas pude permitirme pensar ni un momento en ello porque tenía que acribillar una trinchera. Después, increíblemente, ganamos y todo el mundo se puso muy contento, y después de eso siempre he tenido trabajo por hacer. Nunca era el momento de detenerse y sentir todo lo que había perdido. Pero ahora tenía tiempo: el Imperio no sabía dónde estaba, Drusil esperaría hasta que volviera y Erredós no me juzgaría. Así que finalmente abrí esa botella interior en la que lo había guardado todo y dejé que saliera la pena. La sonrisa de Nakari, las enseñanzas de Ben, mi tía y mi tío, las bromas con Biggs, y mucho más; todo eso me lo había arrebatado la guerra y lo había reprimido porque creía que era lo que debía hacer. Pero se había terminado. Se me hizo un nudo en la garganta por la emoción y apoyé mi cabeza en el hombro de Nakari, permitiéndome a mí mismo sentirlo todo, la absoluta tragedia que suponía saber que ninguno de ellos volvería a hablar conmigo; incluso la voz de Ben había desaparecido ahora.

Aunque solo tardé un momento, terminé agotado y me enderecé, apartando un mechón de pelo de la cara de Nakari y poniéndoselo detrás de la oreja.

—Lo siento muchísimo. Fuiste mucho más que buena para mí. Debería habértelo dicho —estaba completamente fuera de lugar, pero no se me ocurría qué decir.

Recordando nuestra conversación de la última noche en Kupoh, deseé poder volver al Luke de unas horas antes y decirle:

«Dile lo que sientes, ahora, *Luke, ahora que aún puedes. Porque siempre te arrepentirás de no habérselo dicho».*

No estoy seguro de por qué me cuesta tanto. No sé si es algo innato o si lo aprendí de tío Owen. Sé que tenía grandes sentimientos, pero no solía ponerlos en palabras. Tenía algún detalle con tía Beru, sorpresitas, y cuando ella los recibía se le iluminaba la mirada, sonreía y decía: «Owen». Es lo que le salía, y ese es el ejemplo con el que crecí: no le dices a la gente que la quieres, se lo demuestras. O quizá es que me da pavor quedar como un idiota cuando intento decirle a alguien que aporta felicidad a mi vida. Espero que mis amigos sepan que lucharía y moriría por ellos. Y espero que eso sea suficiente, aunque me temo que no lo es.

Podía haberme quedado allí arrodillado mirando a Nakari hasta el atardecer si Drusil no me hubiese estado esperando en la laguna. En realidad era absurdo; era muy poco probable que olvidase nada de todo aquello. Pero, de alguna manera, meterla en la bolsa significaba que tenía que dejarla marchar, y no quería. Aunque lo necesitaba. Necesitaba que todo aquello se marchase.

Necesité cierto esfuerzo y las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos durante el proceso, pero conseguí meterla y le pedí a Erredós si podía volver por su cuenta hasta la playa mientras cerraba lentamente la cremallera. Emitió un pitido y se inclinó hacia delante como respuesta, así que dije:

—Vamos.

El fino material plas crujió cuando levanté a Nakari y me la coloqué sobre el hombro con cierto esfuerzo. Su peso físico no parecía ni mucho menos tan difícil de llevar como mi pena, y supe que esa pena me acompañaría mucho tiempo.

Teníamos seis naves para elegir en la playa, pero Drusil eligió la misma en que había encontrado la bolsa para el cuerpo. Era la más estilizada de un puñado de naves fuertemente armadas, una embarcación azul oscuro con forma de escarabajo que pudo haber pertenecido al dreselliano de la moto deslizadora al que Nakari había abatido. Drusil evitó por completo entrar en la cabina, rebuscando en las entrañas de la computadora de navegación y la zona de sistemas. Erredós la acompañó y le oí gorjear, y a la givin murmurándole algo mientras yo dejaba con cuidado el cuerpo de Nakari sobre la cubierta.

Viendo el bulto sin vida de plas en que se había convertido ahora, una oleada de ira y el frío que venía con ella volvió a recorrerme. Pero cerré los ojos, me concentré en la respiración, y me acordé de cuando me reía con ella. El frío se convirtió gradualmente en calor y me sentí mucho mejor. En vez de sentir una ira impotente por los momentos que no compartiríamos, decidí sentirme agradecido por los que habíamos compartido, porque habían sido buenos y no todo el mundo tiene la suerte de disfrutar de momentos como

esos. Me senté junto a ella en la cubierta, doblando las piernas delante de mí, decidido a dominar mis emociones. Tenía una misión que terminar, y no era inteligente dejarse llevar por ellas. Puede que los cazarrecompensas que habíamos eliminado allí no fuesen los únicos que había en el planeta; podía haber más esperándonos en la isla.

No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando Drusil entró en la bodega y me dijo que había penetrado en los sistemas de seguridad de la nave y ya podíamos volar a salvo, estaba preparado y el sol estaba bajo en el horizonte.

—¿Ha revisado la cabina también? —pregunté—. Allí puede haber más trampas.

—Oh, sí. Sí, lo he revisado todo.

—Muy bien. Vayamos al punto de encuentro.

Drusil había subido las coordenadas a la computadora y, después de un rato para orientarme con los controles, hice que la nave se alzase verticalmente hasta una altura segura sobre el océano antes de virar al este. No quería convertirme en el tentempié de ningún bicho que hubiese bajo el agua.

El equipo de escaneado de la nave era práctico, pero ni de lejos del nivel de la *Joya del desierto*. Echamos un vistazo a la isla, mucho más grande que la que habíamos dejado atrás, y vimos que había un montón de rastros de calor y lecturas de seres vivos, junto a una corbeta corelliana en el espacio que podía tener entre una docena y varios centenares de personas a bordo. Era uno de los CR90 equipados para la guerra con seis turboláseres dobles, y me pregunté si el mayor Derlin podía seguir allí.

De ser así, probablemente ya había detectado la nave, lo que significaba que nos dispararía en cuanto nos viera. Giré la nave en una maniobra evasiva justo a tiempo cuando una ráfaga de fuego láser pasó junto a nosotros rumbo al cielo. Activé los escudos deflectores, maldiciéndome por no hacerlo como rutina de precaución, y cambié mi acercamiento a la isla. Tendríamos que aterrizar a cierta distancia y caminar, rezando por que no nos tendieran una emboscada. No sabía cómo saludar al mayor Derlin desde aquella nave; pero entonces pensé que quizá Erredós podría averiguarlo, aunque estaba conectado a un sistema con el que no estaba familiarizado. No estaba en la cabina y no sabía cuál de los interruptores auxiliares activaría una conexión por intercomunicador con él. Optando por un planteamiento poco tecnológico, grité por encima del hombro y crucé los dedos para que me oyera.

—Erredós, ¿puedes conectar con esa nave de la isla y decirme si contestan? Etiqueta tu solicitud con códigos de la Alianza.

Salimos del rango de fuego de la otra nave por un minuto, pero finalmente llegó una voz hasta la cabina preguntando cómo era posible que tuviésemos códigos de la Alianza.

—Al habla el teniente Luke Skywalker. Hemos destruido a todos los cazarrecompensas que vinieron a matarnos y me he hecho con esta nave. Llevo a Drusil Bephorin a bordo, lista para reunirse con su familia. Por favor, deje de dispararnos y permítanos aterrizar.

Tras una pausa, contestó otra voz. Tras ella el inconfundible ruido de aclamaciones.

—Teniente Skywalker, al habla el mayor Ben Derlin. Qué alegría oír su voz. La familia de Drusil está sana y salva. Puede aterrizar.

—Recibido. Bajamos, ahora nos vemos.

Un ruido en la nave me sorprendió, algo como un bantha vomitando un pegote de flema del tamaño de una pequeña luna. Resultó ser Drusil reaccionando a la noticia; estaba escuchándonos. Los givin no tienen membranas mucosas parecidas a las de los humanos, ni lacrimales, así que su sonora expresión de emoción pura fue algo completamente nuevo para mí.

El equipo de Bren Derlin, un par de escuadrones de tropas experimentadas, estaba esperándonos fuera de la nave, con las armas listas pero bajadas, por si al final aparecía algún cazarrecompensas, pero sonrieron y las apartaron cuando aparecí. Parecían cansados y el legendario mostacho de Derlin estaba algo caído, pero aparte de eso estaban bien. Señaló a una de sus soldados y esta hizo un gesto para que alguien se acercase, la familia de Drusil. Su marido y dos niños bajaron por la rampa de aterrizaje con pasos excitados y Drusil corrió a su encuentro. Se abrazaron lanzando ruidos extraños.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté al mayor Derlin—. ¿Los cazarrecompensas os siguieron hasta aquí?

Incómodo, asintió.

—Inevitable. Mal momento. Estábamos evacuando a la familia cuando corrió la voz sobre la recompensa por Drusil. De repente la familia fue investigada y nos descubrieron. Salimos a tiros de allí, perdí a tres hombres, y cuatro cazadores nos siguieron desde el sistema. Despistamos a los imperiales en cuanto saltamos pero se fueron sumando más cazadores; creo que algunos avisaron a sus amigos.

—¿Pero no avisaron a los imperiales?

—La recompensa por la familia era demasiado baja para pelear por ella pero, por lo que daban por Drusil, sí valía la pena montar una operación de vigilancia y repartirse las ganancias. Esperábamos que estuvieses aquí esperando y poder marcharnos inmediatamente, pero tuvimos que fortificarnos y tratar de contenerlos.

—Es evidente que lo has logrado.

El mayor se encogió de hombros y consiguió hacer lo mismo con su bigote.

—No nos atacaron. Solo interceptaron y bloquearon nuestras comunicaciones para evitar que mandásemos ningún mensaje, esperando que aparecierais. No podíamos dejar a la familia aquí sola o se habría convertido en un secuestro, y si intentábamos pelear, sin ninguna duda nos habrían superado con su mayor arsenal.

—¿Por qué no los atacaste tú, entonces? De todas maneras íbamos a venir.

—Dejamos muy claro que si nos atacaban, nos cargaríamos un par de ellos. Y ellos dejaron claro que no nos permitirían marcharnos ni cambiar de sitio. Lo más inteligente para todos era esperar que llegaseis. Y puesto que no permitían que el Imperio se enterase de dónde estábamos, me pareció que tenías posibilidades de derrotarlos a todos, como has hecho.

—Aunque a un alto precio —dije. Incliné la cabeza hacia la nave—. Perdimos la *Joya del desierto* y también perdí a Nakari Kelen.

La expresión de Derlin se entristeció.

—¿Nakari estaba contigo? No me lo dijeron. Lo siento mucho, Luke. Nos conocimos hace poco. Era una francotiradora de primera, nos enseñó unas cuantas cosas a los chicos y a mí.

Asentí, sujetando todo lo que pude las riendas de mis emociones.

—A mí también me enseñó muchas cosas —señalé su corbeta—. ¿Estás bien? ¿Te apetece volver a la flota?

—Sí, tenemos algunos rasguños, poco más.

—¿Puedo viajar solo?

—Por supuesto.

Drusil se acercó con su familia, eufórica, y me presentó a su marido e hijos. Iban vestidos con una especie de tapices coloridos largos, con un agujero para la cabeza y cinturón, y debajo llevaban una sencilla camisa negra y unos pantalones. Su hijo empezó a hacerme una pregunta matemática, pero Drusil le interrumpió.

—Es muy educado por tu parte, Pentir, pero en este caso puedes ahorrarte las formalidades.

—Oh. Lo siento —dijo él.

—No se preocupe. Es un placer conocerlos —dije.

—Les estoy tan agradecida a la Alianza y usted por organizar la huida con éxito —dijo Drusil—. Soy perfectamente consciente de los sacrificios que ha hecho para liberarnos. Y le he prometido una cantidad significativa de información sobre códigos imperiales y sus patrones. Los programas de descifrado para la encriptación imperial que le mencioné, y otros. ¿Dónde quiere que le descargue esa información?

—Puede compartirla con Erredós —dije—, y él la distribuirá como convenga en la Alianza.

—Excelente. Me pondré a ello inmediatamente. ¿Puedo pedirle otro favor?

—Por supuesto.

—Teniendo en cuenta que este emplazamiento ha quedado expuesto, necesitamos un transporte para salir del planeta. ¿Podemos tomar la nave del cazarrecompensas o puede llevarnos a la laguna para hacernos con otra? Nos instalaremos en otro sitio y me pondré en contacto con la Alianza para alcanzar un acuerdo para un empleo continuo.

—Puede llevarse esta nave —le dije.

—Y yo puedo organizar un punto de recogida para usted cuando estén a salvo —añadió Derlin.

Mientras Drusil, agachada, compartía su información con Erredós y transfería los archivos de su hardware a la memoria del droide, y Derlin andaba ocupado preparando su corbeta para marcharse, trasladé el cuerpo de Nakari de la nave del cazarrecompensas a la embarcación de la Alianza. Tendríamos que parar en Pasher en el camino de vuelta a la flota rebelde, y sabía que no había ninguna manera adecuada de comunicarle a su padre

mi dolor por su final. Aunque pudiese, no importaría; quedaría tan desconsolado como yo, por muy rico o poderoso que fuese, por mucho que se esforzase, jamás tendría poder para proteger a todo el mundo; ni yo tampoco.

Tras las despedidas y las promesas de mantenernos en contacto, despegamos de Omereth, dejándolo girar en su aislamiento. El mayor Derlin y su tripulación me tuvieron ocupado y acompañado durante el rodeo que dimos para volver a la flota, pero me descubrí a mí mismo comiendo un solitario tazón de fideos en algún punto de aquel revoltijo de nave; Erredós al lado, pero incapaz de compartir la comida ni demasiada conversación. Pensar en mis éxitos previos en materia de fideos me hizo añorar otra vez a Nakari y hervir a mis emociones, pero también recordé la diversión de aquellos tiempos y el deleite de Nakari ante mis progresos con la Fuerza; o como mínimo su deleite ante los fideos voladores. Se me ocurrió que honraría su memoria mucho más si seguía mejorando, en vez de sumergirme en una ciénaga de lamentos. Y aquel vacío en mi interior podía rellenarse con recuerdos agradables en vez de ira.

La puerta de la sala estaba abierta y miré hacia ella, escuchando atentamente para asegurarme de que no andaba nadie cerca. En cuanto tuve claro que iba a seguir solo unos cuantos minutos, cerré los ojos y me proyecté hacia la Fuerza, recordando la sensación de confianza y ánimo que Nakari me había dado. Me concentré en el tenedor, sumergido en ese momento bajo una alfombra de fideos en un caldo vegetal. La sensación era la de siempre, cálida, no como la vez en que había sido fría e implacable. Con suavidad, sintiendo la Fuerza sosteniendo el tenedor, levanté unos cuantos fideos y los guié hasta mi boca, mordí y sorbí un poco, sujetando el tenedor entre los dientes y abriendo los ojos para asegurarme de que aquello estaba sucediendo realmente. Sonreí con el tenedor en la boca y algo de caldo cayó por las comisuras de mi boca, manchándome la túnica. Por supuesto. Eso me hizo reír y Erredós hizo rodar sus brazos y gorjeó su propia algarabía. Agarré el tenedor con la mano antes de que la cosa fuera a peor.

—Esta debe de ser la manera más complicada de comer del mundo —le dije a Erredós—. Pero creo que a Nakari le habría encantado.

Erredós emitió un pitido para mostrar su acuerdo y yo respiré profundamente y exhalé lentamente, llegando a un lugar de mi mente limpio y tranquilo. Utilizar la Fuerza de aquella manera era un regalo de Nakari y sería absurdo echarlo a perder.

Practicaría, y pensaría en ella, y mejoraría. Mejoraría mucho, muchísimo.

Preferiría, claro está, un profesor, pero Nakari me había demostrado que se podía progresar sin uno, así que se lo debía… y a Ben, y a todos lo que había perdido y podía perder en el futuro, les debía el esfuerzo de hacer todos los pasos posibles por conseguirlo.

Podía llevarme muchos años, pero estaba decidido a convertirme en un Jedi como mi padre.

SOBRE EL AUTOR



KEVIN HEARNE es autor de *The Iron Druid Chronicles*, una serie de fantasía urbana de Del Rey. Vive con su mujer, hija y perritos en Colorado.

www.kevinhearne.com